# Manual para viajeros por España y lectores en casa

## Extremadura y León

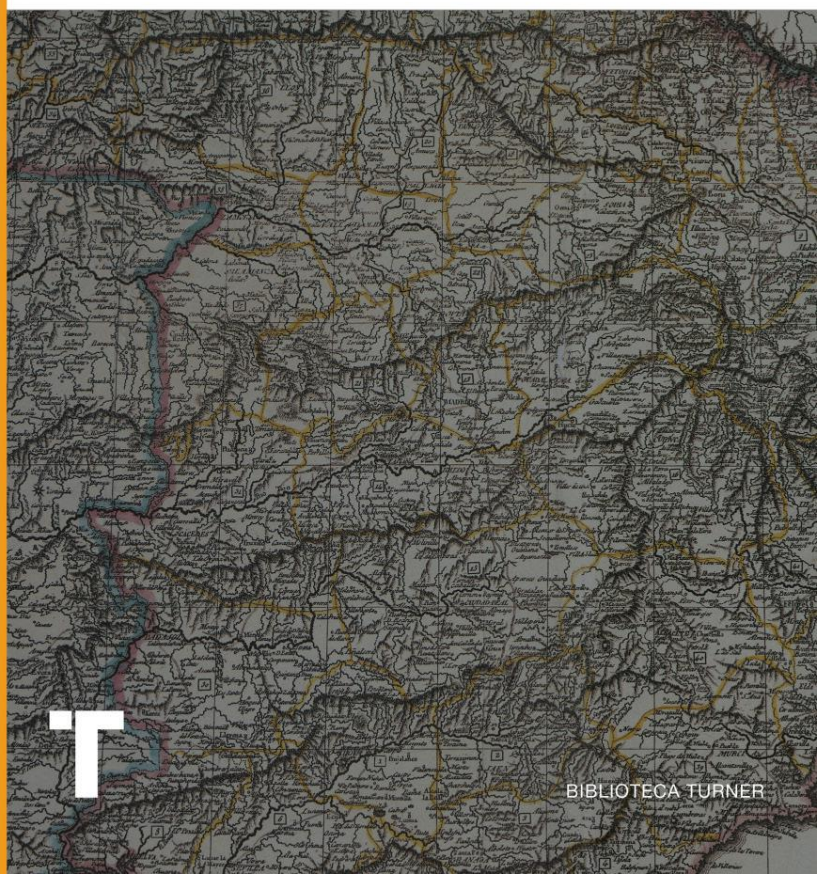
Richard Ford

BIBLIOTECA TURNER

# Manual para viajeros por España y lectores en casa

## Extremadura y León

Richard Ford



Portadilla

Créditos

Libro I: Extremadura

Generalidades

Ruta LIV. De Badajoz a Lisboa

Ruta LV. De Badajoz a Madrid

Ruta LVI. Excursión a Almadén por Logrosán y Guadalupe

Ruta LV (continuación). Almaraz y Talavera de la Reina

Ruta LVII. De Mérida a Plasencia

Ruta LVIII. De Plasencia a Trujillo

Ruta LIX. De Plasencia a Talavera de la Reina

Ruta LX. De Plasencia a Salamanca

Ruta LXI. De Plasencia a Ciudad Rodrigo

Libro II: León

Generalidades

Ruta LXII. Excursión desde Ciudad Rodrigo

Ruta LXIII. De Ciudad Rodrigo a Salamanca

Ruta LXIV. De Salamanca a Madrid por Peñaranda

Ruta LXVI. De Salamanca a Madrid por Valladolid

Ruta LXVII. De Salamanca a Madrid por Ávila

Ruta LXVIII. De Salamanca a Lugo

Ruta LXIX. De Benavente a Orense

Excursiones por El Bierzo

Ruta LXX. De Ponferrada a Orense

Conventos de El Bierzo

Ruta LXXI. De Astorga a León

Ruta LXXII. De León a Benavente

Ruta LXXII. De León a Palencia

Ruta LXXIII. De León a Sahagún y Burgos

Ruta LXXIV. De León a Valladolid

Ruta LXXV. De Río Seco a Valladolid

Ruta LXXVI. De Valladolid a Santander

Ruta LXXVII. De Valladolid a Burgos

Ruta LXXVIII. De Valladolid a Madrid

Ruta LXXIX. De Valladolid a Madrid por Segovia

Ruta LXXIX. De Valladolid a Madrid por Cuéllar y Segovia

Tabla de conversiones

Sobre la obra

# *Manual para viajeros por España y lectores en casa*

*que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía*

## *Extremadura y León*

**Richard Ford**

TRADUCCIÓN DE JESÚS PARDO

BIBLIOTECA TURNER

Título original: A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home / Estremadura / León

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez

Compaginación y corrección: EB8

Ilustración de cubierta: Mapa de España, 1846

ISBN EPUB: 978-84-15427-13-1

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

Libro I

# EXTREMADURA

Las principales atracciones de esta provincia, tan poco visitada, son los campos de batalla de Badajoz, Arroyomolinos y Almaraz; las antigüedades romanas de Mérida, Alcántara, Coria y Capara; la geología de Logrosán; los conventos de Guadalupe, San Yuste, el magnífico valle de las Batuecas y el paisaje de Plasencia. La primavera y el otoño son las mejores estaciones para viajar por estas tierras. La comarca entre Sevilla y Badajoz ha sido ya descrita en las rutas IX y X.

La provincia de Extremadura se llamó así en el sentido de extrema ora, pues fue la última y, por tanto, "extrema" conquista del rey Alfonso IX, en el año 1228. Está situada al oeste de las Castillas, a lo largo de la frontera portuguesa. La longitud media es de ciento noventa millas y la anchura de noventa. Los ríos Tajo y Guadiana, fluyendo de este a oeste, dividen la provincia; el primero, cruzando Extremadura Alta, o superior, el segundo cruzando la Extremadura Baja, o inferior. La provincia superior es una continua capa de pizarra intercalada con yacimientos de cuarcita fina y de granito. En ambas vastas partes de la provincia, fértiles en sí, y dotadas de benéfico clima, hay grandes terrenos abandonados a las ovejas o convertidas en páramos desiertos y cubiertos de cergazo, aunque allí podría sembrarse óptimo trigo en grandes cantidades, y en tiempos romanos y árabes la provincia fue granero y vergel. Los gitanos todavía la llaman chin del manro, es decir "la tierra del grano" y, dondequiera que se la riegue y cultive, se producen cosechas de trigo y excelente vino, y aceite en cantidades considerables. Los solitarios despoblados y dehesas, como tierras de Berberia y Andalucía, que ya hemos descrito en esta obra, son verdaderos paraísos para el botánico y el deportista; nada hay tan llamativo como el olor y la temperatura, que es como de invernadero, o el exótico aspecto de los aromáticos arbustos y malas hierbas: todo ostenta el exuberante vigor del suelo, rebosante de vida y alimento y, en cierto modo, como abandonado a fuerza de pura abundancia. La ribera cenagosa del Guadiana ofrece buena promesa de aves de caza en invierno, pero en verano es malsana y está infestada de fiebre y paludismo, mientras los supervivientes de ambas amenazas se exponen a ser devorados por mosquitos y otra

infantería ligera del aire y la tierra.

En contraste con la población animal de esta tierra, la humana, reina de la creación, es más bien rara. La población de Extremadura es de unas seiscientas mil almas, lo que apenas equivale a trescientas cincuenta por milla cuadrada. Los extremeños viven en su aislada provincia como los murcianos, sin casi comunicación con el resto de la humanidad; aquí, los obstáculos morales y materiales que encuentra la prosperidad de España son tristemente patentes: ignorancia, indolencia e inseguridad, combinadas con la pobreza y la ausencia de minifundios; allí vemos en igual medida la falta de capital fijo por parte del terrateniente y de capital circulante por la del arrendatario. La población, atrasada, se muestra indiferente incluso a cualquier mejora; la obligación de pagar impuestos casi según los medios de pago quita a la gente cualquier interés por progresar; a ellos les basta con subsistir, con falta de incentivo para acumular o siquiera mejorar algo. La población, empleada a medias, vegeta sin manufacturas o comercio, excepto por lo que se refiere a la producción de tocino, que es activa y fuente única de la poca riqueza que hay allí; todo el tráfico en otras cuestiones es puramente pasivo, a excepción del contrabando. Cada familia produce toscamente lo justo para sus necesidades más exiguas, y así siguen, de padre a hijo, en una rutina oriental; les espanta cualquier cambio, sabiendo por larga experiencia que generalmente es a peor y, de tal manera, aguantan y aguantan, resignados a los males a los que ya están habituados, mejor que arriesgarse a la incertidumbre de un bien inseguro, exclamando eso de más vale el mal conocido que el bien a conocer; de tal modo, su presente mal, no el bien, es l'ennemi du mieux, y milita contra cualesquiera esfuerzos para mejorar su situación.

Sus ciudades son pocas y aburridas; sus caminos, son las ovejas, no los hombres, quienes los hacen, y sus posadas son más bien establos para bestias. Los extremeños, a quienes los estudiosos de las razas humanas tienen por descendientes de los colonos romanos, son gente sencilla, de buen corazón y contentadiza, para quienes la ignorancia es sinónimo de felicidad; para ellos lo mejor es disfrutar de una adormilada ausencia del más escueto bienestar, e incluso de lo más necesario, sin afanes e inquietudes y excesivos esfuerzos por prosperar, pues "salir adelante" a ellos les parece sinónimo de

riqueza e inteligencia más que de simple felicidad animal. Los extremeños son notablemente urbanos y corteses, sobre todo con los forasteros que van de paso por su tierra, y constituyen una mezcla de alegres y altivos andaluces y de serios y orgullosos castellanos. Sin embargo, como ocurre en Oriente, donde se estudia y ejerce la filosofía de la indolencia, los extremeños, cuando sienten el acicate de un estímulo adecuado: por ejemplo, la avaricia, son capaces de grande y esforzada actividad. Así es como, de entre las piaras de Trujillo y Medellín, salieron Pizarro y Cortés, dispuestos a conquistar y asesinar a miríadas de personas, y salieron también miles de sus paisanos, que, atraídos por su éxito, y por visiones de oro rojo, emigraron a esa tierra conquistada, de la misma manera que los míseros árabes y bereberes abandonaron Siria y África en el siglo XIII para correr a España. Los escritores españoles, no osando insinuar la verdad, han achacado la situación de despoblación de Extremadura a esta fuga masiva de gente; pero no cabe la menor duda de que la colonización de otras tierras nunca despuebla a una madre patria vigorosa y bien tutelada. El mal gobierno, tanto civil como religioso, fue la verdadera causa de esta abominación de desolación, que resulta patente a la vista de cuantos vayan ahora por Extremadura; pero este pueblo siempre está dispuesto a buscar justificación exterior para fracasos que en realidad son consecuencia necesaria de causas internas.

La mesta es una maldición especial que se le ha añadido a Extremadura. Es un sistema de ovejas merinas llamadas trashumantes, que es como decir migratorias; son verdaderos rebaños de beduinos nómadas, y el vagar por doquier, sin hogar o casa u obstáculo de índole alguna, se acomoda por igual a las costumbres de los orientales, sean personas o animales. El origen de la mesta se explica de la siguiente manera: cuando los españoles de fines del siglo XIII expulsaron de esas comarcas a los laboriosos moros, arrasaron las ciudades y devastaron la tierra, mientras los habitantes que sobrevivieron eran esclavizados. De esta forma, se pacificó la comarca, convirtiéndola en un desierto. Extensas zonas antes cultivadas fueron abandonadas, y la naturaleza, que allí es prolífica, no tardó en borrar las huellas humanas y reafirmar sus derechos, cubriendo la tierra de hierbas aromáticas y entregándosela a las aves y las bestias salvajes. Tales fueron las talas, palabra, por cierto, que es árabe pura: talah, y significa

muerte o exterminio; sabido es que donde ponen el pie los ejércitos orientales todo queda como después de herirlo un rayo, y la hierba ya no vuelve a crecer. Los soldados vencedores, ignorantes e indolentes, solamente volvieron a cultivar una pequeña parte de la comarca; y la nueva población, a pesar de ser escasa, fue casi barrida por la plaga en el año 1348, como consecuencia de lo cual, zonas enteras quedaron sin propietario que las reclamase, y recibieron el nombre de baldíos, palabra verdaderamente mora, pues batele en árabe significa “sin valor”, y de él proviene la expresión española de balde, con el sentido de tierra que queda sin cultivar.[*] Estos pastos incultivados e inhabitados acabaron por llamar la atención de los pastores de las tierras altas de León, Segovia y Molina de Aragón, que llevaron a ellos a sus rebaños por ser más suave su clima invernal. Y fue así como, poco a poco, se pudo establecer un derecho prescriptivo de adyacencia o pasto común sobre esos pastizales, los cuales acabaron por verse retazados, o sea, puestos aparte y repartidos. Esta costumbre de alimentar a los rebaños a expensas de otros coincidía de maravilla con la predilección nacional por los derechos propios sin tener en cuenta los ajenos, y la lana rendía altos beneficios y llevaba largo tiempo siendo uno de los principales productos españoles; era natural, por lo tanto, que los rebaños creciesen considerablemente y, con ellos, las intrusiones. Como los propietarios eran nobles y conventos poderosos, los pobres campesinos se oponían en vano a tales abusos; y por mucho que los economistas españoles censuren este sistema, lo cierto es que resulta más que probable el que, aun cuando tan lucrativa arbitrariedad hubiese sido abolida, los campos de Extremadura seguirían siendo actualmente dehesas y jarales, como aún ocurre con extensas zonas de Andalucía.

A medida que la población de Extremadura iba creciendo, surgió una infinidad de querellas entre los pastores trashumantes y los agricultores permanentes, hasta 1556, cuando se llegó a un acuerdo según el cual los privilegios de unos pocos propietarios de ovejas, como en el caso de las leyes venatorias de los barones normandos de Inglaterra, fueron suficiente para condenar a la esterilidad, según afirman los críticos del sistema, a la totalidad de algunas de las comarcas más valiosas de España. La mesta fue abolida por las Cortes de Cádiz, pero restablecida por Fernando VII en 1814, junto con la Inquisición, y este fue casi el primer acto de tan amado

Borbón al ser restablecido en el trono: como los demás de esta familia, Fernando volvía a su patria sin haber aprendido nada ni olvidado nada. Los terratenientes se dan cuenta ahora de lo malo que es tal sistema, y están reduciendo poco a poco algunos de estos excesivos abusos. La palabra merino se deriva de marino, por haber sido esta raza pecorina traída de Inglaterra en tiempos de nuestro rey Enrique II. Había ovejas en la primitiva dote –pecus unde pecunia– dada en 1394 por Juan de Gante a su hija cuando esta se casó con el heredero de Enrique III de Castilla. Anteriormente, sin embargo, las lanas de Bética eran ya famosísimas, y un carnero llegaba a costar un talento (Estrabón, III, 213), pero es indudable que la raza mejoró gracias al cruce inglés. Las ovejas (del árabe ganam, ganado) reciben el nombre de trashumantes por causa del terreno que recorren. En otros tiempos pasaban de cuatro millones: y así vemos que, antes de la reciente guerra y de las dificultades consiguientes, el duque del Infantado poseía treinta mil ovejas, y el convento de El Paular otras tantas. Estos rebaños se dividen en destacamentos llamados cabañas (palabra que en árabe significa tienda), de diez mil animales cada uno, y estos son los ejércitos que don Quijote atacó, como Ajax. Descienden de sus cuarteles de verano de las tierras altas, agostaderos, hacia octubre, y bajan a los de invierno, invernaderos, situados en las llanuras templadas. Cada cabaña está bajo la égida de un mayoral, que tiene bajo su mando a cincuenta pastores y cincuenta enormes perros. Algunos recorren más de ciento cincuenta leguas, a razón de entre dos y cuatro diarias, y con un total de cuarenta días de recorrido. Para congregar y reducir a las ovejas disponen de redes de esparto, y el espectáculo, llamado “vigilar de noche a las ovejas”, es muy pintoresco y oriental. Las leyes de la mesta exigen que el merino mayor sea el rey, y sus lugartenientes, verdaderos lobos con piel de merino, fuerzan a los terratenientes locales a dejar una cañada de paso, o sea: paso libre para las ovejas, de noventa pies de anchura a cada lado del camino mayor, cosa esta que imposibilita todo intento sensato de labranza de la tierra. Los animales no tardan en conocer sus cuarteles, y vuelven a ellos año tras año por sus propias patas. Este instinto migratorio les desasosiega en abril y, si nadie les guía a esos lugares, ellos mismos emprenden solos el camino hacia las frescas colinas. Cuando pisan ese terreno, se deposita sal sobre piedras planas a razón de una fanega por cada cien ovejas, y estas lamen la sal con verdadera ansia, lo cual les aviva el apetito. Se las

trasquila hacia mayo: la esquila, como se llama esta operación, se realiza con gran esmero, y es tiempo de festejos primitivos y orientales. Las ovejas que emigran tiene la lana más fina, mientras que las que se quedan en casa producen una lana más áspera, lana basta. Los carneros son los que más producen: tres vellones, con un peso total de unas veinticinco libras. Los nombres de estos animales son tan numerosos como los de los cerdos irlandeses, y también cambian con la edad: por ejemplo, las crías se llaman corderos; los de dos años, borros; los de tres, andruscos; los de cuatro, tras-andruscos. Sus edades se calculan por el número de dientes o palas; al quinto año se les llama cerrados, y a partir de entonces reviejos e inútiles. Los carneros pierden sus dientes a los ocho años y las borregas a los cinco. En septiembre los rebaños son almagrados, o sea, embadurnados con tierra roja sacada de Almarrazón, con la cual se refina su lana. Para mantener la calidad del animal, se pone gran cuidado en seleccionar carneros de tripa bien redonda y lana blanca y suave, y borregas de cara despejada y delicada, y las preferidas son las calvitas. Las borregas son presentadas a los carneros, moruecos, hacia fines de junio, y entonces, con seis carneros hay suficiente para cien borregas: carneros y borregas siguen juntos durante un mes. Los corderitos nacen en los cuarteles de invierno del rebaño: marzo es un mes muy ajetreado para los pastores, pues es entonces cuando tienen que marcar a los rebaños, cortarles la cola a los corderitos y enromar los cuernos de sus padres. Las ovejas están siempre en movimiento, buscando hierba, que escasea, y no comen nunca tomillo que, en cambio, abunda pero que se deja para las abejas salvajes. No se les da de comer hasta que el rocío se seque, ni de beber después de las granizadas. La carne es mala, porque a ningún extremeño se le ha ocurrido jamás poner vellón de merino en un cuerpo pecorino de Southdown y, por cuidadosos que sean con la carne de cerdo, la de cordero la toman tal y como Dios la hizo. Los pastores son meros zopencos, ni más ni menos que los animales entre los cuales viven y con cuyas pieles se visten. Dan el mentís a los ambientes pastorales donde los sentimientos de la civilización suenan hasta en las bocas de los patanes más embrutecidos. Nunca viven en ciudades, rarísimas veces se casan, no aportando, por tanto, en modo alguno al aumento de la población, a pesar de la falta que tal aumento hace, ni a ninguna de las artes que refinan el carácter humano. Cuando no están dormidos o comiendo, se limitan a estarse quietos,

inmóviles, y tan entontecidos como sus ovejas, apoyándose sobre sus cayados, y buenos únicamente para proveer a los pintores con figuras de primer término o dar colorido a los estrofas de los poetas. Únicamente hablan de carneros y borregas, y conocen a cada uno de sus animales, aunque los corderitos, como los bebés, parezcan todos iguales a cualquiera que no sea su niñera; y los animales, a su vez, les conocen a ellos: todo lo cual es muy oriental, y entre los españoles esta inane vocación y distracción, como también el trabajo del adehesamiento en general, tienden a ser preferidos a la simple labranza de la tierra, que requiere residencia fija, previsión, cierta maquinaria o enseres, y mucho trabajo físico. En cambio, en la tarea pastoral es la naturaleza misma la que aporta la hierba fresca y se ocupa de todo el trabajo; de modo que no es de extrañar que cuidar del ganado sea el placer favorito del itinerante, ya viva en las dehesas de España o en Bedowi de Arabia. Por lo que se refiere a la mesta, consúltese Concejo de la Mesta, folio, Madrid, 1681, que da con todo detalle los privilegios que tan justamente ha condenado Jovellanos; véase también Bowles, Sobre el ganado merino, página 150; y el Viaje de Ponz (Carta VII). Sir Joseph Banks escribió en 1809 una Memoria sobre estos merinos.

Segundos en importancia a las ovejas son los cerdos de Extremadura, y también en este caso es la naturaleza la que presta su ayuda, pues son vastos los trechos deshabitados y abandonados de Extremadura que están cubiertos de robles, alcornoques, hayas y castaños. Estos paisajes, que son como parques, carecen de atractivos a ojos de los indígenas, para quienes, de cualquier paisaje, por pintoresco que sea, lo único que les interesa es el número de cerdos que pueden vivir de sus castañas y bellotas. Los jamones, el tocino (del árabe tachim, grasa) y los embutidos de esta provincia han sido siempre muy celebrados, y merecidamente: pernh diaforh es el elogio clásico. Lope de Vega, según su biógrafo Montalbán, jamás supo escribir poesía sin el incentivo de una loncha, magra o torrezno. “Todo es cosa vil”, decía, “adonde falta un pernil”. Esta palabra es la perna con la que también Horacio restauraba sus energías (“S.”, II, 4, 61): pero Anacreonte, como vinoso griego que era, prefería buscar la inspiración en el contenido de un pellejo de piel de cerdo que en el cerdo mismo. En fin, sea ello lo que fuere, el caso es que la matanza, o hecatombe de cerdos, tiene lugar entre el diez y el once de noviembre, en el día de su

santo especial, san Andrés, por eso de que a cada puerco, su San Martín, y para entonces ya los animalitos han sido bien cebados a fuerza de dulce bellota, que en árabe es bollota bollot. Belot belotin es la palabra bíblica tanto para el árbol como para su fruto, el cual, con agua, constituía el régimen alimenticio primitivo de los iberos (Tibulo, II, 3, 71). El pan también se hacía con ese fruto, cuando estaba seco y molido (Estrabón, III, 223). Cuando está fresca la bellota se servía en la cena como segundo plato (Plinio, Historia Natural, XVI, 5). La mujer de Sancho Panza se mostró, por tanto, muy clásica cuando envió bellotas a la duquesa. Actualmente, los principales consumidores de bellotas son los jóvenes extremeños y los cerdos; estos últimos son enviados en legión desde las aldeas, las cuales más bien merecerían el nombre de coaliciones de pocilgas: los cerdos vuelven del bosque de noche –glande sues laeti redeunt– y por sus propias patitas, como el ganado de Juno (Livio, XXIV, 3). Cuando entran en el pueblecito, todos ellos se lanzan al galope, en frenética búsqueda de sus casas, a las cuales vuelven todos y cada uno de ellos, sin equivocarse jamás; y una vez llegado a casa, el viajero recibe bienvenida de hijo pródigo o de padre casero. Estos cerdos son los animales domésticos de los campesinos, y se les cría con los hijos de la casa y, como en Irlanda, participan de la incomodidad doméstica de esas chozas; son objeto del respeto general, lo cual no deja de ser justo, por ser este animal –propter convivia natum– el que paga el alquiler. El hombre extremeño no es más, en realidad, que una formación secundaria, algo creado para cuidar de las piaras, las mismas piaras que otrora vivieran tan felizmente como viven ahora los dignatarios catedralicios de Toledo, con la ventaja extra de que, cuando mueren, valen más que estos.

Las cantidades de chorizo y pimentón que se comen en Extremadura producen el carbunco. Por lo que se refiere a ciertas observaciones sobre la ortodoxia del tocino y de que es el sine qua non de los sermones y las ollas nacionales. Los españoles, sin embargo, aunque tremendos comilones de la carne del cerdo, bien sea salada o fresca, sienten plenamente el odio oriental a este animal impuro en sentido abstracto. Decir de algo que es “muy puerco” (como el haluf musulmán) es la expresión más insultante para cuanto es sucísimo, asqueroso o repulsivo. Decir de alguien que es “muy cochino”, es imperdonable si se refiere a una mujer. Equivale al cumplido que

supone el femenino canino referido al bello sexo en Billingsgate, por más que el tal epíteto no aluda a la pureza moral o a la castidad. Montánchez es el principal lugar de Extremadura para el comercio de jamón y tocino y, por consiguiente, es preciso mencionar este lugar siempre que se trate de elucidar el precio vigente, etcétera.

Tanto la geología como la botánica de esta provincia son poco conocidas. Extremadura, según dice el capitán Widdrington, que es quien mejor la describe, es el territorio a donde los ignorantes profesores españoles relegan el hábitat de todos los animales desconocidos: Omne ignotum pro Estremense; los insectos y los animales salvajes viven en idéntica seguridad en sus montes dehesas y jarales, donde ningún entomólogo o deportista se ocupa de acabar con ellos. De esta forma, la langosta y toda la sonora tribu de las cigarras pueden dar vida a estas soledades con sus júbilos de celo, en la medida en que quepa calificar de tales sus chirridos, "canta la chicharra", es sinónimo en español de nuestra expresión "los días del can", o sea, la canícula. Estas chillonas cigarras, para las que la vida es un largo día estival de canciones, se esconden en los olivos despojados de su fruto, desde donde se las oye, pero sin verlas: vox, como Lipsio dice del ruiseñor, et praeterea nihil. Se afirma que es solo el macho el que hace esos ruidos; y, según los poetas, cuya veracidad no garantizamos,

La chirriante cigarra (macho) lleva una alegre vida

y canta y canta porque su esposa es muda.

Al español, como a los antiguos, le encanta el grillo. Lo primero que Sancho da su hijo es una jaula de grillos, y los grandes grillos negros se venden en los mercados en pequeñas jaulas de alambre: uno de estos insectos salvó a Cabeza de Vaca cuando navegaba hacia el Brasil. Y es que el insecto, que había sido comprado por un marinero, guardaba silencio mientras iban por alta mar, pero se puso de pronto a chirriar como un loco en cuanto intuyó la cercanía de rocas; las cuales, al oírle los marinos y ordenarse vigilancia en el barco, fueron, efectivamente, descubiertas muy cerca. La cigarra es

para Extremadura lo mismo que era para Ática el saltamontes autóctono, o sea, un indígena. El instinto enseña a su hembra a no dejar jamás sus huevos por tierra que haya sido cultivada. Sus alas, vivas y delicadas, y de un suave tono rosa, parecen pintadas por el mismísimo sol, y susurran como hojas secas. Los árabes creen saber leer sus fibras transparentes como si fueran letras, y afirman que dicen: "Somos el destructor ejército de Alá". Su paso, para usar las comparaciones que hacen de ellas Byron y Scott, es el paso "de la hueste cigarral de la Galia", devorando cuanto hay sobre la tierra; "un jardín del Edén yace antes ellas, y a su espalda no queda más que un páramo desolado". Y, después de haber desgarrado, de esta manera en vida la faz de la tierra, con sus cuerpos muertos envenenan el aire. Bowles ha descrito detalladamente algunas de sus costumbres. Los padres mueren después de la fecundación y la incubación; destruyen más vegetación de la que consumen, devorando cada brizna de verde hierba, excepto el rojo tomate, lo cual, por cierto, es providencial, pues los españoles casi viven de él. El español, por esta causa, nunca come cigarras, al contrario que los moros actuales, que se vengan de ellas comiéndolas, sobre todo la hembra cuando está llena de huevos; las preparan, o bien hervidas en agua salada o en salmuera. Es esta una antigua golosina árabe, y los judíos consideraban a la cigarra "carne pura" (Levítico, XI, 22). Su sabor se parece al de las gambas de mala calidad. Muchos piensan que eran estos los insectos de que se alimentaba san Juan Bautista (San Mateo, III, 4). El español prefiere el algarrobo, llamado en inglés "árbol de cigarra", cuyas vainas y cáscaras llenan la tripa del cerdo y las de los hijos pródigos de Valencia.

Los cerdos de Extremadura, sin embargo, comen tanto la cigarra como la vaina del árbol de cigarra. Sus amos declaran la guerra a su alado enemigo acosándolo para hacerle entrar en trincheras donde luego lo queman a montones. A veces, el cura de la localidad saca una reliquia que espanta a las hordas invasoras, echándolas a la parroquia contigua, y así, de parroquia en parroquia, usque in partibus infidelium. De la misma manera, la humedad destruye la materia viscosa en que se envuelven los huevos de la cigarra y, como es necesario calor para incubarlos, las secas llanuras extremeñas son naturales criaderos de estos insectos, sin apenas agricultura que moleste los huevos.

En Extremadura abundan aves de presa de todas clase; y en verano las tórtolas llegan en bandadas del norte de África para criar en esa tierra, y como allí nunca las molesta nadie, apenas evitan la cercanía del ser humano, sino que zurean en parejas, verdadera imagen de felicidad conyugal: se posan en los olivos silvestres, como la tórtola que Noé envió después de que el diluvio universal cesase. Estas son las palomas de Occidente, al-garb, que llevaron ambrosía a Júpiter (Ovidio, "M.", 63), y que se retiraron a África para visitar el templo de Venus. Son, ciertamente, muy bonitas, y aportan tan admirables parangones que nadie que ame la poesía con toda su alma sería capaz de hacer empanadas con la carne de estos bellos pichones. Entre las otras aves de esta comarca, cabe mencionar la que en inglés llamamos "urraca azul" (Pica cyanea), en español mohiño; el abejaruco (Meriops apiaster); y la abubilla (Upupa).

La entomología de Extremadura no tiene fin y está todavía completamente por investigar: De minimis non curat Hispanus; pero los cielos y la tierra abundan en toda clase de diminuta creación, y en esos solitarios páramos, donde ninguna voz humana turba el silencio, el aromático aire retumba con el zumbador charloteo de multitudinarios insectos, que corren como locos a sus asuntos de amor o alimento sin necesidad de asentamientos o cocinas, disfrutando del bello tiempo, del gozo de sus diminutas almas y de su efímera, pero agradable existencia. Estas cuestiones, como también las ovejas, y los cerdos y las cigarras y las palomas, han sido ya mencionadas largamente, porque, durante horas, e incluso días, son lo único vivo que el viajero tiene la oportunidad de contemplar en estos despoblados. Se puede cabalgar durante leguas y leguas sin ver a un solo ser humano: de vez en cuando, ciertamente, se divisa a un hombre, pero es únicamente para hacer más patente lo rara que es aquí esta especie. Ya hemos dicho que en Extremadura el calor es muy grande en verano; los lugares más alejados solo es posible visitarlos a caballo. Y cuidado con no olvidar los víveres. Los caminos son solitarios y seguros, de modo que, no transitándolos nada más que ovejas, tampoco hay motivo para temer que los transiten salteadores. Los solaces o comodidades gratos al cuerpo son raros, excepto, únicamente, los porcinos. Las ciudades son pobres y hoscas. No hay más que un camino real, y va de Badajoz a Madrid. El mejor medio de transporte, por doquier en

esta provincia, es el caballo; mejor dicho, el único; aténgase el lector, por tanto, a nuestras observaciones preliminares. Extremadura –y conste que hablamos por repetida observación personal– abunda en objetos de interés para el viajero, por más que hasta ahora haya estado muy abandonada, debido, más que nada, a que se encuentra alejada de la ruta habitual de quienes, como los gansos salvajes, van siempre siguiéndose unos a otros. Se proyecta, pero hasta ahora únicamente por escrito, tender líneas férreas a Madrid, Lisboa y Sevilla.

## BADAJOZ

Badajoz es la capital de esta provincia. La mejor fonda es la de Las Tres Naciones, sita en el número 30 de la calle de la Moraleja. En la calle de la Soledad hay dos posadas, una es la del Caballo Blanco y la otra de Caballeros. Los mejores cafés son el de Los Dos Amigos, en la plaza y la lealtad, cerca del teatro.

Badajoz es sede de un obispo, sufragáneo del de Santiago, y residencia de un capitán general de la provincia. Como es fortaleza fronteriza, reina en ella mucho recelo hacia los extranjeros curiosos, y es aconsejable hacer una visita al capitán general y, si ello es posible, conseguir su permiso para fisgar por la ciudad con acompañante.

Esta fuerte ciudad se levanta a cosa de trescientos pies de altura sobre el Guadiana, cerca de la confluencia del riachuelo Rivillas. La parte más alta está coronada por un castillo moro en ruinas. Descienden hacia el río largas murallas, mientras los más temibles bastiones, glacis y contraescarpas defienden el lado de tierra. La población es de unas doce mil almas. Es lugar aburrido, con un teatro de segunda clase y pocas atracciones sociales. Se cruza el río por un soberbio puente de granito, terminado de construir en el año 1596, sobre planos de Herrera. Está reforzado por una tête du pont y por las alturas fortificadas de San Cristóbal, que ofrecen, con mucho, las mejores vistas de Badajoz. El nombre de Badajoz es corrupción árabe del latino Pax Augusta, Pexaugousta en griego

(Estrabón, III, 225). Hay quienes dicen que en otros tiempos la ciudad se llamaba Beturia, y hacen derivar el nombre de Badajoz de Beled Aix, lo cual significa en árabe “tierra de la salud”, una salud que consiste en calenturas intermitentes o fiebres palúdicas; otros hay incluso que prefieren derivar el nombre de Badajoz de Bab-geuz o goz, lo que en árabe significaría, “puerta de nueces”, las cuales, por cierto, aquí no existen.

Los que no sientan interés por detalles de sitios o asedios harán mejor en saltar estas páginas. Al militar interesado en cosas bélicas, en cambio, quizás le convenga saber que Badajoz dista unas cinco millas de Portugal, y es, por lo tanto, importante plaza fronteriza. Alonso IX la conquistó a los moros en 1235. Los portugueses la sitiaron en 1660 y 1705. Kellermann y Víctor fracasaron ante sus murallas en 1808 y 1809. Cuando Bonaparte, en 1810, ordenó al mariscal Soult avanzar por Extremadura para ayudar a Massena en Torres Vedras, el Duque previó este avance y advirtió en vano a la Junta de que estuviese preparada. Ballesteros, como en broma, recibió orden de bajar al sur el mismo día en que Soult salía de Sevilla; después de esto, Olivenza hubo de rendirse sin luchar por decisión de su lamentable gobernador, Manuel Herk; pero Badajoz estaba al mando de Rafael Menacho, que era un valiente, y su fuerte guarnición recibió ayuda de un ejército mandado por Gabriel Mendizábal, quien, por desgracia, hizo caso omiso de todas las sugerencias que le hizo el Duque, con la consecuencia de que fue cogido por sorpresa, “en la plaza más fuerte de la comarca” por las fuerzas de Soult, quien, con quinientos hombres, derrotó por completo a once mil españoles en el Gévora. La batalla solamente duró una hora, y los franceses solo sufrieron cuatrocientas bajas. Como rasgo característico se podría mencionar que cuando se comunicó a Mendizábal la noticia de que Soult había tendido un puente sobre el Guadiana, él, que estaba jugando a las cartas, comentó: “¡Bueno, muy bien, pues mañana iremos a echar una ojeada!”, pero mañana, el eterno mañana, sorprendió al indolente y lo machacó, porque no se había ocupado de preparar su posición para atrincherarse en ella, aunque el Duque se lo le había recomendado repetidas veces. “Todo ello se habría podido evitar si los españoles hubieran sido cualquier otra cosa excepto españoles. Se oponen a cualquier medida que se tome para corregirles o salvarles y la hacen ineficaz”. “La presunción, la ignorancia y la

torpeza de esta gente es realmente increíble". "No hicieron nada de cuanto se les ordenó, más bien, al revés, pues lo que hicieron fue justo lo contrario de lo que se les había dicho" (véase Partes vol. VII, passim). El día 4 de marzo, Menacho, lamentablemente, fue muerto, y le sucedió el traidor José Imaz, que rindió la plaza a Soult, quien, al ver las tremendas fortificaciones, parece ser que observó: "Pocas fortalezas hay tan fuertes, pero qué mula cargada de oro podría entrar en esta". Aurum per medios ire satellites: nuestros ingeniosos vecinos, que con tanta gracia critican a l'or de la perfide Albion, nunca sienten escrúpulos, ni en paz ni en guerra, por lo que se refiere a atacar o reblandecer murallas con ese pico metálico, que nuestros gobernantes, bien por demasiado honrados, o porque no han leído a Horacio, omiten muy sistemáticamente utilizar.

La compra le fue otorgada y entregada a Soult el día diez, y en ella estaban incluidos la ciudad, los siete mil ciento cincuenta y cinco hombres de la guarnición, provisiones y bastiones intactos. Y eso que Imaz ya sabía perfectamente, incluso el día seis, que Massena estaba en plena retirada, y que Beresford, con veinte mil hombres, corría a reforzarle. Pero, en lugar de actuar de acuerdo con estas noticias, de las que Soult no estaba enterado, lo que hizo Imaz fue comunicárselas a los franceses, con lo cual les salvó de la destrucción y, lo que es peor, hizo esto precisamente cuando Lapeña estaba salvando a Víctor de la ignominia en Barrosa. Si Badajoz hubiera resistido, aunque no hubiese sido más que unos pocos días, los franceses no habrían tenido más remedio que evacuar Andalucía, y "nosotros", como dijo el Duque, "habríamos salvado sin duda a España". "Su caída fue, con toda certidumbre, el más fatal acontecimiento de esta guerra" (parte del 4 de diciembre de 1811).

El hecho mismo de que Soult pusiera sitio siquiera a Badajoz fue un error, lo que habría debido hacer Soult es marchar día y noche para acudir en ayuda de Massena en Torres Vedras, pero la envidia que sentía por su colega, mariscal como él, le indujo a demorarse a mitad del camino; y es evidente que, de haber sido Imaz leal, y de haber resistido Badajoz, Soult habría acabado tan mal como Massena.

En cuanto la fortaleza se hubo rendido a Soult, Beresford trató de recuperarla. Pero fracasó en este intento, por causa, como incluso el tolerante Duque dijo, “de su lamentable tardanza” (parte del 10 de abril de 1811); y cuando hubo dado a los franceses tiempo suficiente para impedir por completo su victoria, se arriesgó a la innecesaria batalla de Albuera, forzando así al Duque, como ha demostrado Napier, a pasar dos años más de aspérrimas operaciones militares.

El Duque decidió ahora tratar de hacer lo que le fuese posible en tal situación y, después de tomar Ciudad Rodrigo, hizo sus preparativos, y con tal secreto que ni amigos ni enemigos pudieron adivinar sus planes. El 16 de marzo de 1812 atacó Badajoz, mientras Soult y Marmont estaban demasiado lejos para salir en su defensa. La plaza había sido muy reforzada y estaba defendida ahora por el valiente Philipon, con cinco mil hombres a sus órdenes. Su defensa fue magnífica; y ahora no había ningún Imaz traidor, pero “ninguna época”, dice Napier (XVI, 5) “vio jamás tropas más valientes que las que entonces atacaron Badajoz y la conquistaron”. Estas operaciones fueron tan delicadamente calculadas que Soult pensó que el Duque tuvo que haber interceptado algunos partes de Marmont. Empero, el Duque se vio forzado a perder once preciosos días por causa de un tiempo insólitamente desfavorable, y por la mala conducta de los portugueses; pues la ciudad de Elvas, aunque muy cercana, rehusó enviarle siquiera medios de transporte. De modo que los hombres y los elementos se opusieron conjuntamente a los planes del Duque; pero, como César en Ilerda (Lérida), él solo se bastó para estar a la altura de la situación, venciendo todos los obstáculos. Lo que dijo Voltaire de Marlborough se puede decir también de Wellington: “Cet homme, qui n’ai jamais assiégé de ville qu’il n’ai prise, ni donné de bataille qu’il n’ait gagné”; pero es que ambos pertenecen a esa raza incambiada e incambiable que produce Príncipes Negros y Nelsons, y que vence en Agincourts y en Trafalgares.

Las trincheras se abrieron ante Badajoz el 16 de marzo, y la obra defensiva exterior de Picuriña fue rematada heroicamente el día 24 por orden del general Kemp. Puro y simple valor inglés quedó solo ante el peligro en estos trabajos, pues, debido a la tremenda ineficiencia de nuestro ministerio en Londres, nuestro ejército,

como dice el Duque, “no estaba en condiciones de llevar a cabo un sitio en toda regla”. Lo que hizo, según Picton, fue apelar a Badajoz, in forma pauperis, suplicando, no destruyendo; cada día que pasaba era precioso, pues Soult avanzaba desde Sevilla, Marmont desde Castilla; y, de esta forma, situado entre dos fuegos, el Duque vio que su presa le iba a ser arrancada de las manos antes de que ambos enemigos se juntasen. El 6 de abril se declararon practicables las brechas abiertas en los bastiones de Santa Trinidad y Santa María, al sudeste; y a las diez en punto de aquella misma noche se inició el ataque que tan bien describe Napier (XVI, 5); los obstáculos resultaron ser mucho más tremendos de lo que los ingenieros habían explicado, y no había fuerza humana capaz de vencerlos. Por desgracia, además, hubo que atrasar la hora fijada para el ataque, dando así al inteligente enemigo la oportunidad de preparar nuevas defensas: y las valientes tropas mandadas por Colville y Barnard fueron diezmadas por los franceses, que estaban seguros detrás de los nuevos atrincheramientos: hasta las escalas de los ingleses resultaron ser demasiado cortas para asaltar las fortificaciones enemigas; menos mal que, entretanto, la quinta división, a las órdenes de Walker, consiguió penetrar en el bastión de San Vicente, que está cerca del río al oeste; y Picton, convirtiendo una finta en un verdadero ataque, conquistó el alto castillo situado al nordeste, que los franceses nunca pensaron que fuera a ser atacado, por lo que lo habían dejado relativamente indefenso. Fue de esta misma manera, exactamente, como la fuerte ciudadela de Illiturgis fue sorprendida y conquistada a los españoles por Escipión (Tito Livio, XXVIII, 20). Esto fue lo que decidió la batalla, pues los franceses, viéndose atacados de flanco y por delante, se vieron perdidos, y así es como cayó Badajoz en manos inglesas.

La ciudad, según es uso en la guerra y de los ataques a sangre y fuego, fue saqueada, aunque tanto los oficiales como el Duque hicieron cuanto estuvo en su mano para impedir excesos. El Duque mismo se vio obligado a retirarse para no ser muerto a tiros por sus propios, furiosos soldados. Estos tristes sucesos, tan deplorables como inevitables, son ahora equiparados por los que nos calumnian con los de San Sebastián, calificándolos de horrores que solamente una nación “bárbara e incivilizada” como la inglesa sería capaz de perpetrar; y, sin embargo, no se cometió en Badajoz una décima

parte de las atrocidades de Lérida, Tarragona y otros lugares, ni hubo allí ningún Víctor británico que, como en Uclés, diera ejemplo de lujuria, incendiarismo y pillaje, y un largo etcétera.

Los ingleses, entre muertos y heridos, perdieron cinco mil hombres. Philipon se retiró a San Cristóbal, rindiéndose al día siguiente, y el Duque le trató con todo el honor debido a un valiente enemigo: los mariscales franceses, desconcertados y vencidos, no tenían ahora otro recurso que la retirada y Marmont se refugió en Salamanca, mientras Soult escapaba a Sevilla; fue entonces cuando Hill avanzó sobre Almaraz, destruyendo los fuertes y forzando al enemigo a huir ante él hasta Navalmoral. Una vez más las bayonetas inglesas habían despejado un camino hacia Andalucía, y el Duque se preparaba para arrojar a Soult a Albuera, donde, ciertamente, no le habría tratado à la Beresford; pero en ese momento, como suele ocurrir, sus planes se frustraron por culpa ajena. Ciudad Rodrigo no estaba abastecida, pues los españoles se habían olvidado de enviar allá las provisiones que les habían aportado los ingleses. Fue así como se privó al Duque de redondear su victoria, y fue así como Soult se salvó de nuevo.

El viajero debería cruzar a continuación el puente y subir al San Cristóbal, y luego volver a Badajoz y salir por la puerta de Mérida; delante está la Picuriña; y a la derecha están las canteras, donde se encontraba el Duque cuando fue objeto de un asesino atentado, afortunadamente fallido, durante el ataque a los bastiones de Santa María y Trinidad, que están enfrente; a la izquierda se levanta la sierra del Viento, las Pardeleras, desde donde atacó Soult; en el extremo oriental vemos San Vicente, por donde entró Walker; el viajero debería subir al castillo, que es el solar de la ciudad antigua. En la plaza que se extiende abajo hay una mezcla de construcciones militares españolas y moras en ruinas; en el castillo se ve parte de la mezquita de arcadas rojas, que recuerda la de Córdoba; en la parte superior del torreón hay una torrecilla alta y delgada desde la que se disfruta de una vista de todo lo que fue la posición inglesa; las fortificaciones se encuentran ahora en mísero estado de abandono y dilapidación, y las tumbas de los bravos soldados ingleses están mancilladas por hierbajos.

La catedral no es importante. Fue comenzada en 1248, por Alonso

el Sabio; la fachada es posterior a esa fecha, y su estilo es grecorromano, con pilares jónicos y una imagen de san Juan Bautista; en un portal lateral se ve, fijado sobre una losa de mármol, el martillo que solía usarse para anunciar la muerte de un canónigo, antes de que se introdujera el uso del toque de difuntos. Los antiguos, en tales ocasiones, lo que hacían era golpear calderas de latón para espantar a las furias, de la misma manera que ahora el toque de difuntos espanta a los demonios. Obsérvese la Magdalena, de Mateo Cerezo: aunque algo dura e indiferente, y aquí se le apoda Van Dyke. La capilla de Santa Ana tiene algunos cuadros estropeados de Luis de Morales, llamado El Divino, más por causa de sus pinturas de la divinidad que por la divinidad de su pintura, y hay una calle que lleva su nombre; Morales vivió aquí en 1581, cuando Felipe II, que iba camino de Lisboa, le mandó llamar y le dijo: "Sois muy viejo, Morales", él respondió: "Y muy pobre, majestad"; ante lo cual, Felipe II, que era un verdadero protector de las artes, le concedió una pensión anual de trescientos ducados, de la que el pintor disfrutó hasta su muerte, la cual tuvo lugar en 1586. Pintó, sobre todo, al Salvador coronado de espinas y también Madonnas dolorosas; remataba bien sus obras, y fue como el Parmigianino de España, aunque más bien torpe en su dibujo, que tiende a la prolongación; además, es con frecuencia oscuro y frío de colorido. Pintó muchos lienzos de gran tamaño, los cuales, por hallarse a desmano, son muy poco conocidos Los franceses se llevaron sus cuatro mejores cuadros de la catedral, y los que quedaron han sido repintados; obsérvese una Crucifixión, con un viejo que parece pintado por el Parmigianino. En el claustro de la catedral se pueden admirar algunos arcos muy singulares y pilares retorcidos.

En la parroquia de la Concepción hay un Salvador con la Cruz, retocado, y una bella Virgen con el Niño, pintada en 1546 por Morales: está muy estropeada; en el de San Agustín había otra de sus obras, y también una ridícula tumba del señor de Bai, que fue un general de Felipe V; la efigie del heroico finado parece un babuino con peluca.

Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz –obsérvese lo blasfemo del tal personaje, capaz de tomar tal nombre en vano– nació en Badajoz en 1768. Extremadura, que otrora fue capaz de dar a a luz a Pizarro y

a Cortés, capaces de conquistar mundos, ahora, ¡qué decadencia!, se ha convertido en la cuna de un Imaz, que perdió su capital, y de un Godoy, que trujamaneó su reino: a cuya fiebre de avaricia y afán de malbaratar, alieni appetens et sui profusus, debe España el empobrecimiento de sus hospitales y sus instituciones de beneficencia, cuyos fondos confiscó Godoy, dándoles a cambio valores del gobierno, que, a fin de cuentas, resultaron valer como un assignat francés. Nadie salió ganando de estas aventuras, como no fuera los tiburones de la Corte, mientras los enfermos y los huérfanos quedaban despojados de todo. Godoy, como una sucia bestia de presa, estaba siempre pidiendo, siempre zampando y, pesar de todo, siempre escuálido, necesitado, hambriento; saqueó sin escrúpulos, y gastó sin beneficio.

A esta pérdida de valiosas instituciones en España, Godoy añadió la de la armada y las colonias ultramarinas de su patria. Foy (II, 248) ha diseñado admirablemente a este peligroso valido, pues nada hay tan peligroso como un tonto. Godoy fue el representante más perfecto del corrompido sistema que era el desgobierno de Madrid, la úlcera visible, como si dijéramos, que denuncia la plaga; pues cuando reina un rey déspota es la Du Barry quien gobierna, y cuando quien manda es una reina déspota el verdadero gobernante es Godoy. Godoy tuvo la rara fortuna de ser amado por la reina y reverenciado por Carlos IV, de modo que fue al tiempo amante de la esposa y favorito del marido. Los supersticiosos españoles creían que esto se debía a brujería. El rey delegó en él su poder y su prestigio, en un país donde, a semejanza de un sultán, el rey lo es todo. El gran visir remedaba el orgullo que nace con la alta cuna, y los adulones heraldos, como estaban bien pagados, no tardaron en derivar su apellido del ilustre godo: así, Godoy, como quien dice "godo soy": Nobilitant me, orti gothorum ex sanguine reges. El poder apenas hizo otra cosa que incrementar sus debilidades y su incapacidad; y Bonaparte, adulando la vanidad de tal advenedizo, le convirtió en su instrumento, usándole para llevar a cabo sus designios. Después de treinta y seis años de largo exilio y oscuridad, Godoy fue llamado a Madrid en 1844 por la reina Cristina, viuda de Fernando VII, cuyo más amargo enemigo había sido, llegando incluso a ansiar su muerte y su trono. Este Godoy escribió sus memorias, que, traducidas al francés por D'Esmenard, se publicaron en París por el editor Lavocat en cinco tomos.

El escudo de Badajoz muestra los pilares de Hércules, y su lema es Plus Ultra. Este allende o más allá que allí se proclama está todavía por cumplirse: en el escudo puede muy bien ser que se refiera concretamente a Portugal, el angulus iste de la ambición española; y la falta de este redondeo fronterizo le supone a España una auténtica fuente de amargura, ya que la posesión de Portugal habría sido para ella más que la de Italia o los Países Bajos; ahora, en lugar de serle un contrafuerte, no es más que una auténtica espina en su costado, amén de una frontera vulnerable en extremo. Felipe II sabía esto perfectamente, y cayó sobre su presa, pero fue solamente para que su nieto, Felipe IV la perdiera, cuando el coloso de pies de barro que era España se tambaleaba ya rápidamente, para acabar cayendo.

▪

* El Capitán Widdrington (I, 427) ha arrojado luz sobre el sistema general de los pastos comunes españoles. Para él, esta costumbre comenzó con los visigodos, y piensa que son una de las muchas causas de la situación, lamentablemente retrógrada, en que aún se halla la agricultura española.

# RUTA LIV

# DE BADAJOZ A LISBOA

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Elvas | 3 | |
| Alcaraviza | 4 | 7 |
| Estremoz | 2 | 9 |
| Venta del Duque | 3 | 12 |
| Arrayolos | 3 | 15 |
| Montemornovo | 3 | 18 |
| Vendas Novas | 4 | 22 |
| A los Pegoes | 3 | 25 |
| Aldea Gallega | 5 | 30 |
| Lisboa | 5 | 35 |

Esta ruta, aunque no pertenezca a España, puede ser útil para quienes desean, en Badajoz, volver a Inglaterra por Lisboa; o bien, viceversa, o sea, para quienes, habiendo desembarcado en Portugal, desean visitar Sevilla o Madrid. Es preciso recorrerla a caballo, y está llena de dificultades e incomodidades; los caminos y el hospedaje son peores incluso que en España. Los portugueses nunca han sentido gran interés por facilitar el acercamiento de un temido

vecino. Este viaje ha de ser hecho, cabalgando, por viajeros bien equipados, y se tarda tres días, durmiendo en Estremoz y Montemor; y, sobre todo, ojo con no llevar provisiones. Nuestro amigo Borrow nos ha dado una fiel y gráfica relación de sus aventuras por este silvestre y áspero camino. Lisboa, sin embargo, posee una estupenda posada, Rua do Ferregial de Cima, número 28, dirigida por la señora de Belem, inglesa de nacimiento, que ha introducido dos raras bendiciones: la chimenea y la limpieza, en esta ciudad de ambientes desapacibles y sucios; cobra diez chelines diarios por barba, todo incluido; el hotel que tiene esta señora en Sintra es también muy confortable.

Para quienes solamente desean poner el pie en Portugal, lo mejor será que vayan a caballo hasta Elvas, pues no hay muralla china de arte ni Pirineos naturales, ni profundos Tajos que dividan estos reinos, tan recíprocamente antipáticos; y tampoco la geografía, la botánica o la geología acentúan en modo alguno su separación; un pequeño riachuelo, el Caya, hace el papel de Rubicón, separando a los que hablan el sonoro castellano de los que chillan en lusitano. Estos vecinos no se quieren nada, o sea, justo lo contrario de lo que fuera oportuno, y así es como describe su intenso odio y rivalidad lord Byron, y así es también como lo sentía Wellington:

Pero entre ambos este riachuelo se desliza,

Y apenas si por un nombre se distingue, aun cuando

Dos reinos rivales acosen sus verdes riberas.

Aquí yace, con su cayado, el indolente pastorcillo,

Mirando, estólido, las caracoleantes ondas,

El cual fluye, pacífico, entre enconadísimos enemigos,

Entre el campesino, altivo cada uno cuanto el más noble duque,

Y el esclavo lusitano, el más bajo entre los bajos.

“Yo he tenido”, dice el Duque (parte del 12 de junio de 1811), “que bregar con la antigua enemistad que persiste entre españoles y portugueses, que más se parece a la que siempre hubo entre gatos y perros que a ninguna otra cosa; la cual no tiene en cuenta ni el común peligro ni el interés común, ni siquiera a nivel individual. Los muleros españoles preferirían ponerse a las órdenes de una división francesa que llevar provisiones a una división portuguesa, aunque esta sea aliada nuestra y suya”. El español desprecia al portugués, pues (como él asevera) Dios creó primero a los castellanos, y después a los portugueses, pero solo para que les sirvieran. Cuando empezó la Guerra de la Independencia, como llaman los españoles a la guerra peninsular, los ingleses no esperaban nada de los unos, pero lo esperaban todo de los otros: pues España, ignorante hasta de su propia decadencia, y cuya “enfermedad nacional”, como dice el Duque, “es jactarse de su fuerza”, adoptó un tono altivo, hablando como si Carlos V todavía presidiera sus consejos, mientras Portugal, país más pequeño, y siempre acostumbrado a depender de Inglaterra incluso para seguir existiendo, tuvo el mejor sentido de poner a sus hijos más plenamente en los brazos de su gran campeón, hasta que, como dice el Duque (parte del 2 de mayo de 1812) acabaron convirtiéndose, a juicio de los ingleses, en las segundas mejores tropas de España. Su secreto consistía en “disciplina y en un sistema de buen orden, que únicamente puede basarse en el pago puntual de la soldada, buena comida, buenos cuidados y buena ropa; de aquí que los portugueses sean ahora los gallitos de pelea del ejército; debemos sus méritos más al cuidado que hemos tenido de llenarles puntualmente los bolsillos y la tripa que a la instrucción militar que les hemos dado” (parte del 25 de julio de 1813).

Los “portuguesitos”, alimentados y dirigidos por esos ingleses, se enfrentaron con los franceses e incluso llegaron a hacerles retroceder; ¿qué mayor honor pueden desear? Y ahora que ya no tienen ni rosbif inglés, ni paga o jefes ingleses, tanto ellos como su país se han vuelto, en verdad, mendicantemente ineficientes y hors de combat; a pesar de lo cual, este reino tan ruin, de vino de Oporto y poco más, y que en una semana se convertiría en provincia española o francesa de no ser por ser aliado de Inglaterra, se vuelve más crudo que el mismísimo Herodes, superando incluso a su vecino en violaciones de tratados, ingratitud y contumelia para con

su mejor y único aliado. Pero incluso su debilidad misma es su mejor salvaguardia, pues Inglaterra le perdona impertinencias por no considerarlas dignas de su atención, y sigue tratando a Portugal con consideración, tolerancia y protección, impidiendo así al enemigo común de ambos convertirse en su dueño.

# RUTA LV

# DE BADAJOZ A MADRID

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Talavera la Real | 3 | |
| Lobón | 2 | 5 |
| Perales | 1 | 6 |
| Mérida | 3 | 9 |
| San Pedro | 2 | 11 |
| Venta de la Guía | 3 | 14 |
| Miajadas | 3 | 17 |
| Puerto de Santa Cruz | 3 | 20 |
| Trujillo | 3 | 23 |
| Carrascal | 2 | 25 |
| Jaraicejo | 2 | 27 |
| Pº de Miravete | 2 | 29 |
| Almaraz | 2 | 31 |
| Navalmoral | 2 | 33 |
| Pajar del Río | 3 | 36 |
| Torralba | 3 | 39 |
| Laguna del Conejo | 3 | 42 |
| Talavera de la Reina | 3 | 45 |
| Sotocochinos | 2 | 47 |
| El Bravo | 2 | 49 |
| Maqueda | 3 | 52 |
| Santa Cruz del Retamar | 2 | 54 |
| Valmojado | 3 | 57 |
| Navalcarnero | 2 | 59 |
| Móstoles | 2 | 61 |
| Madrid | 3 | 64 |

Este es el Camino Real de la diligencia, que es el mejor sistema para recorrer esta larga ruta que carece de interés. El camino es malo, los coches lentos, las posadas misérrimas. Es muy poco frecuentada, por mucho que se trate de la ruta de Madrid a Lisboa. Se habla, aunque no mucho, de tender un ferrocarril que conecte Mérida con Lisboa y Cádiz: ¡Veremos! Mérida es la gran atracción. El viajero debería reservar su asiento tres días antes de que el coche salga de Badajoz y, desde esta ciudad, seguir a caballo hasta Mérida, donde puede permanecer dos días, y ser recogido allí para seguir hasta Madrid. El resto del viaje carece de interés, excepto el campo de batalla de Talavera. Se puede hacer un encantador détour desde Mérida yendo a caballo a Alcántara, Plasencia y San Yuste, y desde allí, en diligencia, hasta Miravete o Talavera. Mejor todavía sería, para los viajeros que no tengan prisa, prolongar el circuito y seguir desde Plasencia hasta las Batuecas, Ciudad Rodrigo, Salamanca, Ávila, Segovia y El Escorial.

Las primeras cinco leguas desde Badajoz cruzan una llanura deprimente. Talavera la Real está llena de fiebres y pobreza.

## MÉRIDA

Mérida es ciudad barata, limpia y aburrida, con una población de unos cuatro mil quinientos habitantes. Tiene dos posadas, una de las cuales se encuentra en la ciudad misma, y la otra, más pequeña y tranquila, fuera de ella, en el camino de Madrid: esta es la que nosotros usamos siempre, por causa de su bella vista, pero, más todavía, por la del excelente vino tinto que ofrece, y que es un término medio entre el clarete y el borgoña. Mérida es la Roma de España, debido a sus magníficos monumentos de la Antigüedad romana: a cada paso se tropieza allí con algún vestigio del pasado. Los españoles que aman a Tubal, dicen que fue este su primer fundador, y que su nombre ante o postdiluviano era Morat, no Mérida. Sea ello lo que fuere, el caso es que Emerita Augusta fue reconstruida por el legado Publio Carisio en el año 28 antes de Cristo. El emperador Augusto envió allá a los veteranos emeriti de las legiones quinta y décima, que habían peleado en Cantabria. Esta

ciudad llegó a ser la capital de Lusitania. Su esplendor, tal y como fue hasta el siglo IV, ha sido descrito por Prudencio (Peris., III, 3, 186), en su himno a la muerte de su protectora, Eulalia. Esta Diana de Mérida no debería confundirse con su tocaya la patrona de Barcelona. La Eulalia de Mérida nació allí en el año 292 y fue una de las primeras mártires españolas. Flórez (España Sagrada, XIII, 266) nos da su biografía. El número de ciudades españolas cuyo nombre es Eulalia u Olalla es testigo de su gran renombre. Se trata, evidentemente, de un nombre griego, Eulaleia, que significa "bella habla", a menos que se prefiera recurrir al milesio fenicio, aduciendo O'Lalor. Eulalia era una niñita cuando fue ejecutada, pero sus milagros son dignos de un santo de provecta edad, pues en el año 453, según cuenta san Isidoro (Chron., Aera 491), intimidó a Teodorico, disuadiéndole de saquear su ciudad por temor a que Eulalia le tratase como Ceres había tratado a las tropas de Alejandro en Mileto (Valerio Máximo, I, 2).

Los godos trataron bien a Emerita. Así vemos que Sala, duque de Toledo, reparó el puente romano en el año 686 a petición de Zenón, el obispo. Allí se estableció una sede metropolitana, cuya dignidad fue transferida a Santiago en el año 1120. La ciudad siguió siendo puramente romana, y tal era su recia magnificencia, y tan distinta de cualquier filigrana oriental, que Musa y sus moros, que corrieron a atacarla, exclamaron: "¡El mundo entero tuvo que venir aquí a construir una ciudad como esta!". "¿Y quién", añade su compatriota Rasis, "sería capaz de enumerar las maravillas de Mérida?". La ciudad capituló el 23 de octubre del año 715. Al principio había resistido, según aseveran los cronistas, porque sus habitantes, viendo la cabellera cana de Musa, pensaron que no seguiría viviendo el tiempo suficiente para conquistarla. En vista de lo cual, el astuto moro se tiñó el pelo de negro y se presentó a ojos de los sitiados como un verdadero jovencito. Aterrorizados por tal milagro, los supersticiosos emeritanos se rindieron sin más: se les otorgaron generosas condiciones, y pudieron conservar sus templos, su religión y sus obispos. Los moros mostraron una buena fe que más tarde no se tuvo con ellos. Ellos construyeron el alcázar en el año 835, y cabe colegir la importancia que alcanzó Mérida bajo su égida si tenemos en cuenta que a veces fue residencia del heredero del califa cordobés. Estos recuerdos de su antigua majestad, y las intrigas habituales de las tribus bereberes contra la raza árabe, que

no tardaron en salir también aquí a la superficie, fueron causa de que, en el año 826, Louis le Débonnaire se pusiese en contacto epistolar con los insurgentes y, siguiendo la política defensora de Europa de Carlomagno, atizase cuanto pudo las disensiones entre los moros, ayudando a cuantas fuerzas se oponían al tremendo poder de Córdoba. Reinaud (Invasión des Sarasins, 133) publica esa curiosa correspondencia. Cuando la dinastía Omeya se desintegró, estas comarcas fueron conquistadas por Shabúr, antiguo eunuco de los Beniamir, que se había declarado independiente de Córdoba; pero Shabur acabó siendo derrotado, y Mérida fue degradada, despojándosele, a modo de castigo, del honor de ser la sede del gobierno, el cual fue transferido a Badajoz.

Mérida fue conquistada a los moros el día 10 de noviembre de 1229 por el rey Alonso el Sabio: y ese mismo día comenzó la decadencia de esta provincia y esta ciudad; y ahora, este lugar, que, bajo los romanos y los moros, era Urbe potens, populis locuples, bajo el dominio español se ha vuelto pobre y está casi despoblada. Lo único que conserva es el nombre y las ruinas del pasado, las cuales aquí pasan por ser “piedras viejas e inútiles”, incluso a ojos del mismísimo Ponz (Viaje, VIII, 115-167). Esas ruinas se han convertido, como es habitual, en mera cantera municipal. Felipe II, en 1580, yendo hacia Portugal, tuvo, sin embargo, el buen gusto de darse cuenta de su mérito, y ordenó a su arquitecto, Juan de Herrera, que tomase medidas e hiciese dibujos de todas ellas. Estas preciosas colecciones se quemaron todas en el Palacio Real de Madrid, en 1734. Y fue en vano que, a instigación del embajador inglés en Madrid, el ministro Floridablanca encargase a un portugués, un cierto Manuel Villena, de excavar en la zona: esta actividad acabó abandonándose, y todo ello quedó en nada, porque a Carlos III, a pesar de haber mandado excavar Pompeya, cuando pasó a ser rey de España se le pegó enseguida la apatía del clima; y a pesar de todo eso, Mérida es un verdadero museo tanto bajo tierra como sobre ella: se han copiado ciento cuatro de sus inscripciones, y actualmente están en la Academia de la Historia, en Madrid. Aquí se acuñaron treinta y seis monedas distintas (Ceán Ber., “S.”, 393; Flórez, “M.”, I, 384). El reverso común a estas moneda es una “puerta turriforme”, con las palabras “Augusta Emerita”, estas palabras, por cierto, constituyen todavía las armas de la ciudad; obsérvese, sobre la puerta de la cárcel, una curiosa escultura

antigua de esta encomienda.

Mérida ha sido extrañamente olvidada por nuestros artistas, arquitectos y escritores, quienes únicamente la conocen por encima, después de haber pasado por su territorio sin fijarse. Por ejemplo, Beckford, que se congratula de "su buena suerte, por haber cruzado estas tierras dormido"; mientras Southey, que, en sus Cartas, dedica páginas enteras a repetir detalles de lo mal que había comido y de los parásitos que le habían invadido, pasa por Mérida a la luz de la luna sin decir nada sobre ella. "Ne l'imitez pas", como dijo Voltaire al "Padre pediculoso"; pero Southey era entonces muy joven, y estaba muy enamorado de una "sombrererita de Bath", que era a quien él enviaba estas cartas con objeto de divertirla, por lo cual, naturalmente, no se olvidaba de una sola de las pulgas que le agredían. También Baretti, cuando iba de viaje por estos lugares, se sentía tan aterrorizado por tales torturadores que los compara con los practicantes del suave arte de la crítica literaria; audaz comparación esta, por cierto, en boca de un escritor, y que nosotros nos guardaremos muy mucho de imitar.

Mérida es única en toda España, y bajo muchos aspectos rivaliza incluso con la mismísima ciudad eterna. Se levanta sobre la ribera derecha del Guadiana, que allí está cruzada por un puente romano de ochenta y un arcos y de dos mil quinientos setenta y cinco pies de longitud, veintiséis de anchura y treinta y tres de altura sobre el mencionado río; se trata, como se puede ver, ciertamente, de todo un señor puente, y muy digno, sin duda, de su constructor, Trajano, verdadero Pontifex maximus que fue. Este puente, reparado sucesivamente por los godos y los moros, no fue olvidado por Felipe III en 1610, como atestigua la inscripción de su pórtico: está construido en granito con trabajo de bossage, almohadillado. En una de las islitas del cauce, río arriba, hay un dique de mampostería, llamado tajamar, puesto allí para proteger los arcos contra las inundaciones. De este curioso coto se dice también que ha servido de mercado, pero ahora su arruinado espacio se ha convertido en el reino de las lavanderas. Desde este lugar se ve el alcázar romano y moro erguirse altivo, con su palmera, junto a la ribera. Algunos de los arcos del puente fueron destruidos en abril de 1812, durante el sitio de Badajoz, para impedir el avance de Marmont, cuyo objeto era aliviar a la guarnición sitiada. Aquí

también, en 1808, ochocientos franceses mantuvieron en jaque a todo el ejército de Cuesta durante un mes entero, aunque el río era vadeable y, para mostrar con más realismo la enormidad de tal hecho, añadamos que esta misma fortaleza fue abandonada el 8 de enero de 1811 por Mendizábal y todo su ejército en cuanto vieron aparecer en lontananza las avanzadillas –nada más que las avanzadillas– de Soult; todo lo cual, como dice el Duque, es "lo más grande que han hecho jamás los españoles".

Si volvemos a cruzar el puente, veremos a la derecha el castillo construido por los romanos y agrandado por los moros; luego se hizo palacio episcopal y a continuación fue ocupado por los templarios, de donde adquirió su nombre, que aún conserva, de El Conventual. En 1305, al ser suprimidos los templarios, el edificio pasó a ser propiedad de la Orden de Santiago, cuyo provisor residía en este puesto avanzado de la frontera. Esos caballeros representaban el tipo de monje soldado, mitad y mitad, lo mismo que los Rábitos moros; y de aquí el número de encomiendas, o puestos de mando avanzados, que pertenecen a estas órdenes militares españolas.

El Conventual fue saqueado y destruido por los franceses, que siempre tuvieron Mérida bien guarnecida, por causa de su cercanía a Portugal; pero también la dañaron mucho, y devastaron sus alrededores; igualmente, talaron la ornamental alameda, y ni siquiera respetaron los olivos, aunque constituían la base misma de la alimentación de los campesinos pobres. Entre los que más saquearon Mérida se cuenta el general Reynier, que fue gran coleccionista de antigüedades. Los escombros que se acumulan en el gran patio de El Conventual son mudo testigo de su vandalismo. De Reynier se dice que "convirtió una ciudad en una escombrera y una ciudad amurallada en una ruina" (Isa., XXV, 2).

Y entonces desapareció la antigua capilla de El Conventual, que había sobrevivido incluso a los bárbaros infieles; el colosal grosor de las paredes sacudidas es prueba palpable del terrible salitre de los que acabaron con lo que el tiempo y el godo habían respetado. Ahora lo único que queda son los restos de un templo, y un patio con pilares de granito; en el centro del reducto hay un aljibe cuadrado y, junto a él, una bajada a ciertos baños muy antiguos. La

escalera está adornada con columnas y frisos corintios, de ese tipo de escultura romana inferior que es habitual en España. El portal romano, cerca del río, tiene una tablilla de mármol con inscripción árabe.

El aficionado a las antigüedades observará a continuación el arco de Santiago, que es de gran tamaño: cuarenta y cuatro pies de altura, y construido por Trajano: ahora no es más que una cáscara, por haber sido despojado de su cobertura de mármol. En torno a él, y amontonadas, como en el patio de un albañil, vemos esculturas mutiladas y abandonadas; cerca está el palacio, medio romano y medio moro, del conde de la Roca, un diplomático del tiempo de Felipe IV, autor del poema épico Conquista de Sevilla, mala imitación de Tasso: obsérvense los bloques de granito de la torre y las partes romanas, que ahora son establo. En el patio abierto, y deshaciéndose, vemos un cuadro del conde en el acto de presentar, en 1630, sus cartas credenciales al Dogo de Venecia; en cualquier otro país, un cuadro familiar de esta categoría se conservaría bajo cristal. Visítese La Casa de los Cerdos, donde hay un pozo construido con fragmentos corintios; y lo mismo en los Descalzos y el Calvario: templos antiguos han sido utilizados como simples piedras viejas, usando los monjes para sus edificios, inscripciones de otros tiempos que ellos ni sabían leer ni comprendían. La Casa de los Corvos está construida como la aduana de Roma, con la piedra de un templo dedicado a Diana; era períptero, o sea, rodeado de columnas, de granito y acanaladas, y capiteles corintios; los intersticios han sido rellenados: la mejor vista es desde el jardín. El granito de Extremadura es perecedero, de modo que los ángulos están desgastados, como terrones de azúcar a medio disolver, mientras lo que queda de los ladrillos sigue estando en perfecto estado, aunque la piedra se ha consumido bajo el diente corroedor del tempus edax rerum et hominum.

La casa moderna también está muy estropeada, de modo que todo ello va camino de arruinarse por igual. El señor ausente lo abandona a la indiferencia de un administrador que ocupa unas pocas habitaciones. El ambiente romano permanece, pero la gema y la vida se han ido, y un ruin insecto se ha introducido en la cáscara vacía de un animal más grande.

El foro estaba cerca del convento de los Descalzos; lo único que queda son los alrededores y algunos fustes de columna, porque este enorme convento fue construido a expensas de restos antiguos; debajo iba la Via Lata, plateia, odoj platoj, en griego, o sea, el Camino Real para Salamanca, que ahora se llama Vía de Plata, corrupción muy corriente en España, donde la oreja se aguza rápidamente al menor tintineo de plata. El puente romano de cuatro arcos cruza todavía el riachuelo Albarregas, Alba Regia; sigue en casi perfecto estado, con sus cuatrocientos cincuenta pies de longitud por veinticinco de anchura, y aún se conserva el pavimento original, a pesar de diecisiete siglos de tráfico. Va cerca del acueducto, que, sin el menor género de duda, es uno de los mayores vestigios que nos ha dejado la Antigüedad en la Península Ibérica o incluso en el mundo entero: diez de sus arcos están casi perfectos, quedan treinta y siete fustes, y algunos son de noventa pies de altura; están arqueados en tres niveles, y son de ladrillo y granito, este esculpido en almohadilla y aquel en hileras como de cordón. La magnitud de estos monumentos es realmente impresionante; son los datos que nos han dejado los romanos para que de ellos deduzcamos su fuerza y su intelecto. Abajo, a lo largo de ellos, sigue fluyendo el riachuelo, labitur et labetur, y seguirá fluyendo igual de suavemente cuando hasta estas gigantescas ruinas se hayan desmoronado. Y entonces, con toda esta grandeza ya desvanecida, nadie podrá, contemplándola, inquietarse por los pequeños disgustos de su mísera existencia. Es una solitaria escena esta, una cosa del pasado; los higos silvestres entre las hierbas y las ruinas desmoronantes dan testimonio de la fertilidad de la naturaleza y del abandono del hombre: todo aquí es silencio, excepto cuando la rana croa en el pantano, y la cigüeña[*] crotora con su largo pico desde los arcos más altos, donde ella ha construido su seguro nido: bien hacen los pigmeos indígenas de estas comarcas llamar a todo esto “Los Milagros”, pues para ellos ciertamente son milagros, y obra de seres mucho más grandes, los cuales ellos apenas pueden destruir. Siéntese aquí el forastero y medite, en una tarde serena, como nosotros hemos hecho mucho tiempo más tarde, sobre estos monumentos, los cuales, como él mismo, nada tienen que ver con los modernos emeritanos; esos monumentos son de una época y una raza distintas y han sobrevivido a los nombres de sus constructores; allí siguen, en pie, grises y maltrechos, pero enhiestos y soportando únicamente el peso de los siglos. Y sobre ellos se extiende, tal una

cortina, el cielo azul, bello y luminoso como en la primera aurora de la creación, pues la naturaleza no decae: aunque, quizás, esos arcos, nunca, ni siquiera cuando aún eran perfectos, fueron tan emocionantemente pintorescos como ahora; los vándalos destruyeron sus proporciones, pero el tiempo ha borrado las cicatrices con líquenes, y teñido los fragmentos curtidos por el tiempo; su antigua gloria ha sido, ciertamente, domada, pero qué tierna es la piedad que el pasado nos infunde.

Este no fue más que uno de los muchos acueductos romanos de Mérida; hay otro que cruza la carretera de Madrid, del que únicamente quedan tres fustes, como para dejar en vergüenza a los correteantes y chapuceros acueductos modernos que construyó el Maestro Esquível en el reinado de Felipe II. Lleva agua desde El Borbollón, que es una fuente que mana a cosa de dos leguas de Mérida, cerca de la aldea de Trujillanos.

Los romanos comprendían perfectamente que el agua que se envía en tuberías se elevaría hasta su propio nivel (Plinio, Historia Natural, XXXI, 6). Sin embargo, a los sitiadores les resulta más fácil cortar tuberías, y para los romanos las bases de la arquitectura eran utilidad y solidez; además, la construcción de acueductos y el tendido de carreteras “hacían famosos” a los generales y daban ocupación a los soldados, propter otium castrense. Allende estos tres fustes de arcada, y pasando la ermita de San Lázaro, está el Circus maximus: yace en una depresión contigua a la carretera de Madrid, y tan bien conservado está que se podría celebrar en él sin dificultad una carrera de cuadrigas. El trayecto de este hipódromo es ahora un trigal, pero la elevación central, sobre la que se ponían las metae, sigue en perfecto estado, con su pavimento original. La longitud total de este trayecto es de mil trescientos cincuenta y seis pies por trescientos treinta y cinco. Los muros exteriores son de prodigioso grosor: las ocho órdenes de asientos siguen en sus sitios. La vista de Mérida desde la colina que domina todo esto es encantadora.

Si seguimos por fuera de la ciudad hacia el este veremos el teatro, llamado Las siete sillas por causa de las siete divisiones de los asientos: este está también en casi perfecto estado, y lo único que se echa en falta en él es el proscenium. Los vomitorios están

prácticamente intactos; obsérvense los curiosos agujeros horadados en las piedras. A los españoles, añadiendo a la recia solidez de la obra romana otro medio círculo de mezquino puntal de ladrillo, se les ocurrió convertir este teatro en una plaza de toros, que los franceses han destruido, y la parte moderna ha quedado ahora como peor ruina que la antigua; cerca de ella vemos lo que fue otrora anfiteatro, o según sostienen algunos, la naumaquia; esta ha sido muy usada, tanto por los moros como por los españoles, a modo de cantera. La última vez que estuvimos aquí nosotros, un porquerizo había construido en ella una especie de cobertizo, y nos pareció el ejemplo vivo de la idea que se hacen los orientales del proscrito o el paria, "que vive en monumentos y comen carne de cerdo" (Isaías, LXV, 4).

Enfrente de la posada, junto a la carretera de Madrid, está el convento de Eulalia. El hornito, donde cocieron a la "niñita", fue convertido en capilla en 1612, y ahora está abandonado a los cerdos y a los propietarios de estos, que son más sucios incluso que ellos. El pórtico es bajo y desproporcionado: obsérvense las estrías de un curioso color púrpura que tienen sus columnitas truncas: allí se lee una inscripción antigua, que dice: "Marti Sacrum Vetilla Paculi", junto con una moderna: "Jam non Marti sed Jesu Christo, D. O. P. M. ejusque sponsae, Eulal V. M. denuo consecratum". El pilar del Campo de San Juan fue erigido en 1646: todas estas obras son de mal gusto: simples pasticcios hechos con los disjecta membra de los antiguos templos y fragmentos traídos aquí desde el templo de Marte, que está en la plaza, y dedicado ahora a Santiago, y de capiteles y altares romanos puestos unos encima de otros: he aquí las migajas del paganismo, vueltas a servir en nuestra mesa; de esa forma, Marte y Diana han sido desplazados o convertidos en Santiago y Eulalia, aunque, en principio, sigan siendo los mismos, mutato nomine tantum. Las formas del error pueden variar, pero su sustancia se mantiene inmutable. De la iglesia contigua, dedicada a santa Eulalia, se dice que data del siglo IV: obsérvense el portal gótico y los singulares capiteles de los pilares; a ambos lados del altar mayor hay capillas antiguas. La de la izquierda pertenece a la familia de Roca. Hay otras antigüedades en las cercanías de Mérida; en primer lugar, el lago de Proserpina o Charca de la Albufera, que está a cosa de una legua de distancia al norte. El muro de granito, que remansa el agua, es gigantesco. Las torres, por las que bajan

escaleras hasta la cisterna, se llaman Los Bocines. Hay otro aljibe o alberca romana cerca de Trujillanos, a dos leguas de distancia, el cual recibe el nombre local de Albuera de Cornalvo; este es menor que la charca, pero el estilo de su ejecución es igualmente colosal. Las hileras de escalones han hecho pensar a algunos estudiosos de la Antigüedad que era aquí donde se llevaban a cabo las naumaquias.

Hay una Historia local, un grueso volumen en octavo de 672 páginas, Historia de la ciudad de Mérida, obra de Barnabé Moreno de Vargas, Madrid, 1633. Este señor había sido corregidor y, como él mismo cuenta, escribió este libro con ayuda de santa Eulalia. Toda su palabrería no deja nada mal a la "bien hablada" jovencita. Las distintas antigüedades de esta comarca están minuciosamente descritas por Ceán Bermúdez, "S.", 384.

Los que quieran visitar el depósito de fosforita de Logrosán y el convento de Guadalupe, tendrán que reservar asientos desde Mérida hasta Trujillo. Los que prefieran volver seguidamente a Madrid, pueden dormir, como hizo Beckford, si tal cosa les es posible o, mejor dicho, si la mala gente se lo permite, pues el primer tramo de este viaje suele llamarse "el confesionario de San Pedro", debido al número de viajeros que han sido enviados por los bandidos al fondo de ese pozo del que nadie vuelve, confesados en algunos casos, y sin confesar en otros. El Duque puso rápido remedio a este estado de cosas: "Tengo entendido que hay una banda de ladrones entre Trujillo y Mérida que se dedican a hacer de diablos: den orden a Penne Villemur de que acabe con ellos".

Los que hagan este trayecto a caballo pueden disfrutar de una excursión a Medellín, que está situado a unas cinco leguas de distancia a la derecha.

Antes de ser saqueado por Víctor, Medellín era una de las ciudades más florecientes de toda la comarca. Hay en la colina un castillo, grande, pero que está en ruinas, y que domina un panorama muy extenso, y a cuyos pies fluye el Guadiana, con un bello puente tendido en tiempos de Felipe II. Y son notables los restos de un puente romano: consúltese Historia y santos, de Juan Solano de Figueroa Altamira, un volumen en cuarto, Madrid, 1630.

Hernán Cortés, el conquistador de Méjico, nació aquí en 1485, el mismo día, según dice un escritor español más celoso de la verdadera fe que amante de la verdad histórica, “que esa infernal bestia, el falso y herético Lutero; pues sabido es que Lutero salió del infierno e intervino en los asuntos de la tierra dos años antes: en 1483 (véase la excelente obra de Prescott La conquista de México, I., 208).

La ascensión, carrera y fin de Cortés fueron verdaderamente moros, pues, elevado desde la nada, Cortés, como Musa o Tarik, conquistó reinos, pisoteó a reyes extranjeros y fue recompensado con ingratitud por el suyo propio. Al cabo de cuarenta años, según él mismo cuenta, con poca comida y menos sueño, y con sus armas siempre a cuestas, Cortés, siendo viejo y sintiéndose enfermo, y estando cargado de deudas, solicitó una ayuda a Carlos V: solicitud, por cierto, que ni siquiera recibió respuesta, pues Carlos V, deslumbrado por el oro del Perú que le enviaba Pizarro, desdeñó los antiguos servicios de un servidor agotado y apenas se dignó conceder audiencia a un hombre que había conquistado para él más provincias que antes tenía ciudades. Pero es acertada la observación de Humboldt: “Podemos recorrer la América española entera, desde Buenos Aires hasta Monterrey, sin encontrar en lugar alguno un solo monumento elevado a la gloria de Colón o de Cortés”: ambos, ciertamente, murieron con el corazón roto por la frialdad, el abandono y la ingratitud de tanta promesa rota.

Cortés es un excelente ejemplo del guerrillero español. Sus modelos son Sertorio, Almanzor y el Cid. Estaba hondamente imbuido de los principios conjuntos de la conquista musulmana y el propagandismo. Comenzó su carrera como un aventurero, ávido solamente de oro, pero se alzó, en cuanto comenzó a tener éxito, a ideas más altas de gloria y religión. Temerario, carente por igual de piedad, justicia y buena fe, sin leyes, humanas o divinas, capaces de detener su avance. Sus ideales eran la algara, o incursión mora y la algihad, o cruzada española. Forzó a aceptar el cristianismo a la gente por él conquistada a mandoble limpio, pero, a semejanza de los musulmanes, se contentaba con una conversión puramente aparente: la simple entrada en la nueva fe y el mero paso de un credo a otro, sin cuidarse para nada de la espiritualidad o verdadera sinceridad del neófito. Sus partes, enviados al rey, han sido

traducidos y publicados en Nueva York por G. Folsom, y son orientales en el idioma y respiran el tono de solemnidad, la arbitraria crueldad de cualquier fanático seguidor de Mahoma. Cortés, auténtico representante de España, ya sea con turbante, cogulla o yelmo encrestonado, cultivó por igual los pecados habituales y dominantes de moro y español: avaricia, crueldad, derramamiento de sangre, intolerancia religiosa y mala fe, sobredorados por una audacia y un talento caballerosos, arrojados, altivos y aventureros; y, como él sembró, así han recogido sus descendientes. Véanse la escena y el contraste que muestran la América española y la América inglesa: la primera es un aborto, digno de Frankenstein, de corrompidos y corruptores padres, ignorante y supersticiosa, siempre rompiendo tratados, siempre empobrecida y siempre llevando la mano suicida contra sí misma; mientras la segunda es rica, fuerte, libre e inteligente, engendrando obras que hacen honor a la ciencia y a la literatura de su madre patria.

Víctor llegó a Medellín para vengar los manes de los saqueados mejicanos y para congraciarse al espectro de Moctezuma derribando la casa paterna de su asesino. Estaba edificada en la fatal llanura que se extiende bajo el lugar donde Cuesta se arriesgó, el 28 de marzo de 1812, a presentar batalla, y fue inmediatamente desbaratado. Cuesta había formado sus huestes en un frente de tres millas de longitud, sin fuerzas de reserva, y con la intención de "envolver a Víctor en una red", repitiendo la suerte de Bailén; su lema era Aut Caesar aut nihil y fue lo segundo lo que consiguió (Schepeler, II, 304). Los hábiles y audaces franceses cayeron sobre su centro; y entonces tres regimientos españoles dieron la vuelta sin tardanza, y toda la caballería, con Echévarri, mal reputado desde Alcolea, a su cabeza, y todos de nuevo en plena fuga. Según dice Belmas (I, 68) los franceses tuvieron doscientas cuarenta bajas, entre muertos y heridos, pero los españoles perdieron más de diez mil hombres, pues los franceses no dieron cuartel. Esta "épouvantable massacre" (Laborde, I, 124), y el feroz trato que Víctor dispensó a los prisioneros, dio lugar a la expresión de jerga "à la Medellín". "Le cruel Maréchal fit aprés la bataille fusiller 403 prisonniers encore" (Schepeler, II, 307); "et l'infantérie remplissant l'ouvrage déshonorant de bourreau massacrait les blessés".

Los cadáveres de las víctimas de Víctor fueron abandonados a los buitres, que son los habituales enterradores ibéricos, y las llanuras, como en Salamanca, quedaron durante años cubiertas de huesos blanqueados. La Junta Central, imitando al senado romano después de la derrota de Cannas, cubrió de honores a los derrotados. Cuesta fue hecho Capitán General y, para embravecer a futuros oficiales a lanzarse a tontas batallas y perderlas, todos los oficiales supervivientes ascendieron un grado; y se creó una clase especial para los rasos.

Las consecuencias de esta jornada carecieron de importancia, pues Víctor no aprovechó las ventajas que se le presentaron, prefiriendo el saqueo y satisfacer un agravio que le atormentaba contra los mariscales rivales suyos: así, pues, no avanzando rápidamente Portugal adentro, que ahora se le ofrecía abierto, lo que hizo fue facilitar la derrota de Soult en Oporto, y su fuga a Lugo, y la pérdida de Galicia, y la de Asturias, por el mariscal Ney.

Siguiendo por el camino mayor desde Badajoz hasta Madrid, antes de llegar a Miajadas, que está a cinco leguas desde Medellín, obsérvense la colina y el castillo de Montánchez, que se yergue a la izquierda: el desolado Camino Real continúa luego hasta Trujillo, Turris Julia, pues se decía, como es normal, haber sido fundada por Julio César. Hay allí una Posada de los Caballeros, muy digna y limpia, regentada por una viuda: está situada en lo alto de la ciudad, por la cual no pasa el camino real, sino debajo de ella. La ciudad antigua, que se levanta a la izquierda, produce una impresión muy imponente por causa de su situación, pero es impresión que se pierde en cuanto se entra en ella: Trujillo tiene unos cuatro mil quinientos habitantes, y es un lugar aburrido y mísero, reducido a la mendicidad por los esfuerzos del general Foy, que instaló aquí sus cuarteles. Las calles son estrechas y están mal empedradas, pero algunas de las maltrechas casas muestran todavía restos de la antigua opulencia de los aventureros que volvieron a su tierra cargados con los despojos de la conquista del Perú. El peñasco de granito sobre el que está construida Trujillo sale de una base de pizarra; el emplazamiento es bueno y bello, y domina la comarca; la ciudad yace sobre la ladera oriental del cerro, el cual, al norte y al oeste, es escarpado. La ciudad de Trujillo se divide en dos partes: la villa, que es, como si dijéramos, la acrópolis, y es la parte superior y

más antigua, ahora está abandonada, y entregada a los muertos y a su entierro: pocos son los Trujillanos vivos que suben a esas alturas una sola vez en sus vidas, o siquiera comprenden el interés que tales vistas y tales ruinas despiertan en los forasteros; ellos prefieren la parte inferior, más cómoda, de la ciudad baja, o ciudad a secas, o sea, exactamente lo mismo que ocurre en el caso de Burgos.

La villa fue muy destrozada por el enemigo, a pesar de lo cual sus ruinas son muy curiosas: la entrada es por el arco de Santiago, que se nos muestra montado en relieve escultórico: cerca de él se ve una torre de tipo normando, pegada a una iglesita; obsérvense el portal y las ventanas circulares. En el lado opuesto de la puerta vemos otra torre, atribuida en la ciudad a Julio César, como era de esperar, aunque la verdad es que más parece muy mora y, de todos modos, contrasta con el pórtico de la catedral, que es moderno y está cerca y es obra académica de V. Rodríguez. La villa está cercada por un muralla que sube por el cerro: en su extremo norte está lo que fue fortaleza romana, de la que la de Mérida es modelo evidente: las torres que la flanquean son de granito. Paséese por la explanada abierta que se extiende ante la entrada. Este castillo ha tenido muchos añadidos en tiempos modernos, pues Trujillo, debido a su situación, domina todas las llanuras circundantes y es punto estratégico de importancia, y más lo sería si estuviese bien mantenido y defendido, pero allí todo es ahora abandono y desmoronamiento. Los caminos y las calles de la villa son estrechos y están tallados en el granito vivo; Trujillo es lugar ideal para el artista, pues ofrece muchos pasos ciclópeos romanos y atalayas moras. La Santa María tiene una torre de tipo lombardo que es más antigua que la iglesia; obsérvese la ventana rosa que está al oeste y las dos ventanas puntiagudas al norte. Este edificio ha sido muy dañado por una explosión: la torre, según los indígenas, es obra de Julio César.

Obsérvese el interior de las tumbas del cardenal de Gaeta y de Diego de Paredes. “Este”, dice el cura de Don Quijote (I, 32), “fue caballero de rango y muy valiente soldado, y de tanta fuerza natural que era capaz de parar las aspas de un molino, por rápidamente que girasen, con un solo dedo; y en una ocasión en que fue apostado a la entrada de un puente, detuvo en seco a un ejército prodigioso, impidiéndole pasar el puente: e hizo muchas otras cosas del mismo

tipo, tales que si, en lugar de haber sido contadas por él mismo, con la modestia del caballero que narra sus propias hazañas, hubiesen sido escritas por algún escritor imparcial y ecuánime, habrían eclipsado las de los Héctores y Aquiles y Orlandos". Hay una vida de este Hércules y Sansón de Extremadura que es a modo de apéndice de la Chronica del Gran Capitán, Alcalá de Henares, folio. 1584; y otra que es obra de Tomás de Vargas, publicada en cuarto en Madrid en 1621.

Cerca de Trujillo se muestra el puente de noventa pies de anchura (la verdad, indudablemente, está en su fondo), sobre el que Diego saltó hacia adelante y hacia atrás: Diego murió en Bolonia en 1534 a la edad de sesenta y cuatro años, y sus huesos fueron traídos a Trujillo en 1545. Diego, sin rival por lo que se refiere a proezas y valentía, estuvo de muchacho en la conquista de Granada, llegó a ser general de Alejandro VI y fue uno de los once campeones del famoso paso de armas de Trani, contra los franceses, donde él solo derribó a tres de sus oponentes; fue brazo derecho del Gran Capitán, y en la victoria de Ceriñola defendió él solo el puente contra una compañía entera de caballeros franceses: también peleó en Pavía, donde el rey de Francia Francisco I cayó prisionero de los españoles; dondequiera hubiese moros o franceses que vencer, allí estaba Diego dispuesto a todo: se puede resumir su gloria diciendo que fue el amigo del Gran Capitán, a quien se mantuvo siempre fiel en todo, tanto para bien como para mal; de tal forma que, en una ocasión en que cierto caballerete de la Corte habló con desdén de don Gonzalo delante del rey don Fernando, de quien don Gonzalo estaba en desgracia, Diego tiró a sus pies su manopla, exclamando: "¡Quien ose decir que el Gran Capitán no es el mejor vasallo del rey, recójala!".

Bájese ahora a la ciudad y éntrese en ella: en su parte superior, cerca de la villa, está la plaza, una pintoresca mescolanza de edificios públicos y privados. La iglesia de San Martín, en una esquina, tiene una bella ventana rosa, una sola nave sostenida por nobles arcos, y un techo de piedra de singular belleza y construcción. Esta iglesia contiene curiosas tumbas: una, con relieves esculpidos en granito de combates contra los moros: aquí se ve también una lapidaria inscripción al conquistador de Perú; pues Trujillo fue la granítica cuna del fiero, falso, cruel, aunque enérgico

Pizarro; “pizarra” esta, por cierto, que es tan dura como España misma. ¡Oh, dura tellus Iberiae! Pizarro perteneció a esa casta bien descrita por el soldado poeta Ercilla:

De aquellos españoles esforzados

que a la cerviz de Arauco no domado

pusieron duro yugo por la espada.

Francisco Pizarro nació en 1480 y, como Milosch, el reciente príncipe de Serbia, fue hijo de un porquerizo y mamó, según se dice, no de la ubre de una romulea loba, sino de una cerda extremeña, apropiada ama de cría local; Pero tales teriotrópicas leyendas surgen en todos los países; así tenemos, por ejemplo, a Habis, rey de España, que fue criado por una gacela: Justino, XLV, 4. Pizarro, como Milosch, no sabía ni leer ni escribir, pero, como otro Cortés, fue un verdadero guerrillero: audaz, astuto, falso, cruel, avaro, ciertamente esto último, y caprichoso como un pachá oriental, pero dotado de un temple mental no menos osado que de robustez su cuerpo; siempre el primero en los peligros, paciente en momentos difíciles, invulnerable a la fatiga, incontenido por escrúpulos de ningún género, siempre afortunado en cualesquiera operaciones que dirigiese. Su fin fue el del cohete, que explota en el momento de más elevación. Fue asesinado, como Sertorio, el 26 de junio de 1541, por el traidor Herrera. La Casa de los Pizarro está en la plaza: fue su indigno sucesor, el marqués de la Conquista, quien la abandonó a la ruina. En la esquina se ven figuras de indios maniatados, dignos símbolos de la sangrienta “conquista”, del saqueo y del asesinato de Atahualpa.

En la plaza está la Casa del Ayuntamiento, en cuyo salón hay algunos cuadros estropeados. Cerca de San Martín está el vasto palacio del duque de San Carlos, con un patio de pomposas pretensiones, al que, como en el palacio de Carlos V en la Alhambra, la comodidad interior ha sido, o, mejor dicho, habría sido sacrificado, pues ambos son monumentos sin terminar de gran

promesa y mendicante ejecución. Visítese también la casa del conde del Puerto, donde hay una buena escalera, obsérvense el retablo de granito de la iglesia parroquial de Santiago, el patio de San Francisco, y la bella casa y jardines de la familia Martilla, destruidos por los franceses, que utilizaron sus materiales para construir un fuerte. La alberca, que, por su nombre árabe, ha sido atribuida a los moros, pero que, por su forma y construcción, fue originariamente un aljibe romano, de los que hay bellos ejemplos en Mérida. Trujillo es el triste monumento de una ciudad gastada y estéril, en la que las cáscaras de la antigua grandeza motejan su actual pobreza; ahora su población es agrícola, y carente de vida, tiendas o comercio: meros labradores o porquerizos, sobre todo estos últimos, pues la tierra está abandonada y sin cultivo; buena parte de ella, por cierto, es pedregosa y pobre, de donde el dicho: Por do quiera que a Trujillo entrares, andarás una legua de berrocales.

▪

* La cigüeña es visitante corriente en las zonas cálidas de España y, como entre los antiguos y los orientales, es ave visitante muy bien recibida, y nunca se la molesta. De ordinario hace su nido en los campanarios de las iglesias, tutto ciconia nido, y los sacerdotes, por consiguiente, la muestran al pueblo como modelo de óptima selección de morada; pero detrás de la cruz está el diablo.

# RUTA LVI

# EXCURSIÓN A ALMADÉN POR LOGROSÁN Y GUADALUPE

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Herguijuela | 3 | |
| Zorita | 2 | 5 |
| Logrosán | 3 | 8 |
| Cañamero | 2 | 10 |
| Guadalupe | 3 | 13 |
| Logrosán | 5 | 18 |
| Casas de don Pedro | $3^{1/2}$ | $21^{1/2}$ |
| Tallarubias | $3^{1/2}$ | 25 |
| Espíritu Santo | 2 | 27 |
| Almadén | 7 | 34 |

Esta es una excursión que cualquier geólogo o botánico que no ande muy mal de tiempo debiera llevar a cabo y, por lo menos, hasta Logrosán y Guadalupe; los que no lo hagan, encontrarán la ruta LV que, continúa hasta Madrid, en la página 33.

Todas las rutas hasta Córdoba y Sevilla las hicieron en 1843 nuestros eruditos y exactos amigos el profesor Daubeny y el captán

Widdrington; este último, en su reciente obra (capítulo VI), da todos los detalles, disipando así los errores de escritores anteriores, que sacaron sus datos de su propia imaginación, por ser ignorantes tanto de la comarca como del tema. La carretera es muy silvestre, y carece de toda clase de comodidades, los más elementales; ténganse en cuenta nuestros consejos preliminares y cuídese de la comida, y contrátese a un guía local; resulta algo difícil conseguir caballos o mulas, incluso en Trujillo. En el primer día a caballo hasta Logrosán se va por un territorio solitario, solo en parte cultivado; La Conquista es un cortijo en ruinas con resonante nombre, cuya finca le fue otorgada a la familia Pizarro. De modo que será mejor seguir el camino hasta la ermita, donde hay un excelente pozo y un eremita muy amable; pasando por jarales y encinares, en Zorita, el camino se bifurca, al sudeste, hasta Almadén, por Madrigalejo, que está a tres leguas y es una mísera aldea, donde murió Fernando, el marido de Isabel, el día 23 de enero de 1516, a la edad de sesenta y cuatro años. “Tot regnorum dominus, totque palmarum cumulis ornatus, Christianae religionis amplificator et postratur hominum, rex in rusticana obiit casa, et pauper contra hominum opinionem obiit”, así escribe su fiel amigo Pedro Mártir (Ep. 566).

La posada de Logrosán es muy mala: habitan esta ciudad alrededor de cuatro mil almas, y está situada en un angosto valle de las sierras Pollares, al nordeste, y San Cristóbal, al sur y al oeste, y al comienzo de la sierra de Guadalupe, que consta de pizarra arcillosa, alternada con cuarcita, y penetrada de vez en cuando por masas de granito. Lo más importante aquí es la existencia de fosforita de cal, cosa que es casi única en Europa; cuya vena o, mejor dicho, depósito de este mineral está a cosa de media milla al nordeste y al sudoeste de la aldea, y se presenta entre arcilla y pizarra, excepto en el centro, donde está mezclada con cuarzo; su existencia se ha comprobado en una extensión de, por lo menos, dos millas aproximadamente, saliendo en ocasiones a la superficie por encima del suelo margoso, y a veces localizable también por debajo, en una capa que, en algunos trechos, tiene una profundidad de diez pies y, en general, oscila entre los seis y los siete pies de anchura. La fosforita es fácil de identificar, debido a su color, que suele ser como de paja, pero en lugares más sutiles tiene una estructura purpúrea y blanca, laminosa y reniforme, como algunos depósitos de carbonato de cal: es sumamente fosforescente cuando se

pulveriza y se tira sobre carbón vegetal encendido; como no contiene ingrediente alguno de vida orgánica, se da por supuesto que se trata de una formación primitiva: el primero en percibir su existencia fue el irlandés Bowles, que lo cita en la relación que hace de su gira a Almadén; lo que Bowles dice fue exagerado luego por escritores españoles y franceses, los cuales cantaron muy eruditamente las glorias de estas riquezas, y el señor Proust llegó a decir que había colinas enteras del dicho mineral; lástima que, no habiendo estado nunca allí, este escritor no diga más que inteligentes inexactitudes. Nuestros amigos, empero, comprobaron que la fosforita de cal no existe aquí en cantidades suficientes para poder ser útil a la agricultura británica, en el caso de que fallase el polvo óseo. Contiene alrededor de un catorce por ciento de fluoruro de calcio; de modo que se ve que la naturaleza ha aportado aquí abundancia de esa materia, que entra en los huesos de los animales, tanto actuales como de otras épocas.

Logrosán se levanta sobre una masa de durísimo y compacto esquisto negro con venas de cuarzo, del que, además, están construidas sus casas; y está situado, como Trujillo, sobre un roquedo de granito; la vista desde la cima es muy vasta. La ciudad propiamente dicha es pobre y sucia, mientras las pizarras salientes hacen que sus calles sean muy incómodas; carece de tiendas o comercio y la población se compone de meros campesinos y porquerizos, pero tiene una bella iglesia sin terminar, que se levanta como una catedral, con un hermoso ábside y un retablo ojival.

Otro gran punto de interés es el convento jerónimo de Guadalupe, que fue en tiempos uno de los más ricos y venerados de España, pero ahora confiscado y sumido en la mayor pobreza y decadencia. Está situado a cosa de cinco leguas de distancia, la mitad de las cuales son llanura y el resto sierra; en realidad, equivalen, por lo menos, a siete. Después de pasar por un amplio jaral vemos la pintoresca aldea de Cañamero, que se levanta sobre una rocosa garganta por la que fluye el bello río Ruecas, mientras una audaz sierra se extiende al este. El capitán Widdrington compara estos lugares con el monte Albano y la Campagna de Roma. Ahora entramos en los desfiladeros de la sierra, en medio de un exquisito paisaje y aromáticas hierbas silvestres; luego se asciende por una empinada tierra alta, que domina el vasto panorama; y desde aquí,

pasando junto a un encantador cortijo, entramos finalmente por las tortuosas y mal hechas calles de Guadalupe. Las posadas son inicuas; pero los muleros suelen conseguir aposento en algunas de las casas particulares de la plaza, y el viajero hará bien en imitarles, pidiendo también aposento allí, ejemplo este que es clásico, pues fue lo que hizo Horacio en Mamurra.

Las estrechas callejuelas de Guadalupe se vuelven más incómodas todavía debido a que han sido tendidas en una ladera; el piso de las casas, sostenidas por columnatas, suele dedicarse al ganado; el convento domina majestuosamente la plaza, dueño y señor en otros tiempos de todo cuanto oteaba; y la miserable aldea que se congrega en torno a sus semi-almenados contrafuertes, parece constar de pollitos apretujados alrededor de la gallina que les dio a luz. Este pueblo dependía de la munificencia de los ricos monjes, así como de los numerosos peregrinos que llegaban allí, atraídos por la palladiana imagen; pero ahora que esas fuentes de prosperidad han desaparecido, el convento se usa como cuartel, aunque conservándose la espléndida capilla en calidad de parroquia. En otros tiempos fue el Loreto de la España Central; Ponz cuenta con detalle (VII, 53) lo lleno que el convento estaba de joyas y oro antes del tiempo de los franceses.

La Virgen de Guadalupe fue la gran Diana de Extremadura: guió a los invasores del nuevo mundo a sus victorias y sus saqueos, y en los repartos de botín siempre se reservaba una parte para ella; así vemos a Cortés, al desembarcar en España, en 1538, apresurarse a venerar su imagen durante nueve días seguidos. Tanto él como sus seguidores abrigaban la esperanza de que, ofreciendo ante su altar los spolia opima de su extrañamente ganada riqueza, obtendrían el perdón divino en el momento de la muerte.

Víctor, inmediatamente después de la derrota de Cuesta en Medellín, y en lugar de tomar urgentes medidas militares, lo que hizo fue llegar aquí a toda prisa, y no, ciertamente, para rezar, o para ofrecer oro, como un Víctor pagano hizo en España (Livio, XXI, 21; Silio Itálico, III, 15), sino tentado por la auri sacra fames virgiliana, pues estaba enterado de que Cuesta, aunque falto de todo, había respetado, movido por lo que Schepeler califica de santa simplicidad, la plata de la iglesia, de la que, en cambio, el susodicho

Víctor francés se llevó nueve carromatos llenos.

Hay una historia publicada en cuarto en Lisboa en 1631 y escrita por Diego de Montalvo, sobre la historia de esta sagrada imagen de Guadalupe, en la que se cuentan detalladamente sus milagros. La leyenda es la siguiente: en 1330, un vaquerizo de Cáceres descubrió la imagen, obra, indudablemente, de san Lucas, y dada antiguamente a san Leandro, el vencedor del arrianismo, por Gregorio el Grande. Esta talla se había conservado milagrosamente durante los seis siglos de la invasión mora. Allí mismo se construyó una ermita, y en 1340, Alfonso XI levantó, también allí, una capilla, la que Juan I convirtió en 1389 en monasterio jerónimo, dependiente únicamente del Papa. El lugar del milagro era una ladera sureña fértil y cálida, y abundante en fruta, agua y arroyos trucheros, la cual, junto con toda la sierra de Altamira, fue otorgada a los monjes. Esta Orden siempre fue específicamente agrícola, y en otros tiempos llegó a poseer hasta ochenta mil merinos; tan rica era que había un proverbio que decía lo siguiente:

Quien es conde y desea ser duque,

métase fraile en Guadalupe.

Navagiero, que estuvo aquí con Carlos V, describe este lugar como si de una ciudad se tratara, y habla de una torre de la que se decía que estaba llena de oro; y las bodegas lo estaban, en proporción, de vino. Los muros almenados muestran, ciertamente, lo recio que era el monasterio; precaución, por cierto, tan necesaria aquí como en los conventos de Siria, para rechazar los ataques de los infieles.

La primera vista que se disfruta desde la plaza es muy impresionante, y aquí se echa en falta la balaustrada, que quedó sin terminar; la fachada ojival de la capilla contrasta con las viejas torres, torrecillas y edificios, y con la biblioteca, que está a la izquierda; todo el conjunto fue reforzado con nuevas obras cuando el carlista Palillos se atrincheró en él durante la guerra civil; el gran portal da entrada a un noble vestíbulo con un arco moro a la

izquierda; allí está el sagrario, y a la izquierda está la tumba gótica de Alonso de Velasco; los muros estaban decorados con las cadenas votivas de los cautivos libertados por la Virgen, costumbre esta que es puramente pagana. En una capilla contigua hay una pintura de un consejo general celebrado aquí en 1415; subiendo hasta la grandiosa iglesia gótica, a la izquierda, se encuentra la tumba del arquitecto Juan Alonso, "Maestro que fizo esta santa iglesia". La cual consiste en tres naves, de un estilo macizamente ojival, pero la ampliación del coro ha destruido la simetría. La soberbia, altiva reja que separa a los monjes del pueblo es una obra maestra de Francisco de Salamanca y de Juan de Ávila. La cúpula que está sobre el septum es octogonal, con capiteles dorados. El retablo, diseñado por Juan Gómez de Mora y ejecutado por Giraldo de Merlo, es impresionante por sí solo, pero desentona en una iglesia gótica. Estaba lleno de cuadros de Vicente Carducho y Eugenio Cajes; recientemente ha sido modernizado con el peor gusto imaginable.

Los muros de la capilla mayor fueron ornamentados en mármol por Juan Bautista Semeria, genovés, y por Bartolomé Abril, suizo. Obsérvense los sepulcros reales, las estatuas y las tallas y, en la capilla de los cuatro altares, las efigies del príncipe Dionisio de Portugal y de doña Juana, su esposa, levantadas en 1461 y colocadas en su actual emplazamiento durante el reinado de Felipe II. Obsérvese también la tumba de doña María de Guadalupe Lancaster y Cárdenas, duquesa de Aveyro. Una escalera de jaspe conduce al camarín de la Virgen; este donarium o tesoro está hecho en el peor gusto imaginable, con algunas pinturas incompletas de Luca Giordano. Ni las mismísimas Isis o Astarté tuvieron jamás más ropajes que esta imagen. Ponz menciona ochenta, uno de los cuales costó cuarenta mil ducados. Las lámparas de plata, y un largo etcétera, fueron robadas por Víctor, junto con la maravillosa Custodia, obra de Juan de Segovia; luego desapareció el trono de plata de la imagen, y también los ángeles de plata, y los diamantes, perlas, oro y joyas, presentes de reyes. Se trataba, sin el menor género de dudas, de un verdadero tesoro. Víctor se dejó la imagen misma, porque, aun cuando fuese obra del mismísimo san Lucas, no le habrían dado por ella ni cinco francos en el Pont Neuf de París. Los que quieran conocer los detalles de este robo, y de las maravillosas reliquias de este santuario, pueden leerlo todo en la

Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, folio, Gabriel de Talavera, Toledo, 1597.

La espléndida sacristía contiene ocho bellos cuadros de Zurbarán que representan la vida de san Jerónimo. A pesar del abandono monacal, siguen todavía puros y sin mancilla, y el capitán Widdrington sugirió a las autoridades de Madrid que esos cuadros fuesen llevados a la capital. La iglesia está rodeada por un conjunto dispar de edificios, tan grandes como suntuosos. Hay dos bellos y nobles claustros, uno de un gótico ojival y el otro de estilo moro. En el principal de ellos hay una elegante hornacina, relicario o templo gótico, y una doble arcada, sumamente bella, con sus dos órdenes superpuestos. Obsérvese en un rincón la tumba de Gonzalo de Illescas, obispo de Córdoba. Estos patios, en los buenos tiempos de los monjes, estaban llenos de naranjos y de flores, pero ahora se encuentran en plena decadencia. La botica, o dispensario médico, continúa intacta; y también la biblioteca, de la cual, empero, han desaparecido los mejores libros. Es triste reflexionar que esta espléndida mole, en la que se gastó tantísimo dinero, es, a semejanza del Escorial, completamente inútil en tan remoto lugar. Acabará deshaciéndose en ruinas, como el sistema monástico para el que fue construida, y para el que únicamente valía. Los monjes, por su parte, ya han cumplido con su deber: fueron ellos quienes introdujeron la agricultura en estos antiguos bosques y “valles de lobos”. Fueron ellos quienes abrieron caminos; y fue para facilitar la llegada de los peregrinos para lo que Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, construyó su magnífico puente sobre el Tajo en 1337. Tenorio también dio al convento una bella pila de bronce que solía estar cerca del refectorio. La serranía de Guadalupe es continuación de los Montes de Toledo. Los montes más altos están detrás del convento, y se dice que llegan a tener hasta siete mil pies de altura. Estas montañas separan las cuencas del Tajo y el Guadiana. Los bosques han sido talados por las hachas de los monjes. En las llanuras cubiertas de cergazo hay caza de todo tipo en gran abundancia. Los que tengan intención de visitar Almadén tienen que volver antes a Logrosán: lo cual es un salvaje viaje a caballo por distancias inciertas y por románticas dehesas y despoblados. La parada de mediodía del primer tramo del viaje habrá de ser en Casas de Don Pedro, a media legua de distancia, y allende este sitio se cruza el Guadiana con ayuda del servicio de lanchas. Se dormirá

en Tallarubias, Lacipea, bonita ciudad de solamente tres mil cien almas, pero donde los hospedajes son pésimos. Aquí dejan de verse cuarzo y piedra arenisca. Al día siguiente, trayecto a caballo hasta Almadén, más solitario aún, si cabe. La primera y única aldea de este trayecto es Espíritu Santo, que está situada demasiado cerca del lugar de partida para poder servir de parada del mediodía: sirva, pues, para mero descanso y, a ser posible, junto a un riachuelo, antes de emprender la ascensión de la sierra, más allá de La Puebla de Alcocer. Una vez dejados atrás estos pastos, las colinas se vuelven sumamente silvestres y desiertas, con un páramo totalmente virgen en la cima, y desde allí se baja a Chillón, lugar que depende, en cierto modo, de Almadén, del que, sin embargo, está separado por una empinada colina.

## RUTA LV

## (CONTINUACIÓN)

## ALMARAZ Y TALAVERA DE LA REINA

Los que piensen proseguir hasta Madrid, tienen que volver desde Logrosán hasta Trujillo. El Camino Real, después de cruzar el monte por un buen puente, asciende hasta Jaraicejo, miserable aldehuela que domina la llanura, cuyos puntos más interesantes son sin duda la cruz cónica de Santa Cruz y la ciudad de Trujillo. Aquí es donde se demoró el Duque, víctima de la mala conducta del gobierno español después de la batalla de Talavera, hasta que la hambruna y la ruptura de todas las promesas le obligaron a retirar sus huestes famélicas hacia las fiebres de Mérida y Badajoz. Los españoles, ahora, como entonces, guiñan el ojo cuando hablan de su púnica mala fe, y afirman con gran falsía que fueron motivos políticos, y el deseo de garantizar la permanencia de Portugal en manos inglesas, lo que indujo al Duque en realidad a retirarse de España (Schepeler, II, 415).

Desde aquí hasta el puerto de Miravete, el punto culminante del trayecto, y desde donde el ojo puede otear interminables llanuras, puntuadas acá y allá por colinas cónicas. Se cruza el Tajo por un servicio de lanchas sumamente incómodo, cerca del puente, roto, pero pintoresco, de Almaraz, que cuelga de sus soberbios roquedos cubiertos de cergazo sobre el río color verdemar. Este puente fue construido en 1552 por Pedro de Uría, a expensas de la ciudad de Plasencia, para facilitar las comunicaciones entre esta y La Mancha. Más abajo hay otro puente, construido por un placentino, el cardenal Juan de Carvajal, de donde que sea llamado el puente del

Cardenal, y que abre las comunicaciones con Trujillo. El puente de Almaraz consta de dos arcos, uno de los cuales fue destruido en 1809. Tiene quinientos ochenta pies de longitud y veinticinco de anchura, más ciento treinta y cuatro de altura, y enlaza una garganta sumamente pintoresca. lord Hill adoptó para su título este topónimo de Almaraz, ya que fue aquí donde, el 18 de mayo de 1812, dirigió "con consumada pericia una de las acciones más brillantes de la guerra". Siguiendo las instrucciones del Duque, Hill pasó por el intrincado desfiladero de La Cueva, y tan sigilosa y secretamente lo hizo que tanto Drouet como Foy fueron cogidos desprevenidos. Hill, entonces, atacó el Fuerte Napoleón, aunque estaba guarnecido por mil soldados franceses y dieciocho cañones, y lo conquistó sin necesidad de utilizar artillería, a la bayoneta, mientras la guarnición huía saltando al río, poseídos del mayor pánico ante tan inaudita y temeraria bravura. Gracias a esta magnífica acción, Soult se vio separado de Marmont, y el Duque escribió entonces a Inglaterra diciendo que estaría bien que él se enfrentase con Marmont mano a mano, y "nadie en todo el ejército tenía la menor duda sobre el desenlace del encuentro". El cual resultado, ciertamente, fue nada menos que la ocupación de Salamanca. Sir William Erskine, como había hecho en Almeida, lo echó todo a perder al llamar a Hill justo cuando este estaba a punto de atacar y quedarse con todo, como en Miravete. Hill, con solo un puñado de hombres, era el terror de los franceses en Extremadura; y Bonaparte, en carta privada a Soult, pues, en tales circunstancias, era capaz hasta de decir alguna que otra verdad, le preguntó a este "comment il est possible que six mille anglais et quatre ou cinq mille portugais aient enlevé les magasins de Merida, se soient avancés jusque sur les débouchés de l'Andalousie, et y soient restés un mois, et cela devant votre armée composée forte de 24.000 hommes, et composée des meilleures troupes du monde, pouvant présenter plus de soixante mille hommes présents sur les armes, et une cavalerie si supérieure en nombre".

Alejándose del Tajo, el camino pasa tierra adentro hasta Navalmoral, y enseguida se entra en la provincia de Castilla la Nueva.

Oropesa da uno de sus títulos al duque de Frías, que posee aquí un palacio algo irregular y bastante maltrecho, y un bello castillo con

torres redondas y torreón: desde aquí, y entre robledales, hasta Talavera de la Reina, o Reyna, llamada así por haber sido otorgada por Alonso XI a su real consorte a modo de appanage, o don natural. Hay otras dos Talaveras; una de estas, la Real, está cerca de Badajoz, y la otra, la Vieja, situada a diez leguas de la Reina, sobre la orilla izquierda del Tajo. Las ruinas de esta última, antigua ciudad romana, han servido para construir la moderna aldea. Sin embargo, se han conservado las columnas y el arco de un templo. Véanse dos artículos en las Memorias de la Academia de la Historia, I, 345, y Ceán Bermúdez, “S.”, 115.

## TALAVERA DE LA REINA

Talavera de la Reina, Talabriga, es un lugar decaído, pero cuya situación es encantadora, junto al Tajo, en una verdeante vega; los ordinarios y los corsarios suelen parar en la Casa del Pijorro o en la del Tigre, cerca del camino de Madrid.

La ciudad de Talavera es antigua, dispersa e incómoda, y está mal pavimentada, pero llena de pequeños temas para un cuaderno de esbozos; la circunvalación interior es romana; las Torres Albarranas fueron construidas por los moros en el año 937; estos viejos cinchos se levantan pintorescamente entre las casas; véanse el arco de San Pedro, y la plaza irregular, con sus casas rojas, sus pórticos y sus balcones. Hay un bello pero maltrecho puente y una agradable alameda, cuyos boscajes se pueblan de ruiseñores en primavera. Talavera, con su río y sus sembrados, es, ciertamente, un oasis en estos desiertos: junto al camino de Madrid hay otro agradable y frecuentado paseo que va hacia Nuestra Señora del Prado, que es una ermita construida sobre el solar de un templo pagano, donde siguieron celebrándose ritos paganos hasta 1807. Estas floralias se llamaban las Mondas de Talavera; se escogía para el gran día una especie de jefe o magistrado, el cual recibía el nombre de Justicia de Mojiganga, porque presidía las grandes imágenes que se llevaban en procesión por todo el lugar, de la misma manera que nuestro lord Mayor o alcalde preside sobre Gog y Magog. También se celebraba una completa lectisternia pagana, y los ídolos iban “a

hombros de hombres" en medio de curiosos ritos, como resto de los antiguos ritos de Flora. De la misma manera, en ciertas partes de Berberia, una imagen femenina, llamada Mata y vestida como una gran muñeca o paso, es llevada en hombros por los campos cuando el trigo está aun verde.

La población de Talavera asciende a unas siete mil personas, y sus antiguas tejerías de seda y talleres de sombrerería están en declive; como siguen declinando los talleres de cerámica tosca, cuya materia prima es arcilla traída de Calera. La colegiata gótica no tiene nada de particular: comenzada en 1211, reparada en 1389, fue modernizada ulteriormente. El convento jerónimo que se levanta junto al río fue bello en otros tiempos; se comenzó a construir en 1389, por orden del arzobispo Pedro Tenorio, y sufrió modificaciones en 1549 y 1624; la escalera y la fachada jónica son excelentes. En los dominicos hubo en otros tiempos tres grandiosos sepulcros: el del cardenal Loaisa y el de Pedro Loaisa y Catalina, su mujer. El historiador Mariana, y Alonso de Herrera, escritor sobre temas de agricultura, nacieron aquí. El puente sobre el Tajo, que está dedicado a santa Catalina, se construyó en el siglo XV por orden del gran cardenal de Toledo, Pedro Mendoza; está muy maltrecho, víctima del abandono.

Fue en la cima de la colina que se ve a la izquierda, en la llanura por donde pasa el camino de Madrid, donde se decidió, en los días 27 y 28 de julio de 1809, lo que el Duque llama con justicia "la larga y duramente luchada batalla contra los franceses, que nos duplicaban en número de soldados" y estaban mandados por Jourdan, Víctor y el rey José en persona. Fue esta la primera vez en que el Duque avanzó España adentro, fiándose de la cooperación de generales españoles y de las promesas de Juntas españolas, pero también fue la última. El ejército español tenía de jefe a Cuesta, hombre personalmente valiente, pero "un niño en el arte de la guerra" y, además, demasiado viejo, orgulloso y terco para poder enseñárselo. Jamás hubo dos naciones tan verazmente representadas como España e Inglaterra por estos dos personajes: el decrépito, ceremonioso hidalgo, que llegaba en carroza de seis caballos, y haciendo esperar a su aliado precisamente cuando de los minutos dependía el destino de naciones; y el otro, personificación de aquíleo poder, mente y cuerpo de hierro y decisión de

relámpago. Cuesta, por no querer seguir los consejos de un oficial de rango inferior, perdió en dos ocasiones el hilo de las operaciones militares y, de esa manera, lo que consiguió fue salvar de la derrota, en la primera, a Víctor, y en la segunda casi causándosela a sí mismo. Si hubiese avanzado sobre el Alberche el día 22, como el Duque le encareció que hiciera, Víctor, que estaba solo, habría sido destrozado; pero, por causa de esa demora, los franceses, advertidos, según Napier, por traidores que estaban en la mismísima tienda de campaña de Cuesta, se replegaron a tiempo, mientras los españoles seguían convencidos de que lo que estaba haciendo el enemigo era huir de ellos; y Cuesta, luego, justo cuando el Duque quería que se estuviese quieto, se empeñó en avanzar. Él pensaba[*] estar al acecho de "gamos volanderos, sin darse cuenta de que lo que realmente hacía era cazar tigres". A punto estuvo de ser destrozado en Torrijos; menos mal que el Duque le salvó a tiempo.

Los aliados tomaron posiciones ante Talavera, los ingleses a la izquierda, en el Cerro de Medellín, y los españoles entre los bosques de la llanura. Víctor concentró todas sus fuerzas contra los ingleses, quienes, a pesar de la desesperada bravura francesa y de la superioridad numérica del enemigo, le derrotaron por completo y por doquier. La lucha terminó con la caída de la noche, el Duque durmiendo por tierra, envuelto en su capa. El segundo ataque de Víctor falló debido a que Sebastián se descuidó y no acudió en su ayuda, cosa, por cierto, que volvió a hacer en Barrosa. Víctor, además, había cometido el craso error de arriesgarse prematuramente a librar esta batalla; por tener celos de Soult, se precipitó, queriendo adelantarse a la llegada de su rival, que acababa de ser derrotado en Oporto. Los franceses acabaron abandonando el campo de batalla después de haber perdido veinte cañones y diez mil hombres, entre muertos y heridos: mientras los ingleses perdieron seis mil doscientos hombres. Y así fue como dieciséis mil valientes se enfrentaron con treinta y cuatro mil franceses, resistiéndoles durante dieciséis horas y, finalmente, forzándoles a retroceder. Y ellos solos lo hicieron, pues los españoles se mantuvieron a la expectativa, como en Barrosa y en Albuera; y, dada su falta total de disciplina, no hubo forma de moverles. "Su ejército", escribió el Duque (parte del 25 de agosto de 1809), "con insignificantes excepciones, no participó en la refriega;

a pesar de lo cual cuerpos enteros de ese ejército abandonaron las armas y echaron a correr ante mis mismísimos ojos, y eso que nadie estaba atacándoles, y ni siquiera les amenazaba nadie con atacarles, sino únicamente, pienso yo, por el miedo que les infundió su propio fuego". "Cuando estos envilecidos soldados escaparon, aprovecharon la oportunidad para saquear cuanto veían y, huyendo de Talavera, saquearon el bagaje del ejército británico, el ejército que precisamente en aquel momento estaba ocupado defendiendo la causa de ellos". Su excelencia el Duque habría podido citar aquí al poeta Lucano (II, 572), cuando la morralla de Cuesta les mostró las espaldas a los aliados a quienes ellos mismos habían pedido que les defendiesen: "Territa quaesitis ostendunt terga britannis".

Cuesta, insensible a la vergüenza e ignaro en experiencia, decidió, después de esto, y a pesar de las urgentes peticiones del Duque, reforzar los pasajes de Baños, con lo cual dejó libre el paso a Soult, permitiéndole así caer sobre nuestra orilla del Tajo; pero, a pesar de este inminente peligro, Cuesta siguió descuidado, sin hacer nada, arriesgándose a perderse él mismo además de a su aliado; hasta que, finalmente, y justo a tiempo, el Duque mismo pasó el llamado puente del Arzobispo,[*] salvando así, no solo a Cuesta, sino también a Andalucía, de la destrucción; y tales fueron, incluso en esta tesitura, la lentitud y el descuido del español, que se vio cogido por sorpresa por Mortier, y derrotado, teniendo que huir hasta Guadalupe, abandonando treinta cañones y todo su bagaje, y esto, por increíble que parezca, contra un escuadrón de dragones.

Después de la batalla, la ciudad de Talavera, que había rehusado el pan a su hambriento aliado inglés, incluso cuando este les ofreció pagarlo con dinero contante, resultó, por la pesquisa de los franceses, tener almacenado suficiente grano para todo el ejército francés durante tres meses (Schepeler, II, 424). Los franceses saquearon la ciudad dos veces. "Víctor reunió sus tropas y les dejó dedicarse al pillaje: a cada hombre se le dio un martillo y una sierra; y ellos se fueron en orden, al redoble del tambor –Víctor había comenzado siendo tambor militar– en grupos bien formados, para dedicarse a esa ocupación, que ellos conocían muy bien, de modo que nada escapó a su búsqueda" (Southey, 24).

Fue así como los enemigos consiguieron por la fuerza y el hierro lo

que les fue negado a sus aliados a pesar de las súplicas y las ofertas de dinero de estos. Los que no llevan nada, pero lo robaron todo, fueron agasajados, mientras los amigos verdaderamente valientes y honorables pasaban hambre. Pero los franceses, según dice el Duque, "lo roban todo dondequiera que van, y dejan que los desdichados habitantes de la comarca se mueran de hambre". Y ahora, Foy (I, 311), para demostrar la gran superioridad de los soldados franceses sobre los ingleses, aduce, además de otras razones, que "20.000 français vivront pour rien où, 10.000 anglais mouront de faim la bourse en la main". La verdad es que no me extraña.

Venegas, que estaba al mando de un ejército español en La Mancha, e iba a cooperar, no llegó jamás a avanzar, pues, habiendo sido nombrado jefe por ser sobrino de uno de los ministros, llevaba órdenes secretas de dejar a Cuesta en la estacada. Se temía en el gobierno que Cuesta consiguiese una victoria, por el mal trato a que habían sometido al feroz viejo después de su derrota en Río Seco.

Los españoles, como ocurrió en Barrosa y Albuera, donde casi se perdió todo por culpa de la mala conducta de su jefe, ahora, como entonces, se arrogaron la gloria del éxito, y Cuesta, en sus partes, afirma que fue "el terrible fuego de los españoles lo que abrumó a los franceses; y Byron, que estaba en Cádiz, escribió que "el parte español y el populacho aseguran que la victoria fue de Cuesta, y apenas mencionan, en cambio, al vizconde". "Estas informaciones e insinuaciones", dice, por su parte, el Duque, "puede ser que les gusten a los sevillanos, pero el ejército británico no olvidará fácilmente el trato que ha recibido" (parte del 31 de agosto de 1809). "Yo llegaría incluso a decir que ni siquiera se nos trata como amigos, y que, si los españoles hubieran cumplido su palabra de cualquier forma que fuese, y si se me hubieran facilitado suficientes víveres, me habría sido posible, después de Talavera, dar la vuelta y asestar un brillante golpe a Soult en Plasencia".

La versión francesa de todo este asunto, que corrió a cargo de monseñor Bory de Saint Vincent (Guía, IX), es típica: "Lord Wellington, alors simple marquis de Wellesley, par une marche inconsidérée, menacé Madrid, mal instruit qu'il était. Le canon de Talavera se faisait encore entendre, que le général anglais apprit

notre arrivée sur le Tage, et, de victorieux qu'il se croyait, déjà s'exaggérant le danger, il abandonna précipitamment le champ de bataille". El vencedor recibió justamente un título por esta magnífica batalla, aunque Mr. Whitbread aseguró que "habría sido mejor para sir Arthur (Wellesley) si no hubiera cambiado de nombre"; y lord Grey criticó su "falta de capacidad y de pericia". Animado de esta manera, el viejo Cobbett lanzó groseras bromas, aireando así su traición anti-inglesa contra el barón de Talavera y sus guerras. Bonaparte quedó tan contento con los dichos y los escritos de esa gente que dio orden de que se tradujesen para los periódicos parisinos, pero incluso los franceses pensaron que se trataba de las habituales falsificaciones buonapartinas. "La verdad es", dijo lord Dudley, "que la oposición lo había jugado todo a la carta de los éxitos de Napoleón, y ahora están muy molestos por causa de sus reveses", pero el partidismo es la maldición de Inglaterra, y así ha de ser siempre, o, al menos, mientras haya gente capaz de pedir a Dios calamidades para su propio país, con el único objeto de perjudicar a sus oponentes y ocupar ellos su puestos y su poder.

Para completar esta pingüe historia, Belmas (I, 92), escribiendo, como si dijéramos, sobre anteayer, y bajo la mirada y la protección de Soult, dice que Cuesta tenía treinta y ocho mil hombres, Venegas veintiocho mil, y sir Arthur (Wellesley, Tr.) veintidós mil ingleses y cinco mil portugueses; o sea, en teoría, casi ciento trece mil "hombres de uniforme" contra no más de cuarenta mil franceses. Así es como se escribe lo que nuestros ingeniosos vecinos llaman historia, cuando el verdadero número de hombres de que disponían los ingleses no pasaba de dieciséis mil soldados bisoños, pero que resistieron y rechazaron a treinta y cuatro mil magníficos veteranos franceses.

Saliendo de Talavera, el deprimente paisaje recuerda al de La Mancha: una amplia extensión de llanuras cerealeras desprovistas de árboles y moteadas por alguna que otra miserable aldehuela. A la izquierda se levantan las nivosas montañas de Ávila y Guadarrama. En Maqueda hay una torre en ruinas, llamada la Torre de las Infantas, donde residió Berenguela durante su tutoría a su sobrino Enrique I. Fuensalida, que da el título de conde y tan bien conocida es de los lectores de romances y baladas, se encuentra a la

derecha del camino que va entre Maqueda y Santa Cruz del Retamar. El roñoso y cansino paisaje continúa hasta Navalcarnero, "la llanura de las ovejas", donde se hace un vino que no se deja beber mal: luego se cruza el río Guadarrama en Móstoles, y poco después el Manzanares, para acabar llegando a las indignas murallas de barro de Madrid. Los artistas y amantes de antigüedades que dispongan de tiempo pueden desviarse desde Maqueda, tanto a la derecha como a la izquierda: como en otros tiempos esta zona fue frontera, se ven en ella muchos castillos, bellos, ciertamente, pero en ruinas, pertenecientes a la antigua nobleza, ex-centinelas de las marcas bélicas; y yendo primero a la derecha, el viajero se encontrará con Ávila, de donde podrá proseguir, pasando por el Escorial, hasta llegar a Madrid; todo eso lleva mucho cabalgar, de modo que no hay que descuidarse en la cuestión del aprovisionamiento. Escalona, que dista de Maqueda alrededor de nueve millas, se yergue noblemente sobre una eminencia desde donde otea el encantador arroyo truchero llamado el Alberche, que está cruzado por un buen puente. Se conservan fragmentos de las antiguas murallas y el, en otro tiempo, magnífico palacio de los condes, con su capilla. Fue construido en 1442 por el gran Álvaro de Luna, al gusto decorativo y semi-sarraceno de esa época; visítese también la colegiata, desde donde se sigue hasta Cadalso, un agradable paseo a caballo, entre viñas, olivas y frecuentes guaridas o huideros llenos de caza: su población asciende a mil almas: situado en lo alto de una eminencia, Caldalso domina una bella vista de llana campiña. Visítense el castillo y los jardines del conde de Miranda, actualmente en pésimo estado: fue allí donde Isabel la Católica se entrevistó con su hermano Enrique IV después de su reconciliación en Guisando, y donde este declaró a Isabel sucesora suya en el trono de Castilla.

A media legua de distancia por un paisaje de frutales y pinos, llegamos al famoso monasterio de Toros de Guisando, y de allí seguimos hasta acabar en Ávila.

Los que opten por ir a la derecha, hacia Toledo, también han de cabalgar; y en primer lugar hasta Torrijos, a dos leguas, y con mil seiscientos habitantes; esta aldehuela está situada en la fértil Sagra, y ahora se encuentra muy derruida; fue en otros tiempos, como Zafra, protegida y ornada por su poderoso señor, y los restos de su

antigua magnificencia, visibles en las iglesias y en el palacio, parecen mofarse de la actual pobreza de sus habitantes; todo va rápidamente hacia la decadencia, volviéndose, con cada día que pasa, más deleitoso de forma y color a ojos del artista: en el exterior de la muralla hay una bonita fuente gótica con su cruz: y en su interior, en la Calle Larga, llena como está de encantadores detalles, vemos una iglesia gótica, soberbiamente adornada, un portalón; un convento en plena decadencia; y un grandioso palacio, con restos, en sus techos, de su anterior grandeza, pero ahora abandonado al habitual destino que acecha a estas mansiones de provincia de los absentistas señores españoles: y desde aquí, pasando por Barcience, con su castillo en ruinas, que está a una legua de distancia, seguimos hacia Rielves y, tras recorrer otras tres leguas más, hasta Toledo. Mucho mejor es, sin embargo, desviarse, desde Torrijos, al sudoeste, hacia Escalonilla, a una legua de distancia, con su población de dos mil almas. Escalonilla tiene un bello castillo en ruinas, una buena parroquia dedicada a la Magdalena, con una reliquia de primer orden: el cuerpo de san Germain de Auxerre. El artista debería arreglárselas para estar aquí el 31 de julio, que es cuando visitan la capilla todos los campesinos de la Sagra. Fuera de la ciudad, a cosa de una legua de distancia al este, cerca de Casas Albas, está la ermita de Nuestra Señora de la Estrella, o sea, la Lucida sidera de la Antigüedad; aquí hay también un gran festival que se celebra todos los lunes de Pascua: a una legua de Escalonilla está la gran aldea de La Puebla de Montalbán, con cuatro mil habitantes. Y bien que vale la plena visitarla, y sus alrededores ofrecen abundante grano, aceite y vino: hay aquí un buen puente sobre el cercano Tajo, que fluye entre terribles rocas, rematadas por un castillo arruinado del que se diría que ha sido puesto allí a propósito para que lo pinten, como los del Rin: en la plaza de la ciudad se pueden ver un palacio de los duques de Uceda, un bello y ornamentado hospital, dos nobles iglesias parroquiales, en una de las cuales se muestran tres grandiosas naves, y la otra, dedicada a san Miguel, con bella torre de ladrillo, construida en 1604 por Cristóbal Ortiz; la imponente fachada de mampostería del convento de monjas franciscanas fue construido en el año de 1543 por Laurencio de Ilachoa: obsérvese también la ermita en ruinas de Nuestra Señora de la Soledad. Toledo está a cinco leguas de distancia, y Rielves a dos.

Los que ya hayan recorrido esta cansina y monótona ruta LV, jamás repetirán la experiencia; y, por consiguiente, en nuestra segunda visita a Mérida, lo que hicimos fue salir a caballo hacia Alcántara, continuando sin falta nuestra peregrinación a Santiago y a las Asturias, y bajando luego a caballo hacia Madrid por León y Valladolid, ruta esta que calurosamente recomendamos a cuantos dispongan de suficiente tiempo.

▪

* Esta vanidad estaba tan arraigada en los antiguos iberos, que los romanos constantemente fingían luchas y de pronto daban la vuelta, lanzándose sobre sus perseguidores, effusé sequentes, y dispersándoles invariablemente. Véase Livio, XXXIV, 14; XL, 48).

▪

* Este puente se encuentra a unas siete leguas y media más abajo de Talavera, y se llama así por haber sido construido en el año de 1338 por Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo.

# RUTA LVII

# DE MÉRIDA A PLASENCIA

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Alcuéscar | 6 | |
| Arroyomolinos | 1 | 7 |
| Montánchez | 1 | 8 |
| Cáceres | 6 | 14 |
| Malpartida | 2 | 16 |
| Arroyo del Puerco | 1 | 17 |
| Brozas | 4 1/2 | 21 1/2 |
| Alcántara | 3 | 24 1/2 |
| Garovillas | 5 | 29 1/2 |
| Cañaveral | 2 | 31 1/2 |
| Coria | 4 1/2 | 36 |
| Plasencia | 9 | 45 |

Aquí sí que no hay más remedio que ir a caballo: contrátese a un guía local, pues esta comarca se compone principalmente de dehesas solitarias; y como el hospedaje es, en general, mediano, conviene tomar las precauciones preliminares de la intendencia. Hay un atajo de doce leguas hasta Arroyo del Puerco, evitando

Cáceres; seis leguas hasta Casas de Don Antonio, y otras seis más.

Al salir de Mérida y de la charca, comienza un erial de cistos: aquí y allá se ven columnas miliares romanas, es decir, hitos o mojones, de cosa de siete pies de altura, erguidas todavía como el día de su erección, marcando la Via Lata, que era la gran carretera romana de Mérida hasta Salamanca, la cual, por cierto, está aún admirablemente conservada en algunos trechos. El mejor libro que hay sobre las vías romanas es la Histoire des Grands Chemins, de Nicholas Bergier, en cuarto, París, 1622.

A cuatro leguas y media de distancia, después de una cuesta, aparece Montánchez sobre su colina; Alcuéscar está a la derecha, y debajo de ella encontramos Arroyomolinos, donde, el 28 de octubre de 1811, lord Hill cogió al general Girard en una trampa. Girard había sido enviado, con cinco mil hombres, por el mariscal Soult para interceptar el reclutamiento español y las contribuciones de enganche, pero él cumplió su misión de una manera muy descuidada y muy poco militar, en vista de lo cual el Duque le preparó una sorpresa, ordenando su ejecución a lord Hill: este soldado, muy capaz en el arte de ejecutar todo cuanto se le encargue, se detuvo en Alcuéscar en la noche del 27: los honrados aldeanos guardaron el secreta tan bien que los franceses siguieron sin tener la menor idea de lo que se les avecinaba, y a la mañana siguiente, muy temprano, en un momento de lluvia no muy fuerte, Hill, con el 71 y el 92, sorprendió a los franceses y les forzó a darse a la fuga. Y vaya si corrieron, tirando sus mochilas y sus bultos y sus armas, y todo lo que les hacía soldados; y eso que estamos hablando de algunos de los “mejores soldados franceses” estacionados en España; lozanos y animados y fuertes, bien repletos de vino y de carne, mientras nuestros ingleses tenían hambre y estaban rendidos; y así y todo, cabe asegurar que, de no ser porque nuestra caballería se extravió, ni un solo francés habría salido vivo del trance: de todas formas, cogimos mil trescientos prisioneros, y toda su artillería, banderas, bagaje y botín. El mismo Girard salió vivo por puro azar. M. Dumas (III, 234) explica muy satisfactoriamente todo este asunto: “Les français, surpris, attaqués avec impétuosité, durent ceder au nombre!”; “quoique les anglais fussent dix fois supérieurs en nombre, le Général Girard conserva tout son sang froid”.

Los que no sientan interés por visitar este glorioso lugar, pueden evitarlo yendo por una vía que, aunque mala, es más corta, y va por Montánchez Mons Anguis. Este fuerte de montaña tiene un castillo que fue prisión del ministro valido Rodrigo Calderón. Esta ciudad es capital de la comarca del tocino, y el cerdo aquí es sensacional; fue posiblemente en este Mons Anguis donde el duque de Arcos dio a probar ces petits jambons vermeils al duc de Saint Simon, que los comió y admiró tantísimo; "ces jambons ont un parfum si admirable, un goût si relevé et si vivifiant, qu'on en est surpris: il est impossible de rien manger si exquis" (Memorias, XX, 30). Su excelencia el duque solía encerrar a los cerdos en lugares donde abundasen las víboras, con las que aquellos se cebaban. Ni perros ni duques, ni sus adulones, parecen haber sido envenenados por estas exquisitas víboras, que rivalizan con las de Chiclana. Así vemos que, entre los moros modernos, los seres humanos viven todavía como esos cerdos, pues lo cierto es que los seguidores de Seedna Eiser se alimentan de culebras. Y, a propósito, el comesapos[*] bípedo no recibe ese nombre por su tendencia a alimentarse a costa de tan poco sabrosa variedad de la rana. Los grandes de España eran servidos por pequeños esclavos, pajes de ambos sexos que lo hacían todo por ellos: "mi todo, mi todito, mi todita", lo que equivale a decir algo así como mi servicialísimo, mi humilde, mi devoto servidor, en una palabra: mi comesapos. Nuestra palabra alligator, o sea, caimán, es otra de esas absurdas corrupciones de palabras españolas, pues se deriva ni más ni menos, de lagarta.

Algunos naturalistas han observado que las serpientes de cascabel de América retroceden ante su obsesivo enemigo, el cerdo, que es, en consecuencia, el gastador, o pionero de la civilización del Nuevo Mundo, de la misma manera que Pizarro, amamantado por una cerda, y porquerizo en su juventud, fue su conquistador. Pero sea ello lo que fuere, lo cierto es que Montánchez es lugar ilustre por causa de su carne de cerdo, en la que los extremeños verdaderamente se extreman y se esmeran. Recomendamos muy de veras y muy en serio a Juan Valiente a todos los amantes del jamón más delicioso; cada uno de sus jamones pesa un promedio de unas doce libras, y se venden a siete reales y medio por cada libra carnicera, la cual equivale a treinta y dos onzas inglesas. Y los derechos de aduana en Inglaterra son ahora muy poca cosa. La grasa, cuando los jamones están hervidos, parece como topacios

fundidos, y su aroma es realmente inexpresable, aun cuando también es cierto que nosotros hemos cenado uno de estos jamones hoy mismo a fin de ponernos en disposición de comprobar la exactitud de nuestra inspiración. Ya nos hemos referido a la ortodoxia, al mismo tiempo que a los encantos gustativos de esta carne de cerdo. Y no solo entra en los pucheros españoles, sino también en sus metáforas nacionales. Los jamones de Montánchez son soberbios; los gastrónomos parisinos se verían muy apurados si, para otorgar el primer premio, tuvieran que sopesar el jamón dulce de las Alpujarras contra el tocino de Galicia o contra el trascendental chorizo de Montánchez. Las costumbres nómadas de los españoles requieren una buena provisión de viaje que sea fácil de transportar, pero que también sea duradera, y esta es la razón del considerable consumo que se hace aquí de alimentos secos y salados, como el bacalao, la cecina, etcétera. La atrasada agricultura española, que no dispone ni de hierbas artificiales ni de nabos, priva a sus clientes de carnes y verduras frescas durante muchos meses del año; y de aquí que el arroz y los garbanzos suplan a las verduras y acompañen bien al pescado salado y al tocino. Montánchez es punto central y casi equidistante entre Mérida, Medellín, Trujillo y Cáceres, a mitad de cuyo camino está Torremocha.

Cáceres, Castra Caecilia, Castra Caesaris, es la capital de esta porcuna comarca. Hay un regular mesón, el de los Huevos, y advierto a este propósito que allí lo que conviene pedir es magras con huevos. La población de la ciudad no llega a diez mil habitantes, y es residencia de las autoridades de segunda fila, y también de muchos propietarios provinciales, hidalgos y hacendados, que se ceban y se enriquecen ahorrando y vendiendo su popular tocino. El clima, como el tocino, es delicioso, y los alrededores son muy fértiles. La elevación mantiene la aseada ciudad fresca, mientras los riachuelos que fluyen del Marco riegan los jardines que producen excelente fruta y verduras. No hay mucho que ver aquí, y la gente es aburrida y porcina. Hay un bello convento jesuita, que fue suprimido, y un seminario, fundado en 1603. La gótica parroquia de San Mateo fue construida por Pedro de Ezquerra. Obsérvese, en la Santa María, el retablo, y también la Asunción y la Coronación del Tutelar. El Hospital de la Piedad, fundado por Gabriel Gutiérrez, tiene un buen patio y una bella

escalera. En la plaza hay algunas piezas de escultura, mutiladas, una Ceres, e inscripciones. Constantemente se excavan antigüedades por los alrededores, sobre todo en la dehesa de los Arrogatos, y constantemente se las vuelve a enterrar, o se las destruye. Cáceres tiene una audiencia cuya jurisdicción abarca más de quinientas cuarenta y siete mil almas; en 1844 fueron juzgadas dos mil doscientas veinte personas, lo que viene a equivaler a cosa de una por cada doscientas cincuenta.

Fue cerca de Cáceres donde, según sus halagüeños admiradores, monsieur Foy se cubrió de gloria. Sorprendido por unos cuantos españoles, el 14 de marzo de 1810, tanto él como sus soldados hubieron de recorrer "six lieues d'Espagne en cinq heures: cette retraite fit le plus grand honneur au Général Foy" (V. et C., XX, 11). "L' Europe", dice el mismísimo modesto héroe, "a vu la célérité de nos mouvements de estratégie et de tactique, et elle a été saisie d'épouvante, car le secret de la guerre est dans les jambes" (I, 89).

Los que no quieran ir a Montánchez o a Cáceres harán bien en girar a la izquierda cuatro millas y media antes de llegar a Alcuéscar y, entonces, seguir por entre robledales hasta Casas de Don Antonio, lugar algo miserable, en cuya venta sin embargo se puede encontrar cama y cena; al día siguiente, seis horas de cabalgata por un terreno sin árboles y sembrado de granito nos conducen a Arroyo del Puerco, buen nombre, si tenemos en cuenta que el impuro animal es aquí el gozo y la riqueza de pobres y acaudalados. En la iglesia parroquial de esta miserable aldea se encuentran diez y seis de los más bellos cuadros que pintó Morales en su vida: doce de ellos son muy grandes; y, aunque frígidos, sucios y abandonados, son, por lo menos, puros. El altar los divide en dos grupos, los cuales, a su vez, se subdividen en dos hileras, cada una de las cuales consta de cuatro cuadros, tres grandes y uno pequeño. He aquí los temas: Cristo en el huerto con la Cruz a cuestas; la Anunciación; Natividad; Cristo en el limbo, muy bueno; San Juan predicando; un San Juan, de tres cuartos de longitud, y un Salvador maniatado, su compañero, ambos muy buenos; el Descendimiento, bueno; el Entierro; el Cristo y José de Arimatea, grandiosos; Adoración de los Reyes; Circuncisión; Ascensión de Cristo; Pentecostés; El Salvador con la caña; y San Jerónimo. Es realmente milagroso que tales cuadros escapasen a la atención de los franceses, que ocuparon esta

aldea durante largo tiempo.

Una solitaria cabalgata de seis horas, entre robles silvestres, nos conduce a Alcántara por vía de Brozas, que está junto a un viejo castillo, y la Torre de Belvís, en la cima de una eminencia desnuda. En la casa del conde de Canilleros estaba la espada del temible García de Paredes. Tres leguas de deprimente llanura sin árboles, con un muro de piedra, el aire aquí es como del condado de Oxford, hasta llegar a Alcántara, lo que, en árabe, es Al-Kantarah, o sea, como decir el puente. Este lugar fue la Lancia de los vettones, la Norba Caesarea de los romanos. La ciudad está situada sobre una eminencia que domina el Tajo, y su población no llega a cuatro mil almas. Es una arruinada morada de miseria, donde las iglesias desguazadas y las casas destejadas dan testimonio del general Lapisse, que fue enviado a Talavera, y aquí estuvo personalmente en 1809: “Toda su marcha quedó marcada por las mas protervas crueldades: se quedó en Alcántara una noche solamente, pero se la pasó entera saqueando, y cometiendo todos los crímenes imaginables, por los que la humanidad puede quedar deshonrada y ultrajada”. Véase, para conocer los repulsivos detalles, a Southey (XX).

Alcántara, en consecuencia de esto, quedó reducida a la miseria en que ahora se encuentra. Antiguamente pertenecía a una Orden militar de monjes, fundada en el año 1156 por Suero Rodríguez Barrientos para defender la frontera, idea esta que había sido tomada de los Rábitos moros. La Orden se llamó al principio de San Julián de Pereyro, y era benedictina. Estos monjes, como los templarios, se hicieron enseguida ricos y poderosos; su riqueza fue muy pronto codiciada por la corona, tanto, por lo menos, como se temía su influencia; y ambas cosas fueron absorbidas en 1495 al arrogarse el rey el título de “Maestre”. Consúltese Orden de Alcántara, folio, Madrid, 1662; Historia de las órdenes militares, Francisco Caro de Torres, folio, Madrid, 1629; y, también, la Crónica de la villa de Alcántara, Alonso Torres y Tapia, 1763. Su noble convento de granito, San Benito, es casi una ruina, y su destrucción fue obra de los invasores; fue construido en 1506 por Pedro de Larrea, y mejorado por Felipe II. La iglesia es soberbia y grandiosa, y elegantes sus esbeltos pilares. El altar mayor, que está muy devenido, muestra aún algunos cuadros de Morales que están

echados a perder, los más bellos de los cuales son un bello San Miguel, un San Juan, una Pentecostés, un Apóstol leyendo, y una Resurrección dudosa. Obsérvese la capilla de Piedrabuena; fue levantada por Pedro de Ibarra en 1550, y enriquecida con granito y obra del cinquecento por Francisco Bravo, comendador de Piedrabuena. Obsérvese su bello sepulcro de mármol. Los cuadros de la capilla han sido vergonzosamente maltratados y abandonados. En la iglesia están enterrados muchos caballeros, por ejemplo Diego de Santillán, 1503; Nicolás de Ovando, 1511; y otros muchos también en el solemne claustro. Aquí se ven un pequeño templo y alguna escultura estropeada, sobre todo una Resurrección y un Adán y Eva.

Obsérvese el harapiento cofre de madera en el que don Pelayo flotó doscientas cincuenta millas río abajo desde Toledo. Morgado, en su historia de Sevilla, nos brinda la leyenda; pero la conservación de futuros legisladores y gobernantes en arcas data de fechas aún más lejanas, pues fue así como Osiris fue salvado en Egipto, y también como Adonis lo fue por Venus; o bien Ion, rescatado así por Creusa, e, igualmente, en una “bien hecha” arca, según informa Eurípides. Esta aventura recibe en griego el nombre de Kutrismoj, y es en un pucherito, o en una “olla”, como suele tener lugar, cosa, por cierto, que a un español le vendría como anillo al dedo. Pero lo que se solía hacer era apoderarse de las leyendas tal y como eran: de tal forma, vemos que los paganos mostraban la caja en la que se salvó así Cypelus, y la tenían colgada en el templo de Juno, en Olimpia (Pausanias, V, 17, 5). La leyenda de don Pelayo, con su viaje en un bote, y su preservación, a fin de que fundase una dinastía, no es ni más ni menos que el dar nombre nuevo al viejo cuento español que nos repite con detalle Justino (XLIV, 4) aplicándolo a Habis. Sobre don Pelayo, véase Asturias; el lector, leyendo en su casa, encontrará la fábula entera en el Don Roderick (don Rodrigo) de Southey, notas, 51.

El puente de Alcántara, o sea, como decir “el puente del puente”, es, sin embargo, digno de verse, aunque sea a costa de recorrer cien leguas; contiene al Tajo, amurallado de rocas, al cruzar la salvaje garganta:

*Dove scorre il nobil Tago e dove*

*l'aurato dorso Alcántara gli preme.*

Filicaia y otros poetas han revestido estos desnudos riscos con flores imaginarias, y adornado el hosco cauce con oro; pero todo esto es pura ficción que la avaricia se cree a pies juntillas si donde ocurre es en regiones lejanas; el profundo y hosco río fluye por una comarca árida y desolada; y aquí parece estrecho lago encajonado en una montaña; pero el puente es el alma de la escena, se yergue como un gigantesco esqueleto, obra de hombres cuando había gigantes sobre la tierra: soledad y magnitud son las principales características. Para comprenderlo es preciso verlo: gris, con el color de diecisiete siglos, durante los cuales ha resistido la fuerza de los elementos y las peores afrentas del hombre; tiene seiscientos pies de longitud por veintiocho de anchura, y está a doscientos cuarenta y cinco pies sobre el nivel habitual del río, que aquí es de unos cuarenta pies de profundidad, aunque en casos de crecida se eleve hasta ciento setenta y seis pies, pues el angosto paso es como un embudo: la mejor atalaya es desde el lado opuesto, bajando por las rocas y volviendo hacia la izquierda. La obra misma nos delata a sus autores, y es sencilla, mayestática, fuerte y útil y guarda relación con su energía y su inteligencia. Este puente es obra de Trajano, en el año de 105 de nuestra era, y es realmente digna de todo un emperador. El arquitecto, Caius Julius Lacer, fue enterrado junto a su obra, pero los bárbaros destruyeron su tumba. A la entrada del puente se conserva todavía una capilla dedicada a Trajano y con unos cuantos versos incisos: un dístico merece ser copiado aquí, pues es el que nos da el nombre del arquitecto:

*Pontem perpetui mansurum in saecula mundi,*

*fecit divina nobilis arte Lacer.*

Tiene seis arcos: el granito está trabajado en bossage, o, como

también se dice, almohadillado, y sin utilizar cemento. El arco central se ha hundido: un arco se destruyó en tiempos de guerra, antes del año 1200 de nuestra era, y fue rehecho solamente con madera, hasta 1543, cuando el emperador Carlos V lo reconstruyó en su forma original, como recuerda la inscripción, que está reproducida en la obra de Ceán Bermúdez ("S.", 398): el segundo arco, en la riba derecha, fue volado, el 10 de junio de 1809, por el coronel Mayne, que había recibido orden de hacerlo si el enemigo avanzaba. Esta Orden, una vez pasado el peligro, fue, por desgracia, no rescindida por Cuesta, o bien lo que pasó es que mataron por el camino al que la llevaba, y Mayne no había tomado la precaución de guardarla secreta; y justo entonces, el general Víctor amenazó el puente, "sin otro objeto que destruirlo" (Napier, VIII, 3). Este vandalismo, que a él no le iba a reportar utilidad alguna desde un punto de vista estratégico, tuvo por única intención provocar odio contra los ingleses: Sed qui facit per alium facit per se. Véase el parte del Duque a Cuesta del 11 de junio de 1809. El puente fue reparado en 1812 por el coronel Sturgeon.

Hay camino directo hasta Coria, que se encuentra a siete leguas de distancia, por Ceclavín, a tres leguas, o por Pescuenza, a dos y, a partir de allí, otras dos más: pero es camino carente de interés. Nosotros hicimos el siguiente détour, y todo el mundo debería imitarnos: primero, ir derecho por la ribera izquierda, por el montecillo y el vallecito, hasta Garovillas, desde donde se baja hasta el río, que allí fluye, tranquilo, a través de una comarca más llana, reflejando sus aguas el cielo azul en lugar de los tonos pardos de las rocas calcinadas, y pasando hasta La Barca, junto a cuyo embarcadero se encuentran los restos de un noble puente romano: de Alconétar o del Mandible; el camino real desde Mérida hasta Salamanca cruzaba aquí el Tajo, pero ahora todo está en ruinas, excepto cinco arcos de puente en la ribera derecha; la mampostería se parece a la de Alcántara: a la derecha, el riachuelo Monte entra en el Tajo; quedan aquí una columna del puente romano y una piedra miliaria, dominado todo ello por un castillo en ruinas. Este paisaje solitario es ideal para el pintor. Una indigna rambla conduce de aquí a Cañaveral, que es una pobre aldea, y donde nosotros pasamos la noche: desde aquí hasta Coria las colinas, todo a lo largo del camino, dominan paisajes maravillosos, sobre todo después de pasados el convento de San Pedro de Alcántara y los bosques de

alcornoques. Coria se levanta sobre el Alagón, que aquí se cruza en transbordador, pues el puente de cinco arcos se levanta, alto y seco, en pleno campo, por haber cambiado el río su curso, o, como dicen los españoles, haberse salido de madre, es decir, de su cauce, el cual, por cierto, parece no haberse dado cuenta de ello, y tenerle sin cuidado, y entretanto los habitantes de Coria no toman medida alguna para enderezar este entuerto, sino que confían en la proverbial tendencia de los ríos a volver a sus antiguos cauces como maridos arrepentidos: Después de años mil, vuelve el río a su cubil. La mayor parte de los ríos españoles necesitan puentes, pero alguna que otra vez son los puentes los que necesitan río, pues España fue siempre la tierra de lo anómalo y lo inesperado, y estos pontes asinorum abundan como las zarzamoras; y hete aquí que los pobres corianos son los únicos que reciben el epíteto de "los bobos", o, como si dijéramos "los bobos del puente": bovo es palabra árabe, y significa justo eso, bobo.

Coria, Corium, ciudad decaída, con cosa de dos mil quinientas almas, es sede de un obispo sufragáneo del de Santiago. Las curiosas murallas cuentan entre las pocas que escaparon a la orden del rey Witiza, por la cual las de las ciudades españolas fueron todas demolidas: estas son romanas, construidas con puro y simple, sólido granito, sin cemento y con un promedio de treinta pies de altura por diecinueve de grosor: están protegidas por torres que se levantan a intervalos, y desfiguradas por viejas casas que se apoyan contra ellas. Desde donde mejor se ven es desde la bonita alameda, cerca de San Francisco. Obsérvese el moderno acueducto y la colosal Torre de San Francisco, con torrecillas esquineras y aspilleras: es castellana, y fue construida con materiales antiguos. La vista desde la cima es buena: las viejas puertas han sido modernizadas; en la de La Guía se conserva algo de escultura mutilada. La catedral es gótica, construida con granito, con contrafuertes y espira de pimentero: la entrada principal está ornamentada con complejo calado cinquecentista; las cabezas de cardenales que se ven en la galería abierta a la derecha están finamente delineadas. El interior, sin naves, parece una gran sala de colegio. La sillería del coro es muy vieja, y muy curiosa, típica de la tosca, pero audaz talla propia de 1389. El retablo no es más que dorado y churrigueresco. Obsérvese el sepulcro de Catalina Díaz, muerta en 1487, y esposa del arquitecto Martín Caballero, muerto

en 1495: este sepulcro está muy enriquecido; obsérvese también la figura genuflexa del obispo García de Galarza, en su magnífica tumba, en el lado del altar mayor; y cerca de ella vemos otra figura, igualmente genuflexa, que es efigie de otro prelado, Pedro Ximénez de Préxamo, muerto en 1495.

Coria, en 1812, fue el cuartel de invierno de lord Hill, cuya bondad, junto con su valor, su estricta disciplina y su forma de castigar a los saqueadores, ganó áureos elogios, sobre todo en comparación con la mala conducta del enemigo. Toda la comarca, hasta Plasencia, fue devastada por Soult; para conseguir detalles, léase a Toreno, IX, y a Durosoir, 231; Coria fue saqueada el 15 de agosto de 1809 por los invasores. “Los cielos se sonrojaron de noche por sus incendios, mientras columnas de humo marcaban su avance de día”. El obispo de Coria, con ochenta y cinco años de edad, estaba enfermo en la cama, en Hoyos, donde, el 29 de agosto, un destacamento de franceses fue hospitalariamente recibido por él, y sus oficiales invitados a su mesa por el clero. A lo cual ellos correspondieron aesinando a seis de sus anfitriones y a un criado, saqueando la casa y, para concluir, sacando a rastras al prelado de su cama y fusilándole (Schepeler, II, 432).

Dejando Coria, las primeras cuatro leguas hasta Plasencia bordean la orilla del río Alagón, entre desolados encinares, hasta llegar al trasbordador de Galisteo. Y en caso (como a nosotros nos ocurrió) de que los boteros se encuentren ausentes, esas castigadas ripae ulterioris amore pueden servir para vado de la corriente justo a los pies de la ciudad, a la derecha, probatum est. La arruinada Galisteo, con su castillo y sus largas líneas de murallas almenadas, que ocultan a la ciudad, tiene un aspecto realmente imponente. El palacio, perteneciente a la familia Arcos, contiene un patio que es soberbio en extremo, con galerías abiertas y columnas de granito, una bella escalinata y medallones del tiempo de Carlos V; está lamentablemente abandonado. Obsérvese también, fuera de las murallas, un fantástico convento con dos torres de ladrillo y un bello portal. Aquí es donde el Jerte se une al Alagón. El noble puente fue construido en 1546 por el conde de Osorio; a tres leguas, pasando por ondulantes colinas, se llega a Plasencia, pero hágase una desviación hasta Malpartida para ver la bellísima parroquia que fue diseñada en 1551 por Pedro de Ezquerra; la fachada es

grandiosa, y clásica. Obsérvense la cornisa y los candelabros, y las estatuas de granito de San Pedro y San Pablo: el interior fue completado en 1603. La escultura del principal retablo es obra de Agustín Castaño, 1622. Los buenos materiales de esta iglesia procedían de la cantera situada cerca de la ciudad, llamada de los cinco hermanos. Una legua larga conduce a la bella Plasencia, situada sobre la última de las lomas que descienden de la nivosa sierra.

## PLASENCIA

Plasencia está ceñida por el Jerte; los dos valles, desde las nivosas sierras de Béjar y de la Vera, son senos de belleza y abundancia: la que se sitúa al noroeste se llama El Valle, y la que está enfrente, La Vera, ver ibi purpureum et perpetuum. La pintoresca ciudad está defendida por desmoronantes murallas y torres semicirculares, con un alcázar en ruinas al norte y una larga línea de vinculante acueducto. Plasencia, vista desde fuera, es, ciertamente, placiente en extremo, desde cualquier lado que se le mire: aquí, río; aquí, roca; aquí, montaña; y más: ciudad, castillo y acueducto, que se conjuntan para encantar al artista bajo un cielo del más puro ultramarino; los mejores detalles se sitúan en la colina moteada de granito, frente a la puerta del Postigo. El valle, al sudoeste, es encantador; y los puentes, muy artísticos. Las familias de Monroy y, sobre todo, Carvajal, han hecho mucho por esta ciudad. Consúltse la Historia y anales de Plasencia, de Alonso Fernández, folio, Madrid, 1627.

Aquí es donde, según algunos, se levantó la Ambracia romana, y sobre Ambroz, su emplazamiento, hoy desierto, Alonso VIII fundó la ciudad a la que, en la nomenclatura de aquella época devota, dio el siguiente nombre: Ut Deo Placet, o sea, el Inshallah moro, y el “si Dios quiere” castellano. Fue hecha obispado, sufragáneo de Santiago, y creció hasta convertirse en floreciente urbe. Ahora ha decaído, y apenas si contiene seis mil almas; nunca logró recuperarse del saqueo de 1809, cuando Cuesta, no haciendo caso de la repetida petición del Duque, omitió asegurar los pasos de

Baños y Perales, dando así vía libre a Soult hasta Talavera, y echando a perder esa dura jornada bélica. Plasencia fue saqueada por Soult, dicho sea de paso, sin misericordia. La ornada catedral gótica esta, lamentablemente, sin terminar. La anterior ocupaba el solar del convento jesuita y, por ser demasiado pequeña, se pensó sustituirla por esta, cuya construcción fue comenzada en 1498. La capilla mayor fue comenzada por Juan de Álava; y, ulteriormente, trabajaron en ella Diego de Siloé y Alonso de Covarrubias. La entrada del sur es noble y sólida. Obsérvense las ventanas y la fachada plateresca, así como también los candelabros: la Puerta del Enlosado, de Berruguete, que da al norte es grandiosa y solemne, con medallones que recuerdan el estilo de Julio Romano, y las armas de Carlos V y de la familia Carvajal. El interior de tres naves está sin terminar. La sillería del coro fue tallada en 1520 por Rodrigo Alemán, y es muy compleja, aunque algo tudesca, con lo sacro y lo profano, lo serio y lo ridículo incongruentemente mezclado. Obsérvense los dos sitiales cerca del coro alto, y la espira gótica: Alemán también talló el confesionario del penitenciario. El retablo del altar mayor y sus estatuas son obra del gran Gregorio Hernández, 1626. El principal tema es la Asunción de la Virgen, a la cual, por cierto, la catedral está dedicada; los colores estridentes y el dorado, y los cortinajes raídos son desagradables, pero el conjunto es grandioso. La reja es una obra maestra de Juan Bautista Celma, 1604; aquí vemos de nuevo a la Asunción. Los magníficos cuadros que aquí se veían han desaparecido. Los de Federico Rici, en el altar mayor, han sido retocados. La Boda de Santa Catalina, de Rubens, ha sido robado, y la Natividad, de Velázquez, fue quemada accidentalmente en el capítulo en abril de 1832. Estos cuadros fueron obsequio del obispo Juan Lozano: obsérvese, entre los bellos sepulcros, el del genuflexo prelado Pedro Ponce de León, muerto en 1573, al estilo de Berruguete. El portal de la sacristía es de un pingüe plateresco, y la cercana y noble escalinata conduce al tejado.

El obispo Pedro de Carvajal está enterrado en la de San Nicolás: esta familia placentina subió muy alto en la iglesia bajo los papas borgia valencianos: uno está enterrado en la Santa Croce de Roma. En las monjas de San Ildefonso se encuentra la noble tumba de Cristóbal de Villalba, cuya imagen armada está genuflexa. En San Vicente vemos la imagen armada de Martín Nieto, 1597, y es de las cosas más bellas de Extremadura; cerca de este convento

dominicano está la Casa de las Bóvedas, construida por el marqués de Mirabel en 1550. Obsérvense el patio y los pilares; los salones fueron pintados al fresco con el tema general de las guerras de Carlos V el emperador. En la terraza claustral, el pensil, se exponían algunas antigüedades encontradas en Capara y en algunos otros lugares, e, inter alia, un pie colosal. La soberbia armería ha sido saqueada: en la Casa de los Vargas hay algunas otras antigüedades, en especial ciertas inscripciones carentes de interés, pero los invasores saquearon estas dos casas.

A dos millas al oeste de Plasencia, en Nuestra Señora de Fuente Dueñas, están las ruinas de un sepulcro romano. Desde Plasencia hay un silvestre pero pintoresco camino de herradura hasta Ávila, a veintiséis leguas, por el puerto de Tornavacas. El pescador y el artista, si disponen de tiempo, deberían, cuando menos, hacer una excursión hasta el puerto, que está a ocho leguas de distancia, subiendo por el encantador valle del Jerte, que serpentea entre frutales y verdura, amurallado a ambos lados por las nivosas Sierras de Béjar y Vera: y podría muy bien hospedarse en Cabezuela, que dista seis leguas.

▪

* Todo este pasaje es un juego de palabras entre toad (sapo y adulador), toad-eater (comesapos y adulador), toady (soplón, alumno adulón del maestro), y las palabras españolas “todo” y “todito”, que para un inglés se pronuncian casi igual [N. del T.]

## RUTA LVIII

## DE PLASENCIA A TRUJILLO

Los que deseen saber lo que significan las palabras despoblado y dehesa, cabalguen por esta áspera ruta de catorce leguas. El puerto de la Serrana, desde donde los salteadores otean en busca del viajero, dista tres leguas, y de allí se sigue hasta San Carlos, a dos leguas, cerca de donde el río Tiétar entra en el Tajo; este último río está cruzado aquí por un noble puente, construido por Juan de Carvajal, y por tal razón recibe el nombre de puente del Cardenal. El castillo que ahora se ve a cosa de dos millas de distancia camino abajo es el de Monfrague, Monsfagorum; desde aquí se sigue hasta Torrejón el Rubio. Una vez aquí, cruzando el Vid por un buen puente, y yendo a través de una comarca completamente abandonada a la caza y los conejos y, de nuevo, cruzando el Monte y Magasca por puentes de piedra, obra todos ellos del cardenal, llegamos a Aldea del Obispo, y al bosque de robles donde Pizarro cebaba sus cerdos. Y así, pasando el Tojos por otro puente, Trujillo pone punto final a este silvestre camino.

## RUTA LIX

## DE PLASENCIA A TALAVERA DE LA REINA

Los aficionados a la pesca, la caza, el dibujo o la geología y la botánica, pueden recorrer este trecho a caballo, visitando San Yuste y yendo desde allí, con un guía local, por las dehesas, o bien hasta Miravete, a la derecha, o a Talavera, a la izquierda; pero, ya vayan a Madrid o a Salamanca, no dejen de hacer una excursión desde Plasencia hasta ese memorable convento al que Carlos V se retiró. Está situado en la ladera sudoeste de la sierra de Vera, a siete leguas de distancia de Plasencia, y a cosa de siete horas de agradable paseo a caballo.

Crúcese el Jerte y asciéndase la empinada Calzones, de donde habrá que seguir entre olivos y viñedos hasta la Vera o valle, cuya extensión es de unas nueve leguas; después de cuatro leguas más de dehesas y matos, el camino asciende a la izquierda hasta Pasarón, que es una pintoresca y vieja ciudad cuyas casas recuerdan a Prout, con sus miradores inseguros colgando sobre un ruidoso arroyo. Obsérvese un palacio de la familia Arcos. A continuación la ruta asciende una ladera empinada, entre árboles frutales de todas clases. Mientras íbamos por esta ruta, nuestros animosos compañeros eran grupos de chicas campesinas trabajadoras y tostadas, cuya única dote era el buen ánimo y la buena salud, y que llevaban sobre sus cabezas cestos llenos donde estaba la frugal comida de los viñadores. Saltarín y elástico era su paso, con los pies protegidos por sandalias, y sin zapato o media que las estorbase, y vivos y descuidados su cántico y su risa, coro de pura alegría juvenil lleno de salud y confianza. Estas bonitas personas, por mucho que ellas mismas no lo supieran, estaban ejecutando una ópera-ballet tanto en acción como en atuendo: cuán vivas y coloridas eran sus sayas de estameña roja, amarilla y verde; cuán primitiva la cruz que

adornaba su escote, cuán gracioso el pañuelo que les cubría la cabeza: y así seguían, pícaramente adelante, bajo los bajos y frondosos castaños. Y ahora se abre la bella Vera, con la amarilla cinta del camino de Badajoz cortando la distancia, toda cubierta de cergazos, hasta Miravete: y enseguida aparece ante nosotros el convento jerónimo, a la izquierda y anidando entre bosques, a mitad de camino hasta la montaña que le protege del viento. Debajo está la quinta Magdalena, donde, en caso de absoluta necesidad, se podría pernoctar; asciéndase, cuesta arriba, hasta llegar al monasterio, manteniéndose pegado a una larga tapia. Este Spalatro español, al que el gotoso Carlos V, harto de Imperio, se retiró para trocar coronas en rosarios, fue fundado en 1404, sobre el solar donde una nidada de catorce obispos godos habían sido masacrados de un solo golpe por los moros. Carlos envió a su hijo Felipe (cuando iba camino de Inglaterra a casarse con nuestra amable Mary) para que inspeccionase este lugar, que él, años antes, ya había observado, considerándolo posible nido de su vejez; él mismo proyectó, estando en Flandes, los edificios que sería preciso añadir al conjunto, los cuales fueron construidos por Antonio de Villacastín, y que se pueden contemplar ahora al tibio sudoeste de la capilla; pero el 9 de agosto de 1809, dies carbone notanda, doscientos forrajeadores del mariscal Soult llegaron hasta allí y saquearon e incendiaron el convento, dejándolo convertido en una calcinada ruina sin tejado. Los preciosos archivos que albergaba fueron consumidos por el fuego, excepto, únicamente, un volumen de documentos, escritos en 1620 por Fray Luis de Santa María. Y es que el prior estaba consultándolo en ese mismo momento para aclarar la cuestión de ciertos derechos que les disputaban los campesinos de Cuacos; el prior, al ver llegar al enemigo, tiró el volumen entre unos arbustos. Y él mismo nos lo prestó, para que lo leyéramos: a esas alturas, sin duda, ya se habrá perdido.

Aquí conocimos también a Fray Alonso Caballero, un anciano monje, que tomó la cogulla el 17 de octubre del 1778 y recordaba a Ponz y su visita. Al convento se entra bajo la fronda del nogal, bajo la cual, por cierto, también el emperador Carlos V solía sentarse, y el lugar ya entonces recibía el nombre de “el nogal grande”. Pasando a la botica, de donde los pocos frascos que escaparon a los franceses fueron arrebatados en 1820 por un cierto Morales, boticario liberal, según parece, para su botica de Garandilla. La

capilla, cuya construcción es de granito, resistió, gracias a sus gruesas paredes, el fuego de los invasores, salvando así los aposentos imperiales para que acabasen siendo destripados por los constitucionalistas: una puerta a la derecha del altar conducía al dormitorio de Carlos, de donde este salía para asistir al divino rito misal: su alcoba, donde murió, tiene una ventana por la que, cuando estaba enfermo, podía ver la elevación de la hostia. Aquí colgaba la Gloria del Tiziano, que él, en su testamento, ordenó que fuese puesta dondequiera que estuviese su cadáver, de modo que, cuando este fue trasladado a El Escorial, también lo fue el cuadro. Felipe II, empero, envió una copia a San Yuste, la cual fue llevada de allí a Tejada por los patriotas en 1823; y cuando los monjes volvieron al convento, eran demasiado pobres para pagar siquiera por su transporte de vuelta a su primer lugar. El coro alto fue tallado en un estilo curiosamente tudesco por Rodrigo Alemán: en una bóveda situada bajo el altar mayor se encuentra el tosco arcón donde se conservó el cuerpo del emperador durante dieciséis años, hasta que se sacó de allí en 1574.

El emperador construyó solamente cuatro habitaciones, cada una de las cuales, como era usual entonces, tenía una gran chimenea, pues era un gotoso y flemático flamenco. Desde las alcobas salientes, las vistas son deliciosas. Al extremo oeste hay una galería sostenida por columnas, llamada La plaza del palacio, desde la que se domina un jardín privado; y comunicada con él hay una arcada elevada, el puente, que era por donde bajaba el emperador: debajo hay un reloj de sol, erigido para él por Juanelo Turriano. Juanelo fue mandado llamar por el emperador mismo, que era muy aficionado a los experimentos mecánicos: el escalón de piedra al que el emperador se subía para montar en su caballo sigue en su sitio, y fue allí donde se sentó al sentir por primera vez la inminencia de la muerte, como testifica la inscripción: “Su magestad el emperador Don Carlos V Nuestro Señor, en este lugar estava asentado quando le dió el mal, a los treinta y uno de Agosto a las quatro de la tarde: falleció à los 24 (?) de Septembre a las dos y media de la mañana, año de Nuestro Señor 1558”. Había llegado aquí el miércoles, 3 de febrero de 1557, a la una de la tarde, y murió el 21 de septiembre del año siguiente, debido a vejez prematura, cayendo como la fruta madura del árbol sacudido. No dio al convento otra cosa que el honor de su compañía: y su mayordomo, Luis de Quixada (que fue muerto más

tarde por los moriscos, cerca de Granada), despojó, naturalmente, siendo, como era, un verdadero español, las habitaciones imperiales de todo cuanto tenían que fuese portátil. Felipe II volvió a Yuste en 1570, y permaneció allí durante dos días: se negó a dormir donde su padre había muerto. “Guardando el respeto al aposento en que murió su padre, no queriendo dormir sino en el retrete, del mismo aposento, y tan estrecho que apenas cabe una cama pequeña”. Así constaba en el viejo libro: Deinai gar koitai, kai apoiconmenoio leontoj”. También él hizo muy poco por los monjes, y cuando estos le mendigaron ayuda, replicó: “No podríais haber tenido aquí a mi padre durante un año sin sacar tajada de ello”.

La zona mayor de asueto estaba al otro lado; la naturaleza ha vuelto ahora por sus fueros, aunque muchas flores muestran todavía que otrora sonreía aquí un jardín. Los bordes de un macizos de boj y mirtos conduce a El cenador de Belén (Bethlehem): esta exquisita gema de pabellón estival cinquecentista siguió en perfecto estado hasta que fue destruida, como abadía y Aranjuez, por las tropas anti-horticultoras de Soult.

Carlos llevó aquí una vida que era medio de monje y medio de caballero campesino jubilado: aunque estricto cumplidor de sus deberes religiosos, se entretenía con sus flores, su equitación, sus experimentos mecánicos y su joven hijo, don Juan de Austria. El ex-emperador lamentablemente molestado por los habitantes de Cuacos, casi como kakoj, triste pandilla, por cierto, que, siempre malintencionados, pescaban furtivamente sus truchas en la Garganta la Olla, se llevaban tan frescamente sus vacas lecheras y tiraban piedras al futuro héroe de Lepanto, porque se encaramaba a sus cerezos. No era morbosa misantropía la del emperador, sino auténtica fatiga del mundo, con el que había terminado de veras, y un deseo, igualmente sincero, de descansar; Carlos evitaba cuidadosamente la menor alusión a cuestiones de política. Y tampoco era que estuviese chocho, aunque su salud había quedado debilitada por causa de la gota. Su ambición y sus pasiones habían cedido, aunque no su ansia de inocentes pasatiempos intelectuales. Se llevó consigo a su retiro a sus viejos servidores, que conocían sus manías y sus deseos, y a cuyos rostros él estaba acostumbrado: tenía su libro, su pasatiempo, sus experimentos y sus plegarias; tenía amigos, alguien con quien hablar de sus tristezas y compartirlas,

otros a quienes comunicar sus alegrías y hasta aumentarlas al doble; tenía los juegos y la charla del muchachito. Él era flemático y melancólico por naturaleza, y por causa de la heredada mácula de su madre; pero esa historia de que había mandado organizar su propio funeral estando él vivo es falsa: entre los monjes no había la menor traza de ella. Felipe II, que temía que su padre se arrepintiese de su retiro y pidiese recuperar la corona, mantuvo un espía en Yuste todo el tiempo, el cual daba su informe diario al secretario Vázquez con los más minuciosos detalles de cualesquiera circunstancias. Las cartas originales, que se conservaban en las Salesas, en Madrid, fueron añadidas por Tomás González a una obra sobre la "imperial retirada", que, desgraciadamente, sigue aun inédita. La ruina comenzada por los franceses fue completada por los liberales de Cuacos, quienes, el 4 de julio de 1821, entraron aquí y se lo llevaron todo; guardaban sus caballos en la iglesia, y convirtieron la habitación de dormir del emperador en una granja de gusanos de seda. Recientes embargos han vuelto a destruir lo que los pobres monjes habían conseguido restaurar parcialmente, de modo que aquí ha vuelto a reinar el caos.

Nunca más tendrá ya el viajero la oportunidad de ser bien recibido, como lo fuimos nosotros, por esos dignos monjes, para quienes la llegada de un forastero con noticias del mundo de los vivos era un regalo del cielo. Pasamos el día andando entre jardines y edificios en ruinas, y en medio de una bienhumorada y gárrula fraternidad: al caer la noche cenamos con todos los monjes juntos en torno a una mesa larga, aunque, para el prior y procurador, había mesita especial aparte, donde, "invitado a una parca pero animada cena, pude sentarme como huésped de honor"; como las ventanas estaban abiertas de par en par, para dejar entrar la fresca brisa olorosa a tomillo, mis ojos podían otear el vasto valle en el claro atardecer, y los ruiseñores gorjeaban dulcemente en el descuidado jardín de naranjos a las estrellas relucientes que se reflejaban como diamantes en el estanque extendido a nuestros pies; ¡cuán frecuentemente había contemplado Carlos, como nosotros, en el transcurso de un calmo atardecer, este mismísimo e inalterado paisaje, del que él era ahora el único que faltaba! Una vez terminada la cena, estreché las manos de todos mis amables anfitriones, que se agolpaban a mi alrededor, y fui a acostarme en la misma alcoba donde un emperador había exhalado su último

aliento. No tardó en reinar por doquier el mayor silencio, y el espíritu del poderoso difunto reinó de nuevo en su último hogar; pero ningún Carlos turbó el profundo sueño de este fatigado e insignificante forastero; mucho antes de que saliera el alba de la mañana siguiente fui despertado por un pálido monje, que me instó a asistir a temprana misa por considerada orden del prior. La capilla estaba pobremente iluminada, y la pequeña congregación consistía en el monje, mi atezado mulero y un mendigo vagabundo, que, como yo mismo, había recibido albergue en el convento; una vez terminada la ceremonia, todos, con una inclinación, nos despedimos del altar en el que había estado fija la moribunda mirada de Carlos, y nos fuimos en paz; la mañana era gris y el aire de las montañas cortaba, y hubo que esperar a que el sol se levantase alto para que el gorjeo de las saltarinas doncellas disolviese la cogulla, relegando el fantasma de Carlos a las tenues páginas de la historia.

# RUTA LX

# DE PLASENCIA A SALAMANCA

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Villar | 3 | |
| Aldea Nueva | 3 | 6 |
| Baños | 2 | 8 |
| Béjar | 2 | 10 |
| Pedro Mingo | 2 | 12 |
| Fuente Roble | 2 | 14 |
| Monte Rubio | 4 | 18 |
| Salamanca | 4 | 22 |

Este el camino directo, pero ni mucho menos el que nos conviene tomar: en Aldea Nueva se cruza la vía romana desde Mérida, y se pueden descubrir por doquier restos de su pavimento y de sus puentes abandonados a las inclemencias del tiempo. Baños se llama así por causa de los baños sulfúricos calientes que contiene. Esta ciudad está muy bellamente situada, con su bonito río Ambroz; el campanario de la iglesia de Santa María es bonito; los vinos,

excelentes; a cosa de una legua cuesta arriba encontramos el puerto o paso de la sierra que divide a Extremadura de Castilla la Vieja; es aquí donde sir Robert Wilson, con unos pocos portugueses indisciplinados, se defendió valientemente contra los franceses que llegaban de Galicia y Oporto, mientras las tropas españolas abandonaban sus posiciones sin disparar un tiro. De tal forma que el mariscal Soult pudo alcanzar la retaguardia inglesa en Talavera, cosa que no le habría sido posible si Cuesta hubiese hecho caso de la urgente petición del Duque de guarnecer bien los inexpugnables pases montañosos. El obstinado zoquete lo único que hizo fue enviar un contingente el día mismo en que los franceses llegaron a Béjar; pero el eterno mañana es la maldición de Iberia, y así es como son los socorros de España, “tarde o nunca”.

Béjar es otra de las empinadas y frescas ciudades de la sierra: su población asciende a unas ocho mil almas. Su situación es sumamente pintoresca, y el río Cuerpo de Hombre fertiliza sus alrededores. El alcázar del Duque es un objeto sorprendente, con su bello patio y fuente clásicos: las vistas son maravillosas. Fue desguazado por los franceses, y fue entonces cuando sus cuadros y su armería desaparecieron. Cerca de Béjar, el día 20 de febrero de 1813, monsieur Foy recibió una tremenda paliza a manos de lord Hill. En Calzada, a 4 leguas de Salamanca, se vuelve a cruzar la vía romana, cuyos vestigios merecen ser observados. Hay otra ruta para Salamanca que pasa por Ciudad Rodrigo.

## RUTA LXI

## DE PLASENCIA A CIUDAD RODRIGO

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Abadía | 7 | |
| Lagunilla | 2 | 9 |
| Herguijuela | 5 | 14 |
| Batuecas | 3 | 17 |
| Alberca | 3 | 20 |
| Mailo | 5 | 25 |
| Tenebrón | 5 | 25 |
| Ciudad Rodrigo | 3 | 28 |

Esta tortuosa ruta por Ciudad Rodrigo está muy llena de interés, en especial para el amante de la pesca y del paisaje de montaña; además, está tachonada de antigüedades romanas, especialmente por las Batuecas y Ciudad Rodrigo. Aun cuando esta comarca es raras veces visitada por extranjeros o indígenas, recomiendo instantemente a los futuros viajeros que hagan esta desviación; pero cuídese mucho de las provisiones, y téngase en cuenta que el hospedaje es muy alpestre. Las leguas que dista de Alberca se dan aquí aproximadamente; son muchas, y el viaje largo y por terreno difícil: contrátese a un guía local. Al salir de Plasencia se asciende hasta la iglesia de Nuestra Señora del Puerto, desde donde la vista es soberbia, y desde allí prosígase hasta Oliva, que está a dos leguas de distancia. En el patio de la casa del conde se pueden ver varias piedras miliarias romanas. Ahora cambia el atuendo de los campesinos: los hombres llevan justillos o chaquetones de cuero, con las mangas abiertas; las mujeres van con refajos o faldas de estameña verde, roja y amarilla, y con pañolones ciñéndoles la cabeza. A cosa de una legua se encuentra Capara, el solar, según algunos, de la ciudad romana de Ambracia, pero, en cualquier caso, reducida ahora a finquita solitaria. A la izquierda está un puente romano de cuatro arcos, muy intacto. A la izquierda se ven voluminosas ruinas de granito, y en una solitaria vía enmarañada de enredaderas vemos un noble portalón romano de granito; o, más bien, un arco. Cada uno de sus cuatro lados tiene una entrada abierta de unos doce pies de anchura: la cúpula central está cayéndose palpablemente, agobiada por el tiempo. Sobre cada fachada que da al camino se ven dos columnas sin capitel y, entre ellas y las pilastras del arco, se conservan restos de los pedestales que en otros tiempos sostuvieron sendas estatuas. La parte superior ha sido despojada de sus revestimientos. Después, esta ruta continúa paralela a la vía romana hasta Salamanca. El macizo pavimentado convexo y la senda elevada están muy bien conservados, excepto que por ellos crecen robles silvestres, lo cual demuestra, si no otra cosa, larga ausencia de tráfico. Los muleros van como pueden por una accidentada ruta o, más bien, carril, que hay a un lado, y que parece sentir vergüenza de competir con tan imponente calzada. Todo este trayecto ha sido estudiado por Velázquez y otros (véase Laborde, edición en folio, XI, 131).

Abadía es una aldea miserable, bellamente situada junto al Ambroz, a la cabeza de un valle, bajo la sierra de Béjar: aquí se ve un palacio cuadrado propiedad del duque de Alba, el cual, en otros tiempos, fue una "abadía" de los templarios; y también se pueden entrever partes de pesadotas murallas, contrafuertes y arcos de herradura entre obra más moderna. Las modificaciones fueron hechas por orden del "Gran Alba", de quien los extranjeras piensan que fue un sanguinario fanático, mientras para los españoles fue un verdadero soldado de su rey y su fe; y es que el espíritu moro de los españoles de esa época fue de fidelidad total a su Califa y de propagar la fe a sangre y fuego: todos los enemigos de la Corona y de la Iglesia habían de ser exterminados. Fernando Álvarez de Toledo nació en el año de 1508, y fue enviado a los Países Bajos por Felipe II, el campeón del papado, que prefería no tener súbditos a tener súbditos herejes: Alba era presidente de una junta de sangre y venganza, bajo cuya égida fueron masacradas dieciocho mil personas. Los protestantes acabaron sacudiéndose el férreo yugo español, y Alba fue sacado de los Países Bajos en 1573; quedó, pues, en desgracia y, al cabo de cuatro años de vida retirada, fue vuelto a llamar sumariamente por Felipe II, que le envió a mandar la expedición a Portugal, que Alba conquistó en dos semanas. Alba murió en 1583. Raumur ha demostrado (Cartas, XVI) que Alba, probablemente presintiendo fracaso, fue a los Países Bajos contra su voluntad, pues aceptó tan ardua misión entre lágrimas, y pidiendo ser eximido de ella. Esperemos que también se convirtiera a desgana en un carnicero, pues era hombre amante de la poesía y de la naturaleza, aficiones estas que parecen presuponer cierta medida de ternura, y que relucen como una veta de plata encajada en duro granito; su mentor fue Boscán, el Petrarca español, y fue amigo de Garcilaso de la Vega, y también protector de Lope de Vega, uno de los pocos españoles que se deleitara con flores y jardines, y a quien Alba recibió en su casa para persuadirle a escribir un poema pastoral, en lugar de un poema épico del tipo del famoso arma virumque cano. En este retiro, más semejante a una tronera, el veterano soldado, más fatigado de la ingratitud de su rey y de su patria que de las alarmas bélicas, se retiró, como Xenophon a Scylla, a sus tierras, donde, también como este, paso el tiempo que le quedase dedicado al estudio, y alternando los sanos juegos campestres con los recreos de la vida social (Diógenes Laercio, II, 52). De la misma manera que el gran Condé fue a Chantilly a

reposarse sobre sus laureles y a solazarse con la compañía de Boileau y Racine.

Los jardines de Abadía fueron gozo y deleite de Alba; los decoró con fuentes y terrazas, estatuas y mármoles que hizo traer de Florencia en 1555 por Federigo Camilani; después de su muerte, sus edificios y sus jardines quedaron desiertos, abandonados al habitual desdén de que son víctima las residencias de los señores españoles ausentes (véase Ponz, VIII, 18). El último golpe fue asestado por el mariscal Soult, cuyos forrajeadores devastaron los jardines, echaron abajo balaustradas y ornamentos y mutilaron las estatuas italianas; se han reunido después algunos de los fragmentos, entre ellos una cabeza de Trajano. Los jardines vallados fueron divididos en dos partes, una superior y otra inferior: un plano inclinado conduce a un lugar crecido de mirtos, donde al viejo duque le gustaba sentarse. La fuente, que otrora estuvo rodeada de estatuas, está ahora seca, y el terreno sembrado de esculturas rotas, que relucen, blanqueándose entre la mala hierba, las "espinas y abrojos", la maldición y el legado del enemigo; luego también se despedazaron una estatua de Andrómeda y un pequeño Cupido dormido. En el jardín inferior, un ciprés se yergue tristemente cerca de un pabellón en ruinas, entre trigo crecido, pues el guardés que vive allí cultiva ahora esa tierra.

La Venta de Abadía es lamentable; mejor hará el viajero en pedir cama en el palacio. Al día siguiente le espera una larguísima cabalgata. Conviene iniciarla muy de mañana, al romper el alba, y subir hasta Lagunilla, que está a dos leguas de distancia, siguiendo luego, a través de un bosque de gigantescos castaños, hasta llegar a Val de Nieve; el arroyuelo separa León de Extremadura, y se cruza y recruza hasta que se junta con el Alagón; volviendo a subir en dos horas hasta Herguijuela: obsérvense los sereneros, que son curiosas mantillas de tela con broches de plata usadas por las mujeres; y a continuación pásese a Soto Serrano, o bien evítese, atajando a la izquierda hasta Mestas, a dos leguas de distancia: este es un enfermizo, miserable lugar, colgante con sus cipreses sobre un dulce arroyo truchero. La pesca en estas tierras es excelente, sobre todo en el río Batuecas, el Cabezudo y el Cuerpo de Hombre, afluentes todos del Alagón.

Ahora el camino continúa durante hora y media, subiendo y

bajando por colinas purpúreas y como escocesas, cubiertas de brezo y arbustos aromáticos: la zona situada en la orilla derecha del Alagón se llama la Hoya o Tierra de las Jurdes, nombre este que se deriva, según algunos, de gurdus, vieja palabra española que, de creer a Séneca, que era español, significa "estúpido como un bodoque"; pero, de ser cierta esta etimología, hay muchos otros lugares que merecerían tal nombre en la parte central de España. Los arroyos que desembocan en el Alagón tienen abundancia de buenas truchas.

El silvestre camino tuerce enseguida a la derecha y sube con el cauce del río Batuecas hasta entrar por una garganta muy alpestre; no se tarda en divisar el monasterio, que se alza a la izquierda, anidando en una oquedad muy resguardada, con su blanco campanario que asoma entre los pinos, los castaños y los cipreses. Este convento, con sus jardines y sus ermitas, ya no es lo que era otrora, antes de las recientes reformas: un refugio de viajeros, una luminaria de la religión y la civilización en esta horrible comarca. Del valle y de la totalidad de Las Jurdes se decía, incluso entre la gente culta de Salamanca, e incluso estando esta a solo catorce millas de distancia, que era un lugar visitado por demonios y habitado por paganos. En 1599, García Galarza, obispo de Coria, al otorgar licencia para construir un convento, expresó su alegría porque así "los carmelitas descalzos podrían expulsar de allí al demonio". Buena parte de todas estas memeces sobre las Batuecas fue creído a pies juntillas por monsieur Montesquieu, citado por Moreri, y convertido en novela por madame de Genlis, en vista de lo cual, los españoles, a quienes no hace ninguna gracia, más bien lo contrario, ser considerados distintos de los demás europeos, se mostraron ofendidísimos, y publicaron serias refutaciones (véase Southey, Cartas, I, 250; Dillon, 4; y Ponz, VII, 201). Estos errores populares han sido debidamente aclarados por el Padre Feijoo (Teatro crítico, IV, 241). Fuera o no cuestión de expulsar de allí a su satánica majestad, o lo que fuese, el caso es que los carmelitas acabaron por civilizar el valle fundaron una escuela para los campesinos y un albergue para cualesquiera viajeros o caminantes que pasasen por la zona; en total se habilitaron dieciséis ermitas en pintorescas colinas y eminencias. Tanto estas como otras maravillas de la naturaleza alpestre me fueron debidamente mostradas por los buenos padres: pero ahora todo eso se ha terminado. A este valle de

Rasselas, muy alejado de todo cuanto pueda guardar la menor relación con el mundo, se enviaba de vez en cuando a prisioneros de estado para que cayeran en el mayor de los olvidos: y cierto que este rincón encajonado entre montañas es solitario en extremo: no tiene nada que ver con el mundo urbano, del que, además, se encuentra muy alejado. Aquí reina la naturaleza, silenciosa entre sus más grandiosas formas, sugiriéndonos retiro y reposo, lo cual, a su vez, parece vincularnos a los lugares mismos, praesentiore aspicimus Deum!

Al nombre de Batuecas, los que husmean griego por doquier le han encontrado raíz en la palabra baquj, que significa profundo, porque el valle yace muy hondo, en una especie de embudo de colinas; pero exactamente lo mismo les pasa a muchos otros valles sin que a nadie se le ocurra llamarlos Batuecas; e igual de razonable sería derivar el nombre de nuestra ciudad inglesa de Deal de la palabra griega dhloj, o sea, claramente visible, pues allí el mar está abierto y es claro; o a la ciudad, también inglesa, de Leith de la palabra griega lmqn, Leteo, porque los escoceses que la habitan olvidan sus propios intereses.

El valle mide cosa de tres millas de longitud y dos de anchura, y está ceñido por montes, de los que la Peña de Francia es la más alta y silvestre; en esta “altura” se ve un santuario o capilla dedicada a la Virgen, que es visitada por miles de personas el día 8 de septiembre. Ahora ya casi no valdrá la pena descender hasta el desolado convento, pues la hospedería está cerrada y el fuego de su cocina apagado. Continúese, por consiguiente, por la empinada vía a la derecha, un buen trecho a caballo por el Reventón, hacia Alberca, que está a una legua de distancia y es una aldehuela sucia, oscura, con casas que parecen prisiones, construidas parcialmente de granito y madera y enyesado; y a partir de aquí se nos abre una comarca sin apenas aliciente, con las meseteras planicies de la España central extendiéndose ante nosotros a la derecha, y así nos adentramos en la provincia de Salamanca, una de las seis en que fue dividido el antiguo reino de León.

Libro II

# LEÓN

*A pesar de su gran importancia, al estar situado fuera de las rutas más usadas por los viajeros, el reino de León no es tan visitado como merece. Abunda en lugares de incomparable interés militar; la escultura policromada es de primera categoría; el paisaje de El Bierzo y las sierras es magnífico, y la pesca excelente. Las principales ciudades, Salamanca, Valladolid y León, están llenas de interés arquitectónico y artístico, mientras para el historiador los archivos de España están enterrados en Simancas. Los meses de verano son los mejores para viajar por los montes, y la primavera y el otoño para las llanuras.*

El reino de León se extiende desde las llanuras de las Castillas hasta las laderas de las sierras gallega y asturiana. Es uno de los más antiguos de los antes separados e independientes reinos de la Península, porque los naturales, al estar situados cerca de las guaridas montañeras de donde el León de los godos se volvió enseguida contra el moro, estuvieron entre los primeros en rechazar al infiel invasor, cuya fuerza allí era pequeña y su resistencia débil en comparación con su profundo aferramiento y defensa en Andalucía. Por otro lado, cuando contemplamos las monótonas estepas y las ásperas montañas de León y pasamos la barrera montañosa para entrar en la fría y húmeda Asturias, no podemos sorprendernos de que el árabe, amante de la llanura y el sol, se volviera enseguida hacia el sur, más cercano a sus gustos. El dominio cristiano fue extendido por Alonso el Católico, quien, entre los años de 739 y 757, ocupó y reconquistó las llanuras que bajan hasta el Duero y el Tormes. Los moros, sin embargo, continuaron haciendo anualmente algaras o incursiones por estos lugares, más por motivos de saqueo que de reconquista. De esta forma, esta zona fronteriza caía alternativamente en manos de cristianos e infieles, hasta que, alrededor del año 910, García pasó su Corte de Oviedo a León y dio su actual nombre a su nuevo reino para distinguirlo de los de Castilla, Navarra y otros condados y señoríos. Y lo cierto es que las cadenas de montañas que desde Cataluña hasta Galicia separan las comarcas unas de otras, dividían al país tanto política como geográficamente, y la tierra así dislocada parecía crear distintos pequeños principados, impedir la unidad nacional y fomentar las divisiones locales y esa independencia aislada que es

tendencia perenne de este país tan poco homogéneo; los primeros condes, señores, duques o reyes (jeques, en realidad) cristianos eran rivales entre sí, y cuando no estaban en guerra contra el moro peleaban unos contra otros de manera verdaderamente ibérica, bellum quam otium malunt; si extraneus deest, domi hostem quaerunt (Just., XLIV, 2). La línea masculina de los reyes de León terminó en 1037 con Bermudo III, cuya hija pasó la corona a su marido, Fernando de Castilla; dividió de nuevo sus dominios en su testamento, los cuales, sin embargo, fueron reunificados por su hijo Sancho, y León y Castilla se vieron finalmente reunidos en la persona de Fernando el Santo, no habiéndose vuelto a separar desde entonces.

El reino tiene alrededor de veinte mil millas cuadradas de extensión, con un millón de habitantes. Estos agricultores duros y sin apenas cultura no cambian ni sus hogares ni sus costumbres; son gente rutinaria, enemiga de innovaciones, y se aferran a las maneras de sus antepasados; y, sin embargo, aunque dedicados puramente al cultivo de la tierra, su práctica de la agricultura es bárbaramente atrasada y siguen arando a la manera primitiva de Triptómlemo y las Geórgicas; la mayor parte de estos campesinos son lentos en el progreso y se resisten a la prisa tanto como sus mismas mulas. Las mentes, al igual que sus pesadas y chirriantes ruedas, están obstruidas por la suciedad y los prejuicios que se han ido acumulando en ellas desde el diluvio.

Los rasgos secundarios del carácter leonés están influidos por diferencias locales, y el campesino está sujeto al influjo de la naturaleza misma que le rodea. Así pues, cerca del Sil, el leonés se parece a los montañeses gallegos, de la misma manera que, en la sierra, cerca de Asturias, participa del carácter asturiano, y en las partes meridionales de su tierra se distingue muy poco de los castellanos viejos. Estas llanuras producen gran cantidad de grano y garbanzos, y un vino tinto fuerte que se elabora cerca de Toro. Las montañas al norte están bien provistas de madera y sus valles llenos de pastos refrescados por bellos arroyos trucheros. En estos lugares, muy poco visitados, el forastero encontrará una hospitalidad sencilla pero abierta. La cuenca de agua dulce y tierra gredosa llamada “tierra de campos”, entre Zamora, León y Valladolid, es la tierra de Ceres; pero, aunque el pan es una medicina y no hay leyes

referentes al trigo, apenas hay tierra en que la gente sea tan frugal y miserable como aquí; viven en chozas de barro, hechas de ladrillos sin cocer o adobes, como los tub-ny de los árabes, y el país compite con La Mancha en incomodidad. La comarca es tan poco interesante como las ventas incómodas; ¡ay del que recorra a caballo estas interminables llanuras en invierno o en verano!, porque los caminos, o como se les quiera llamar, están entonces cubiertos de barro hasta los tobillos o hasta el eje, o cegados por un polvo salitroso que parece arder bajo el sol africano.

Cerca de Salamanca, sin embargo, las cosas mejoran, y muchos de los labradores son acomodados y viven en granjas aisladas, montaracías, donde se cultiva mucho trigo, que se exporta a Andalucía. Crían también ganado en gran escala, y se las arreglan para guardarlo con la honda primitiva, como cerca de San Roque. Los conocedores, o vaqueros, tienen en vereda a los animales, los agarachan a caballo, de la misma manera que sus descendientes en Sudamérica. Cuando marcan al ganado y en sus fiestas familiares, herraduras y fiestas de familia, así como en sus bodas, abren sus casas, con grandes banquetes, bebida, canciones y el baile de las habas verdes; estos festejos están fielmente descritos en Don Quijote, en “Las bodas de Camacho”. Siguen siendo como las convivia festa Carduarum de Marcial (IV, 55, 17); y así eran también las trasquiladuras de ovejas de Nabal (1 Samuel, XXV, 36), que “hacía fiesta en su casa, como la fiesta de un rey”.

Las casas de los humildes leoneses, como sus corazones, están siempre abiertas a los ingleses; no han olvidado la honradez, justicia y buena conducta de nuestros victoriosos soldados, que contrasta con la rapiña, el sacrilegio y el derramamiento de sangre del enemigo derrotado. Recuerdan Salamanca, y también a aquel a quien llaman el “gran señor”, el gran lord, el Cid de Inglaterra; y muchos años después de sus victorias sobre los franceses seguían pensando que iba a volver, posiblemente para ser coronado rey de Castilla. Sus casas están bien amuebladas y son limpias, porque aquí, como en otras partes de las comarcas poco visitadas de la Península, la suciedad y la incomodidad se alojan en la posada, cuyas habitaciones son adecuadas para las bestias y los muleros que las usan. Una peculiaridad de sus casas es la altura de las camas; los colchones y almohadas tienen con frecuencia bordados de leones y

castillos, y las sábanas, ásperas pero limpias y tejidas en casa, están bordadas con flecos y randas.

El traje campesino cerca de Ciudad Rodrigo y Salamanca es curioso y caro; el traje de los domingos es más caro que el de los pares que asisten a la ceremonia matinal en la capilla de Whitehall, incluido el de el gran lord. El charro y charra leoneses son aquí lo que el majo y la maja en Andalucía, por lo menos por lo que se refiere a los atuendos alegres y costosos, gozo de las naciones a medio civilizar; pero estos descendientes de los godos no tienen nada de la sandunga del sureño oriental, y los dos trajes son completamente distintos uno de otro. El charro lleva sombrero bajo y de ala ancha; su camisón está ricamente recamado por delante, con un broche de remate dorado o botón; su chaleco de terciopelo estampado está escotado hasta el estómago, a fin de mostrar la camisa, y guarnecido con botones de plata y cintas entrecruzadas; su cinto es ancho, de cuero y no de seda; sus polainas largas de tela oscura están bordadas por debajo de la rodilla; lleva en los zapatos grandes hebillas de plata; en la mano derecha lleva un bastón y sobre el hombro izquierdo una capa, y con todo esto queda ataviado el rústico dandi. La vistosa charra es digna de tal compañero. Lleva en su cabello una caramba y una mantilla de tela cuadrada, el senerero, que se ajusta con un broche de plata, el corchete, y esta capucha está ricamente bordada; su corpiño de terciopelo rojo, jubón, está adornado con canutillo, dispuesto en caprichosos dibujos; sus puños están recamados de oro; su cinto se anuda a la espalda; su manteo suele ser de grana, color que, con el morado, es su favorito y, como el delantal o mandil, está bordado con pájaros, flores y estrellas. Tiene también un pañuelo, rebocillo, recamado en oro; lleva muchas joyas y cadenas adornadas con piedras de colores, que pasan en herencia de madres a hijas. Pero estas bellas prendas no han corrompido a quienes las llevan, cuya honrada sencillez de carácter; la honradez y sencillez de los charros, es proverbial; así, se cuenta que uno de estos, en el teatro, viendo una obra en la que un traidor estaba engañando al rey, le gritó, pensando que la escena era real: “¡Señor, señor, no crea V. M. a ese!”. El rústico leonés se disputa con los sanchos de La Mancha la palma del “Juan español” de la Península.

Ciudad Rodrigo se levanta sobre una ligera eminencia dominando el

Águeda, que corre bajo las murallas al oeste, cortado aquí por pequeñas islas. Un puente comunica con el suburbio y conduce a las llanuras de Portugal, que dista apenas unas pocas millas. Este lugar fortificado, aunque "débil en sí", dice el Duque, "es la posición mejor escogida entre todas las ciudades fronterizas que he visto en mi vida". De aquí el importante papel que hizo en las retiradas y los sitios de la Guerra de la Independencia: y en ello reside su actual interés, porque, aparte de esto, es aburrida y miserable y, como de costumbre, está muy mal provista de cualquier medio de defensa.

Ciudad Rodrigo fue llamada así por el conde Rodrigo González Girón, que la fundó en 1150. Se conservan en la plaza tres columnas romanas traídas de la antigua Miróbriga, y están reproducidas en el escudo de la ciudad. Es sede de un obispo, sufragáneo de Santiago, y su población es de unas cinco mil almas. Hay solamente una pobre posada, y como esta ciudad es plaza de armas los extranjeros curiosos son objeto de gran recelo, por sospecharse de ellos que estén preparando planes con vistas a tomar la ciudadela. Todos los que quieran examinar las posiciones y hacer dibujos harán bien en pedir permiso al gobernador, que probablemente se lo negará.

Poca cosa hay en la ciudad digna de mención. La catedral fue comenzada en 1190 por Fernando II de León: el arquitecto, Benito Sánchez, está enterrado en el claustro. El edificio fue ampliado en 1538 por el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, y obispo aquí antes. Cerca de la entrada se conserva una puerta interior de la antigua catedral, con curiosas esculturas y altorrelieves de la Pasión. La notable y rara sillería del coro es obra de Rodrigo Alemán. La colegiata clásica, o capilla de Cerralvo, fue construida en 1588 por Federico Pacheco, arzobispo de Burgos, y fue muy bella, pero, habiendo sido convertida en polvorín, fue volada en 1818 por lo que aquí pasa por haber sido un accidente, pero que, como en Oriente, es resultado frecuente de la falta negligente de precauciones elementales. Los escombros fueron dejados durante muchos años tal y como habían caído, con cuadros del retablo al aire, etcétera. El ataúd del cardenal fue arrancado de su sarcófago por los franceses para hacer balas con el plomo: desemplomar a los muertos para destruir a los vivos. El cadáver desnudo fue arrojado a una hornacina y después llevado a un desván, donde lo vimos, yacente y con sus vestiduras episcopales en harapos. El capellán,

cuando se le indicó esta indecencia, se limitó a encogerse de hombros, a pesar de que era descendiente de aquel prelado y disfrutaba de las rentas de su fundación; aunque él comía y cenaba debidamente, nunca enterraba a sus muertos, indiferente a las estipulaciones del proverbio nacional: Los vivos a la mesa, los muertos a la huesa. La catedral, por estar situada en la parte noroeste de la ciudad y expuesta al tesón, ha sufrido mucho durante los sitios. Las murallas fueron construidas por Fernando II, y la gran torre de la plaza por Enrique II en 1372.

El Duque, cuando estuvo aquí, se alojó en la Casa de Castro; obsérvese su portal, con columnas en espiral. En Ciudad Rodrigo se ven los trajes del charro y la charra con gran perfección en los días de fiesta.

Ciudad Rodrigo, que por sí misma carece de interés, se ha hecho famosa por los grandes acontecimientos que han tenido lugar en ella y en sus cercanías inmediatas. Los principales son el sitio que le pusieron los franceses, el fracaso de la invasión de Portugal por Massena, su sitio y captura por los ingleses y la retirada del Duque desde Burgos; mientras que en las cercanías están El Bodón, Sabugal, La Guarda, Fuentes de Oñoro y otros lugares donde la superioridad moral y física de nuestro jefe y sus tropas sobre el enemigo quedó claramente de manifiesto a pesar del gran valor de este y de nuestra inferioridad numérica. También se encuentran cerca Celorico, Fuenteguinaldo, Freneda y otras aldeas que fueron durante largo tiempo cuartel general del Duque mientras se cernía sobre la frontera de España y preparaba su liberación. En estos lugares, antes oscuros, fueron escritos algunos de sus más notables partes de guerra: allí y entonces, mientras todos y en todas partes desesperaban del éxito, su ojo profético vio en la más deprimente oscuridad los rayos inminentes de su gloria.

El primer sitio tuvo lugar en la primavera de 1810, a cargo de Massena y Ney, casi en presencia del ejército inglés, que estaba acampado junto al Coa, al otro lado de la frontera portuguesa. Este sitio fue un gran error, como pudieron comprobar los franceses cuando ya era demasiado tarde; habían perdido un tiempo precioso durante el cual el Duque pudo preparar sus líneas en Torres Vedras, mostrando así más capacidad como general que ellos y

derrotándolos. Cuando Ciudad Rodrigo fue atacada por los franceses, estaba muy mal abastecida de lo más esencial para la defensa, debido a la habitual falta de previsión y medios del gobierno español; pero su jefe Herrasti, era un oficial bravo y competente. El Duque, aunque deseoso de ayudarle, rehusó arriesgar una acción militar contra un enemigo "el doble de numeroso", como él mismo dijo, "en infantería y el triple en caballería". Hizo caso omiso de las burlas de españoles y franceses por igual "ante su cautela cobarde y egoísta", porque sabía muy bien que el destino de España no dependía de la caída o la salvación de Ciudad Rodrigo, sino más bien de que siguiese intacto el pequeño ejército inglés, la clave de todo, y que a la larga acabaría arrojando a las incontables legiones del enemigo de cabeza por los Pirineos.

Después de una resistencia sumamente desesperada, la explosión accidental de un polvorín obligó al bravo Herrasti a rendirse el 10 de julio, y entonces Ney violó sin tardanza todas y cada una de las promesas de la capitulación (Toreno, IX, XII).

Después de la caída de la plaza, el Duque no perdió la paciencia, fueran cuales fuesen los informes que recibía, hasta llegado el momento de actuar en Ciudad Rodrigo. Previó que Bonaparte haría un tercer intento contra Portugal, para "ahogar al leopardo" y borrar así los desastres de Junot y Soult: y, en consecuencia, estaba listo. En julio de 1810 Massena cruzó la frontera con gran superioridad numérica. Busaco contuvo su temerario avance, siendo rechazado Ney el 26 de septiembre por Beresford y los portugueses. Massena, sin embargo, continuó hasta Sobral, y allí, el 10 de octubre, pudo darse cuenta, por primera vez, de la tumba que la previsión de su rival, más grande que él, le tenía preparada. La campaña entera de Massena fue un completo fracaso: comenzada con gran fanfarria, llevada a cabo con rapiña y carnicería, terminó en completa derrota, con la pérdida de treinta mil soldados y con el fin de todas sus pretensiones de ser un gran general. "Su retirada, en marzo de 1811", dice el prudente Duque, "fue señalada por una barbarie que pocas veces ha sido igualada y nunca superada". Se cazaban mujeres periódicamente para venderlas en el mercado, mientras los abominables horrores y la indescriptible porquería de su sucio campamento eran "repulsivos y degradantes para la

naturaleza humana" (Pen. Camp., III, 54).

Mientras Ney y Massena discutían sobre el campo de batalla, Soult, a distancia, se veía influido por estas rivalidades que socavaban la causa francesa (véase Barrosa, página 335). En lugar de apresurarse día y noche como hubiera debido hacer, para ir en ayuda de su camarada, no se movió siquiera de Sevilla hasta diciembre, cuando ya era demasiado tarde, y aun entonces se entretuvo en Olivenza y Badajoz, donde, de no haber sido por la mala conducta de Mendizábal en Gévora, de Imaz en Badajoz y de Lapeña en Barrosa, tanto Soult como Víctor habrían sido derrotados al mismo tiempo que Ney y Massena. De esta manera, el Duque se vio privado de la recompensa merecida por culpa ajena; él sabía merecer el éxito, pero no depende de los mortales el obtenerlo.

No tardó Massena en hacer un esfuerzo desesperado para recuperar sus marchitos laureles, y cruzó el Águeda el 2 de mayo de 1811 con cuarenta y cinco mil soldados de infantería y cinco mil de caballería, con objeto de aliviar Almeida, que estaba siendo bloqueada por el Duque con menos de treinta y seis mil soldados de infantería y dos mil de caballería, y aun estos en mal estado: en consecuencia, el Duque hubo de retirarse a los montes que se ven desde Ciudad Rodrigo, levantándose al sudoeste, sobre la frontera portuguesa. Su objetivo era, a pesar de su inferioridad numérica, proteger al mismo tiempo sus comunicaciones con Almeida y su línea de retirada hacia Portugal por Sabugal; de aquí que se viera obligado a extender excesivamente sus líneas; su centro era la aldea situada sobre el áspero monte de Fuentes de Oñoro, digna ahora, verdaderamente, del nombre de Fuentes de Honra para Inglaterra; este lugar se levanta sobre el arroyo de Dos Casas y el 5 de mayo se convirtió en el objetivo principal del ataque de Massena, que fue completamente rechazado. Nada sobrepasó jamás a la carga de los regimientos 71 y 79 de montañeses de Escocia, quienes, al ser muerto su coronel, lanzaron el grito de guerra de los Cameron. El regimiento 88 despejó las calles y acabó "a bayonetazos con el cuerpo de granaderos franceses más brillante que se ha visto jamás". Nuestra caballería, débil en número, participó en aquel momento de generosa inspiración y machacó a los espléndidos caballeros franceses a las órdenes de Montbrun, cuya vacilación le hizo perder lo que Picton ha calificado de "momento dorado",

porque pudieron haber destruido enteramente a la división ligera. Pero Massena se retiró justo en el momento crítico en que un verdadero general habría seguido adelante; se retiró con la pérdida de cinco mil hombres y toda su reputación militar. Nuestras bajas ascendieron a dos mil hombres. Esta jornada acabó con el "niño mimado de la victoria" que, bajo las enseñanzas del Duque, había crecido hasta convertirse en un hombre acabado por la derrota. El día 11 dejó el mando a Marmont y se retiró a Burdeos, llevándose consigo ochocientos mil dólares extorqués para le sang et le pillage, une malédiction générale le suivit (Schepeler, III, 252). El saqueo, ciertamente, fue el motivo original de la expedición de Massena contra Santarem, "contra todos los principios militares, y a costa de un inmenso sacrificio humano" (parte de guerra del 29 de diciembre de 1810).

Vivió para demostrar su falsía tanto a Bonaparte como a los Borbones. "Signalez-le", dicen los franceses ("B. U.", XXVII, 407), "a l'horreur de la posterité, ses rapines lui ont acquis une honteuse célébrité ". Murió el 4 de abril de 1817 y su muerte fue baja y propia de un ínfimo sinvergüenza, un fin digno de su principio. Hijo de un tabernero judío de Niza, expulsado de las filas por robo, ascendió de ser maestro de esgrima a favorito de Bonaparte, y consiguió gran nombre gracias a victorias fáciles contra enemigos débiles; pero siempre que se vio frente al Duque resultó un flojo adversario.

Al año siguiente el Duque cayó sobre Ciudad Rodrigo y la tomó en once días, es decir, en menos de la mitad del tiempo que él había pensado. Lo secreto y audaz de su plan, la rapidez en el ataque y lo admirable de su estrategia desconcertaron a Soult y a Marmont por igual. Ahora, como sucedería más tarde en Badajoz, los franceses habían comenzado apenas a moverse cuando ya era demasiado tarde. Esta fortaleza, que a pesar de ser débil había resistido a Ney y a Massena durante tres meses, había sido considerablemente fortificada desde entonces por el general Barrie, un buen oficial que mandaba dignamente una valiente guarnición; Barrie erigió fortificaciones nuevas y reforzó dos conventos, el de Santa Cruz, al noroeste, y el de San Francisco, al nordeste, haciendo de ellos verdaderos reductos fortificados. El Duque, a pesar del invierno, apareció ante la plaza el 8 de enero de 1812, y al anochecer de

aquella misma tarde tomó el tesón, muy fortificado y situado al norte; Graham, con la división ligera, había convertido una maniobra que iba a ser de mero reconocimiento en un verdadero ataque. Esto decidió la rápida caída de la fortaleza, ganándose un tiempo precioso y tomándose baterías bien emplazadas. El 19 se practicaron valientemente dos brechas suficientes al nordeste gracias a Picton y Crawfurd, recibiendo este último una herida mortal. Después de tomada Ciudad Rodrigo, el Duque volvió a caballo a Gallegos, entristecido por la pérdida del bravo Crawfurd; dejó atrás a su séquito y llegó solo, ya oscurecido. Marmont quedó tan desconcertado por la rapidez y la brillantez de esta captura que en su parte oficial observó: "Hay algo tan incomprensible en todo esto que, hasta que sepa más sobre el asunto, me abstendré de hacer ninguna observación". ¿Qué mayor elogio para aquellos que le dejaron así de confuso? Y, sin embargo, Foy (I, 259, 302) se niega a admitir que el Duque y sus ingenieros militares tuvieran el menor conocimiento siquiera del "alfabeto de su arte" y se mofa de su profunda ignorancia y de los errores que cometieron en todos los sitios; y esto a pesar de que Cádiz, Tarifa, Gibraltar y Alicante habían sido atacadas, y no tomadas, por los franceses, porque estaban defendidas por ingleses, mientras que Ciudad Rodrigo, Badajoz, Salamanca, Almaraz, San Sebastián, etcétera, defendidas por los franceses, fueron tomadas por haber sido atacadas por ingleses. Y así vemos que un puñado de nuestros soldados capturó a la primera embestida Cambray y La Pucelle Péronne, por no hablar de París. La verdad es que tanto en España como en Francia, el ejército británico nunca ocupó una posición que no conservara, ni atacó nunca una posición del enemigo sin ganarla, y consiguió ambas cosas a pesar de que los franceses eran generalmente dobles en número, y con frecuencia hasta triples, y luchaban como soldados verdaderamente valientes y de primera categoría. En ambos sitios y en las tomas de Ciudad Rodrigo y Badajoz el estudioso se verá sorprendido por su parecido con la acción de Escipión en Cartagena (Polibio, X, 8); también este saltó sobre su presa mientras dos ejércitos enemigos se encontraban demasiado lejos como para poder acudir a tiempo en apoyo de la ciudad; también él ocultó su plan tan profundamente que el vulgo atribuyó los resultados de un cuidadoso y hondo plan a los "dioses y la suerte", cosas ambas a las que nadie debe menos que el Duque.

El Duque, por esta hazaña de magnífico planeamiento y ejecución, recibió el título inglés de earl; las Cortes le dieron la categoría de grande, haciéndole Duque de la recuperada fortaleza; y por este título, duque de Ciudad Rodrigo, gustan de llamarle los españoles, ya que así se españoliza a sus oídos nuestro victorioso general, mientras que Wellington, nombre extranjero, les irrita mucho, por indicar servicios prestados por un superior.

El Duque entregó Ciudad Rodrigo a Castaños y los españoles. Esto, durante cierto tiempo, nos reconcilió con nuestros aliados, que habían sospechado que Inglaterra pensaba conservar esta clave de la frontera en su poder. Nuestra confianza, sin embargo, se vio lamentablemente decepcionada por don Carlos de España,[*] que recibió el mando de la plaza e inmediatamente rompió todas sus promesas de pagar a sus hombres, con lo que se produjo una rebelión, las reparaciones de la fortaleza se abandonaron e incluso los bastimentos facilitados por Inglaterra se dejaron fuera de ella; pero es que el boukra bab boukra del oriental es el "mañana, pasado mañana" del español, cuyo hoy se sacrifica siempre al mañana. Estos imperdonables aplazamientos impidieron la captura de Badajoz, y Soult se vio salvado de nuevo, como antes por Lapeña en Barrosa, de la destrucción. "Si", como dice el Duque, "Ciudad Rodrigo hubiese sido abastecida, como yo tenía derecho a esperar, no habría sido posible impedirme marchar sobre Sevilla a la cabeza de cuarenta mil hombres" (parte de guerra del 11 de abril de 1812).

El viajero querrá visitar la posición inglesa, saliendo a pie hasta el suburbio desde la alameda a San Francisco, y luego hasta el tesón menor, llamado ahora de Crawfurd, y siguiendo de allí hasta el tesón mayor, que ahora se llama el fuerte de Wellington; puede volver por Santa Cruz y el Águeda; fue junto a sus orillas donde, el 11 de octubre de 1811, Julián Sánchez, el guerrillero, sorprendió al gobernador francés Reynaud paseándose a caballo y se lo llevó prisionero. Le trató con hospitalidad, a pesar de que se había lanzado a la guerra porque su casa había sido incendiada y sus padres y su hermana asesinados por los franceses, estando él mismo en aquel momento proscrito como brigand, es decir, bandido, por el general Marchand (Toreno, X).

Ciudad Rodrigo se convirtió, en manos del Duque, en importante

base de futuras operaciones, y su captura puede ser considerada como el primer golpe asestado al invasor. Fue precisamente entonces cuando el Duque se retiró, el 17 de noviembre de 1812, después de levantar el sitio de Burgos; esta triste conclusión de una campaña durante la que había tomado dos fortalezas, liberado Madrid y Andalucía y atravesado España como vencedor, a pesar de la gran bravura y superioridad numérica del enemigo, no fue un fracaso suyo, pues el abandono de nuestros ministros ingleses y la mala conducta de nuestros aliados le robaron, como de costumbre, su merecida y completa recompensa. Tenía mucho menos que temer incluso de los franceses, sus valerosos enemigos, que de sus peores oponentes, sus supuestos amigos.

Se puede hacer a caballo una excursión de una mañana de duración hasta El Bodón, que está situado al sudoeste subiendo por el Águeda arriba. “Aquí”, dice el Duque, “las tropas británicas sobrepasaron todo cuanto habían hecho hasta entonces”. En septiembre de 1811, mientras que el Duque estaba bloqueando Ciudad Rodrigo, Marmont y Dorsenne avanzaron con sesenta mil hombres al rescate de la plaza. El Duque, cuyas fuerzas apenas llegaban a cuarenta mil hombres, se retiró hacia El Bodón. Quince escuadrones de soberbia caballería francesa a las órdenes de Montbrun atacaron a los regimientos 5 y 77 en formación cerrada y por tres lados al mismo tiempo: fueron rechazados en toda la línea y los dos magníficos regimientos se retiraron unas cuantas millas por la llanura con toda la tranquilidad y regularidad de un desfile. Marmont demostró aquel día que no era un gran general; no supo sacar partido del momento más favorable de la guerra para aplastar al ejército inglés (Napier, XXIV, 6).

El día 26 el Duque tomó posiciones en Fuenteguinaldo, y Marmont, como para divertir a su enemigo, realizó de nuevo ciertas bellas maniobras en la llanura que se extendía a sus pies como un maestro de ballet. Un poco hacia atrás corre el Coa, y aquí, cerca de las alturas de Soito, fue donde el Duque presentó batalla a Marmont, el cual, a pesar de su superioridad numérica, la rehuyó. Recordando las derrotas de Massena, Marmont se mostró reacio a avanzar Portugal adentro.

Los que tengan tiempo suficiente pueden prolongar esta excursión

haciendo un rodeo por Portugal y volviendo por Almeida, con lo cual podrán visitar muchos de los lugares de las victorias del Duque y que fueron durante largo tiempo su cuartel general. El autor, que había pensado hacer esta excursión, se vio desgraciadamente imposibilitado de ello, pero a continuación damos la ruta que nos sugirió un amigo en Ciudad Rodrigo. Conviene contratar un guía local y cuidar bien de las provisiones. Las distancias que damos aquí son aproximadas.

▪

* Este hombre fue hecho grande de España por Fernando VII, y se convirtió en el famoso conde de España, que fue durante largo tiempo el terror de Cataluña. Una vez ennoblecido, aseguraba descender de los Foix del Bearn. Había comenzado siendo un aventurero francés, y al comenzar la guerra estaba encarcelado en esta misma Ciudad Rodrigo por contrabando.

# RUTA LXII

# EXCURSIÓN DESDE CIUDAD RODRIGO

Leguas

| | Leguas |
|---|---|
| El Bodón | 2 |
| Fuenteguinaldo | 1 1/2 |
| Alfayates | 2 3/4 |
| Guarda | 3 |
| Celorico | 4 1/4 |
| Almeida | 7 |
| Freneda | 2 3/4 |
| Fuentes de Oñoro | 1 1/4 |
| Gallegos | 2 3/4 |
| Ciudad Rodrigo | 3 |

Al salir de Ciudad Rodrigo váyase hacia el sudoeste, siguiendo la

sierra, con el valle y el río a la izquierda y pasando El Bodón; la llanura a la derecha del camino es el lugar donde Montbrun realizó en vano sus cargas de caballería. En Fuenteguinaldo tuérzase al oeste, hacia Alfayates; y entrando en Portugal, síganse las laderas de la sierra de Meras, y por Torre hasta Coa en Sabugal; de aquí sígase por el noroeste hasta Pega, donde, según dice Walter Scott, el 30 de marzo de 1811 la retaguardia francesa fue alcanzada por nuestra caballería; creyéndose seguros en sus fuertes posiciones, los franceses tocaron Dios salve al Rey a manera de burla; su talento musical fue interrumpido por el obligato de nuestra artillería, y su derrota fue total, siendo perseguidos y hechos pedazos a lo largo de cuatro largas millas.

Siguiendo desde Pega llegamos a Guarda, que es una antigua ciudad episcopal portuguesa junto a la sierra de la Estrella, de unos dos mil trescientos habitantes. Obsérvense las antiguas murallas y la catedral. La ciudad tomó su nombre del castillo, que guardaba la frontera contra los moros. Está a cosa de seis leguas de la raya española. Aquí el agua es abundantísima; la bajada hasta los ríos Mondego y Nocyme y los barrancos de montaña son algo muy pintoresco. Estas alturas, casi inexpugnables, fueron abandonadas el 29 de marzo de 1811 por Massena, quien, con veinte mil hombres, se retiró sin disparar un tiro ante Picton, que tenía solamente tres regimientos ingleses y dos portugueses. De aquí se sigue por Prades y Salgaraes, atravesando una península accidentada formada por una curva del Mondego, hasta Celorico, pueblo de unos mil quinientos habitantes. La comarca está llena de arroyos con puentes aceptables. Crúcese el río y sígase hacia el nordeste por Baracal, Alberca y Carvajal hasta Valverde; crúcese luego el Coa para llegar a Almeida, que dista cosa de media legua. Esta fortaleza fronteriza de Portugal se levanta sobre una suave eminencia, casi rodeada por una llanura desierta o meseta, que es lo que su nombre significa en árabe; dista cosa de una legua de la raya española y alrededor de siete de Ciudad Rodrigo; en tiempos inquietos la única ruta habitualmente practicable es por el Val de la Mula y la Aldea del Obispo, donde están situados los puestos avanzados españoles.

Almeida tiene alrededor de mil doscientos habitantes y cuenta con una buena iglesia y torre; la ciudadela que, como en España, no ha sido nunca debidamente reparada desde la Guerra de la

Independencia, es una de las más bellas de Portugal, aunque en el lado sur la elevación de la tierra es completamente inadecuada para operaciones militares. Tiene seis bastiones de granito duro y grueso, con otros seis revellines y una noble plataforma que domina una amplia vista de la comarca circundante. Está flanqueada la ciudadela por anchos fosos, una entrada cubierta y explanadas; en el centro se levanta un castillo, famoso por el estilo de su arquitectura y por su fuerza, como también por el hecho de que sus polvorines son a prueba de bomba. Tiene pozos y dos fuentes. El 25 de agosto de 1762 fue tomada, tras haber capitulado después de una heroica resistencia, por el conde de O'Reilly con cuarenta mil españoles y franceses, porque Portugal carecía de suficientes fuerzas con que oponerse al sitio. En virtud de la paz de 1763 los españoles la restituyeron. El primer resultado de la victoria del duque en Fuentes de Oñoro fue la captura de Almeida, para cuyo rescate Massena arriesgó la batalla. Tal fue el terror y la huida generales después de la batalla, que los franceses hubieron de dejar que la guarnición se las arreglara como pudiese, sin comunicar siquiera su retirada al general Brennier, el gobernador, quien hizo volar los bastiones y consiguió salvar a sus tropas gracias a su habilidad y valor, ayudado por otro error de sir William Erskine. "Ese", dijo el Duque, "fue el suceso militar más lamentable que ha podido ocurrirnos; nunca me he sentido tan disgustado como por la huida de uno solo de ellos" (parte de guerra del 15 de mayo de 1811); pero, como observó también entonces, él no podía estar en todas partes al mismo tiempo.

Los ríos Coa y Turones dividen a España de Portugal, y el contrabandista se ríe de ellos; desde Almeida seguimos hacia el sur por la sierra hasta Freneda, bajo el monte Cabrillas, que dista cosa de cinco leguas de Ciudad Rodrigo; de aquí a Villa Formosa y luego hasta Fuentes de Oñoro; visítese la aldea, crúcese el Dos Casas y sígase hasta Alameda o Gallegos, pobre pueblecito de seiscientas almas, distante alrededor de media legua del Águeda. Los acontecimientos que han tenido lugar en estos lugares fueron descritos hace pocas páginas.

## RUTA LXIII

## DE CIUDAD RODRIGO A SALAMANCA

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Santi Spiritus | 3 | |
| Martín del Río | 2 | 5 |
| Bóveda de Castro | 4 | 9 |
| Calzada | 3 | 12 |
| Calzadilla | 2 | 14 |
| Salamanca | 2 | 16 |

Hay ciertas facilidades de transporte por coche; la carretera es mala y carente de interés. Los que vayan a caballo y no busquen hospitalidad (la cual, por cierto, raras veces le es negada aquí a un inglés) en alguna montaracía encontrarán una posada aislada cerca de la iglesia, en Bóveda. El memorable campo de batalla de Salamanca puede ser visitado a la mañana siguiente saliendo del Camino Real a la derecha por Tura y Miranda de Azán; saliendo de

allí y de los árboles que flanquean el Zurguén se encuentra el lugar donde Pakenham interceptó y detuvo a la vanguardia izquierda francesa; en lugar de seguir el camino todo derecho hasta Torres, sígase ahora a la derecha; delante de Azán tuvo lugar la grandiosa carga de caballería de Le Marchant, que deshizo las soberbias líneas francesas y decidió su derrota. De aquí bájese a la pobre aldea de Arapiles. A cosa de milla y media al este se levantan dos lomas, los Arapiles, por las que los franceses llaman a esta importante batalla. Salamanca, con sus cúpulas, se levanta a unas cuatro millas y media al norte del pueblo.

Esta gloriosa victoria tuvo lugar el 22 de julio de 1812. La batalla fue resultado de un movimiento en falso de Marmont. Tanto él como el Duque llevaban largo tiempo maniobrando el uno frente al otro, como dos jugadores de ajedrez, o como Turenne y Montecuculi hicieron en 1673; las fuerzas a disposición de Marmont ascendían a más de cien mil hombres, mientras que las del Duque eran inferiores a sesenta mil (Napier, XVIII, 4) y de estos apenas la mitad eran británicos. Esto daba a Marmont la iniciativa en todo momento, y reducía al Duque a actuar a la defensiva. Los reproches de Bonaparte impulsaron a Marmont a arriesgar una batalla y, habiéndola perdido, fue acusado de precipitación por su inconsecuente amo. La versión del Duque a Graham es corta y suave. “Me situé en el terreno que usted hubiera debido en el sitio de Salamanca. Nos lanzamos a una carrera para ver quién llegaba antes al mayor de los Arapiles, que es la más lejana de las dos alturas aisladas; esta carrera la ganaron los franceses, y eran demasiado fuertes para poder ser desalojados sin una batalla general. Yo sabía que a los franceses se les iba a unir la caballería del ejército del norte el 22 o el 23, y que el ejército del centro probablemente estaría en movimiento. Marmont hubiera debido darme Pont d’Or, y habría realizado así una bonita operación; pero en lugar de esto lo que hizo fue pasarse la mañana entera maniobrando al estilo francés habitual, sin que nadie pudiera saber con qué objeto, y después presionó mi flanco derecho de tal manera, pero, al mismo tiempo, sin atacar, que nos habría quitado nuestro Arapiles o nos habría dejado completamente reducidos a nuestra posición; pero no era cosa de tolerar esto y caímos sobre él, desgajando su flanco izquierdo, y en mi vida he visto a un ejército sufrir tal derrota. Yo había querido que los españoles siguieran

ocupando el castillo de Alba de Tormes; don Carlos de España lo había evacuado, pienso yo que antes de conocer mis deseos, y tenía miedo de hacérmelo saber, de manera que no me enteré hasta que me encontré sin enemigos en los vados del Tormes; cuando, finalmente, les perdí de vista en la oscuridad, marché contra Huerta y Encinas; si hubiera sabido que no había guarnición en Alba habría marchado hacia allá, y lo más probable es que me hubiera quedado entonces con todo" (parte de guerra del 25 de julio de 1812).

La posición del Duque era la aldea de Arapiles. La batalla comenzó a eso de las tres de la tarde, porque Marmont amplió entonces su línea hacia Miranda de Azán. El Duque estaba escribiendo cuando le fue comunicado este falso movimiento. Dio un salto y con intuición genial exclamó: "¡Estupendo!, ¡ya los tengo!"; y en efecto, los tenía. El Duque "remató este error con un golpe de rayo". Unas pocas órdenes salidas de sus labios como los encantamientos de un mago bastaron para hacer avanzar las masas inglesas; Pakenham, a la izquierda, a eso de las cinco, rompía la cabeza a la espléndida columna de Thomieres, haciéndola pedazos con fuerza de gigante. Luego, las divisiones 4ª y 5ª atacaron el centro francés, ganando virilmente la cima de La Cabaña, en cuya eminencia tuvo lugar una lucha desesperada; allí y entonces la caballería inglesa, a las órdenes de Le Marchant, hizo morder el polvo a mil doscientos franceses, "grandes hombres en grandes caballos", dice Napier, "pisoteando al enemigo con gran clamor y gran movimiento, aplastando masa tras masa de ellos con contundente valor y fuerza"; luego ochocientos sables dominaron a las soberbias "columnas de granito" de Bonaparte. La 3ª, o sea, "la división luchadora del viejo Picton", destruyó casi enteramente a la 7ª división francesa, que estaba situada en la cima del monte y mandada por Foy.

El Duque rompió aquí la línea francesa de la misma manera que Bonaparte la rusa en Austerlitz. Marmont fue herido, y el mando pasó a Clausel, quien, con gran talento y valentía consiguió rehacer la situación de la batalla cambiando de frente; pero el Duque dio la vuelta y le golpeó, y él huyó entonces detrás de los Arapiles, habiendo abandonado todo cuanto podía constituir un ejército y escribiendo, en el momento mismo de la verdad, que ni siquiera veinte mil hombres del ejército francés podrían ser reorganizados en aquel momento. Se retiró a Burgos, enviando al coronel Fabvrier

a comunicar la noticia a Bonaparte en el Borodino el 7 de septiembre.

La hora tardía en que comenzó la batalla salvó al enemigo. “Si hubiéramos tenido una hora más de luz el ejército entero habría caído en nuestras manos” (parte de guerra del 28 de julio de 1812). Así escribió de nuevo en Nivelle el Duque cuando estaba allí derrotando a Soult, y tales fueron también las palabras usadas por Marlborough en Oudenarde, y por Stanhope en Almenara.

Salamanca fue, ciertamente, una victoria: el Duque, en cuarenta y cinco minutos, derrotó allí a cuarenta y cinco mil franceses. Lo breve y lo completo de la acción fue resultado del hecho de que ambos contendientes eran casi iguales numéricamente; los ingleses y los portugueses ascendían a cuarenta y seis mil hombres, y los franceses a cuarenta y cinco mil, pero estos, en realidad, eran muy superiores, por ser una nación solamente, y también por su artillería y sus posiciones, hasta el punto de que el único temor de Marmont era que el Duque consiguiera escapar a Ciudad Rodrigo. Se sentía tan seguro de la victoria y estaba tan deseoso de guardar para sí toda la gloria, que ni siquiera quiso esperar a José, que llegaba con quince mil hombres más. Los franceses perdieron dos águilas, once cañones y catorce mil hombres, mientras que nuestras pérdidas ascendieron a cinco mil doscientos, Aunque la copa rebosante de la alegría fue rehusada a los labios del Duque por la torpeza de Carlos de España, su victoria, sin embargo, fue sumamente importante; Madrid y Andalucía fueron liberados, la oposición en Inglaterra se vio acallada y los miembros traidores de las Cortes de Cádiz quedaron imposibilitados de llegar a un acuerdo con José; las consecuencias de esta acción llegaron hasta Bonaparte, en Rusia, y reanimaron el valor del mundo jubiloso. El Duque se dio cuenta entonces de su fuerza creciente; “le vi”, dice el coronel Napier, un soldado que retrata a otro soldado, “tarde ya, al anochecer de aquel gran día, cuando avanzaban los relámpagos de la artillería y los mosquetes, extendiéndose por todo el campo de visión y mostrando en la oscuridad hasta qué punto estaba siendo ganada la batalla. Estaba solo, en su frente se leía la emoción de la victoria y sus ojos eran vigilantes y agudos; pero su voz era tranquila e incluso suave. Más que rival de Marlborough, ya que él había derrotado a guerreros más grandes que los que nunca se habían enfrentado a

Marlborough, parecía, con un orgullo profético, aceptar esta gloria solamente como augurio de cosas más grandes".

El campesino que sirvió al Duque de guía se llamaba Francisco Sánchez; perdió una pierna en la lucha, y por esto fue llamado siempre después El Coco. Recibió una pensión de seis reales diarios, que, los liberales, según él mismo nos dijo, le quitaron en 1820.

Estas llanuras, desapacibles y vulgares, semejantes, ciertamente, a otras de otros sitios que el viajero recorrería sin prestar atención, han quedado ahora cubiertas por un halo inmortal; y poco de envidiar es el hombre que encontrándose en estos lugares no sienta hervir su patriotismo. Ahora todos los residuos de esta lucha a muerte entre naciones gigantes han desaparecido. La naturaleza, siempre serena, ha reparado, como madre previsora, los daños causados por esos insectos belicosos de un día. El trigo se mece tupido sobre el suelo fecundado por la sangre de los valientes británicos que murieron por una Iberia ingrata; y la llanura, durante veinte años, estuvo cubierta de huesos blanqueantes, dejados al buitre, el enterrador nacional; más aún, por falta de refugio en estas estepas desnudas, los cráneos estaban extrañamente habitados, quaeque ipse miserrima vidi:

Bajo el hueso amplio y abierto,

que albergaba un temor incierto,

un huésped débil y encogido,

el zorzal, había hecho su nido.

Y, como un dato característico más, El Coco nos aseguró que, aun cuando seis mil españoles, mandados, cosa curiosa, por Sarsfield, en cuyas venas corría sangre irlandesa, habían estado acampados durante dos meses en Salamanca en 1832, ni uno solo de aquellos soldados u oficiales había visitado siquiera este campo de batalla; y cierto es que aquí, como en Barrosa, ni un solo golpe fue asestado

por sables españoles: y también es cierto que la España liberada no ha levantado aquí una sola crónica de piedra o llenado una sola hornacina con nada que pueda servir de recuerdo de su aliado inglés; tampoco, en su guía de 1843, menciona siquiera Mellado la victoria de Salamanca, a pesar de que dedica páginas enteras a miserables peleas entre carlistas y cristinos.

Pero aquí siguen todavía en pie estos grises Arapiles, columnas del Hercules Britannicus, y grabadas con su espada. Existirán para siempre, testigos silenciosos pero elocuentes, de una verdad gloriosa que nadie podrá nunca jamás arrancar de su base.

Los resultados de la victoria de Salamanca se vieron neutralizados por la conducta negativa de nuestro ministerio inglés, y también por la de Ballesteros y los españoles en la Península. Se levantó el sitio de Burgos y en noviembre, tres meses después del desastre de Marmont, el Duque se vio de nuevo en estas llanuras: entonces, como él mismo había predicho, la liberación de Andalucía le enfrentó con el ejército suplementario de Soult, quien, uniéndose a Jourdan junto al Tormes, estaba ahora a la cabeza de cien mil soldados de infantería, doce mil de caballería y ciento veinte cañones. El Duque y Hill estaban dando reposo a sus fatigadas tropas, que no pasaban de cincuenta y dos mil hombres; pero él conocía su viejo terreno y sentía deseos de luchar y vencer una y otra vez: privado, por alguna absurda decisión de las Cortes, de sus habituales fuentes de información, siguió en Salamanca, desafiando a los franceses a luchar un día más de la cuenta. Jourdan, que había olvidado la experiencia de Talavera, quería lanzarse al ataque enseguida; pero Soult, que recordaba la de Oporto, vacilaba, y su discreción fue apoyada por Clausel, a quien no gustaban les souvenirs des Arapiles, y de esta manera, se perdió una preciosa oportunidad. Los dos, aunque valientes y hábiles, estaban intimidados por la sola presencia del Duque; esperaban, confiando en su gran superioridad numérica, aislarle de Ciudad Rodrigo par des savantes manoeuvres. Fue entonces cuando el Duque hizo ese movimiento magnífico, desfilando como en Burgos ante el enemigo, quien ni siquiera le molestó: de esta manera, consiguió avanzar sobre él, y llevando a su ejército al río Valmuza, marchar desde allí por la carretera superior, pasando por Vitigudino, hasta Ciudad Rodrigo: una retirada que no tiene rival por su audacia y completo

éxito, y más gloriosa que muchas campañas de ataque. Nunca se hizo alarde de mayor dominio de las dificultades, las cuales nunca fueron aceptadas y superadas con mayor presencia de ánimo; cada paso mostraba previsión y sagacidad, y la feliz adivinación del genio.

La versión francesa es característica (V. et C., XXVI, 204): "Soult rejètte les Anglais en Portugal, en leur faissant éprouver une grande perte, quoiqu'ils précipitassent leurs mouvements pour éviter une affaire générale".

La verdad es que el único error del Duque consistió en no haber apresurado suficientemente su retirada, y eso fue debido a que estaba invitando a una batalla general, que Soult, prudentemente, evitó.

Después de dejar estas llanuras y yendo por una comarca sombría, sin árboles y abierta, fría en primavera y en invierno y ardiente en verano, llegamos a Salamanca, que se alza noblemente con cúpula y torre sobre el Tormes, cruzado por un largo puente romano de veintisiete arcos, más propio de una culta universidad que el puente absurdo de nuestra Oxford.

Salamanca no tiene siquiera una posada tolerable. La diligencia de Ledesma empieza en La de los Toros; La de Navarra, cerca de la Plaza Mayor, es un mero parador; pero la gastronomía no fue nunca ciencia ibérica, y aunque Salamanca ha producido cien mil doctores, nunca ha sido cuna de un solo buen cocinero. El alimento del cuerpo y la mente, por abundante que sea en cantidad, es igualmente poco satisfactorio en calidad, sin exceptuar los panes pintados: no tiene siquiera las "tortas y la carne dura" de Oxford, que suelen digerir los directores de los colegios. Por malas que sean las posadas, sin embargo, hay muchas posadas secretas, o pensiones particulares, y tiendas de uvecería y botillerías, donde viven los estudiantes y beben anís malo, con o sin arroyos castellanos, tan abundantemente como los estudiantes alemanes beben cerveza. Salamanca es capital de su moderno departamento o comarca; sede de un obispo sufragáneo del de Santiago; su población es de menos de catorce mil personas. La ciudad es aburrida, dormida y fría; el aire muerde astutamente y, como el combustible es muy escaso, el sol es la chimenea del pobre: de aquí que el sur tenga preeminencia

sobre las tres “maravillas” de Salamanca: Medio día, medio puente y medio claustro de San Vicente. La ciudad tiene un aspecto antiguo y anticuado. La bella piedra color cremoso procede de las canteras de Villafranca, que distan cosa de una legua, y es infinitamente superior en color y duración al material efímero que se usa en Oxford. La universidad, sin embargo, es completamente deficiente por lo que se refiere a esos bosquecillos académicos y deliciosos jardines de su rival inglesa. El viajero ha de preguntar si se ha terminado ya el planeado museo; entretanto, los principales cuadros y objetos de arte podrán ser examinados en sus lugares originales, y si han sido movidos de ellos no habrá dificultad en identificarlos. Salamanca está construida sobre tres colinas, y tiene forma de herradura; el Tormes constituye su base, y los muros que lo dominan son muy antiguos, sobre todo cerca de la puerta del río. El Tormes comienza en la sierra de Gredos, cerca de Tormelles y, después de un curso de cuarenta y cinco leguas, desemboca en el Duero, cerca de Fermoselle; tiene buenas truchas, y se han pescado algunas que pesan hasta dieciocho libras; donde mejor pescado hay es cerca de sus fuentes: en Salamanca las aguas sucias recuerdan más bien las del Cam que las del Isis, y se piensa que producen parecidos efectos. Ha bebido de las aguas del Tormes es un cumplido o una sátira, y alude a las aguas de Castalia o a las del olvido, según cada caso, aunque generalmente es a estas últimas; porque Salamanca pasa por ser culta debido a que todos le aportan algo, pero pocos sacan algo de ella: así pues, Fabricio aconseja a Gil Blas que no vaya a Salamanca porque, teniendo algún talento natural, se expone a perderlo.

Salamanca, Salmantica, fue una ciudad grande y antigua de los Vettones. Plutarco (de Virt. Mul.) la llama megalh polij; cuenta que, en el año 532 de la fundación de Roma, Aníbal levantó su sitio porque los españoles habían “prometido pagar” trescientos talentos de plata y dar trescientos rehenes. En cuanto se hubo ido, sin embargo, rompieron ambas promesas, en vista de lo cual volvió sobre sus pasos y entregó la plaza al saqueo, habiendo ordenado que la población del sexo masculino saliera a cuerpo, esto es, sin armas ni capas. Las mujeres, sin embargo, escondieron espadas debajo de sus sayas (de la misma manera que las manolas esconden ahora cuchillos); y cuando la guardia masesiliana puso aparte a los prisioneros confiados a su cuidado para poder participar en el

pillaje, estas amazonas armaron a los hombres, que mataron a muchos de los saqueadores; Aníbal reapareció y los españoles se refugiaron en los montes, pero el cartaginés se sintió tan contento de aquellas valientes mujeres y tan deseoso de hacer cuanto pudiera por complacerlas, que les permitió repoblar Salamanca. Las damas solo hablaban la lengua ibérica, y Aníbal solamente el cartaginés, pero se sirvió de un intérprete llamado Bacon.

Bajo los romanos, Salamanca se convirtió en el noveno centro militar, junto a la Via Lata, la ancha carretera que iba de Mérida a Zaragoza. Trajano (Pontifex maximus) hizo construir el puente, cuyas bases originarias existen todavía. Los proféticos godos protegieron Salamanca; aquí acuñaron monedas de oro, lo que hicieron en muy pocos lugares (véase Flórez, "M.", III, 272). Fue asolada por los moros, y finalmente reconquistada en el año 1095. Abunda en ejemplos primitivos de arquitectura, por ejemplo, la vieja catedral, que es del año 1102; Santo Tomé de los Caballeros, de 1136; San Cristóbal, de 1150; San Adrián, de 1156; San Martín, de 1173; Santo Tomás, a Becket, de 1179, construida solo cuatro años después del asesinato de este santo en Canterbury, lo que nos da una curiosa prueba de la rápida expansión entre los clérigos de la fama de este campeón de las pretensiones eclesiásticas sobre el poder civil.

Salamanca, que los españoles llaman "Roma la chica" por causa del gran número de sus vistosos edificios, es ciertamente una universidad para cualquier arquitecto que desee estudiar estilo desde sus periodos más primitivos; tiene gran número de soberbias muestras del gótico sencillo y florido, como también del más rico cinquecento y plateresco, hasta llegar al más exultante rococó; y es que José de Churriguera, el heresiarca del mal gusto, y cuyo nombre es sinónimo de lo absurdo en cal y canto, nació aquí hacia 1660. Este hombre y su estilo no fueron otra cosa que una úlcera más, exponente más de la corrupción general de España, tanto en lo religioso como en lo político y lo artístico.

Los franceses dejaron intactos sus edificios, verdaderos modelos del estilo chillón y cursi de Luis XIV; seleccionaron los más nobles monumentos de religión, arte y sabiduría para imprimir en ellos la huella de su imperio, como si su grandeza fuera a ser puesta a

prueba por la extensión de sus destrozos. “Operae pretium est cum domos atque villas cognoveris in urbium modum aedificatas, visere templa queae nostri majores religiosissimi mortales fecere. Verum illi delibra Deorum pietate, domos suas gloria, descorabant; neque victis quidquam praeter injuriae licentiam eripiebant: at hi contra ignavissimi jomines per summum scelus omnia ea sociis adimere quae fortissimi viri victores hostibus reliquerant; proinde quasi injuriam facere, id demum esset imperio uti”. Así pensaba el filósofo romano (Salustio, 12 a. de C.); y así escribía el indignado vencedor inglés el 18 de junio de 1812: “El enemigo evacuó el 16, dejando una guarnición en las fortificaciones que había levantado sobre las ruinas de los colegios y conventos demolidos por él”. “Es imposible describir el júbilo de la gente de la ciudad al entrar nosotros en ella; llevaban ya más de tres años sufriendo, y durante este tiempo los franceses, entre otros actos de violencia y opresión, han destruido trece de los veinticinco conventos y veinte de los veinticinco colegios universitarios que existían en este famoso centro de estudios”. Y, de nuevo, el 10 de febrero de 1813: “Últimamente he recibido noticias de que el enemigo ha destruido los colegios restantes, así como otros grandes edificios que había en Salamanca, con el fin de usar la madera para leña”. Hay gente (dice Bacon) capaz de incendiar la casa del vecino para cocerse un huevo. La parte occidental de la ciudad es ahora poco más que un montón de ruinas; imagínese el lector a Oxford si monsieur Joinville pudiera entrar y écraser Christchurch, Corpus, Merton, Oriel, All Souls’, Ratcliffe, la Biblioteca Dobdeliana, Brazennose y Saint Mary’s.

Salamanca, para ser una ciudad de catorce mil habitantes, estuvo anteriormente muy bien abastecida de centros espirituales; además de la catedral y el espléndido capítulo, había veinticinco iglesias parroquiales, veinticinco conventos de frailes y once de monjas; pero para comprender lo que era antes de que residieran allí los señores Ney y Marmont conviene consultar la Historia de Salamanca de Gil González de Ávila, cuarto, Salamanca, 1606, y el Compendio histórico de Bernardo Dorado, cuarto, Salamanca, 1776. Ponz, XII; Flórez, España Sagrada, XII. Los españoles, como los orientales, raras veces reparan nada, y también es cierto que su pobreza de estos tiempos no les permite restaurar monumentos, obra de siglos de riqueza, piedad y cultura, que el enemigo armado ha reducido a casi nada, y de los que ahora no hay demanda,

porque aquí la época escolástica ha terminado, aunque la de los ferrocarriles apenas haya empezado todavía: y tampoco han imitado a nuestros hookers y lauds, que, cuando nuestra reforma hubo despojado a las iglesias de sus recursos, como ellos no podían reconstruir los edificios antiguos con piedra, elevaron nuevos monumentos con su pluma en honor y gloria de su sagrada orden.

Salamanca es la Oxford de España. La primera universidad que tuvo Castilla fue la fundada en Palencia por Alonso VIII, la cual indujo a Alonso IX de León a crear esta para León. Cuando los dos reinos fueron unidos bajo su hijo Fernando el Santo, Palencia fue adscrita a Salamanca y el rey dio a las dos universidades unidas nuevos estatutos en 1243. Alonso el Sabio, su hijo, que era hombre culto, pero no inteligente, favoreció este centro de estudios y dotó cátedras en 1254; fue aquí donde se calcularon sus famosas tablas astronómicas; pero, como Tales, que tropezó con la tierra cuando estaba contemplando las estrellas, la carrera política de este pobre pedante fue un completo fracaso: Mucho sabía del cielo y poco del suelo. La universidad estuvo gobernada al principio por su propio rector y por su propia constitución, que fue redactada en 1300; este funcionario, de gran autoridad, era elegido por un año todos los 11 de septiembre, y entraba en el ejercicio de sus funciones el 25. La disciplina de la universidad se supeditaba a su tribunal. Los detalles de este cargo, las becas o capuchas distintivas, los maceros, etcétera, se encontrarán en Dávila y Dorado, y en ese curioso y antiguo Manual de España, Grandezas de España, Pedro de Medina, 1566, pág. 97.

En la importante cuestión de las borlas nos limitaremos a mencionar que la blanca significaba las ciencias divinas; la verde, el derecho consuetudinario; la carmesí, el derecho civil; la azul, las artes y la filosofía, y la amarilla, la medicina, el color mismo de la bilis y la ictericia. Pero estos colores solo se exhibían en días de fiesta y en ocasiones importantes.

Los colegios se dividían en mayores y menores: en los mayores se enseñaban ciencias divinas, derecho, medicina y los clásicos; en los menores, gramática y retórica. Las escuelas eran tres: primero las mayores, donde se enseñaba teología, derecho canónico, medicina, matemáticas, filosofía natural y moral, idiomas y retórica; luego las

menores, donde se enseñaba gramática y música; y, finalmente, las mínimas, donde se enseñaban los rudimentos, es decir, leer y escribir. Los colegios mayores eran fundaciones aristocráticas, pues las rígidas pruebas de hidalguía y limpieza de sangre los monopolizaban para las grandes familias, ya que el simple hecho de ser miembro de una de ellas garantizaba el ascenso inmediato en la iglesia y la abogacía. De estos colegios mayores había solo seis en toda España: uno en Sevilla, uno en Valladolid y cuatro en Salamanca, que eran San Bartolomé, Cuenca, del Arzobispo y del Rey. Los otros son, o, mejor dicho, eran, veintiuno en total, y se llamaban Monte Olivete, Santo Tomás, Oviedo, San Millán, Santa María, Santa Cruz, La Magdalena, Alcántara y Calatrava, de los Ángeles, Santa Susana, Guadalupe, San Pelayo, San Bernardo, Los Irlandeses, Santa Catalina, Las Viejas, San Juan, Jesús, San Miguel, San Pedro y San Pablo y Burgos.

Estos colegios no son de época muy temprana, porque los ricos piadosos de los tiempos primitivos fundaban monasterios y conventos, hasta que sus abusos encauzaron la caridad de los inteligentes en mejor dirección, es decir, hacia la edificación y dotación de escuelas, colegios y universidades, aunque siempre dándoles un carácter religioso. El amanecer de la literatura clásica del siglo XV tendía a incrementar estas fundaciones, aunque algunos de los más previsores, que tuvieron que darse cuenta de la caída inevitable de todo el sistema monacal, preferían invertir su dinero en cosas más seguras.

Los colegios mayores vieron reducidos por primera vez sus privilegios por el ministro de Roda, quien, habiendo sido rechazado por uno de ellos en su juventud por causa de su bajo nacimiento, persuadió a Carlos III, hacia 1770, a reformarlos; de esta manera, se vieron privados de su clientela y modificados. Estos cambios, que, ostensiblemente, tenían por objeto el bien público, no fueron en realidad sino resultado de una venganza privada: Blanco White (Cartas, 104) nos cuenta la historia secreta de todo este asunto.

Salamanca, que en el siglo XIV contaba con catorce mil estudiantes, había bajado ya en el XVI a siete mil, y continuó languideciendo hasta la invasión francesa: ahora es prácticamente un desierto. La creación de universidades locales en grandes ciudades ha roto el

monopolio de la concesión de grados universitarios; y ahora, con el estancamiento del pago de salarios pedagógicos, se producen tristes abusos: se conceden grados sin residencia y se consiguen certificados falsos de profesores y preceptores que tienen que vivir de algo. También es cierto que las ventajas de una educación académica para las clases altas han disminuido mucho con la disminución de las ricas sinecuras en los capítulos catedralicios y los tribunales de justicia; los estudiantes pobres, que aspiran solamente a llegar a ser humildes curas, siempre han sido objeto de sátiras e ingeniosidades. Un estudiante ha sido durante largo tiempo sinónimo de impertinente. Sus categorías inferiores eran sencillamente mendigos "con licencia parlamentaria", igual que nuestros "pobres estudiantes" en tiempo de Ricardo II; se les permitía, por ley (recopilación, Lib. 1, tít. 12, ley 14), vagabundear y terminar sus estudios pidiendo limosna. Y así conseguían sus grados gratis; muchos llegaron a ser ministros españoles y expertos maestros en el arte de mendigar empréstitos. Su traje es notable, en particular sus capas harapientas; pero "debajo de una capa rota hay buen bebedor", y l'habit ne fait pas le moine. Estos estudiantes se cuentan entre los más audaces e impertinentes de la especie humana, llenos de harapos y bromas, chistes, piruetas, licencia, piojos y guitarras. Su particular cumplido consiste en arrojar sus capas desgarradas y remendadas al suelo ante bellas y bien vestidas mujeres para que pasen sobre ellas. Esta misma delicada atención por parte de sir Walter Raleigh ante la reina Isabel le dio, por lo menos, mejores resultados. Este "tender la ropa al paso" es verdaderamente oriental y clásico (San Mateo, XXI, 8). Fue así como los soldados de Catón mostraron a este el respeto que le tenían (Plutarco, In Vit.), y lo mismo habían hecho antes los de Jehú (2 Reyes, IV, 13); y Roa (Singularia, XI, 144) menciona esta costumbre como existente entre los moros de Granada. Llevan también un curioso sombrero de tres picos de tela impermeable, en el que se ponía una cuchara de madera, semejante a la que usaban los pobres a las puertas de los conventos para comer sus sopas de limosna: de aquí que estos estudiantes se llamaran también sopones, soperos, sopistas, y no sofistas; y pocos de ellos, esta es la triste verdad, nacían con cuchara de plata en la boca, o con abundancia de otras cosas que no fuese descaro. Pero el comedimiento no es de utilidad para el mendigo o el monje, ya que Fray modesto nunca fue guardián, y menos aún si se sentía con hambre, lo que

proverbialmente les ocurre a los estudiantes, y hambre estudiantina peor que la canina: son sociables, generalmente salen de caza en manadas, pero uno, el gracioso del grupo, mendiga en verso, acompañando sus improvisaciones con la guitarra. Estos estudiantes figuran en todas las novelas picarescas de los bajos fondos españoles, El bachiller de Salamanca y sus semejantes, y el tipo era imitado con frecuencia por jóvenes nobles como camuflaje de sus aventuras y sus tretas contra los viajeros; los verdaderos estudiantes pobres hacían sus rondas en compañía de verdaderos mendigos y, según Quevedo, los de los figones con tanta frecuencia como los peregrinos.

Romero el Estudiante, con sotanilla corta,

Y con el quidam pauper, los bodegones ronda.

Muchos de estos estudiantes eran de tan mala condición como sus costumbres de vagabundeo: se ganaron casi en exclusiva el epíteto de tunante, palabra que se deriva del persa tuni, mendigo vagabundo. Siempre les gustó la compañía baja, en particular la de los muleros, que en España representan la bribonería de nuestra "hermandad del látigo"; de aquí el proverbio: Estudiante sin recuero, bolso sin dinero; y sus bolsas, ya sea por la ausencia o la impaciencia de la moneda, estaban, como las medias valencianas, abiertas por el fondo. Los estudiantes novatos de primer año eran siempre víctimas suyas y, entre otras ceremonias sumarias de iniciación, se les coronaba con una mitra de papel o coroza; de aquí que, como entre nuestros irreverentes comerciantes de carne de caballo, se dijera que estaban obispados, término que en jerga española equivalía a haber sido estafados. Ningún comerciante salmantino podía fiarse de ningún estudiante para nada sin la garantía previa de su tutor o pariente. Esta ley de Carlos V, 1542, podía muy bien haberse ampliado a Oxford.

La carrera académica de las clases altas es desde luego monótona si la comparamos con las diversiones de Oxford; se parece más bien a la rutina calvinista de Ginebra, pero incluso sin las cajas de rapé

musicales. Oxford tiene precedencia sobre Salamanca: esta delicada cuestión fue decidida en el Concilio de Constanza, en 1414, cuando Enrique de Abendon, "guardián" del colegio de Merton, defendió su universidad. Salamanca, comparada con la ciencia, la erudición y la riqueza de Oxford, resulta lo que la "raya" o línea fronteriza del campo de la Concepción comparada con Gibraltar.

El profesorado universitario, por lo que al puchero colectivo se refiere, es hospitalario, y tampoco escatima el vino de Toro que, como el de Oporto en otros lugares, pasa por fomentar los prejuicios. Los hombres aficionados a la siesta, con barriga prominente y pendiente, "Dediti ventri atque somno", como dice Salustio ("B. C.", 2), "indocti incultique residen", "más pesados que la pingüe hierba que arraiga con facilidad en la orilla del Leteo". Eran, ciertamente, estudiosos de la filosofía oriental de la indolencia, prefiriendo las sustanciosas ollas y el jamón grasiento a la fiesta de la razón y al sabio de Verulanium: y los que tienen mucho que digerir suelen pensar en proporción inversa. Es tontería, por parte de los profesores con buenos beneficios, cultivar las secreciones cerebrales a expensas de los jugos gástricos, porque la dispepsia, según el erudito portugués Amati, sigue al estudio como la sombra al cuerpo, o como una dueña, toda ojos y desdentada, a una bonita damisela; y, en consecuencia, todos los sistemas desacreditados en otras partes echaron aquí hondas raíces, especialmente el averroísta o aristotélico corrompido. Todavía en 1747 se consideraba herejía afirmar que el sol no giraba en torno a la tierra; pero mientras el capón girase en torno al asador, qué les importaba a los becarios y a los pedantescos doctores, contentos, cuando no estaban dormidos, con sorber la leche de su universidad indiferentes a la historia y los orígenes de sus diversas fundaciones. Y tampoco les ponía de buen humor que les interrogara un impertinente curioso, un extranjero que tomaba notas, porque "es probable que vaya incluso a imprimirlo".

Y no se imagine el coleccionista de libros que encontrará nada especial en este centro de supuesto estudio. Las ediciones más corrientes de los clásicos son difíciles de encontrar aquí.

Debiera tratar de averiguarse si se ha formado alguna nueva biblioteca con las recientes confiscaciones. Los salamantinos

mostraron más interés por su coliseo, porque el pan y toros es aquí grito más popular que el arma virumque cano. Sin embargo, durante la Guerra de la Independencia los universitarios, todos y cada uno de ellos, desde el rector hasta el último criado, odiaban al invasor, que robó sus recursos, comió sus raciones y destruyó sus colegios. Facilitaron al Duque información secreta y los nombres de Curtis y Guillén han quedado inmortalizados en sus partes de guerra como hombres buenos y leales.

Salamanca, en otros tiempos, cuando su paz no era turbada, era famosa por sus conocimientos inútiles y aburridos, por su ciencia de la polémica, casuística, teología dogmática y ortodoxia papal; para la defensa de esto o, como ellos decían, de la fe, la religión, y la "inmaculada concepción de la Virgen" se fundaron, colegios. La universidad ha producido muy pocos hombres eminentes o suficientemente honestos, porque siempre ha estado dispuesta, cuando se trataba de conseguir mitras y ascensos, a dar opinión a favor del rey, ya fuera que don Pedro, en 1355, quisiera un divorcio, o bien que Felipe II rehusara pagar los intereses de sus empréstitos. Esta universidad, que hizo quemar, por mágica, la biblioteca de Villena, el mecenas de España, y que condenó como visionario el plan de Cristóbal Colón, era, según declaró el infalible Clemente VII, "Turris David inexpugnabilis cum propugnaculis, ex qua mlle clypei doctorum virorum pendent, omnisque armatura fortium, quae Ecclesiam Dei Sanctam, contra virulentos Hereticorum impulsus extreme tuentur". "Nous avons changé tout cela", dijo el francés que, habiendo sacado de un tirón al Papa de su trono en Roma, no encontró mayor dificultad en echar también a los profesores salmantinos de sus sillas y convertir esos baluartes metafóricos y teológicos en verdaderos bastiones y cuarteles.

Para los que no son artistas, arquitectos o anticuarios, bastará un día o dos para ver las maravillas de la arruinada Salamanca. La soberbia Plaza Mayor es desde luego la plaza más grande de España: fue construida por Andrés García de Quiñones en 1700-1733. Tiene a cada lado una columnata porticada, bajo la cual hay tiendas, una oficina de correos y una casa del ayuntamiento, que es churrigueresca y corporativa. En esta plaza tienen lugar corridas de toros, y caben en ella de dieciséis mil a veinte mil espectadores. Las fachadas están adornadas con bustos de reyes y

personalidades de España, y se han dejado huecos para futuros grandes hombres. Estos vacíos, que son contrarios a la naturaleza, llevan allí ya un siglo, hiatus maxime deflendus. Ni siquiera la lucha por la independencia, que suele sacar a la superficie espíritus de las más hondas capas sociales, consiguió dar a luz un español, civil o militar, que llegase siquiera a la mediocridad. Ningún busto de Wellington decora uno de los huecos de estos muros, que dominan las mismas llanuras en que él recuperó esta ciudad y Madrid; y sin embargo, Argüelles, en su Historia (I, 20), cita, como prueba de la gratitud española, el decreto de papel promulgado por las Cortes el 17 de agosto de 1813 para erigir un monumento al liberador de Salamanca. Esto terminó por ser una vox et praeterea nihil, ya que su ejecución ha sido aplazada ad calendas graecas y hasta que se efectúe el pago de lo prometido a Aníbal. Más abajo de esta nueva plaza está la plaza de Verdura, el Covent Garden de aquí: obsérvese a los campesinos en este pintoresco mercado. Sobre el portal de San Martín hay una ruda escultura de este santo repartiendo su capa, caridad esta que los castellanos estiman más que otros pueblos, pero la imitan menos. En el interior, el retablo, oculto por un tabernáculo de relumbrón, tiene el mismo "reparto". Obsérvense el Santiago y la Crucifixión y Gloria encima. Algunos de los arcos ojivales y capiteles de esta iglesia son muy notables.

La catedral es de un espléndido gótico florido de la época de León X; fue comenzada (véase la inscripción en la entrada principal) en 1513; antes se consultó a los principales arquitectos de España; véanse los curiosos documentos publicados por Ceán Bermúdez (Arch., 293). Y no es este un ejemplo único, ya que la época medieval española, que actualmente se califica de oscura, fue de magnificencia, munificencia y sabiduría eclesiástica; fue entonces cuando se levantaron esas catedrales, colegios y escuelas, cuyos fundadores podrían muy bien levantarse de sus tumbas e increpar a sus críticos, los supuestos dirigentes de la civilización moderna. Han pasado siglos desde la construcción de la casa, el "palacio de Dios" (1 Crónicas, XXIX): su terminación era un solemne deber, pasado de una generación a otra. La iglesia, construida como una roca, y sobre una roca, se fue levantando como si fuera a durar para siempre, porque no se escatimó gasto alguno, ni de pensamiento ni de dinero, en esta obra de amor. Los hogares y casas de los que la construyeron eran ciertamente pobres, pero ellos, como los antiguos

romanos (Salustio, 9 a. de C.), lo daban todo por el hogar de aquel que les había dado todo a ellos. Ahora, el lujo y los adornos privados contrastan con la pobreza religiosa en el arte y la ruindad en el sentimiento, más aún, el sentimiento devoto gótico se ha vuelto casi demasiado misterioso para poder ser incluido en los modernos contratos en que se estipulan dieciocho meses para terminar tantos bancos de iglesia y tantos “asientos gratis”, distinciones y actitudes desconocidas en épocas más cristianas, y que son la maldición y la muerte de la arquitectura eclesiástica.

Después de mucho deliberar en Salamanca se aprobó el plano de Juan Gil de Ontañón. El edificio fue construido siendo obispo Francisco de Bobadilla, hijo de Beatriz, la gran amiga de Isabel, que tuvo el buen sentido de no demoler la antigua catedral, a la que se encuentra ahora unida y de cuyo servicio fue separada el 25 de marzo de 1560, eligiendo para ello la fiesta de la Anunciación el capítulo mariólatra. La entrada es exquisita. Obsérvense los infinitos ornamentos y estatuas del rico portal y la bella piedra cremosa en que están trabajados. Las torres son inferiores y de época posterior; sobre la puerta de las Palmas está la Entrada a Jerusalén; fuera hay un paseo, un gradus, como en Sevilla. Hay cuatro naves, de las que la más alta es la central. A los lados de las dos naves laterales hay capillas cerradas como en Sevilla, y el conjunto está en admirable estado y bien conservado. El techo está sostenido por graciosas columnas con pequeños capiteles pintados en azul y oro: el techo gótico está moteado de rosetas doradas. La galería es muy delicada, con un friso doble de pájaros, animales y volutas. Obsérvense, encima, los bustos, que sobresalen de marcos dorados circulares. El cimborrio octogonal es muy ligero y elegante. El coro, como de costumbre, obstruye el centro, mientras la sillería es pesada y mala y el exterior churrigueresco. Obsérvense, sin embargo, las estatuas de San Juan y de una airada Santa Ana enseñando a la Virgen a leer: ambas son atribuidas a Juan de Juni. Visítese la capilla dorada, construida por Francisco Sánchez; obsérvese la profusión de pequeños santos sobre pedestales dorados, y en los que destacan el azul, blanco y oro. La tumba del fundador lleva la fecha de 1524; está representado en escultura, dormido, con sus ropones; encima está su retrato en negro. Obsérvense los azulejos y los sepulcros de dos prelados, protegidos por verjas como guaridas de leones. En la capilla del sepulcro hay una copia del Descendimiento de Tiziano.

En la capilla del presidente hay algunas pinturas de Morales, dos cabezas del Salvador y una dudosa Virgen con el Niño y San Juan. Visítese a continuación la pieza o sacristía de los canónigos; obsérvense el delicado follaje y los ornamentos y los espejos Luis XIV, dignos del tocador de una gran dama. En el oratorio contiguo se conservan las reliquias, pero los franceses se llevaron las monturas de plata. Aquí está el Crucifijo de las batallas, un bronce pequeño que el Cid llevaba siempre consigo en sus campañas, como los paganos llevaban sus victorias. Es muy curioso y auténtico. La corona es negra, el mandil dorado y sujeto con un cinto blanco, moteado de taraceado dorado. Este crucifijo semi-milagroso ha tenido también su historiador (véase El Cristo de las batallas, Gil Dávila, cuarto, Salamanca, 1615). Fue traído aquí por Jerónimo, el obispo mismo del Cid, y estuvo sobre la tumba de este prelado desde 1120 hasta 1607, cuando pasó al relicario.

En la Casa de San Antonio hay algunos buenos cuadros de la Decapitación de San Juan, probablemente de Zurbarán, y en la capilla siguiente, una Crucifixión, con dos obispos. Debajo está enterrada la familia del fundador, Antonio Carrionero. La pequeña caja, con fecha de 1633, contiene, según se dice, no huesos, sino títulos de propiedad en pergamino. En una capilla contigua hay un San Jerónimo golpeándose el pecho, obra de Gaspar Becerra. Obsérvense las tres sedilia góticas de la capilla de abajo, detrás del coro, y un retablo circular cóncavo con más de cincuenta pinturas con marcos blancos y dorados. Los sepulcros son de 1466. Obsérvense los arcos y capiteles antiguos.

La catedral antigua, que está más abajo, es sencilla y maciza, y es una fortaleza a medias; de aquí el epíteto Fortis Salmantina para distinguirla de la Sancta Ovetensis, Oviedo, rica en reliquias; Dives Toletana, Toledo, rica en diezmos; Pulchra Leonina, León, bella en arte. Esta Fortis Ecclesia fue construida en tiempos difíciles de peligros fronterizos por un prelado de la iglesia militante, Jerónimo, el confesor del Cid. Era francés, nacido en Perigord, y fue traído a España por su compatriota Bernardo, primado de Toledo; fue hecho obispo de Valencia en 1098 por el Cid. Estuvieron en todas las batallas, como verdaderos obispos de una iglesia militante y dignos hijos de su marcial país. Jerónimo, después de la muerte de su jefe, fue trasladado a Zamora. Después persuadió al conde Ramón, el

marido de la reina Urraca, a construir esta catedral en Salamanca en 1102, que Calixto II, hermano de Ramón, elevó a dignidad episcopal, teniendo él ambas sedes, y en ambas catedrales introdujo el estilo franco-normando de arquitectura; el exterior de su iglesia vieja se ve mejor desde la puerta del patio chico; la sencilla solidez contrasta con el complicado portal del edificio posterior. Obsérvense la moldura normanda, cuadrada, como en Tarragona, las esferas salientes, como en Toledo, y el curioso tejado de escamas, de un remate piramidal de torre. La catedral vieja es baja y está húmeda y abandonada. Jerónimo está enterrado en la segunda capilla a la izquierda. Algunos han leído la palabra Visquio como nombre suyo, pero otros ven allí una antigua forma española de Vixit. Su tumba fue abierta en 1606, y entonces salió de ella un olor delicioso, digno de un hombre nacido en la ciudad de las bienolientes empanadas, aunque este olor es una de las pruebas seguras de la santidad monástica después de la muerte. Aunque en vida no fue sino un capuchino lujurioso, descamisado, plebeyo y descalzo, mientras vivió no recordó a los nervios del olfato la "respiración dulce de un macizo de violetas", pues fue copia exacta de uno de los profetas paganos enemigos del jabón, el Sillsi aniptopdee de Homero (Ilíada, p, 235); y, sin embargo, la creencia ortodoxa española, resultado de repetidos experimentos, es que la tumba y la corrupción, que roban a la belleza su fragancia, perfuman al fraile difunto. Está claro en todas las Flores Sanctorum españolas que estos santos cadáveres han sido siempre milagrosamente redescubiertos, como trufas, por su peculiar y subterráneo aroma, aunque esta idea de L'Esprit de mine nonnes fue, a pesar de todo, tomada de Ovidio:

*Mansit odor, posses scire fuisse Deam.*

Sobre estas florecillas blancas de olor de santidad que son las monjas vivas de España ya cantamos algunas alabanzas. Ellas, igualmente, son imitación exacta de las Flaminicas paganas (Ovidio, Fast., VI, 229):

*Non mihi detonsos crines depectere buxo,*

*non ungues ferro subsecuisse licet.*

Entre otras, aunque no inodoras, tumbas, obsérvense la de Mafalda, hija de Alonso VIII, 1204; la del diácono de Fernando Alonso, 1285; la de Juan Fernández, Rico Ome, 1303. Algunos de los retablos son muy antiguos. En la capilla del colegio viejo, que está pintada de azul y moteada con estrellas de oro, está la tumba de Diego de Anaya, 1374, arzobispo de Sevilla y fundador de San Bartolomé. El techo de esta capilla, que ahora es un cuarto para trastos, es muy moro, e indudablemente el prelado trajo aquí a algunos de los artesanos granadinos que habían adornado el Alcázar de Sevilla para don Pedro; cerca hay un bello sepulcro de un caballero armado y su hermana, y una Decapitación de San Juan, de Fernando Gallego (el Gallecus), de quien también en la Capilla de San Clemente hay una Virgen con el Salvador que coge una rosa de manos de san Juan. Estas son de las más antiguas entre las pinturas españolas y, sin embargo, han sido escandalosamente olvidadas. Gallegos nació en Salamanca a mediados del siglo XV, es el Van Eyck de España. El viejo claustro, construido en 1178, ha sido modernizado en parte; aquí tenían lugar antes las clases. En la capilla de Talavera, fundada por Rodrigo Maldonado, se siguió usando el rito mozárabe; en la capilla de Santa Bárbara se confirmaban grados; y en Santa Catalina tenían lugar sínodos y se disputaba por honores o profesorados de oposición, hasta que se construyeron las escuelas oficiales, que están al lado, porque la universidad, en realidad, es una mezcla de edificios; las escuelas fueron comenzadas en 1415 por Alonso Rodrigo Carpintero —nombre, por cierto, no malo para un constructor de obras, y que probablemente se deriva de esta vocación— y fueron traídas aquí desde el claustro en 1433. Esta era la época de Juan II, protector de la literatura y los trovadores: véase la inscripción sobre la puerta de las Cadenas. La capilla fue dedicada a san Jerónimo, el Doctor maximus de la iglesia, azotado por ángeles por leer los clásicos en lugar de teología, aviso este que no ha sido olvidado por los estudiantes salmantinos. Medina da detalles de esta capilla, en otros tiempos muy curiosa, que fue modernizada y estropeada bajo los

Borbones, cuando, desde luego, no se enseñaba buen gusto. El retablo, rico en material y pobre en diseño, contiene algunas malas pinturas de Francisco Cachaniga representando a doctores en el acto de jurar la defensa de la "Inmaculada Concepción": sobre la puerta de cada una de las aulas o clases hay tablillas en las que se indica la ciencia que se explica, o debiera explicarse, en el interior; dentro de cada una hay un púlpito para el que enseña o catedrático, con hileras de bancos para los estudiantes y una especie de reborde que les permite tomar sus notas. El patio es moderno, y los retratos reales, en chiaroscuro, son muy malos. Subiendo la escalera obsérvense los "bailarines moriscos" y el follaje a modo de barandillas; en la antesala hay otros retratos reales, de Felipe II en adelante, todos igualmente carentes de mérito; los techos son de rico artesonado, y estalactíticos. La hermosa biblioteca tiene estantes y galerías al estilo de Luis XIV; en una sala más pequeña se guardan los libros prohibidos por el liber expurgatorius; de esta manera, como en el apéndice de algunos clásicos mejorados, se reúne todo lo nocivo para los iniciados, que obtenían dispensa papal para poderlo leer. La biblioteca era rica en teología, ediciones de Aristóteles y obras de El Tostado. Cerca de la antecámara estaba la sala en que se instalaba con un centinela a la puerta y durante veinticinco horas el estudiante que iba a "disputar", a fin de que pudiese meditar sobre su tema con tranquilidad; estaba llena de enormes infolios, muy apropiados para el ocio de pedantes enclaustrados, pero ahora apenas leídos, excepto por algunos bibliómanos de rostro amarillo y apergaminado, cuyas pieles han adquirido el color de su alimento, igual que los huesos de los conejos que se alimentan de granza se vuelven rosados, o azules las medias de las damas cultas: ahora todo es quietud y silencio, y los gusanos se mueren de viejos o de digerir tonterías. El olor es realmente a moho, y tiene que ser bueno para la adquisición del conocimiento si es que entra por la nariz. Muchos de los libros más polémicos estaban antes encadenados a los pupitres, como mastines, más bien para impedir choques que robos.

Pasando por algunas curiosas habitaciones cubiertas de tapicerías, llegamos a la sala del claustro, que es un salón más bien moderno, el Gólgota donde los doctores y los rectores se reúnen en cónclave. El tamaño de estas salas ahora desiertas es testimonio de antiguas multitudes; ¡cuánto se ha discutido aquí, y cuán poco se ha

decidido!, cuánta investigación desperdiciada, cuánto ruido y cuán pocas nueces, cuántas cosas se han enseñado que habría sido mejor seguir ignorando; el sistema moderno de educación en España imita ahora al de Francia; las escuelas se dividen en distintas clases, según la edad de los alumnos. y la naturaleza de la enseñanza. Los maestros son clérigos y sus sueldos pagados por el Estado, o debieran serlo, porque actualmente es raro que se les pague; de aquí toda clase de desidias y abusos. La educación es, en cierto modo, obligatoria, por ser sufragada por el erario público; pero cualquier niño puede conducir a un burro español a la fuente Castalia, mientras que ni siquiera un ejército de maestros podría hacerle beber. No hay colegios privados, como en Inglaterra, y los estudiantes son externos y vuelven a casa a vivir con sus padres; en consecuencia, los vínculos domésticos se conservan durante más tiempo, y las relaciones paternas y filiales se mantienen mejor que entre nosotros, a expensas, naturalmente, de las ciencias del remo, fútbol y cricket, en las que la juventud de España está lamentablemente atrasada; y las generaciones nuevas carecen de una iniciación temprana en el mundo de los pequeños, al contrario que en Eton y Winchester, donde se estimula el amor propio y cada uno encuentra su propio nivel; donde se enseñan el juego limpio y los altos principios y la verdadera hombría; donde se forma el "caballero inglés", ese proth ulh, la primera y mejor materia prima para todo lo demás.

Saliendo de las escuelas, la grandiosa fachada de la biblioteca ya vale por sí sola la pena que el arquitecto visite Salamanca: es el triunfo del estilo decorativo y heráldico; aquí la piedra cremosa se ha vuelto como cera en manos del artista, y ningún moro bordó jamás obra de encaje, lienzo de Cachemira, con mayor delicadeza. Es el periodo más rico de Fernando e Isabel, cuyos medallones e insignias están intercalados con volutas: la inscripción está en griego, "El temor de Dios es el comienzo de la sabiduría". En la plazuela situada enfrente está el hospital de los estudiantes pobres y también algunas de las escuelas menores; son muy antiguas, especialmente las de San Millán y Pan y Carbón, alimento para el cuerpo más bien que para el alma, y que recuerda nuestra nomenclatura de Brasignhouse, ahora Brazennose.

De aquí a San Bartolomé, el más antiguo de los colegios mayores, y

llamado por tanto El Colegio Viejo, aunque Colegio Nuevo habría sido más apropiado, porque ha sido completamente modernizado. La tosquedad de la nueva obra, que carece de gusto, encaja mal con la venerable edad de los edificios más antiguos, que, como los ancianos, tienen mejor aspecto con los abrigos raídos de su época que vistiendo "a la última". Este colegio fue fundado en 1410 por Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla, quien, volviendo del Concilio de Constanza, había estado en Bolonia. Su objeto era "defender la fe"; de aquí que estuviera tan lleno en 1480 que un proverbio decía que Todo el mundo está lleno de Bartolomicos; aquí es donde se fraguó la fatal "limpieza de sangre", que neutralizó toda conversión por parte de judíos y moros al distinguir entre cristianos nuevos y viejos, los nuevos o rancios, sobrecargando a España, ya bastante poco homogénea, con una nueva casta y un nuevo y fatal germen de desunión. Estas distinciones religiosas se tomaron de los moros, que llamaban a los antiguos godos renegados del cristianismo Mosalimah, o conversos nuevos al Islam, los cuales eran despreciados de la misma manera que los moros renegados entre los cristianos. El equivalente árabe de cristiano nuevo era Muraddin. La palabra Mulatto es mora, Muuallad, "cualquier persona que no sea de origen árabe", y que entonces se pronunciaba, como ahora en Berberia, Mutad, y dio origen a las palabras españolas mulato y mula (Moh. D., II, 458); la raíz primitiva era indudablemente la palabra latina, mula, mula.

El colegio de San Bartolomé fue "embellecido" hacia 1767 por un cierto José Hermosilla. Los salmantinos lo admiran prodigiosamente, pero el pórtico de orden jónico es pesado, la cornisa torpe y las ventanas cuadradas del entresuelo meras troneras; el patio es sencillo y mejor, pero la escalera resulta algo estrecha, y los cuadros de la capilla, obra de Sebastián Concha, son insignificantes; este colegio produjo a El Tostado, muy famoso en España y muy desconocido en el resto del mundo.

Cuenca, el siguiente colegio mayor, fue fundado en 1506 por Diego Ramírez, obispo de Cuenca, que bautizó a Carlos V. Este edificio del cinquecento, de suma exquisitez, bello hijo de la elegante catedral de Cuenca, era, antes de la "entrada" de Ney, la maravilla de Salamanca; la gente se preguntaba dónde habrían podido encontrarse artistas capaces de diseñarlo, obreros capaces de

realizarlo y riqueza con que sufragar el costo. De esta joya del arte de Berruguete solo queda un fragmento de la fachada, con el lema del fundador, gnwqi seauton, y por sus frutos conoceréis ciertamente a los que echaron abajo el resto. Unos pocos medallones con retratos de prelados y caballeros y ornamentos en torno a las ventanas muestran lo que fue originalmente este espléndido edificio. En un patio arruinado se encuentran aún entre la maleza trozos de esculturas mutiladas por los invasores.

Siguiendo de aquí a San Blas, se ve toda la extensión de esta devastación francesa. Para fortificar este barrio, que dominaba su plan defensivo, demolieron San Benito, San Vicente, La Merced y Los Cayetanos, y arrasaron todas las casas hasta San Bernardo, para hacer un glacis o explanada, como en la Alhambra y en Valencia. Desde estas ruinas se dominan el río, la catedral y el enorme convento jesuita. Estos fuertes fueron tomados al asalto por el Duque personalmente el 27 de junio de 1812, y aunque estaban defendidos por ochocientos hombres escogidos y veinte cañones, se rindieron inmediatamente, como el tesón en Ciudad Rodrigo. De esta manera, fueron capturados en unas pocas horas bastiones que el enemigo había tardado tres largos años en preparar, y esto ante las mismas narices de las superiores fuerzas de Marmont, que no se arriesgó a intervenir. Ahora, monsieur Guetin (Guide en Espagne, pág. 478) lamenta tiernamente lo mucho que “Salamanque eut a souffrir en 1812, du feu des batteries Anglaises, qui tiraient a boulet rouge sur cette malheureuse cité”.

Contiguo está el Colegio Mayor de Santiago, o como se le llama habitualmente, del Arzobispo, por causa de su fundador, Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, que fue enterrado en las Úrsulas. Fue comenzado en 1521 por Pedro de Ibarra; es el mejor periodo del estilo cinquecento. Obsérvense el elegantísimo patio, las columnas acanaladas y los medallones de Pierino del Vaga, que relucen al sol como un rico engarce de Cellini. Los estudiantes y los profesores, algunos con gorro, otros con yelmo, están llenos de gracia y variedad de diseño. Ibarra fue ayudado por Alonso de Covarrubias y Berruguete; y así los tres grandes arquitectos artísticos de su época, tria juncta in uno, estuvieron ocupados al mismo tiempo, compitiendo honorablemente cada uno de ellos con los demás. Parte de la obra es del periodo de transición del gótico al

Renacimiento. Berruguete, en 1529, aceptó “construir, tallar y pintar” el retablo, de la capilla: Ponz (XII, 234) reproduce un resumen del acuerdo original. La noble obra fue terminada en 1531, pero el enjalbegamiento ha hecho lo posible por estropearla, y solo una parte del colorido original ha escapado a esto, cerca del altar. Visto a distancia, el precioso retablo parece la obra de un platero en oro y esmalte. Las ocho pinturas están algo fríamente coloreadas, y el dibujo parece de Juan de Bolonia; las cuatro superiores son las mejores, pero la figura del estudiante en la hornacina central no es de Berruguete.

El último de los colegios mayores es el del Rey. Fue comenzado en 1625 por Gómez Mora y fundado por la orden militar de Santiago. El patio es dórico, serio y sencillo. La capilla, desgraciadamente, fue modernizada, manchada de dorados y churrigueresco por un arzobispo sudamericano que tenía más dinero que buen gusto.

Muy cerca está San Esteban, convento dominico, así llamado porque al ser destruido uno que había cerca del Tormes por una inundación en noviembre de 1256, esta iglesia parroquial le fue asignada a esa orden. Fue uno de los más bellos edificios del gótico florido del mundo. Los benefactores fueron Juan Álvarez de Toledo, tío del gran Alba, y Diego de Deza, tutor del príncipe Juan (que murió en Salamanca el 7 de octubre de 1497), y luego arzobispo de Sevilla. Este inquisidor, feroz y verdaderamente dominicano, fue, sin embargo, como Felipe II, protector de las artes y de Cristóbal Colón, y era sincero incluso en su fanatismo. Fundó también el Colegio de Santo Tomás, en Sevilla. Obsérvense la compleja fachada y portal, que rivaliza casi con la de la biblioteca. El ojo se desconcierta ante los detalles, expuestos allí como encaje u obra de filigrana; la piedra cremosa se convierte en santos, apóstoles, candelabros y los más ricos caprichos. El martirio del santo patrono es obra de Juan Antonio Ceroni de Milán. La noble iglesia es una cruz latina. La entrada es bajo un arco elíptico oscuro que sostiene el coro, como en El Escorial, pero más allá todo es brillante, más bien se diría que el altar está sobrecargado de dorado. La cúpula está pintada al fresco por el flojo Antonio Palomino; el tema es el Triunfo de la religión, y como arte es un fracaso. El techo está ricamente moteado; el retablo tiene un buen Martirio de San Esteban, obra de Claudio Coello. Obsérvese a la derecha una preciosa puerta que

muestra niños a caballo y adornos de voluta. En el claustro luminoso obsérvense las columnas y los capiteles en las esquinas, así como los bajorrelieves esculpidos por Alonso Sardina. Obsérvense también la sala capitular construida en 1627 por Juan Moreno, la grandiosa escalera, la bella sacristía y la biblioteca. Este exquisito edificio fue maltratado por los franceses, que hicieron almacén de la iglesia y establos de los claustros.

Colón se alojó aquí en 1484-86; y los monjes y Deza, lo que les honra, apoyaron su proyecto, aunque el Gólgota de la universidad lo había declarado "vano, impracticable y basado en razones demasiado flojas para merecer el apoyo del gobierno". El negro cónclave fue celebrado en Valcuervo, a dos leguas de distancia, a fin de poder deliberar en paz, y en él los argumentos del gran genovés fueron refutados con textos de san Agustín; aquí se pensó que era un ateo, un aventurero temerario, un tonto, pero quienes lo pensaban eran verdaderos tontos, que despreciaban lo que no comprendían, y esto ocurrió en los días florecientes de Salamanca; así eran entonces los pedantes de esta universidad, maestros de "gruesas tripas y flacas cabezas", que, ignorantes del mundo, educados en la rutina y formados en el prejuicio, por su larga costumbre de enseñar a los demás, eran incapaces de ser enseñados: pero los pedagogos salmantinos, por su costumbre de medir sus intelectos con los inferiores de sus alumnos, se forman frecuentemente un concepto falso de sus propios poderes y capacidad, y cuando salen al mundo y tienen que lidiar con hombres acaban pasando por pesados y cortos o bien se les manda a paseo, como a lechuzas, cuyo verdadero sitio es el claustro oscurecido, no la plena luz del sol.

Esta reunión de autoridades, que podía decidir en contra de un pobre extranjero que tenía razón, siempre daba su opinión a favor de españoles altos y poderosos, aunque estuvieran equivocados; sus decisiones, como en el caso del divorcio de don Pedro, son tema delicado en Salamanca, y sobre el que Gil de Ávila dice que "conviene correr un velo, como el buen hijo hizo con la desnudez de Noé".

Enfrente del palacio de los albas, con sus dos torrecillas, todo ello destripado por los franceses, se encuentra el convento de las

Agustinas Recoletas, antes magnífico, fundado en 1626 por Manuel de Zúñiga, conde de Monterrey y favorito de Felipe IV. Este "buen hombre lento", según Clarendon, se había casado con una hermana del todopoderoso Conde Duque y fue nombrado por este virrey de Nápoles. Se hizo tan rico que una pobre mujer embarazada que había tenido un antojo de ver a Felipe IV, cuando estaba dándole las gracias por haberle concedido audiencia, pidió que "Dios le hiciera virrey de Nápoles". El palacio de Monterrey debiera ser también estudiado a causa de sus elegantes torrecillas y su línea superior de ventanas porticadas, que aún existen, ya que el resto ha sido muy arruinado por los franceses. El convento, construido por Juan Fontana, es un noble edificio de mármol rojo, columnas corintias acanaladas y una sencilla cúpula: tiene carácter italiano. La iglesia, una perfecta cruz latina, es una de las mejores de Salamanca. Obsérvese el púlpito florentino de pietre dure, en el que se dice que predicó san Vicente Ferrer; el retablo, que hace juego con él, con columnas corintias de mármol rojo, y el tabernáculo de bronce dorado, con columnas espirales de lapislázuli; las tumbas del fundador y su mujer son obra de Algardi; obsérvense la armadura y el traje: muchos pomposos títulos están inscritos debajo de las figuras arrodilladas, que no hacen sino acentuar el triunfo de la muerte, que los ha segado todos para hacerse una guirnalda con que adornar su frente victoriosa; ahora ha llegado su turno, y todo se ha convertido en nada y abandono. Monterrey, si bien hizo su fortuna con sus cargos, por lo menos fue espléndido protector de las artes; muchos de los cuadros que dio a Felipe IV están todavía en Madrid; para este convento reservó un San Januario arrodillado sobre las nubes, de Veronese, dudoso; una Anunciación, de Lanfranco; una Natividad, de Ribera, cuyo niño ha sido muy retocado; algunos preciosos Stanziones (Caballero Máximo). Obsérvense también un San Juan, en el estilo de Guido, San José, un buen San Agustín oscuro y el Encuentro de la Virgen y Santa Isabel, y también una buena Natividad; igualmente un San Nicolás, Lanfranco; una Virgen del Rosario, Ribera, y el gran retablo, La Concepción, firmado Jusepe de Ribera, español, valenciano. En él se muestran los pies de la Virgen, libertad permitida a los pintores en Italia, pero prohibida en España por la Inquisición; como Monterrey era virrey en Nápoles en el momento mismo en que Ribera, Stanzione, Lanfranco y otros habían creado realmente una escuela de arte en esa ciudad de sibaritas y macarrones, este convento fue en otros tiempos un

museo de pinturas napolitanas; ahora se agitan al viento, pudriéndose en sus marcos, pero siguen siendo puras sus superficies, ya que nunca han sido estropeadas todavía por harpías en forma de limpiadores o restauradores. Se tiene, o se tenía, la intención de enviarlas al museo local. Hay dentro más cuadros que no pueden ser vistos por el sexo masculino, ya que el convento es en clausura.

No nos fue posible conseguir información alguna sobre los famosos bocetos de Miguel Ángel Los nadadores, mencionados por Carducho (Diálogo, 151) y, sin embargo, probablemente existen, extraviados y menospreciados; porque don Alejo Guillén, que había estado con frecuencia en el interior, me aseguró que durante la ocupación francesa había conseguido esconder muchas cosas preciosas, que de esta manera, escaparon a sus depredaciones.

Otro convento de monjas, Santo Espíritu, destinado como Las Huelgas en Burgos para damas nobles, es una bella mole de granito. Obsérvese el soberbio techo del coro y el portal, obra de Berruguete. La iglesia de las Carmelitas Calzadas es un sencillo y puro dórico de Juan de Herrera. El patio del Colegio de Guadalupe es increíblemente rico en diminutas decoraciones, un encaje de forma y figura tanto animal como vegetal. La torre de Santo Tomé de los Caballeros es del siglo XII. Obsérvense los antiguos sepulcros con arcos pintados cerca del altar. El elegante y patético Luis de León fue enterrado en 1591 en los Agustinos Calzados. Obsérvese el portal de Las Dueñas, fundada en 1419, ya que fue dentro donde santa Teresa recibió sus divinas revelaciones.

Los Jesuitas, construido en 1614 por Juan Gómez de Mora, es enorme. La capilla y el crucero son grandiosos, pero el cimborrio se ha agrietado, y el retablo es de un abominable churrigueresco. Los portales, torres y cúpulas son más notables por su tamaño que por su buen arte. Aquí se alojaban los estudiantes irlandeses después de la supresión de esta Orden; su colegio original fue fundado en 1592 por Felipe II y dedicado a san Patricio, a fin de que “pudieran ser formados todavía algunos sacerdotes de la verdadera fe para la desventurada Inglaterra, con la esperanza de poder extinguir finalmente sus pestilenciales herejías”; y lo cierto es que la vieja y alegre Inglaterra se benefició con esto, porque el honrado rector, el

doctor Curtis, prestó buenos servicios a sus compatriotas y al Duque durante la guerra, y fue muy elogiado por este (parte de guerra del 22 de febrero de 1813).

Felipe II se casó el 13 de noviembre de 1543 en Salamanca con María de Portugal, y entonces la ciudad se excedió en corridas de toros para borrar así la memoria de la parte que había tomado contra su padre en la rebelión de 1521. El jefe de los patriotas o comuneros fue un cierto Valloria, un botero o fabricante de botas de piel de cerdo. Este agitador saqueó los colegios, sus arcones de plata, sus despensas y bodegas con tanta eficacia que la muchedumbre quedó contenta hasta el punto de imponer a todo el mundo este juramento de fidelidad: "Juras a Dios no haber más Rey ni Papa que Valloria". Este Jack Cade, o mejor, "Best, hijo del curtidor de Wingham", español, fue debidamente ahorcado el 23 de abril de 1521.

Cerca de la churrigueresca Merced está el Colegio de la Vera Cruz, llamado así por la aparición de cruces blancas sobre los trajes de judíos durante un sermón de san Vicente Ferrer. El refectorio del convento fue en otros tiempos sinagoga. Este san Pablo y patrono de Valencia visitó Salamanca en 1411, donde convirtió a ocho mil moros, treinta y cinco mil judíos y otros cien mil pecadores más. Esto parece un poco demasiado para tan pequeña ciudad, pero no fue más que uno de sus milagros habituales; ciertamente, estas cosas eran el pan de cada día, hasta el punto de que su autor, cuando uno de los doctores que dudaban le pidió un signo, respondió: "¿Qué más signo queréis que el hecho de que hasta este día este pecador haya hecho tres mil milagros?" (véase, para detalles, Gil de Ávila y Dorado). San Vicente solo fue superado por el padre Matías, que fue durante treinta años cocinero de los dominicanos en Salamanca y solía quedarse en estado de éxtasis mientras su cena se preparaba sola, y los platos mismos corrían en pos de las cucharas; la verdad es que de todo aquello tenía que resultar un bonito puchero (véase Dorado, y compárese este milagro con Las labranzas de San Isidro, Madrid). Estos son los santos que les gustan verdaderamente a los castellanos, amantes de quedarse adormecidos con los brazos cruzados mientras Hércules hace el trabajo, cuida del fuego, y luego ni siquiera tiene derecho a participar en la olla.

Entre las casas más dignas de observación en Salamanca está la Casa de la Sal o Salinas, con su fachada porticada, sus columnas de granito, ventanas ornamentadas y curioso patio. Obsérvense el tejado que sobresale y la galería sostenida por sustentáculos en forma de figuras grotescas y curiosamente talladas. La familia Maldonado tiene aquí una bella casa antigua, enfrente de la Trinidad. Cerca de los Jesuitas está la Casa de las Conchas, ornamentada en el exterior como el Palacio de Mendoza en Guadalajara; el interior está muy estropeado: obsérvense el bello patio y los diminutos ornamentos góticos. En la plaza San Agustín obsérvese una curiosa casa antigua con las armas de los Reyes Católicos y ventanas de forma delicadísima.

La calle de los Muertos se llama así por la casa construida por el arzobispo Fonseca, cuyo busto, con los de sus dos sobrinos, está tallado en la fachada. Bajo las ventanas hay cráneos, que dan el nombre a la calle; fue aquí donde vivió nuestro amable y hospitalario amigo don Alejo Guillén, prior de la catedral y uno de los que son mencionados con tanta frecuencia y honor en los partes de guerra del Duque, con lo que ha sido embalsamado inmortalizado; véase particularmente el del 18 de agosto de 1812.

El Duque mismo, cuando estaba en Salamanca, se alojaba en la casa del marqués de Almarza, sita en la plaza de San Boal. Todos los ingleses querrán, por supuesto, visitarla y observar el arco moteado de rosetas que hay a la entrada y los medallones del patio, sobre todo el de una joven dama con gorguera y las cabezas del fundador y su bella esposa, cuyos ropajes son amplios y flotantes.

En la plaza Santo Tomé hay una antigua mansión con arcos de ladrillo rojo y azulejos moros, y otra con fachada y portal de Berruguete, con los medallones del fundador y su esposa, tema de decoración que es muy corriente en el cinquecento español.

La torre de Clavel es una buena muestra de un fuerte castellano medieval, con las mismas torrecillas en las esquinas que se ven también en Coria, Coca, Segovia y otros lugares. En la cuesta del Seminario estaba el aula, sala donde Villena trató de restablecer la enseñanza. Fue aquí donde enseñó filosofía natural, que a los monjes les parecía herética y mágica. La universidad, a su muerte, nombró a Lope de Barrientos, obispo de Ávila, inquisidor general,

para que inspeccionase su biblioteca; le fueron enviados dos carros cargados con libros, que él, sin más, procedió no a leer, sino a quemar. Ponz (III, 105) reproduce una curiosa carta escrita entonces por Fernán Gómez, médico de Juan al poeta Juan de Mena, lamentando este vandalismo digno del califa Omar. Según él, Lope de Barrientos "era incapaz de entender los libros ni más ni menos que hubiera podido hacerlo el diácono de Ciudad Rodrigo". Juan de Mena se lamenta (Coplas, I, 126) de estas "exequias" del protector de la literatura y "honor de España"; pero la cultura profana, y sobre todo la mora, estaban condenadas desde hacía mucho tiempo por los hombres de cogulla, quienes, como los payasos de Swift:

...consideran a los eruditos como magos

y confunden un infolio con un libro de encantamientos.

Así vemos que Gerbert —Silvestre II—, por haberse ido en el año 985 a estudiar el árabe a España, fue considerado después como brujo. Algunos de los volúmenes de Villena escaparon a la quema, y entre estos está el curioso tratado de trinchar, Arte cisoria, que fue impreso en Madrid en 1766 a partir del manuscrito que entonces existía en El Escorial; pero no hay país en el que las bibliotecas lo hayan pasado tan mal como en España. Ximénez hizo quemar en Granada ochenta mil volúmenes moros so pretexto de que eran ejemplares del Corán, de la misma manera que su amigo Torquemada quemó libros hebreos en Sevilla. Los monjes de los conventos, como el bibliotecario de Alcalá de Henares, vendían tesoros a fabricantes de cohetes y goma de pegar, mientras que los franceses hacían cartuchos con pergamino y bombardeaban sistemáticamente las bibliotecas. De esta manera, en la infeliz España, las hogueras del fanatismo y la ignorancia revolucionaria han ardido todo a lo largo y ancho de su tierra: in libros saevitum, la malicia impotente que provocó la magnífica indignación del filósofo pagano. "Scilicet illo igne vocem populi romani, et libertatem senatus, et conscientiam humani generis, aboleri arbitrabantur" (Tácito, Agricola, 2).

Bájese ahora al Tormes y obsérvese por el camino la puerta de San Pablo, con las infinitas estatuas de santos y la del Papa o san Pedro en el centro. Examínense los cimientos de las antiguas murallas y el puente romano. El Medio Puente es uno de esos pabellones o santuarios tan corrientes en los puentes españoles, en los que se venera a algún dios fluvial tutelar o a algún santo local. Sobre este puente se puso uno de esos extraños animales que, sean jabalíes o rinocerontes, están clasificados junto con los toros de Guisando; y la Oxford de la taurómaca España ha tomado para su escudo "un toro sobre un puente cruzando un río", un Bullford. Habiendo cruzado el Tormes, tuérzase a la derecha y crúcese el riachuelo Zurgen, para ver cómo se levanta altivamente ante nuestros ojos la noble ciudad. Este Zurguen fue para el poeta Meléndez lo que Bonny Ayr para Burns. Si el viajero quiere subirse a la torre de la catedral y pasar una tarde paseándose por las afueras de la puerta de Santo Tomás, dando la vuelta a las murallas, pasando ante las puertas de Toro, Zamora y Villamayor y entrando de nuevo por San Vicente, podrá decir que ha visto algo de Salamanca.

Hay tres rutas que van de Salamanca a Madrid y una especie de coche público; la número uno, que es la más corta y la menos carente de interés, va por Peñaranda.

## RUTA LXIV

## DE SALAMANCA A MADRID POR PEÑARANDA

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Aldea luenga | 2 | |
| Ventosa | 3 | 5 |
| Peñaranda | 2 | 7 |
| Fontiveros | $3^{1/2}$ | $10^{1/2}$ |
| San Pascual | 3 | $13^{1/2}$ |
| Blanco Sancho | $2^{1/2}$ | 16 |
| Venta de Almarza | 1 | 17 |
| Madrid | 15 | 32 |

Huerta es una pobre aldea en una llanura cerca del río Tormes, que a veces inunda la carretera; y fue allá a donde marchó el Duque

después de la victoria de Salamanca, imaginándose que el puente situado algo más abajo, a la derecha, en Alba de Tormes, estaría guardado por los españoles, como él había ordenado, pero resultó no ser así. Desde aquí se cruza el Ventosa hasta Peñaranda de Bracamonte, ciudad aceptable de cuatro mil almas, bien abastecida de agua por un buen acueducto. La iglesia parroquial es sencilla y está bien construida. La carretera pasa a continuación sobre los ríos Trabancos, Zapardiel y Adajas, que bajan desde los montes de Ávila, que se levantan a la derecha. Después de pasar por una comarca mal cultivada y sin interés, la carretera desemboca en la de Madrid y La Coruña en la Venta de Almarza.

# RUTA LXVI

# DE SALAMANCA A MADRID POR VALLADOLID

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Pedrosillo | 2 1/2 | |
| Cañizal | 3 1/2 | 6 |
| Alaejos | 3 | 9 |
| Siete Iglesias | 1 | 10 |
| Tordesillas | 4 | 14 |
| Simancas | 3 | 17 |
| Valladolid | 2 | 19 |
| Segovia | 19 | 38 |
| San Ildefonso | 2 | 40 |
| El Escorial | 8 | 48 |
| Madrid | 8 1/2 | 56 1/2 |

Esta ruta no debe recomendarse más que a aquellos que tengan prisa y no piensen volver de Madrid a Francia por Burgos y las provincias occidentales. Sin embargo, de esta manera, podrán ver Valladolid, Simancas, Segovia y El Escorial, y podrán seguir hasta

Valencia por Toledo, Aranjuez y Cuenca.

La comarca hasta Tordesillas es tétrica, desde allí se pueden hacer excursiones a Toro y Medina del Campo.

La tercera línea va por Ávila y, si seguimos por Guisando y El Escorial, está llena de interés para el artista, el aficionado a las antigüedades y el pescador.

## RUTA LXVII

## DE SALAMANCA A MADRID POR ÁVILA

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Alba de Tormes | 4 | |
| La Maya | $2^{1/2}$ | $6^{1/2}$ |
| Piedrahita | 3 | $9^{1/2}$ |
| Villatoro | 3 | $12^{1/2}$ |
| Santa María | 3 | $15^{1/2}$ |
| Ávila | 4 | $19^{1/2}$ |
| El Escorial | $7^{1/2}$ | 27 |
| Madrid | $8^{1/2}$ | $35^{1/2}$ |

Alba de Tormes, de donde la familia de Toledo toma su título ducal, está situada en el centro de sus vastas posesiones. Tiene un noble puente sobre el Tormes que don Carlos de España, verdadero hombre de España, convirtió en Pont d'Or para los franceses después de la derrota de estos en Salamanca al no defenderlo como se le había ordenado. El palacio fortaleza domina la ciudad, con sus torres redondas y sus aspilleras, pero fue arruinado y destripado por el enemigo, y su soberbia armería saqueada. Obsérvense las columnas en espiral en el patio central y la fachada plateresca. El interior estaba pintado en arabesco y tenía frescos representando las batallas del Gran Alba. La galería principal, al sur, estaba sostenida por columnas de mármol y llena de bustos. En las Carmelitas Descalzas están los bellos sepulcros de los fundadores, Francisco Velázquez y Teresa, su mujer; obsérvense sus efigies, las pilastras dóricas y también la estatua sepulcral de Simón Galarza, Juan de Ávila y doña Juana de Ahumada con un niño a sus pies. Cerca de la ciudad se ve el bello convento jerónimo, con dos patios y la soberbia tumba de Gutiérrez Álvarez de Toledo, arzobispo de Toledo: sígase desde aquí por una comarca accidentada, moteada de robledales, hasta Piedrahita, construida sobre una ladera, con el palacio de los Albas, levantado en el siglo pasado por más de cuatrocientas mil libras esterlinas. Jacques Marquet, un francés traído a Madrid para pavimentar las calles, fue el autor del diseño. Los jardines, con templos y terrazas, hicieron de este palacio el Stowe de España, pero todo fue arruinado, como Abadía, por los invasores.

Alba de Tormes, además de haber sido escenario de la negligencia de España después de la batalla de Salamanca, presenció también la vergüenza del duque del Parque. Este (19 de octubre de 1809) había derrotado al general Marchand en Tamames, a distancia de unas dos leguas, y el éxito se les subió a la cabeza a los de la Junta de Sevilla, cuyos miembros, pensando que ahora podrían reconquistar Madrid sin ayuda de los ingleses, planearon la campaña de Ocaña en contra de todas las advertencias y consejos del Duque. La derrota de Areizaga repercutió contra del Parque, que comenzó a retirarse inmediatamente; y aquí mismo, en Alba de Tormes, a dos leguas de distancia de su anterior victoria, fue sorprendido, el 28 de noviembre de 1809, por Kellermann: alarmado, dice el Duque, ante la aparición de treinta dragones

franceses en su retaguardia, el ejército se dispersó, abandonando armas y bagajes; menos mal que no había cerca fuerzas enemigas para aprovecharse de este pánico.

La carretera no tarda en entrar en Castilla la Nueva, y va por el puerto de Villatoro, de donde, por suaves cuestas, atraviesa una comarca boscosa y propia para la caza hasta Ávila.

Una vez en Salamanca aconsejamos, muy de veras, al viajero que haga la peregrinación a Compostela, visitando los arroyos trucheros y los monasterios del Bierzo, y que luego vuelva por las Asturias hasta Oviedo, bajando a Madrid por León, Valladolid y Segovia. Este viaje a caballo es delicioso en verano, ya que el paisaje es alpino, y para el pescador, sin rival. Muchas de las ciudades están llenas de interés para el aficionado a las antigüedades, porque fue a este rincón montañoso de España a donde huyeron los restos de los godos en el año de 712, y donde comenzaron a reconstruir las monarquías de León y Castilla,

# RUTA LXVIII

# DE SALAMANCA A LUGO

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Calzada | 3 | |
| Cubo | 3 | 6 |
| Corrales | 3 | 9 |
| Zamora | 3 | 12 |
| Piedrahita | 3 | 15 |
| Riego | 2 | 17 |
| Santa Eufemia | 2 | 19 |
| Benavente | 3 | 22 |
| Pozuelo | 3 | 25 |
| A La Bañeza | 3 | 28 |
| Toral | 2 | 30 |
| Astorga | $2^{1/2}$ | $32^{1/2}$ |
| Manzanal | $3^{1/2}$ | 36 |
| Bembibre | 3 | 39 |
| Cubillos | $2^{1/2}$ | $41^{1/2}$ |
| Villafranca | $3^{1/2}$ | 45 |
| Ambas Mestas | $2^{1/2}$ | $47^{1/2}$ |
| Castro | 3 | $50^{1/2}$ |
| Doncos | 3 | 53 |
| Santa Isabel | $2^{1/2}$ | 56 |
| Sobrado | $2^{1/2}$ | $58^{1/2}$ |
| Lugo | 3 | $61^{1/2}$ |

Ante todo diremos que Toro está situado a doce leguas de Salamanca por un camino sin interés, pero practicable para vehículos, que pasa por Fuentesaúco, seis leguas, y a lo largo del río Guarena.

Los famosos baños calientes de Ledesma se encuentran a unas seis leguas de distancia de Salamanca al oeste, y hay una diligencia que lleva a ellos durante la temporada. El distrito es de gran antigüedad, y todavía está dividido en rodas o distritos, palabra derivada del árabe rauda, jardín. Ledesma, Bletissa, la principal ciudad, es muy antigua y pintoresca; sus curiosas murallas se piensa que son anteriores a los romanos. Se levanta junto al Tormes, y el buen puente que lo cruza fue construido sobre cimientos romanos. Aquí se encuentran muchas inscripciones y fuera de la puerta de los Toros hay dos de esos extraños y antiguos toros de Guisando. Los baños están a unas dos leguas de distancia al sudeste. Las aguas son calientes, oscilando entre los veintinueve y los treinta grados Réaumur, y se usan tanto interna como externamente, por ser muy beneficiosas para las dolencias cutáneas y reumáticas. La temporada es desde el 1 de junio hasta el 30 de septiembre. De Ledesma a Zamora hay un atajo por San Marcial.

La carretera de Santiago pasa por entre las de Toro y Ledesma. Hasta Calzada pasa por un páramo desolado de jaras y encinas, donde es raro encontrar seres vivos: por aquí nos vimos rodeados de enjambres de halcones salvajes de cuerpo blanco grisáceo y cola y alas rematadas de negro. En torno a Cubo el paisaje mejora, y aquí, en un valle protegido, se encuentra Valparaíso, el vasto convento donde nació Fernando el Santo, uno de los mejores y más grandes reyes que ha habido; ahora es una ruina, ya que los franceses convirtieron este paraíso en un yermo. Los campesinos que viven por aquí se vuelven tan hoscos como la comarca misma, y no saludan al forastero, como el extremeño o el charro. Suelen llevar monteras o sombreros de tipo irlandés y “muy mal aspecto”. Las mujeres, con medias rojas, se cubren la cabeza con pañuelos, y todos ellos parecen paupérrimos y hambrientos en medio del trigo y el vino: este último, que es bueno, se vende a unos tres reales la arroba, o sea, seis peniques por dieciséis botellas. Aunque aquí hay leyes de granos y el trigo es una medicina, lo cierto es que esta baratura y esta abundancia sirven de muy poco cuando los jornales

son bajísimos y nadie dispone siquiera de un ochavo con que comprar algo; y tampoco hay salida para el exceso de producción; faltan caminos, canales y clientes y, sin embargo, este Vino de Toro es muy superior a lo que se suele vender en Inglaterra bajo el nombre de vino de Oporto.

De Salamanca a Corrales, bajo su colina moteada de molinos de viento, hay seis horas de viaje a caballo; nosotros dormimos en una posada decente; continuando la ruta desde la ermita de El Cristo de Morales se ve Zamora levantarse grandiosamente con sus antiguas murallas sobre las aguas del Duero, Fluminaque antiguos subterlabentia muros. La larga línea amurallada termina a la izquierda con el castillo y la catedral. El viejo puente, a la derecha, está rematado por tres de esas torres que son tan corrientes en España; los arcos son muy agudos; el río, a ambos extremos, está represado por molinos de agua. Bajo la catedral se ven los estribos de otro puente arruinado. El Duero, al acercarse a Portugal, tiene pocos puentes y, como aquí es profundo y hay en él pasos peligrosos, se convierte en importante línea militar en tiempos de guerra. El río comienza en la sombría sierra de Urbión, cerca de Soria, recibiendo los afluentes de los montes que dominan Logroño y el Montcayo. Corre por una comarca desolada, que mejora cerca de Zamora, y más allá de la cual forma la frontera entre España y Portugal. Todo su curso es de unas quinientas millas. La palabra udwf, la celta dur, significa sencillamente agua, igual que gave en los Pirineos. Esta agua, par excellence, es ciertamente una mijton men udwf, ya que según el proverbio alimenta tanto como el caldo de gallina: Agua de Duero, caldo de pollos, axioma este del que nuestros lectores recelarán sin duda, prefiriendo poner una verdadera poule en su puchero; el río, además, tiene el honor de haber dado al Duque su título de marqués, ya que fue en sus orillas donde frustró al enemigo, sobre todo, a Soult en Oporto. Más abajo de Zamora hay algunos pasos silvestres y vados peligrosos usados por los contrabandistas; los más notables son el Paso de las Estacas y el Salto de la Burraca, que significa el salto de la gran burra, no la ascensión al cielo de la mula de Mahoma.

Zamora es lugar en decadencia. Su población es de menos de diez mil almas. Hay una posada pasable en la plaza Santa Lucía. La catedral es sede de un obispo sufragáneo del de Santiago. La ciudad

lleva por armas su puente, con dos torres y una bandera. Su nombre se dice que se deriva de la palabra mora Samuráh, o sea, ciudad de "turquesas", de las que no posee ninguna absolutamente. Conde, sin embargo, sugiere "diamantes" y piensa que sea una mera metáfora alusiva a la dureza de la ciudadela, construida en la roca. En los primitivos anales españoles, por estar situada sobre la frontera fluvial que era el Duero, Zamora era importante ciudad fronteriza contra las invasiones moras. Fue tomada al infiel en julio del año 748 por Alonso el Católico. Fue sitiada en julio de 939 por Abdu-r-ahman, y Ramiro II libró una desesperada batalla por socorrer la plaza y en la que fueron derrotados los musulmanes. Zamora en aquella época estaba defendida por siete líneas de murallas, y los espacios entre ellas estaban defendidos por fosos; se dice que murieron cuarenta mil moros en aquellas trincheras. Ramiro, por carecer de todo lo necesario, se vio imposibilitado de perseguir a los vencidos y remachar así su victoria. Zamora fue reconquistada y destruida por el gran Al-Mansur, para ser reconstruida por Fernando I, quien la dio en 1065 a su hija Urraca, a quien no hay que confundir con su sobrina Urraca, la esposa de Ramón de Borgoña y reina propietaria de España; este nombre, antes corriente, y que aún existe en estas comarcas, es árabe puro y significa "brillante en colores"; de aquí que la mula en que Mahoma subió al cielo se llamase el buraq. Este nombre se aplica también a una deliciosa pera en Galicia, e igualmente a la picaza, habla más que una urraca.

Fernando, como Louis le Débonnaire, con su impolítico testamento desmembró la misma monarquía que había dedicado su vida entera a consolidar, y así, como su tocayo del siglo VII, legó a su heredero Sancho una guerra civil, este contrario a la injusta división, puso sitio a Zamora en 1072. Entonces era una ciudad bien amurallada, Zamora la bien cercada, y proverbialmente casi inexpugnable: Zamora no se ganó en una hora. Sancho, atraído a un lugar cerca de las murallas por Bellido Dolfos, fue asesinado el 7 de octubre en una postura poco decente, según la antigua balada, y el Cid, por falta de espuelas, no pudo coger al traidor; pero en estos lugares todos leerán sin duda el Romancero.

Los españoles, después de la muerte de su rey, faltos de un dirigente adecuado, fallo este que les ha aquejado en todas las épocas tanto presentes como pasadas, se dispersaron como buenos orientales,

yéndose cada uno a su casa. Fue en este sitio donde cinco reyes (jeques) moros trajeron tributo y saludaron a Ruy Díaz de Vivar con el título de Cid Campeador, o príncipe campeón, justo como ahora nuestro Wellington, que es llamado el lord, el gran lord, de la misma manera que nosotros le llamamos “el Duque”.

Se pasa por la puerta de la feria a la agradable alameda, con sus fuentes y bancos de piedra, y de aquí al palacio de Urraca, que está situado en el extremo mismo de la ciudad. Los muros siguen las irregularidades de sus cimientos de roca; el palacio está arruinado. Aún queda sobre una entrada un busto mutilado de Urraca y una inscripción que, según se asegura, es el “¡Afuera! ¡Afuera! Rodrigo el soberbio Castellano” de la antigua balada, alusivo a que el Cid encontró cerradas las puertas de la ciudad cuando corría en persecución del traidor asesino Dolfos. Cerca de la catedral está el palacio del obispo, con sus corredores y su galería abierta.

La catedral es muy antigua. La sede, que quedó en suspenso durante el tiempo de los moros, fue restablecida por Alonso VI, hijo de Fernando I, cuya heredera, Urraca, se había casado con Ramón, hijo del Papa Calixto II, y de esta manera, gracias a la influencia de la familia en Roma, se pudieron resolver muchas dificultades con prelados litigantes. El arzobispo de Toledo era un francés llamado Bernard que dio las sedes españolas a sus compatriotas y estos introdujeron aquí el estilo arquitectónico normando, exactamente como ocurrió en Tarragona. Jerónimo, el confesor del Cid, cuando se vio privado de la sede de Valencia al ser esta ciudad reconquistada por los moros, fue enviado a Zamora con funciones cuasi episcopales. La entrada sur, muy destruida, tiene particular interés. Obsérvense los cuatro arcos fajones redondos y los curiosos rollos de tela semejantes a un patrón o diseño. Los capiteles de las columnas son de un híbrido normando-gótico-corintio. Las ventanas de rosetón son buenas y la torre cuadrada y maciza y el cimborrio están claramente emparentados con la Iglesia Vieja de Salamanca. Las dos naves laterales del interior son bajas. La cúpula está realzada con un diseño en forma de olas de oro sobre blanco. El altar mayor se compone de columnas de mármol rojizo, con capiteles de bronce dorado; la Transfiguración esculpida en mármol es moderna y artísticamente inferior. El viejo retablo fue llevado al convento de San Jerónimo. El coro está tallado a la manera tudesca,

como de Rodrigo Alemán, y lleva la fecha de 1490. Obsérvese la espira gótica abierta a la izquierda del asiento del obispo, y también los santos y las figuras que hay sobre las sillas oscuras de los canónigos. Conviene fijarse en la puerta tallada con figuras y tallas góticas a la izquierda del altar mayor. Entre las tumbas obsérvense la de Bernardus, el primer obispo, 1149 y, cerca de la puerta, la del obispo Pedro, 1254, confesor de Fernando el Santo, enfrente de la del obispo Suero Pérez, 1286. En la capilla del Cardenal hay otras tumbas, como la de Álvaro Romero, cubierto con su capa; obsérvese su espada; y en la capilla de San Miguel la del canónigo F. M. de Baltas, 1308. El antiquísimo retablo tiene seis divisiones, con pinturas semejantes a las de Fernando Gallegos. Los claustros originales fueron pintados en 1591, y los actuales, en sencillo estilo dórico, fueron reconstruidos en 1621. La entrada norte de la catedral ha sido modernizada por desgracia en un estilo corintio, que desentona mucho con el gótico primitivo.

La Magdalena fue iglesia de los templarios y, cuando estos fueron suprimidos, le fue entregada a la Orden de San Juan de Jerusalén; es un edificio sencillo y sólido del siglo XII. Obsérvense la mampostería del exterior y la entrada, muy profunda, con notables arcos circulares arriba, muy enriquecidos con patrones, en parte, normandos y, en parte, moros. El ábside es circular. Delante está el altar mayor, con un bello arco redondo y molduras; obsérvese también la ventana de rosetón, arriba, formada por columnas pequeñas, exactamente como en la iglesia del Temple, en Londres. Antes de entrar en la parte interior, a cada lado del arco, muy alto y agudo, hay dos tumbas antiguas de miembros de la Orden de San Juan. Obsérvense la cruz y las columnas en espiral que sostienen los cobertizos y también el portal enriquecido. En Zamora hay mucha y muy curiosa arquitectura medieval, ahora tristemente decaída, como para realzar su mérito para el pintor; visítese, por ejemplo, la plaza de los Momos, y obsérvense la curiosa fachada de una casa solar, con ventanas de ajimez, y la extraña entrada valenciana, con grandes piedras a manera de abanico en el arco, pero lo que los vándalos extranjeros han dejado intacto se va arruinando ahora solo por la desidia nacional.

Zamora, la ciudad en otros tiempos proverbialmente fuerte, que resistió incluso al Cid, fue perdiendo prestigio con la decrepitud de

la monarquía. Y, sin embargo, su posición natural siguió siendo de suma importancia; y en vano fue que Moore insistiera cerca de la Junta de Salamanca para que reparasen sus defensas y le enviasen allá sus provisiones y bastimentos, porque su retirada había comenzado ya antes incluso de que la Junta hubiese terminado sus deliberaciones (Schepeler, II, 119). Si Zamora hubiese sido puesta en buen estado de defensa, Moore habría podido retirarse a ella en lugar de a La Coruña, y de esta manera, Portugal habría sido salvado de las depredaciones de Soult. Los pecados de la Junta cayeron sobre Zamora, ya que poco después fue tomada por los franceses. Darricaut y Maupetit asaltaron valientemente las murallas de esta, en otros tiempos bien cercada, ciudad y, aunque no opuso ninguna resistencia, Zamora fue saqueada sin que se tuviera en cuenta ni edad ni sexo, y sus personas principales ejecutadas. Zamora fue luego ocupada y robada por monsieur Foy, y no se ha recuperado todavía de estas calamidades. La victoria de Salamanca liberó Zamora; su evacuación por Foy fue una operación equivocada, porque de haberse mantenido en ella, los planes del Duque se habrían visto entorpecidos (partes de guerra del 18 y 23 de agosto de 1812).

Al salir de Zamora la pobreza lamentable del campesinado no hace sino aumentar; sus casuchas son de barro, sus muebles e instrumentos de labranza son toscos tanto en la forma como por lo que se refiere al material de que están hechos. Sus carros, que son los mismos que se ven por todas las provincias del noroeste, son los plaustra, tales y como eran antiguamente, con ruedas macizas, las tympana romanas, un mero círculo de madera, sin eje ni radios, muy parecidas a piedras de moler o a quesos de Parma, y las mismas que usaban los egipcios, según vemos en los jeroglíficos (Wilk., I, 369) y, sin duda, exactamente parecidas a las de los carros enviados por José a buscar a su padre (Génesis, XLV, 19). El tipo es oriental y todavía se usa entre los afganos y los españoles, que son carroceros poco adelantados. La rueda entera gira haciendo un chirrido lamentable, que emite su lamento por toda la parte noroeste de España. Los carreras, cuyas orejas de cuero son tan romas como sus dientes sin filo, se deleitan con este espantoso el chirriar, el chirrío, en árabe charrar, hacer ruido, y que ellos llaman música. Piensan, además, que espanta a los lobos, a los osos y al demonio mismo, lo que bien pudiera ser verdad después de todo,

porque la rueda de Ixión, aunque condenada en el infierno, no chirrió jamás de manera más lamentable. Los sonidos chirriantes, sin embargo, sirven a manera de aviso a otros carros, que en caminos angostos y gargantas rocosas, en los que dos carros no pueden pasar de frente, disfrutan así de esta advertencia, que les permite hacerse a un lado con tiempo hasta que quede libre la costa.

Desde Zamora, el naturalista podrá hacer muchas excursiones: el botánico podrá visitar la dehesa de San Andrés, a una legua, y el geólogo ir a Muelas, a cuatro leguas, en el ángulo mismo de la confluencia del Esla y el Duero: aquí, curiosamente formadas y marcadas, se encuentran piedras y cristales calcáreos, y la arcilla peculiar de esta zona se considera la mejor de la Península para hacer cacharros de cocina. El cazador y el pescador encontrarán aquí también buen terreno silvestre cubierto de aromática maleza y cortado por estupendos arroyos trucheros durante todo el trayecto entre Zamora y Villafranca de El Bierzo. Los que se sientan con ánimos de ir por terreno duro pueden visitar primero Carbajales, cuatro leguas, ciudad que pertenece al duque de Frías y tiene una población de mil doscientas personas. Las vecinas la Peña Colorada y monte Valdoradas abundan en caza mayor y menor; naturalmente, el forastero se procurará guías locales. La pesca de truchas es de primera, ya que hay una red de ríos que bajan en abanico, retoños de la serpenteante sierra de Culebra, y desaguan en el Aliste. Desde Carbajales el cazador podría ir al oeste, a Alcañices, que es una pequeña ciudad de seiscientos habitantes, o bien a los confines de Portugal, donde hay excelente caza, o también podría atajar hacia Puebla de Sanabria, y desde allí seguir por El Bierzo a Villafranca, por una de las comarcas de pesca mejores de toda España.

Saliendo de Zamora la carretera sigue careciendo de interés hasta pasada Santa Eufemia, donde, por una brecha, se ve Benavente en la distancia, con su bello castillo que se levanta sobre una eminencia a la izquierda entre un cinturón de árboles. Antes de llegar a la ciudad se cruza, por medio de un tosco bote de paso, el Esla, uno de los grandes tributarios del Duero y, como suele suceder, los barqueros están siempre en la orilla opuesta o han desaparecido. Fue aquí donde tuvo lugar uno de los primeros

encuentros entre las caballerías británica y francesa; al comienzo de la retirada de Moore (29 de diciembre de 1808), Lefebvre Desnouettes, al mando de seiscientos hombres de la guardia imperial, atacó la retaguardia inglesa, pero se le enfrentó el coronel Otway con solo doscientos hombres, frenándolo; lord Paget llegó entonces con refuerzos del 10º regimiento y en "un instante", como dice Napier, "cambió la escena, y se vio al enemigo huyendo a toda velocidad hacia el río, con los británicos persiguiéndoles de muy cerca". Lefebvre Desnouettes fue hecho prisionero, y su indignación no hizo sino aumentar ante la risa burlona que su aire sombrío y su guerrera desgarrada provocaba entre los soldados ingleses: "Du sublime au ridicule il n'y a qu'un pas". Bonaparte, espectador de este suceso, escribió el siguiente resumen para enviarlo a París en su 21 comunicado: "Le général, emporté par cette ardeur qu'on a si souvent reproché au soldat Français, passa la riviere a la nage pour se porter sur Benavente, où il trouva toute la cavalerie de l'arrière garde anglaise: alors il s'engagea un long combat de 400 hommes contre 2.000; il fallut enfin céder au nombre. Cette échauffourée a dû convaincre les Anglais de ce qu'ils auraient a redouter des pareilles gens dans une affaire générale".

El incumplimiento por Lefebvre, más tarde, de la palabra dada es bien conocido, pero Bonaparte, en lugar de devolverle "como prisionero", lo que el Duque habría hecho de haber sido capaz un oficial inglés de tal deshonor (parte de guerra del 20 de octubre de 1809), aprobó su conducta y le volvió a poner al mando de sus cazadores. ¿Cabe extrañarse, ante tales circunstancias, de "que el Duque no tuviera fe en la palabra de ningún oficial francés?" (parte de guerra del 30 de junio de 1811), ni siquiera en la del mismo Soult, su jefe (parte de guerra del 11 de septiembre de 1813). Y, sin embargo, ahora monsieur Foy, habiendo achacado el valor de los soldados ingleses a la carne de vaca y al ron, piensa "que el honor es motivo demasiado delicado para su espeso carácter, y que incluso sus oficiales carecen de esa idolatría exclusiva del honor que es propia de los franceses" (I, 235, 241). ¡Ay, vieja tierra de Francia, en los labios de cuyo pueblo la verdad había instalado su trono. Oh, tierra de Henri IV y de Bayard, sans peur et sans reproche, cuán revolucionada os habéis visto! Ruse doublée de force, como dice De Pradt, tal era la política del tirano; para él, como en las edades oscuras, el faltar a la palabra dada y el perjurio no eran sino una

façon de parler: Francis familiare erat ridendo fidem frangere (F. Vopiscus Proculus). Gens Francorum infidelis est, si pejeret Francus qui novi faceret, qui perjurium ipsum sermonis genus putat esse, non criminis (Salvien, de G. D., IV).

Cruzando el Esla se levanta Benavente, con sus largas murallas de tierra mezclada con paja, y su castillo arruinado, sobre una leve eminencia; su población asciende a unas dos mil quinientas almas. Hay una posada decente en las afueras de la ciudad en el camino de Astorga; la ciudad es aburrida y empobrecida. El castillo, el alcázar de los Pimentel, unido al ducado de Osuna, fue en otros tiempos gran fortaleza. Southey, que en sus cartas (I, 139) nos cuenta que él llegó allí demasiado tarde para poder ver el interior del edificio, se permite en su Historia la siguiente divagación poética: “No tenemos nada en Inglaterra que se asemeje a su grandeza: Berkeley, Raby, Warwick y Windsor, incluso, son poca cosa en comparación” (capítulo XV). Todo lo cual, por supuesto, es pura ficción de poeta laureado, ya que este Château en Espagne es muy inferior, tanto en tamaño como en los detalles, a muchos de nuestros castillos galeses, mientras que el material con que está construido es una piedra rojiza, basta e innoble, con bastante cantidad de mezcla de arcilla y paja. Se entra a la ruina por una suave pendiente; pasando bajo un arco entre dos torres se ve un Santiago desfigurado a caballo sobre el portal. La torre pastel lleva la fecha del 20 de mayo de 1462. Aquí se ven las armas de los Pimentel, que en otros tiempos fueron poderosos condes de Benavente, los jeques o señores de toda la comarca. El interior es una completa ruina, habiendo sido destripado por Soult en su retirada de Oporto. El patio está todavía cubierto de fragmentos de esculturas que fueron entonces salvajemente destruidas. En el piso superior estaba la galería principal, donde todavía quedan algunos restos de tarkish y azulejo moro en las ventanas: sigue en pie una parte de la escalera principal. Las vistas sobre las llanuras desnudas de León y de las montañas hacia la Puebla de Sanabria son extensas; la parte que da al río es la más fuerte; la mampostería es basta y está ornamentada con una enorme cadena de piedra y bolas que sobresalen de ella y que son tan frecuentes en Toledo: abajo está lo que antes eran los jardines de la duquesa hasta que fueron destruidos por el enemigo. Un bonito paseo, el Caracol, lleva a la sombra de los árboles por un arroyo truchero. La iglesia de Santa María, en Benavente, tiene una

torre notable, capillas circulares y redondos arcos fajones.

Hay comunicación practicable para vehículos desde Benavente hasta León, once millas y media, por una comarca completamente carente de interés, pasando por Toral de los Guzmanes, cuatro leguas y media; Ardón, tres y media, y León, tres y media. La que va por la izquierda a Orense, treinta y tres leguas y media, está llena de belleza alpina y fluvial.

En Benavente (28 de diciembre de 1809) se puede decir que comenzó la retirada de Moore: aquí el laurel se entretejió con el ciprés, y los pecados de los epigramáticos oficiales se lavaron con la sangre de hombres valientes. En octubre Moore había sido enviado a la Península con unos veinticinco mil hombres, pero sin otras instrucciones específicas que la de actuar de acuerdo con los generales españoles; se escogieron las yermas Castillas porque en invierno son impracticables debido a la lluvia y el frío. Moore llegó a Salamanca el 13 de noviembre y fue allí donde se enteró de que tres ejércitos españoles se habían fundido como una bola de nieve casi antes de ser siquiera atacados. Cruzó la frontera el 11 de octubre; el mismo día Blake fue derrotado en Espinosa, y Belvedere lo había sido en Burgos el día 10; y cuando Moore llegó a Salamanca, en noviembre, oyó que Castaños había sido aplastado en Tudela; poco más tarde Somosierra puso Madrid a los pies de Bonaparte y, de esta manera, los ingleses, sin ayuda de nadie, quedaron abandonados a sostener todo el verdadero peso de la guerra; así, veinticinco mil soldados británicos se veían ahora frente a frente con doscientos cincuenta mil veteranos franceses excitados por la victoria: y, sin embargo, el duque de York había aconsejado a nuestros ministros no enviar menos de sesenta mil ingleses a la Península, y él estaba dispuesto a facilitarlos; según él no se debía hacer la guerra a lo pequeño; pero prevaleció la política ruin y frívola, de modo que, como dice Napier, “se embarcó un mero puñado de hombres, y aun así sin dinero, planes o municiones apenas”.

Moore, que a estas alturas se había convertido en jefe, en lugar de auxiliar, porque Il n’y a que les Anglais a cramdre, como dijo el astuto emperador, se vio luego atraído a las Castillas por las Juntas y por nuestro embajador, mister Frere, quien, ¡Hispanis Hispanior!,

pensaba que los ministros españoles eran gente sincera, los generales hábiles y los reclutas, bisoños e indisciplinados, adecuados para enfrentarse con las magníficas legiones de Bonaparte, quien hizo todo lo que pudo por engañar y destruir a Moore atrayéndole a Sahagún. En aquel momento el emperador se lanzó como el rayo (12 de diciembre) desde Madrid, y en diez días, desafiando los elementos, llegó a Astorga con ochenta mil hombres. Moore, ignorante de este peligro, siguió los días 22 y 23 de noviembre en Sahagún, a pesar de que incluso entonces Frere y Morla le insistían para que avanzase hacia Madrid, precisamente cuando dar un solo paso habría sido una derrota cierta. Pero la verdad acabó por abrirse paso en su mente y se retiró con decisión sin ejemplo, desconcertando incluso a Bonaparte, que llegó con doce horas de retraso a Benavente y se encontró con que su víctima había levantado el vuelo, con lo que perdió toda la gloria de un golpe de mano raudo; entonces fue cuando la échauffourée del Esla le dio una idea de lo que pudiera ocurrir en una batalla general, y recordando Acre y presintiendo Waterloo, decidió no poner en peligro su reputación en las profundidades montañosas de Galicia; dejó esa tarea a Soult y solo avanzó hasta Astorga, donde el 1 de enero de 1810 pasó revista a ochenta mil franceses que iban a la caza de diecinueve mil cincuenta y tres soldados ingleses de infantería, dos mil doscientos setenta y ocho de caballería y sesenta y tres piezas de artillería, ampliadas por él a treinta o cuarenta mil, y luego se fue, fingiendo haber recibido importante información de Alemania que requería su regreso; pero la verdad es que tenía tan poca prisa que se quedó diez días perdiendo el tiempo en Valladolid, derrotando a los ingleses en sus comunicados, las balas de papel de su cerebro. Moore, aunque nunca fue derrotado ni nada parecido durante la campaña, pensaba que el ejército francés entero estaba persiguiéndole y de aquí que sus movimientos semejaran con demasiada frecuencia una fuga más bien que una retirada.

Moore era por naturaleza la antítesis misma del cachazudo Frere; de temperamento depresivo, vio enseguida las dificultades de su situación; desesperó de ella desde el principio y entre sus vagos e indeterminados planes tenía siempre la esperanza, en sus pensamientos secretos, del mar; le abrumaba la responsabilidad, que es la pesadilla de todas las mentes sin verdadera grandeza. Este verdadero soldado, que habría actuado brillantemente como

segundo en el mando, dio al enemigo más importancia, y a sí mismo menos, de la que tenía; comenzó con una equivocación, pensando que "como los franceses tenían en su poder a España, Portugal no podía ser defendido". ¿Cómo pensaba el Duque? "Si conservo Portugal, Francia no podrá en absoluto conservar España", y no la conservará, pudo haber añadido, y "no la conservó", puesto que arrojó a las derrotadas legiones francesas al otro lado de los Pirineos. Moore, aunque siempre meditando una retirada, nunca hizo preparativo alguno para ella, ya fuera enviando gente a reconocer posibles retiros o preparando aprovisionamientos y lugares de descanso. Recibió poca ayuda de los castellanos, y menos aún de los gallegos. "Ellos", y son en parte sus últimas palabras, "aunque armados, no hicieron esfuerzo alguno para impedir el paso de los franceses por las montañas; abandonaron sus moradas al acercarnos nosotros; se llevaron sus carros, sus bueyes y todo lo que hubiera podido ser de la menor utilidad al ejército"; socorros de España.

Napier (III, 3) ha salvado la buena fama de Moore y ha denunciado a aquellos por quienes fue sacrificado. "En la campaña de sir John Moore", dijo el sincero y franco Duque, "yo no veo más que un error; cuando avanzó sobre Sahagún debió haberlo considerado como un movimiento de retirada y enviado oficiales a la retaguardia para encontrar y preparar lugares de descanso para cada una de sus brigadas; pero esta opinión la he formado yo después de largas experiencias de guerra, y especialmente de las peculiaridades de la guerra española, que tienen que ser vistas para ser entendidas; además es una opinión que he formado a posteriori". El Duque fue enviado después a Portugal, donde la retirada a La Coruña fue más que compensada por la de Oporto, de donde Soult después de una derrota, que Moore no sufrió nunca, huyó en circunstancias de horror y precipitación que superaron con mucho a las de nuestro malhadado héroe.

Las diez largas leguas desde Benavente a Astorga son aburridas; la comarca está moteada de viñedos y pueblecitos: en San Román de la Valle se excavan en las colinas de tierra blanda bodegas, cuyo contenido fue más fatal para las tropas de Moore que ningún enemigo, pero Baco ha sido siempre más temible para nuestros valientes soldados que Marte, porque sucumben enseguida a la

tentación de la bebida (parte de guerra del 2 de noviembre de 1810), y entonces todo se ha terminado: el enemigo en la boca echa a un lado honor, deber y valor, porque vini patio est veneni potius. "¡Oh, tú, invisible espíritu del vino, llamémoste más bien demonio!". El rudo campesinado lleva madreñas, o sea, sabots de madera como los franceses, vueltos hacia arriba en la punta y con la base también de madera; así van andando como pueden, entre torturas, e incluso los jóvenes parecen agobiados y viejos; las iglesias son meros graneros, con una pared delantera que termina en punta, sobre la cual se coloca una especie de hornacina para la campana, a la que se llega por una escalera. Pasando La Bañeza, con su buena alameda, las montañas cubiertas de nieve se cierran sobre nosotros como un anfiteatro y parecen impedir todo avance. Astorga no tarda en aparecer, con un aspecto al tiempo bélico y pintoresco; su acceso está defendido por murallas e incontables torres semicirculares. Hay una posada tolerable justo antes de entrar en la ciudad.

Astorga, Asturica Augusta, fue en los días de Plinio (Historia Natural, III, 3) una "magnífica ciudad", pero ahora es miserable y decaída. El obispado, fundado en el año 747 por don Alonso el Católico, es sufragáneo del de Santiago; la ciudad lleva por armas una rama de roble, símbolo de fuerza. Las historias locales son: Fundación, Pedro de Ezpeleta, cuarto, Madrid, 1643, y Fundación, etcétera, Pedro de Junco, cuarto, Pamplona, 1639. Humboldt piensa que Astorga era nombre ibero indígena, derivado de asta, "roca, lugar construido en la roca", por ejemplo astures, astaba, astigi. Los españoles, encontrando en Silio Itálico (III, 334) que Astyr, hijo de Memnon, huyó a España, le consideran el fundador de Asturica. Ciertamente, la ciudad es sumamente antigua; las murallas son muy curiosas, y hay dos tumbas e inscripciones romanas cerca de la puerta de hierro. Vista desde fuera la ciudad tiene un aspecto venerable e impresionante, con sus infinitas torres semicirculares que no se levantan más arriba del nivel de la muralla; como Coria y Lugo, da una perfecta idea de una ciudad romana fortificada, de la que quedan tan pocas muestras, ya que la mayor parte de ellas fue demolida por Witiza.

Astorga tiene categoría de grande de España, porque las ciudades y los municipios españoles tienen categoría personal. Da un

marquesado a la familia Osorio, una ruina de cuyo palacio sigue aún allí: la magnífica biblioteca pertenece ahora a los abogados de Edimburgo.

La catedral gótica fue erigida en 1471, sobre el solar de otra más antigua; desde entonces ha sido muy modernizada y desfigurada; una de las torres está construida de piedra gris y la otra roja, rematada de pizarra, mientras que el remate de la torre gris fue destruido por un terremoto en 1765. El exterior y la entrada son churriguerescos, y las dos naves laterales son más bajas que la central; obsérvense la reja y la trabajada sillería del coro, al estilo tudesco de Rodrigo Alemán. Los ridículos tambores, mujeres desnudas y monstruos que decoran el órgano, contrastan de manera extraña con los venerables santos y obispos. El trascoro es muy malo; el púlpito, con sus medallones, es más clerical; los claustros son modernos. El enorme retablo es obra de Gaspar Becerra, que nació en Baeza en 1520, y estudió con Miguel Ángel en Italia, siendo protegido por Felipe II; sus mejores obras están en las Castillas y centro de España. Este retablo, ejecutado en 1569, fue probablemente su obra maestra, y es uno de los más notables en su género en toda la Península, pero, por desgracia, ha sido muy retocado; está dividido en tres partes; la estructura de la parte inferior está sostenida por columnas a la manera de Berruguete; la segunda parte tiene columnas acanaladas y bases enriquecidas; la tercera, pilastras en oro y negro. Las tallas representan temas de la vida del Salvador y la Virgen; obsérvense, sobre todo, la Pietá, la Ascensión y Coronación de la Santísima y las bellas mujeres yacentes al estilo de la Caridad de Miguel Ángel. Estos desnudos ofendían, y estaban a punto de ser cubiertos cuando intervino el Consejo de Madrid; estas grandiosas tallas son muy florentinas y musculosas (compárese este retablo con el de Medina de Rioseco). En la capilla de San Cosme está la tumba del rey Alonso, muerto en el año 880, con esculturas antiguas de mármol en bajorrelieve sobre temas del Nuevo Testamento; la gloria de la catedral, en otros tiempos, fue el relicario, cuya joya era un molar y parte de la mandíbula de san Cristóbal, cosa monstruosa, como dice el admirativo Morales; pesaba doce libras y nunca tuvo pareja, excepto, todo lo más, la quijada de asno con la que Sansón mató a mil hombres.

Estando Astorga, como de costumbre, completamente desabastecida, fue atacada en febrero de 1810 por los franceses a las órdenes del cruel Loison, fue noblemente rechazado el ataque por el valiente José María de Santocildes con unos pocos soldados bisoños. Junot llegó a continuación, el 21 de marzo, y amenazó con pasar a la ciudad entera por la espada; entonces a pesar del consejo de sus ingenieros militares, trató, precipitadamente, de asaltar la ciudad por la Puerta de Hierro, pero fue rechazado. Santocildes, desertado por el cobarde Mahy, que debiera haberle venido en ayuda, y habiendo agotado su escasa munición, capituló el 22 de abril, después de una defensa igual de gloriosa que las de Gerona y Ciudad Rodrigo. Los franceses entonces demolieron las obras de defensa y destruyeron el bello palacio de la familia de Astorga, del que ahora quedan solamente dos torreones y algunos escudos de armas; el mejor punto para verlos es desde el jardín de la familia Moreno, en cuya casa se alojó Moore.

En 1812, Castaños, con quince mil gallegos, se vio detenido aquí durante tres meses por el bravo general Remond y solo mil quinientos valientes franceses; pocas cosas en toda la guerra han resultado tan vergonzosas para las armas españolas. Esta fue la manera en que el "héroe de Bailén" cooperó con el Duque en el momento mismo en que tenía delante a Marmont; esto le molestó tanto al Duque que pensó incluso en venir él mismo aquí, porque decía, "es ridículo decir que Astorga es lugar fortificado; es una ciudad amurallada, que no podría haber resistido un solo día contra un ataque en toda regla" (parte de guerra del 23 de febrero de 1811).

Astorga es la capital de la maragatería, o sea, el país de los maragatos, que tiene alrededor de cuatro leguas cuadradas. Comprende treinta y seis pueblos, de los que el mejor es San Román. La palabra maragato ha sido derivada por algunos de Mauregato, el rey que se vio obligado a pagar, a modo de tributo anual a los moros, cien vírgenes españolas. Los maragatos, sin embargo, no se sienten orgullosos de descender de tal origen, y lo más probable es que esta historia sea una fábula. Otros buscan el origen del nombre en los moros godos, es decir, esos godos españoles que continuaron viviendo entre los moros, como los mozárabes; ahora, como el judío y el gitano, los maragatos viven

exclusivamente entre su propia gente, conservando su vestido y costumbres primitivos y no casándose nunca fuera de su propia tribu. Son tan perfectamente nómadas como los merinos trashumantes o los beduinos, con la única diferencia de que utilizan mulas en lugar de camellos. Son casi todos arrieros, ordinarios, y su honradez y diligencia se han hecho proverbiales. Son una gente tranquila, grave, seca, que va a lo suyo y al grano. Sus precios son altos, pero están compensados por la seguridad que inspiran, ya que se les puede confiar sin miedo cualquier cantidad de oro. Son el canal de todo el tráfico entre Galicia y las Castillas, y es raro verlos por las provincias del sur o el este. Visten justillos de cuero, jubonetas, que les están tan justos como corazas, dejándoles libres los brazos; su ropa blanca es basta, pero blanca, sobre todo el cuello de la camisa o gorguera, también llamada lechuguilla; alrededor de la cintura llevan un ancho cinto de cuero, en el que tienen una bolsa (la bolsa de la zona romana). Sus bragas se llaman zaragüelles, que, como las valencianas, es palabra puramente árabe para designar faldellines o pantalones anchos, y no se encuentra en Rembrandt burgomaestre con el fondillo más amplio. Llevan polainas de tela pardas y largas, con ligas rojas; suelen llevar el pelo muy corto, aunque, a veces, se dejan extraños mechones; esta ropa de viaje, sumamente incómoda, se remata con un sombrero gacho y suelto, y el conjunto resulta demasiado holandés para ser siquiera pintoresco; pero estas modas son tan incambiables como las leyes de los medos y persas; y a ningún maragato se le ocurriría cambiar de traje hasta que lo hagan esos modelos vestidos de madera pintada que dan las horas en el reloj de la plaza de Astorga; Pedro Mato, otra figura costumé que tiene en la mano la veleta en la catedral, es el observado de todos los observadores; y, ciertamente, este traje particular es, como el de los cuáqueros, una especie de garantía de su tribu y su dignidad; de esta manera, el mismo cordero, el rico diputado maragato, apareció en las Cortes con este atuendo local.

El vestido de la maragata es también peculiar; lleva, si está casada, una especie de tocado, el caramiello, en forma de media luna, con la parte redonda cayéndole sobre la frente, lo que es muy moro y recuerda el tocado de las mujeres que hay en el bajorrelieve de la capilla real de Granada. El cabello les cuelga suelto sobre los hombros, mientras que el delantal o refajo les cae, abierto, por

delante y por detrás, y está curiosamente atado por la espalda con una faja, y el corpiño se abre en cuadrado sobre el seno. En sus fiestas se cubren de adornos, la joyada, de largas cadenas de coral y metal, con cruces, reliquias y medallas de plata. Sus pendientes son muy pesados y están sujetos por hilos de seda como entre las judías de Berberia. Las bodas son su gran fiesta y entonces se reúnen grandes grupos y se elige un presidente o padrino, que da al camarero la cantidad de dinero que quiera, y entonces todos los invitados tienen que darle la misma suma. La novia está envuelta en un manto, que lleva puesto el día entero y nunca se vuelve a poner, excepto en el día de la muerte de su marido. Ella no baila en la fiesta de bodas. A la mañana siguiente, temprano, se llevan a la cama de la feliz pareja dos pollos asados y a la velada siguiente abren el baile la novia y su marido, al son de la gaita mora. Sus danzas son graves y serias, pero así es su carácter. Los maragatos, con sus rostros honrados y atezados por la intemperie, pueden verse con sus reatas de mulas por todo el Camino Real hasta La Coruña. En general van a pie y, como los demás arrieros españoles, aunque cantan y maldicen algo menos que los otros, están siempre tirando piedras y dando golpes a sus machos.

La tribu entera se reúne dos veces al año en Astorga, con motivo de las fiestas del Corpus y la Ascensión, cuando bailan el canizo, comenzando a las dos de la tarde y terminando exactamente a las tres. Si alguien que no sea maragato se une al baile, todos dejan de bailar inmediatamente. Las mujeres nunca se alejan de sus hogares, al contrario que sus maridos, poco domésticos. Llevan la vida de trabajo duro de las antiguas mujeres iberas, y ahora como entonces se las ve en estas provincias occidentales trabajando en los campos desde antes de la salida del sol hasta después de su puesta; y es sumamente penoso verlas fatigándose en estas tareas tan poco femeninas.

El origen de los maragatos no ha podido ser averiguado. Algunos los consideran un resto de los celtíberos; la mayor parte, sin embargo, prefieren buscarles orígenes beduinos o de caravana. A esto se opone decididamente el capitán Widdrington (II, 61), quien sospecha que sean de origen visigodo. Es inútil preguntar a estos ignorantes carreteros sobre su historia u orígenes, porque, como los gitanos, no tienen tradición alguna ni saben nada. Arrieros, en

cualquier caso, lo son sin duda, y esta palabra, junto con tantas otras relacionadas con el arte del caballo berberisco y la caravana, es árabe, y demuestra de dónde derivaron los españoles este sistema y ciencia. Así vemos que los nombres de animales son puramente árabes, como recua, jaca, acémila, alfana, alhamel, almifor; sus colores y cualidades, como alazán, lozano, zaino, harón, haragán, rodado; sus ayudantes, instrumentos, cargas y lenguaje, como zagal, albéitar, alforjas, telliz, fardo, forrage, zalea, atahorre, grupa, acial, albarda, almohaza, tamuga, atahona, guiar, arre, anda, etcétera.

Los maragatos son famosos por sus buenas bestias de carga; ciertamente, las mulas de León tienen renombre y los asnos son espléndidos y numerosos, sobre todo cuanto más se acerca uno a la erudita universidad de Salamanca. Los maragatos tienen preferencia en la carretera: son los señores del Camino Real, por ser los canales del comercio en una tierra en que las mulas y las asnos ocupan el lugar de los trenes de carga de raíl. Conocen y sienten su importancia y son ellos la regla, mientras que el que viaja por mero placer se convierte en la excepción. Pocos muleros españoles son más civilizados que sus bestias. Por pintoresca que resulte la escena, no es broma el encontrar una recua de acémilas cargadas en un camino estrecho, sobre todo si hay un precipicio a uno de los lados; cosas de España. Los maragatos rara vez ceden el paso, y sus mulas siguen tercamente adelante, y como los tercios o equipaje sobresalen a ambos lados, se llevan por delante el camino entero como las ruedas de un vapor. Pero es que todos los detalles de viaje del auténtico interior español están calculados para el hato; y a nadie se le ocurre desperdiciar cuidados con extranjeros, que no solo no son bienvenidos, sino incluso rechazados. Las posadas y carreteras y el lado derecho les van bien a los indígenas y sus bestias; y nunca se les ocurre echarse a un lado para acomodarse a los caprichos de un extraño. La castiza Península es demasiado poco viajada para que sus indígenas adopten las amabilidades acomodaticias y mercenarias de los suizos, esa nación de hoteleros y cocheros.

Las dificultades y el excesivo apresuramiento de la retirada de Moore comenzaron a partir de Astorga, porque hasta entonces había tenido la esperanza de atraer al enemigo a una batalla general. El Camino Real de Lugo es magnífico y un soberbio monumento a la

ingeniería de montaña. Las leguas son muy largas, por ser de marco, es decir, de ocho mil yardas cada una; están marcadas por mojones. El clima es frío y lluvioso, y el hospedaje adecuado solamente para cerdos; ambas cosas (experto crede) son malas incluso en el verano y en tiempo de paz: cómo tendrán que haber sido durante las nieves y el hambre de una retirada en pleno diciembre.

Saliendo de Astorga subimos por una comarca montañosa y cubierta de brezos hasta Manzanal, y entramos en El Bierzo, la Suiza de León. Este es un distrito de pasos alpinos, arroyos trucheros, praderas agradables y bosquecillos de castaños y nogales. Bembibre, donde tantos de nuestros soldados perecieron por causa del alcohol, se encuentra junto a los ríos Noceda y Baeza, espléndido arroyo truchero, en un suave valle entre jardines y la viña cuyos vinos fueron más fatales para los soldados de Moore que los sables franceses. El castillo arruinado tiene aspecto moro. Ponferrada, Pons Ferrata, está a la izquierda, en la confluencia del Sil y el Baeza. No se entra en Ponferrada: el puente fue tendido en el siglo XI para el paso de los peregrinos que iban a Compostela y que tomaban la ruta directa a lo largo del Sil por Val de Orras y Orense. La ciudad perteneció posteriormente a los templarios y estaba protegida por la milagrosa imagen de la Virgen, que fue hallada en un roble, y de aquí que se llame Nuestra Señora de la Encina; sigue siendo la patrona de El Bierzo. Ponferrada es un buen lugar para salir a ver los antiguos conventos de esta Tebaida. Ponferrada es también un excelente lugar para el pescador de caña, entre arroyos trucheros vírgenes que nunca han sido profanados por moscas artificiales. Los peces acuden con todo el entusiasmo del hambre gallega y con su ignorancia del arte mecánica. Cacabelos es una aldea lamentable. Entre ella y Priegos fueron atacados cuatrocientos soldados del regimiento 95 y un piquete de caballería (3 de enero de 1809) por el general Colbert con cuatro escuadrones. Los franceses fueron rechazados en toda la línea y su jefe muerto. La versión que da Bonaparte de esta derrota en su 25 comunicado dice así: “L’arriere garde Anglaise était composée de 5.000 hommes d’infanterie, et 600 chevaux; cette position était fort belle et difficile à aborder. Le général Merle f it ses dispositions: l’infanteria approcha; on battit la charge, et les Anglais furent mis dans une entiere déroute”.

Villafranca del Bierzo parece verdaderamente suiza, y está situada en un embudo de montañas, con puentes, conventos y chalés que parecen salidos de un cuadro, balcones que sobresalen, viñas y los espléndidos arroyos trucheros Burbia y Valcarce y, sin embargo, es morada de suciedad, dolor y pobreza. A la entrada hay una gran mansión fortaleza cuadrada, con torres redondas en las esquinas, que pertenece a la familia de Alba. Fue aquí donde Romana, en 1809, hizo prisioneros a mil de los soldados de la guarnición francesa. Villafranca tiene alrededor de dos mil quinientos habitantes, y es buen cuartel general para el pescador de truchas. Nosotros cenamos un magnífico ejemplar de cuatro libras. Los goces de la carne son raros en El Bierzo, aunque abundan el pescado y la fruta. El pan de centeno apenas da sustento a una lamentable población. Esta ciudad era en otros tiempos reposo de los peregrinos franceses que iban a Santiago, y de ahí que recibiera el nombre de Villa Francorum. Fue dada a una hermandad de monjes de Cluny, y el nombre de la actual y antigua colegiata es Nuestra Señora de Cruñego o Cluniego. A una legua al este está el camino que conduce a Corullón, y en él hay otra iglesia antiquísima, La Santa Marina. El enorme convento franciscano que domina la ciudad, a la derecha, fue fundado para expiar los delitos, proporcionados a tal edificio, por don Pedro de Toledo, el virrey de Nápoles que, ayudado por el Papa Pablo III, trató de introducir la Inquisición allí. El pueblo, lleno de profano júbilo ante la muerte de este fiscal, exclamó: “¡Ha bajado al infierno para nuestra salvación!”. Dejó a los monjes su magnífica biblioteca de manuscritos griegos, que ahora se ha perdido para siempre, porque el pueblo fue saqueado tanto por los franceses como por los ingleses en 1810. Estos últimos desahogaron en los pobres campesinos su indignación por la falta de cooperación que encontraban en las Juntas y en los generales españoles.

Fue aquí donde, en 1808, Filangieri, el gobernador de La Coruña, fue asesinado por sus propios soldados por haber sido lento en proclamar la causa de la independencia. Era italiano de nacimiento y tuvo el sentido común militar de darse cuenta de que la táctica dilatoria y defensiva era precisamente la que aconsejaban la historia y el carácter de este país y de su pueblo; esto ofendió a los que se sentían ansiosos de lanzarse a la guerra y a las derrotas y su prudencia fue interpretada como traición; era, además, un

extranjero, y el españolismo encontraba esto ofensivo, y su conducta fue calificada de judiada, es decir, de un acto de judío (Schepeler, I, 404), acusación que siempre ha sido suficiente en España para causar la muerte; en vista de ello los soldados hincaron sus bayonetas en tierra, con las puntas hacia arriba, y luego arojaron a su general sobre ellas, dejándole que muriese así torturado. Fue de esta manera, como los cartagineses ensartaron a Régulo. Pero es que eso de asesinar a sus generales es una antigua treta ibérica. La Junta no tomó medida alguna para impedir este crimen, y Blake, que sucedió a Filangieri, se limitó a enviar un batallón después de perpetrado el hecho; socorros de España, tarde o nunca; porque este pedante, sintiéndose lleno de confianza de poder perder batallas igual o mejor que Cuesta, quería para sí el mando de Filangieri (véase Schepeler, I, 412).

Siguiendo adelante en nuestra ruta por un noble camino llegamos ahora a la barrera montañosa de Galicia, que se pasa por el alpino puerto de Piedrahita, cerca de Docos. El Burbia, a la izquierda, es la perfección misma del arroyo truchero; este compañero ruidoso y agradable del polvoriento camino nos sigue hacia arriba y hacia abajo hasta convertirse en un riachuelo oído pero no visto entre orillas tupidas. Los ríos son pintorescos y muy abundantes en pesca en estas comarcas del noroeste, goce, al tiempo, del pescador y del artista, y fluyen agitados por sus accidentados lechos, que obstaculizan su suave transcurso; y se estremecen impacientes, amantium irae, para luego, al llegar al ameno prado, volverse todo paz y reconciliación, y el arroyo, apaciguado,

da un suave beso a todos los juncos

que pasa en su curso travieso.

El camino, después del puerto, desciende a la lamentable Nogales. Moore se alojó en la posada que regenta la hija de don Benito. Aquí aumentó su desesperanza y apresuró innecesariamente su retirada, abandonando equipaje, instrumentos y dinero. La comarca es pastoral, pero sin los encantos de Suiza o la abundancia de

Inglaterra. Es muy húmeda, con todas las incomodidades y ninguno de los lujos de los Alpes; no hay crema ni mantequilla ni fresas. Los paupérrimos indígenas, harapientos y a medio vestir, mueren casi de hambre en chozas mal construidas, más propias de bestias que de seres humanos y hechas de modo que admitan, en lugar de rechazarlos, los males del clima; los cerdos, incluso, han perdido su gordura extremeña. La subida prosigue hasta Santa Isabel, donde los tejados de pizarra se sujetan por medio de piedras pesadas a modo de protección contra los vientos. Las mujeres se suben sobre la cabeza las sayas pardas bordeadas de blanco, formando así la auténtica mantilla nacional. La amplia carretera va costeando ahora las alturas, con un tremendo precipicio a la derecha y un río rápido abajo, a mucha profundidad; todo alrededor las rocas grises asoman por entre el cergazo y el brezo. El sólido puente de Corcul cubre con sus tres arcos un terrible barranco, y su mampostería color crema es digna de los romanos; aquí, debido a la precipitada destrucción de los furgones pesados de Moore, los ingenieros fallaron por falta de instrumentos incluso en sus intentos de minar el puente, lo que habría detenido inmediatamente a los franceses; y aunque Moore les llevaba un día entero de ventaja, hubo que tirar por estos precipicios veinticinco mil libras esterlinas en dólares; y entonces, según Bonaparte, los franceses tomaron “dos millones de francos, mientras los ingleses se llevaban de ocho a diez millones más”; de esta manera, se convertía en seiscientas sesenta mil libras esterlinas la suma que los documentos parlamentarios demuestran que tuvo que haber sido de sesenta a setenta mil.

Después de Sobrado la comarca mejora y adquiere un aspecto más inglés. Cuando salimos de las montañas vemos al noble Miño serpentear por entre agradables prados, pero no se ve Lugo hasta estar cerca de ella. Aquí hay una posada decente en el barrio de San Roque, antes de entrar en la ciudad. El reino de León se extiende tanto a la derecha como a la izquierda de Benavente; la parte situada a la izquierda recibe el nombre de El Vierzo o El Bierzo, nombre que es corrupción del romano Bergidum, el Interamnium Flavium de Tolomeo. El solar de esta ciudad ceñida por el río estuvo cerca de Carucedo, en Castro de la Ventosa, una eminencia batida por los vientos, un Windsor que domina el distrito y donde aún quedan restos de murallas; El Bierzo es uno de los más interesantes rincones de toda la Península, y casi enteramente

desconocido para el inglés aficionado a las antigüedades, el artista, el pescador y el cazador. Los curiosos detalles eclesiásticos apenas han sido desflorados por Southey (Cartas, I, 104); aquí, ciertamente, hay terreno por desbrozar, abierto a todos cuantos aspiran en estos días caducos a examinar cosas nuevas; aquí el paisaje es suficiente para llenar una carpeta de láminas, y hay temas sobrados para un libro de buen tamaño; cuántas flores languidecen sin estudiar, cuántas rocas se endurecen sin analizar, qué vistas mueren de ganas de ser dibujadas, qué truchas desean ser cogidas y comidas, qué valles abren sus senos deseando abrazar en ellos al visitante, qué vírgenes bellezas, aún no vistas, esperan al feliz miembro del Club de los Viajeros, que en diez días puede cambiar la monotonía de Pall Mall por estos sitios que nadie ha pisado; y entonces, qué pujanza de dignidad en descubrir así una terra incognita y en rivalizar con Mungo Park.

Ni faltan tampoco del todo viejos libros impresos; por lo que a la rama eclesiológica se refiere, el mejor autor es el honrado Ambrosio Morales, que fue enviado aquí en 1572 por Felipe II para inspeccionar los archivos y las reliquias. Su informe fue publicado por Flórez, Viaje de Morales, folio, Madrid, 1765, quien también ha dedicado los volúmenes XIV, XV y XVI de su España Sagrada a esta comarca y su periferia; sus mapas del episcopado de Astorga, de Manuel Sutil, 1761, y el de Orense, de Joseph Cornide, 1763, resultarán muy útiles para recorrer esta comarca intrincada y alpina. El viajero debiera visitar El Bierzo en verano, llevando consigo abundante aparejo de pesca y, por supuesto, contratando un guía local, y cuidándose bien sobre todo de las provisiones.

El distrito de El Bierzo se extiende unas diez leguas al este y al oeste, y ocho al norte y al sur. Tiene forma de anfiteatro y está cerrado del mundo por altas montañas cubiertas de nieve en la cima, levantadas, se diría, por la mano de algún genio para encerrar en ellas este sencillo valle de Rasselas. La gran cadena asturiana baja desde Leitariegos hasta el sudoeste, abriéndose en dos ramas, la del puerto de Rabanal y Fuencebadón (Fons Sabatonis) forma la barrera oriental, y la otra, que va por los puertos de Cebrero y Aguiar, forma la frontera; mientras que al sur las cadenas de las sierras de Segundera, Sanabria y Cabrera completan la base del triángulo: de esta manera, rodeada por una circunvalación natural,

la concavidad, desde cualquier lado que se intente, solo puede ser penetrada bajando; el cráter, sin duda, fue en otros tiempos un gran lago cuyas aguas han encontrado salida, pasando por la angosta garganta del Sil por Val de Orras, de la misma manera que el Elba forma la única salida para la Bohemia rodeada de montes, la caldera de Alemania.

La cercanía de las montañas y la elevación natural hacen que aquí los inviernos sean fríos, pero los veranos son deliciosos. La parte central, que está limitada al este y al sur por el Sil y al oeste por el Cúa y luego por el Burbia, es, en algunas de sus partes, un paraíso suizo, en el que Ceres y Baco, Flora y Pomona podrían muy bien coexistir. Las sierras cubiertas de nieve son los alambiques de los arroyos cristalinos que bajan a formar lagunas y que alimentan a los ríos llenos de truchas, mientras los montes y los aromáticos yermos abundan en caza de todas clases, caza mayor y menor. Aquí crecen el heno, los nabos y las patatas, raros productos de las tierras calientes; junto con las praderas verdecidas de tomillo y las verdes colinas, todo esto da pasto a los rebaños de ovejas, cuyo cuidado es la gran ocupación de los sencillos y primitivos naturales, quienes, lejos de las ciudades, carecen tanto de las ventajas como de los inconvenientes de la civilización, porque son toscos y pobres en medio de la abundancia, no teniendo industria, comercio ni educación. Estas zonas apartadas, cerradas al mundo, atrajeron a los solitarios del siglo VII. El espíritu de aquella época era monástico, y la buena obra consistía en huir de los vivos buscando la soledad, porque la esencia misma del monje era estar solo y en el desierto, movoj en tw erhmw y nunca se ha visto la naturaleza más entronizada en soledad que aquí; no faltan tampoco el agua y las hierbas, que es la dieta habitual del eremita. Por lo tanto, El Bierzo no tardó en convertirse en una Tebaida y en rivalizar con las partes más santas de Palestina por el número de sus santuarios y santos, que, dice Flórez (España Sagrada, XVI, 26), solo Dios, que puede contar las estrellas del cielo, sería capaz de enumerar. El primer fundador fue san Fructuoso, hijo del conde o reyezuelo de El Bierzo, un jeque pastor, porque su riqueza consistía en sus rebaños y sus ovejas, a los cuales, su hijo, hacia el año de 606, como dice Flórez, prefirió los rebaños de santos monjes. Con esta idea, habiendo renunciado a sus bienes mundanos, se afincó cerca del puerto del Rabanal y fundó el convento de Compludo. Este principesco

ejemplo, la fama de su santidad y el número de sus milagros atrajeron a numerosos discípulos, tantos que esta comarca no tardó en verse tan densamente poblada como antes había estado vacía. En vista de ello, Fructuoso, con objeto de escapar a la presión externa, se retiró de una cueva a otra, y en una ocasión estuvo a punto de ser muerto porque un cazador le confundió con una bestia salvaje. Después de esto vivió hasta muy avanzada edad, como se cuenta en su biografía, que fue escrita por Valerio, uno de sus discípulos.

Cuando la invasión mora estos valles cristianos fueron completamente desvastados, y sus edificios destruidos; pero la religio loci era indestructible y cuando el reino godo fue creciendo en fuerza surgió un segundo fundador, hacia el año de 890, en la persona de san Genadio. Los que sientan curiosidad por ver el infinito número de monasterios primitivos debieran recurrir a la España Sagrada, XVI. Muchos de ellos han ido desmoronándose por su misma antigüedad, otros se han convertido en iglesias parroquiales de sus respectivas aldeas, y muchos fueron incendiados por los franceses. Indicaremos rápidamente los que más merecen ser investigados y sugerimos unas cuantas rutas con el mejor paisaje y la mejor pesca truchera. Para el militar estos lugares son interesantes por haber sido la línea a la que se retiró Soult en 1809 después de haber sido sorprendido y derrotado en Oporto por el Duque. Estos felices valles, en los que, entre un sencillo campesinado, eremitas y filósofos habían vivido largo tiempo en paz, fueron hollados por el enemigo, que, furioso por la derrota y la vergüenza, desahogó su ira con los pobres aldeanos: no respetó, dice monsieur Durosoir (Espagne, 146), ni sexo ni edad. Loison iba a la cabeza; en el Val de Orras es mejor conocido por el apodo de Maneta, el sanguinario manco. Fue el Alarico de Évora, el ultrajador de mujeres. “Sus acciones (Southey, 35) no fueron nunca igualadas ni tienen paralelo siquiera en las épocas primitivas, en los países sin civilizar o ni siquiera en las hordas bárbaras”. “Le congé des Francais”, dice Schepeler, (II, 374), “en Galice fut signalé le 27, par les flammes de 31 villages incendiés dans le Vierzo. Su avance es descrito así por Foy (I, 62), quaque ipse miserrima vidit, et quorum pars magna fuit: “Ainsi que la neige précipitée des sommets des Alpes dans les vallons, nos armées innombrables détruisaient en quelques heures, par leur seul passage, les ressources de toute une contrée; elles bivouaquaient habituellment, et a chaque gîte nos

soldats demolissaient les maisons bâties depuis un demi-siecle, pour construire avec les décombres ces longs villages alignés qui souvent ne devaient durer qu'un jour: au défaut du bois des forêts les arbres fruitiers, les végétaux précieux, comme le mûrier, l'olivier, l'oranger, servaient a les réchauffer; les conscrits irrités a la fois par le besoin et par le danger contractaient une ivresse morale dont nous ne cherchions pas a les guérir".

¿A quién no se le ocurrirá comparar esta costumbre de las legiones de Bonaparte con la terrible descripción que hay en Oseas (cap. II) del "pueblo grande y fuerte" que ejecuta los temidos juicios del cielo?: "un fuego devora ante ellos y a sus espaldas una llama arde; la tierra es el jardín del Edén ante ellos, y detrás de ellos un desierto desolado, sí, y nada podrá escaparles".

# RUTA LXIX

# DE BENAVENTE A ORENSE

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Sistrama de Tera | 2 | |
| Vega de Tera | 2 1/2 | 4 1/2 |
| Mombuey | 3 | 7 1/2 |
| Remesal | 3 | 10 1/2 |
| Puebla de Sanabria | 1 1/2 | 12 |
| Requejo | 1 1/2 | 13 1/2 |
| Lubián | 2 | 15 1/2 |
| Cañizo | 2 | 17 1/2 |
| Navallo | 2 1/2 | 20 |
| Ferreiras | 1 1/2 | 21 1/2 |
| Monterrey | 1 1/2 | 23 |
| Villar del Rey | 2 1/2 | 25 1/2 |
| Abavides | 1 | 26 1/2 |
| Ginzo de Limia | 1 | 27 1/2 |
| Allariz | 2 | 29 1/2 |
| Taboadella | 1 | 30 1/2 |
| Orense | 2 | 32 1/2 |

Antes de lanzarnos a las montañas es preciso describir esta vía de comunicación, que es la principal entre Vigo y Madrid. El camino dista mucho de ser bueno, sobre todo, después de Requejo a Monterrey. Hace mucho tiempo que se piensa en abrir una nueva carretera, pero las envidias e intrigas de otras ciudades plantean toda clase de obstáculos por temor a perder cada una su pequeño comercio. Pero una vez terminada se abriría una comunicación realmente buena desde el Atlántico hasta la capital.

Después de dejar Benavente y cruzar de nuevo el Esla, en Sistrama, el bello Tera fluye a la izquierda y se ve seguido hacia arriba por su hermosa Vega. En el pueblo que hay junto al río Negro, arroyo afluente que llega de Carbajales, se contempla una notable imagen llamada Nuestra Señora de farrapos, o sea, Nuestra Señora de los harapos, porque los mendigos que son curados de enfermedades gracias a su intervención dedican sus guardarropas votivos a modo de honorario a los sacerdotes. Mombuey, con unos seiscientos habitantes, tiene una bella colina cubierta de robles. La Puebla es el principal lugar del pequeño partido o distrito montañoso de Sanabria, cuya población es de menos de mil almas. La población está construida sobre una ladera pizarrosa, con la noble sierra de Segundera levantándose al noroeste. Como esta es una especie de plaza fronteriza tiene murallas antiguas y un castillo en la eminencia. Es un buen lugar desde el que hacer excursiones por El Bierzo, sobre todo al lago y al convento de San Martín de Castañeda. La romántica carretera tuerce ahora hacia Requejo, costeando una prolongación de la Segundera, y con frecuencia es imposible de pasar en invierno. Continúa siendo bastante poco interesante por Padornelo hasta Lubián, donde la sierra se levanta a la derecha, y la frontera con Portugal, que dista unas dos leguas, se extiende a la izquierda. Esta es zona de contrabandistas; ciertamente, toda la complicada raya desde Ciudad Rodrigo hasta Orense y Tuy está poblada de audaces contrabandistas, que constituyen una quinta parte de la población masculina y llevan por sí solos cualquier tráfico en localidades donde el comercio normal se encuentra en estado de congestión: tienen un acuerdo perfecto con los carabineros y otros guardias de prevención del contrabando, los cuales, debidamente sobornados, cuidan de que nadie les moleste. Canda está situada en la portilla que divide León de Galicia. En Cañizo hay otro camino a Orense que sale a la derecha y

por el que se ahorran siete leguas; pero es un atajo, y bastante duro, por colinas y valles. La línea, sin embargo, es como sigue:

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Erosa | 1 | |
| Porto de Camba | 2 | 3 |
| Laza | 1 | 4 |
| Alberguería | 1 1/2 | 5 1/2 |
| Pedreda | 1 1/2 | 7 |
| Orense | 1 | 8 |

Laza, con novecientos habitantes, está encantadoramente situada, con la sierra de Mamed levantándose al norte. El valle es delicioso y está regado por dos arroyos que desaguan en el Támega, soberbio río truchero que baja hasta Monterrey. Cerca de Pedreda se cruza un riachuelo que desagua en la Laguna del Lirnia.

Lo mejor es seguir por esta línea y continuar en una dirección oeste-sudoeste hasta Verín, con ochocientos habitantes. La aldea está situada junto a la orilla izquierda del Támega, con la colina y el castillo de Monterrey levantándose al lado opuesto. Hay un buen puente de piedra, pero el río inunda con frecuencia el pueblo cuando está crecido. Los valles arriba y abajo son encantadores, el distrito es fértil y abunda en frutas y viñas, y la pesca de truchas es

excelente. Al sur de Verín, en Villar de Ciervos, cerca de la frontera portuguesa, hay unas minas de estaño abandonadas. Súbase al castillo de los Condes en Monterrey para gozar de la bella vista. El camino ahora va más al norte, hasta Villar del Rey y Abavides, por la serranía que divide las cuencas del Támega y el Limia. Este último se cruza en Ginzo, que es una aldea situada bajo la laguna en que se recogen las aguas que bajan de la sierra de Mamed como en un pantano. Este Limia es el verdadero río del olvido, que ha sido confundido con el Guadalete, cerca de Jerez: es un agua espléndida para la trucha y el salmón. Los soldados romanos, cuando se vieron en sus orillas, sintieron miedo de olvidar a sus mujeres, pero es que no eran pescadores, porque el verdadero miedo sería aquí el no haberse acordado de traer suficientes avíos de pescar. Se cruza luego otra serranía, que separa esta cuenca de la del Arnoya, también magnífico río truchero, y afluente del Miño. Allariz, agradable ciudad junto a sus orillas, será un buen cuartel general: tiene mil quinientos habitantes. Es lugar amurallado, con un castillo y dos buenos puentes. El convento franciscano de Santa Clara fue fundado en 1292 por Violante, esposa de Alonso el Sabio: está enterrada allí; y también hay tumbas muy antiguas de la familia Biedma. El gran santo del lugar es un cierto Brandeso. Los que pesquen río arriba encontrarán otro pueblo agradable llamado Junquera de Ambia, con mil cuatrocientos habitantes. Hay un antiguo priorato, fundado en el año de 876 por Gundisalvo e Ilduara, que están enterrados aquí. Al oeste de Allariz está el famoso convento de Celanova.

## EXCURSIONES POR EL BIERZO

Puebla de Sanabria, Benavente, Astorga, Ponferrada, Villafranca y Puente de Domingo Flórez son buenos puntos de partida, en cuyo círculo se encuentra encuadrada esta reserva de monjes y pescadores de truchas. Los principales monasterios dignos por diversas razones de ser visitados son San Martín de Castañeda, Santiago de Peñalba y Carracedo el Real. Los mejores arroyos trucheros son el Tera, Eria, Tuerto y Órbigo, que van a desaguar al Esla, y el Cabrera, Burbia y Cúa, que son tributarios del Sil, verdadero príncipe de ríos. Partiendo de Puebla de Sanabria y tomando un guía local podemos subir por el Tera hasta el Lago, que dista cosa de dos leguas y media: es el pantano de este dulce río que tiene su origen en las montañas de atrás, cerca del Portillo, y después corre unas dos leguas, entrando en su encantadora cueva, y cae en el lago, que está contenido por un cinturón de colinas en forma de herradura, las laderas de la Segundera. Esta laguna de cristal, como el cráter lleno de agua de un volcán, tiene unas cuatro millas de circunferencia; su profundidad se desconoce. Los monjes, ciertamente, se han ido, cogidos de un solo golpe por el esparavel de Mendizábal, pero las truchas, lo que hace el caso, desafían tanto a reformadores como a pescadores furtivos; son de buen tamaño, inagotables en número y, cuando llega la estación, sonrosadas como sus congéneres del País de Gales. Se puede alquilar una barca y contratar un guía en el pueblo, bellamente situado, con trescientos habitantes. En el lago hay una isla en la que se levanta un castillo que es una especie de pabellón de pesca de los antiguos condes de Benavente y conserva aún algo de su antigua decoración. El monasterio bernardino fue fundado en el año de 952, pero el antiguo edificio se incendió accidentalmente: está bien orientado, con cálida situación, mirando al sudeste, en las laderas de la montaña.

Desde la Puebla de Sanabria hasta Astorga hay trece leguas de montaña: el paisaje es silvestre y grandioso, y los ríos bellos.

Volvamos a Remesal, y de aquí, por Carbajales de la Encomienda, dos leguas hasta Muelas, en una llanura cerca de la cual hay unas minas de hierro y excelente caza; crúcese luego una cresta hasta Castrocontrigo, tres leguas; con ochocientos habitantes está situada bajo los nevados Telado y Peña Negra. El río Eria colmará los deseos del pescador.

Desde la Puebla de Sanabria el amante de las tierras altas con aire puro puede cruzar la sierra para ir a Puente de Domingo Flórez por la siguiente ruta: comiéncese el Vigo y súbase la vega de Tera hasta el Portillo de las Puertas, sígase entonces a la izquierda hasta la Fuente de los Gallegos y desde aquí a Campo Romo, bajando por San Pedro de Trones hasta el puente sobre el Cabrera. Este pequeño pueblo, que es buen cuartel general de pesca, está situado bajo el Campo de Braña, cerca de la confluencia del Cabrera y el Sil; el primero de estos nobles arroyos trucheros baja de la cresta del Cabrera, zona que está dividida en alta y baja y desde la cual las aguas se dividen, yendo al este y al oeste. De esta manera, el Eria baja en dirección contraria al Cabrera. Se puede pescar por todo el Cabrera que, al torcer junto a Robledo, se dirige al lago o pantano de La Baña.

Hay varias rutas al este del Puente: primero, se puede seguir la orilla derecha del Cabrera hasta Lavilla, y luego subir la cuesta de Llamas hasta Odollo, siguiendo así hasta Castrillo y Corporales y bajando por Truchas (el nombre nos indica el producto) hasta Quintanilla y El Villar, para cruzar a continuación el Eria subiendo a Torneros, de donde se puede seguir por el norte hasta Astorga o por el oeste hasta La Bañeza. Desde El Villar el pescador puede pescar en el bello Eria, manteniéndose en la orilla izquierda para ver el monasterio de San Esteban de Nogales, o bien, dejando El Puente de Domingo Flórez, se puede cruzar el Cabrera y subir a Robledo sobre Castro, desde donde se asciende hasta Piedrafita, bajando a Lomba y subiendo de nuevo el bello Portillo de la Baña, de donde se va a La Baña y, por la serranía de Cabrera, hasta Truchas y Castrocontrigo. Se podrían hacer excursiones desde El Puente y comenzando hacia el oeste, crúcese el puente sobre el Cabrera y luego pásese el estrecho Sil por Puente Nuevo; sígase hasta el Barco de Valdeorras, dos leguas, donde comienza Galicia; de aquí dos leguas más hasta La Rúa, pueblo de unas mil doscientas

almas. El puente sobre el Sil es de cimientos romanos y se llama Cigarrosa, palabra que es corrupción de Sigurra, la antigua ciudad que en otros tiempos estuvo emplazada aquí. Abandonando ahora el camino de Orense se va a San Miguel de Montefurado, es decir, de monte horadado, que está a cosa de dos leguas y media en la orilla derecha del Sil y tiene seiscientos habitantes. La roca montañosa que impedía el curso del río era llamada Mons Lavicus por los romanos, y estaba dedicada a Júpiter, como indicaba una inscripción que había en ella. Ha sido horadada por un túnel de trescientas yardas, obra esta cuyo objeto no está claro; no falta quien piense que fue con el fin de drenar la parte superior de la comarca, y según otros era una galería abierta por mineros en busca de oro (consúltese España Sagrada, xv, 63; Morales, Antigüedades, 16; Molina, 14).

La carretera romana hasta Orense cruzaba el Sil por Cigarrosa y seguía hasta Laroco: las vueltas y revueltas se llaman los Codos de Ladoco, que, según Molina, es corrupción de Lavico, de donde Larouco. El Puente de Domingo Flórez dista cinco leguas y media; pero daremos la ruta entera entre Ponferrada y Orense.

## RUTA LXX

## DE PONFERRADA A ORENSE

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Borrenes | 2 | |
| Puente de Domingo Flórez | 2 | 4 |
| Barco de Valdeorras | 2 | 6 |
| Larouco | $3^{1/2}$ | $9^{1/2}$ |
| Puebla de Trives | 2 | $11^{1/2}$ |
| Burgo | 2 | $13^{1/2}$ |
| Villarino Frío | 2 | $15^{1/2}$ |
| Niñodaguia | 2 | $17^{1/2}$ |
| Orense | 3 | $20^{1/2}$ |

Este es un trayecto como de Suiza entre rocas y arroyos, colinas y valles. Borrenes, con cuatrocientos habitantes, se levanta en una llanura rodeada de colinas: hay cerca minas de hierro, y a la derecha, cerca del Sil, está el lago de Carucedo, de unas tres millas de circunferencia, que abunda en buenas anguilas. Las Médulas, a

una legua de distancia, era la antigua Argentiolum, y está situada bajo el Campo de Braña, pero las minas, tan explotadas por los romanos, están ahora abandonadas. Molina tiene ciertas curiosas cuevas y extraños montículos en forma de torre llamados Torres de Barro, que se han formado con la greda y la tierra por la acción de las aguas: desde aquí, por un trayecto reciente, hasta Larouco, un gran pueblo de mil habitantes. Cruzando el Bibey se llega a Puebla de Trives, cerca de donde dejamos las colinas y la sierra de Mamed a la izquierda. Esta comarca, llamada la Tierra de Caldelas, es famosa por sus jamones. Se puede desviar uno a la derecha, después de pasar Villarino Frío, y ascender por el Arnoya hasta Junquera de Espadañedo, donde hay un monasterio cisterciense fundado en 1225; y de aquí el viajero puede seguir por Rocas hasta Rivas de Sil para ver el convento benedictino de San Esteban, que fue fundado en una romántica, accidentada y apartada curva del río por Ordoño en el 961. Las antiguas y curiosas tumbas de nueve obispos en los claustros han sido destrozadas y utilizadas para material de construcción, cosas de España. Este convento está a tres leguas de Orense por Faramontaos. Siguiendo por la orilla izquierda del Sil el pescador cruzará en barca y podrá contemplar los ríos Cabe y Miño, que desaguan en el Sil: el Miño, aunque más pequeño, roba ahora a su bello absorbente tanto agua como nombre. La pintoresca Monforte de Lemos está situada a tres leguas de distancia. La ruta a Orense va por Pombeiro, Peroja y Rivela, después de cruzar el Bubal. Por lo que a Orense se refiere, véase la ruta LXXXVI.

## CONVENTOS DE EL BIERZO

El peregrino debe visitar los lugares a donde se retiraron los santos Fructuoso y Genadio. Ponferrada será el lugar de partida más apropiado para ello; primero a Santiago de Peñalba, que está situado por camino directo a unas tres leguas de allí; pero sugerimos el siguiente desvío, más largo, que incluye otros lugares interesantes: ante todo, váyase a Campo, en las orillas del Boeza, entre sus nabos y patatas; de allí a Espinoso, dos leguas, junto al río de Molina, desde el cual Compludo y su llanura distan dos leguas más. Aquí estuvo el primer convento fundado por san Fructuoso, que lo dedicó a los santos Justo y Pastor, patronos de Complutum (Alcalá de Henares). Los monjes desaparecieron de allí hace mucho tiempo. Ahora pasemos por Bouzas y subamos la cresta, el Monte Irago, que forma parte de la barrera oriental del Bierzo; el camino es áspero y accidentado, y la distancia puede ser de algo así como tres leguas y media de montaña hasta Santiago de Peñalba, que ahora es una miserable aldea. El convento benedictino está a mitad del camino subiendo por el lado occidental del cerro, y toma su nombre del pico blanco, cubierto de nieve. San Fructuoso escogió este lugar a causa de las cuevas naturales que todavía existen, desafiando al destructor, y dan al este colgando sobre el río de Silencio, que desemboca en el Orza, y desde allí, por el Valdueza, en el Sil. Estas cuevas son cinco en total, y todavía se llaman las cuevas del Silencio; en ellas solían los ascéticos monjes pasar su cuaresma, retiro muy propio para anacoretas taciturnos: un camino de cabras monteses conduce a este retiro digno de un san Bruno y tema adecuado para un Salvator Rosa. El convento benedictino fue comenzado por san Genadio en el año 920, y completado después de su muerte, en el 937; después se construyó una especie de cementerio claustral en torno a la capilla originaria, en la que hay varias tumbas de gran antigüedad muy destrozadas, Sin embargo, se considera todavía un deber religioso visitarlas, y el 25 de mayo es día de gran peregrinación, en el que los campesinos del Bierzo se congregan aquí en gran número: es, pues, el momento mejor para el

artista. La capilla, ahora iglesia parroquial, es de forma ovalada, con un remate circular en los extremos oriental y occidental. Se entra a ella por el sur, desde el claustro o cementerio; cerca de la puerta opuesta está enterrado el abad Esteban, muerto en 1132. El altar mayor está situado en el ábside oriental, y el sepulcro de los santos Genadio y Urbano en el occidental. Todo ello, en su conjunto, es un regalo para el aficionado a las antigüedades.

Después de las cuevas del Silencio, san Fructuoso se retiró al San Pedro de Montes, que está a cosa de legua y media al oeste bajo las desoladas colinas de Aguilanas, o sea, "la querencia del águila", nombre que ahora se ha corrompido, dando lugar a sierra Aguiana: allí se hizo una celda tan angosta que ni siquiera podía darse la vuelta en ella. El edificio fue destruido por los moros, pero restaurado en el año 895 por san Genadio; la capilla fue terminada en 919 por un arquitecto llamado Vivianus (véanse las curiosas inscripciones, España Sagrada, XXI, 132; Ceán Bermúdez, "A.", I, 9). Fue levantada, como allí se dice, non oppresione vulgi, sed largitate pretil et sudore fratrum, y en ella murió san Genadio, dejando al convento su curiosa biblioteca; Morales vio algunos de los libros (Viaje, 173), pero los descuidados benedictinos permitieron que algunos acabaran desgarrados y estropeados. En la cúspide de la sierra, por encima de San Pedro, hay un lugar alto dedicado a la reina del cielo y la tierra al que se hacen peregrinaciones en verano. A una legua de San Pedro, en un lugar frío, elevado y sombrío, está Ferradillo, cuyos bosques abastecen de combustible las forjas de hierro vecinas: bájese de aquí media legua hasta llegar a Santa Lucía, que fue convento en otros tiempos y dista dos leguas y media de Ponferrada, pasando por Rimor, una legua, y Toral de Merayo, donde las praderas son agradables y hay un excelente puente.

Desde Ponferrada puede hacerse otra excursión a la orilla derecha del Sil hasta el real monasterio cisterciense de Caracedo, que se levanta en la orilla izquierda del Cúa. Fue fundado en el año 990 por Bermudo II, que quería ser enterrado allí. Fue restaurado en 1138 por Sancha, hija de la reina Urraca. Tuvo una amplia biblioteca, hasta que los monjes, como cuenta Morales (Viaje, 170), fueron dando los libros para pergamino viejo. Compárese con Alcalá de Henares.

Habiendo descrito hasta aquí la parte de León que se extiende a la izquierda de Benavente, tenemos que seguir adelante hasta los distritos que se extienden a la derecha, incluidas la capital y Valladolid. Por lo que se refiere al trayecto de Benavente a León, véase la ruta LXXII.

## RUTA LXXI

## DE ASTORGA A LEÓN

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Hospital de Órbigo | 2 | |
| Villandangos | 3 | 5 |
| León | 2 | 7 |

Esta comarca llana tiene poco interés y es solitaria, aunque en tiempos antiguos fue muy frecuentada por los peregrinos que iban a Santiago; por lo tanto, fue escogida, el 10 de julio de 1434, como lugar del celebrado paso honroso, en el que Suero de Quiñones, quince días antes de la fiesta de ese apóstol, desafió durante treinta días a todos cuantos pasaban el puente del río Órbigo, que aquí divide al pueblo en dos; se corrieron setecientas veintisiete carreras o courses a l'outrance; consúltese la curiosa y antigua narración de Pedro Rodríguez de Lena.

Estos singulares combates, solo por el honor, y el despliegue consiguiente de valor y fuerza personales, están perfectamente de acuerdo con los sentimientos más hondos de todos los españoles, que piensan que España es el país mejor del mundo, su pueblo nativo el mejor de todos los pueblos y cada uno de ellos el mejor hombre de los que lo habitan. El pundonor y el amor propio son las

piedras angulares del carácter del español, individualmente valiente; siempre está dispuesto cuando entra en juego su reputación personal a encontrar motivo de riña en una paja y a pensar que es cosa fácil "deshojar el honor más brillante del rostro pálido de la luna"; se siente ofendido hasta la muerte por la más ligera afrenta personal o desaire, y cualquier desdén o menosprecio le produce un encono que solo se cura con sangre: Sanan cuchilladas pero no malas palabras. No resulta fácil para el inglés comprender la susceptibilidad delicada de un puntilloso hidalgo español, tan peletero y quisquilloso, ni reconciliar su predisposición a ofenderse y recelar afrentas imaginarias y no intencionadas con su verdaderamente alta casta y buena crianza; nadie, excepto los que han convivido larga e íntimamente con ellos, son capaces de darse cuenta del obstáculo que es para la vida social este desasosiego quijotesco de puercoespín. Basado en un excesivo aprecio de sí mismo, aumenta con su actual estado de decadencia; pero, a pesar de todo, es una sensación que siempre ha formado parte importante del carácter nacional, exteriorizándose en duelos y desafíos en un momento en que el puntillo de honor delicado era cosa completamente desconocida de los griegos y los romanos; vemos, por ejemplo, que Tito Livio (XXVIII, 21) cuenta una prueba de armas ibéricas por voluntarios de alta cuna, que lucharon ante P. Escipión en Cartagena. Era cosa corriente entre españoles el que un campeón saliese a desafiar al enemigo en singular combate. Esta monomaquia es, evidentemente, oriental: un ejemplo es el tipo del Campeador o Intercatia, que fue muerto por Escipión siendo aún bastante joven (Appiano, "B. H.", 480) y que es caso paralelo al de David y Goliat (1 Samuel, XVII).

En ningún país echó raíces tan hondas el caballero errante como en España, ya sea en la iglesia o en el campo. Hércules se convirtió en ambos casos en el modelo, como desfacedor de entuertos y árbitro de perjuicios, y en un Santiago o Rolando à la Grecque. Los desafíos de Escirón y Anteo fueron precedente de los pasos honrosos, de la misma manera que el trovador de Cataluña y las antiguas baladas representaban a Píndaro y las canciones de los juegos olímpicos; pero en España a cada paso tropezamos con lo clásico y lo pagano, puesto al día, en cierto modo, y adaptado al gusto y las costumbres modernos. El valor y la destreza del español, en tanto que individuo, están fuera de toda duda. Los campeones del Gran

Capitán en Trani no tuvieron la menor dificultad en derrotar a sus oponentes franceses, ni tampoco fueron nunca las tropas de Bonaparte contrincantes serios para un número igual de guerrilleros, de hombre a hombre y en un terreno accidentado, donde la ciencia militar y las maniobras no pueden ser decisivas: dejado a sus propios recursos, el español sabe perfectamente bien defender su honor y su vida; pero colectivamente la cosa cambia, debido a su recelo de los demás y a su poca confianza en jefes indignos de él.

Al castellano individual se le puede confiar sin el menor recelo una bolsa llena de cualquier cantidad de oro, o la propia vida y el honor, pero sería una locura confiar estas cosas a nosotros colectivamente. Cuando dos o tres españoles se juntan dominan siempre la envidia, el odio y toda clase de mezquindades entre ellos, junto con la perfidia, la deserción y la falta de cooperación frente a todos los demás: véanse también algunas observaciones en Ocaña y Cortes, Madrid.

## LEÓN

León tiene una posada tolerable en el Rasgo, que es el mejor lugar para instalarse; las otras posadas son la del Sol, Mesón del Gallo y de Cayetanón. El capitán Widdrington recomienda a monsieur Dantin, respetable francés de la vieja escuela que vive en un resto de Santo Domingo y toma a veces viajeros.

León, la antigua capital de este antiguo reino, se levanta sobre las verdes orillas de los arroyos trucheros Bernesga y Torio, que se juntan bajo la ciudad en Aguas Mestas, o “aguas mezcladas”, y van a desaguar luego al Esla; sus orillas están bien plantadas de álamos, bien podados. León es sede de las autoridades provinciales, tiene una soberbia catedral y un obispo, y en otros tiempos tuvo abad mitrado de San Marcos; su población asciende a cinco mil almas. Al igual que otras ciudades antiguas y ahora desiertas, es aburrida y está en decadencia. La mejor época para visitarla es cuando nosotros lo hicimos, o sea, el 24 de junio, cuando la feria de

caballos, que, como las de Ronda y Mairena, atrae a toda clase de pintorescos y extraños bribones, chalanes, gitanos y honrados maragatos de España.

El nombre de León es corrupción de Legio, porque la séptima legión fue acuartelada aquí por Augusto para defender las llanuras contra las incursiones de los montañeses astures. Esta ciudad fronteriza fue construida con gran fortaleza, en forma de cuadrado, coincidiendo con los puntos cardinales. Las murallas tenían veinticinco pies de espesor y estaban defendidas por torres; cuatro portones de mármol se abrían a las cuatro calles principales, que se cruzaban unas con otras en ángulo recto dividiendo así la ciudad. Sobrevivió durante largo tiempo al imperio y continuó como ciudad romana independiente, que los godos no consiguieron dominar hasta el año 586, cuando fue tomada por Leovigildo, que cambió su nombre por el de León. Los godos tenían en alto aprecio esta conquista y la ciudad era una de las pocas que estaban exentas del fatal decreto de Witiza, según el cual casi todas las demás de España fueron desmanteladas, quedando, de esta manera, sin defensa contra los moros. La León goda cedió inmediatamente ante el invasor moro, pero no tardó en ser reconquistada; y entonces Ordoño I, en el año 850, invirtió su cometido originario, convirtiéndola en defensa de las montañas contra los, invasores infieles de las llanuras. León, Liyon, fue tomada al asalto por Al-Mansur en el año 996. Este devastador de Veled Arrum, o sea, la tierra de los romanos, como llamaban los moros al territorio cristiano, entró en la ciudad después de un sitio de un año; las puertas y murallas romanas estaban entonces en perfecto estado, porque los cronistas moros dicen de ellas que tenían “un espesor de diez y seis codos”; pero todo fue destruido, sin que se respetasen ni la edad ni el sexo: por lo que se refiere a las inhumanas atrocidades véase el relato de un testigo presencial (España Sagrada, XXXIV, 307); los moros mismos no refutan esto (Moh. D., II, 114), haciendo gala de una “sublimidad de destrucción” como de la mejor prueba de su potencia.

León no tardó en ser recuperada después de la derrota de Al-Mansur en Calatañazor, “el castillo de las águilas”, de la que Mariana (VIII, 9) da detalles tales como apariciones milagrosas a favor de los españoles, y el resultado abrumador se recuerda todavía en el

dístico. En Calatañazor, Almanzor perdió el tambor; los vencedores, dice Risco (España Sagrada, XXX. 2), escribiendo en 1786, mataron exactamente a sesenta mil hombres de infantería y cuarenta mil de caballería de los infieles; ¿cómo se alimentaban cuando estaban en vida? Y, más aún, los ruidos de la batalla se oyeron en Sevilla, a noventa leguas de distancia; pero la fecha y los resultados de la batalla son, a pesar de todo, inciertos. Mariana la sitúa en el año 998, y afirma que la victoria fue de los españoles; Conde da la fecha de 1001; Gayangos (Moh. D., II, 197), la de 1002, y afirma que Al-Mansur no solamente no fue vencido en Kal-at-Annosor, sino que venció al conde Sancho Garcés infligiéndole grandes pérdidas. Una cosa es bastante clara, y es que el terrible Al-Mansur enfermó poco después y murió en Medinaceli.

León fue repoblada por Alonso V, quien reconstruyó sus murallas en Tapia; estas fueron demolidas por Alonso XI, quien amplió la ciudad al sur y cambió parte de sus defensas; donde mejor conservadas están las murallas es en la zona norte de la ciudad, y allí se parecen a las de Lugo y Astorga por el número de torres semicirculares. Su construcción es deficiente; las enormes piedras que se utilizaron para los cimientos eran sin duda alguna parte de las defensas romanas: las murallas de escombro de la zona sur son incluso inferiores; la ciudad está dividida por una muralla que va desde la plaza San Marcelo hasta la plaza del Peso. Se ha construido mucho contra todas las murallas. La ciudad así defendida siguió siendo durante largo tiempo la capital de los reyes de León, hasta que don Pedro trasladó la Corte a Sevilla a la muerte de Alonso XI, y desde entonces la ciudad ha perdido toda su antigua importancia. Su escudo consiste en un león de plata rampante en campo de gules. Consúltense Historia de las Grandezas, Atanasio de Lobera, cuarto, Valladolid, 1596; España Sagrada, volúmenes 34, 35 y 36; y la excelente Historia, Manuel Risco, cuarto, dos volúmenes, Madrid, 1792.

Esta antigua sede episcopal está exenta, es decir, no sujeta a primado alguno. Urbano II quería anexionarla a Toledo, pero Pascual II confirmó su independencia en 1105. Ordoño II, cuando asentó aquí su Corte, fue su gran protector, y cedió para el solar de la nueva catedral una parte de su palacio real, que había sido construido sobre las termas romanas y contra las murallas

orientales. San Froilán, que fue su obispo entre los años 900 y 905, y era eminente arquitecto, llenó la ciudad de iglesias y conventos, y luego fue canonizado; sin embargo, todos los edificios fueron completamente destruidos por los moros.

La actual catedral, que está dedicada a Santa María de Regla, es un ejemplo temprano del estilo ojival y fue comenzada sobre el solar de la antigua por el obispo Manrique de Lara hacia 1199, es proverbialmente una de las más elegantes y gráciles del mundo, Pulchra Leonina, León en Sutileza; en delicada y elegante sveltura, así como en ligereza, proporciones y mampostería, carece de rival y la inscripción, cerca de Nuestra Señora La Blanca, no hace sino expresar la verdad por lo que se refiere a su belleza y santidad:

*Sint licet Hispanis ditissima pulchraque templa,*

*hoc tamen egregiis artibus, arte prius.*

Examínese en primer lugar el exterior; el gradus o plataforma en torno a ella está bordeado por cadenas; la gran entrada occidental se ve mucho mejor desde la plaza abierta, con su fuente, casas viejas de ladrillo y arcada; las tres entradas de arcos ojivales están enriquecidas con mucha escultura intrincada, en la que los santos contrastan con los sufrimientos de los condenados. A cada lado hay una torre: la de la derecha está rematada con una pirámide de filigrana de obra gótica abierta; la del otro lado es más plateresca. Un remate más pequeño se levanta sobre una noble ventana de rosetón, con linternas salientes a ambos lados. La fachada sur tiene también una plaza, pero más estrecha. Enfrente de la catedral están el colegio de San Froilán y el palacio episcopal: también aquí la entrada es por tres puertas en arco enriquecidas con escultura gótica. La fachada norte ha sido modernizada con balaustradas y candelabros; la del este es circular y gótica con contrafuertes volantes y remates. La mampostería es admirable en todo el edificio y la piedra de un color cálido, cremoso y lleno de belleza.

La ligereza y la sencillez del interior, que es algo angosto, resultan

encantadoras; solamente el coro contradice sus bellas proporciones y aparte de esto ninguna capilla lateral con ruines altares de madera desfigura y oscurece los lados. Las paredes se levantan desde el suelo hasta el tejado; antiguamente estaban horadadas por dos órdenes de ventanas, divididas por un ámbito o galería, y el orden superior está enriquecido con bellísimo cristal pintado de rojo y verde, cuyo efecto es tan brillante como el de un misal iluminado o una rica obra de joyería esmaltada. Recuérdese que hay que visitar esta iglesia hacia el atardecer, porque entonces, a medida que el interior se va oscureciendo, las ventanas se iluminan como rubíes y esmeraldas transparentes. El orden inferior de ventanas ha sido cegado con ladrillo y pintado con figuras y volutas en un mediocre chiaroscuro académico, probablemente copia de las antiguas ventanas pintadas. El edificio, en su estado original, tiene que haberse levantado en el aire como un majestuoso conservatorio, superando con mucho a la iglesia abacial de Bath, “el faro de Inglaterra”.

El interior ha sido bárbaramente enjalbegado y los capiteles de los entrepaños coloreados con ese tono nanquín a lo Wyatt con que también está embadurnada nuestra catedral de Salisbury. La sillería del coro es de distintos periodos; la superior, y más antigua, está tallada en madera oscura, con santos y apóstoles, al estilo tudesco de Rodrigo Alemán. El rey y el marqués de Astorga son canónigos hereditarios de León y tienen sus asientos propios. Felipe III y el marqués se sentaron en el coro el 1 de febrero de 1602 y recibieron el estipendio ganado con su asistencia; este marquesado disfruta de una canonjía desde entonces, porque un antepasado de los Osorios luchó en Clavijo en el año 846 junto al mismo Santiago. El trascoro está esculpido en alabastro blanco y oro, con figuras pintadas de una calidad de cera. Los temas son la Anunciación, que es la mejor, la Natividad, la Adoración y la Ofrenda de los tres Reyes, y su riqueza, digna de Berruguete, es indescriptible; pero el efecto queda mermado por una puerta de madera que han puesto allí los bárbaros canónigos para su comodidad y que desencaja la composición. En 1738 el capítulo quitó el retablo antiguo y erigió el actual fricasé de mármol, el transparente, que en absurdo y costoso rivaliza con su modelo toledano; en ambos casos el mármol es forzado a adoptar todas las formas posibles que no debiera tener. Esta mamarrachada fue hecha por Narciso y Simón Gavilán Tomé,

seguidores del hereje Churriguera. Hay pocas catedrales en las que el mal gusto de los modernos capítulos y diáconos españoles haya tenido más perniciosa libertad.

A ambos lados del altar están enterrados, respectivamente, san Froilán y san Alvito, obispo en 1057-63; la posesión del precioso cuerpo del primero fue causa de grandes disputas, que en una ocasión se decidieron, como es corriente en España, poniéndolo a lomos de una mula y dejando al animal que fuera a donde quisiera (España Sagrada, XXXIV, 194). El cuerpo del segundo fue puesto aquí en 1565 y su tumba era una de las obras de plata más espléndidas de España. El precioso frontal se lo llevaron los franceses, pero la urna sigue siendo una muestra de arte exquisito; y la hostia se deposita en Viernes Santo en su parte central. Obsérvense el templo o tabernáculo de plata, con la estatua de San Froilán, las columnas corintias, los lados, adornados con altorrelieves y santos, y las ricas pilastras: en las puertas están esculpidos San Pablo y San Melquisedec. Las vasijas de plata estaban guardadas en un cuarto cerca de la sacristía, donde ahora no quedan más que las cajas vacías de los principales objetos. El contenido fue llevado a Gijón a fin de que escapase a la Scilla gala, con lo que, como de costumbre, cayó en la Caribdis española. Un viril de plata y oro y otro cuadrado y dorado, que han escapado, son bellos ejemplares, pero la cruz y la custodia han desaparecido, desgraciadamente, porque eran obras maestras de Enrique d'Arphe, en 1506, el gran platero de España. Esta última era una de las piezas de plata más bellas del mundo; Morales (Viaje, 55) la describe, así como también el curioso mecanismo inventado por un cierto Fleming gracias al cual era llevada en las procesiones por las calles; exactamente igual era el ingenio del paso de Baco (Aten. V, 7).

A la derecha del altar mayor está la sacristía; obsérvese la sedilia gótica triple en la antesacristía. La sacristía propiamente dicha es del mejor periodo de los Reyes Católicos, pero los cuadros son todos malas copias de Rafael y los maestros italianos. Al salir, obsérvese un bello sepulcro gótico; junto a él está el del obispo Pelagio, Mense Aprilis, Era 916. El trasaltar es curiosísimo; aquí está la tumba de Ordoño II, muerto en el año de 923, y contemporáneo, según se dice, del edificio: yace aquí cuan largo era, envuelto en sus ropones

y con un heraldo junto a su cabeza, mientras un monje, el arquitecto, tiene a sus pies un rollo de pergamino en el que se lee Aspice, como diciendo, igual que Wren, “Si monumentum quaeris, circumspice”. Los ángeles, los santos temas y los leones y castillos han sido pintados, y estas divisas heráldicas indican un periodo posterior, ya que no fueron usadas de manera general hasta fines del siglo XII. Obsérvese una curiosa pintura antigua sobre fondo dorado, a la que ha sido añadido un Cristo pésimamente dibujado y coloreado.

La capilla de Santiago, del tiempo de los Reyes Católicos, es una de las estructuras góticas más ligeras y elegantes de España, aunque un retablo churrigueresco dorado estropea la religio loci; las altas ventanas están iluminadas con apóstoles, santos, vírgenes, reyes y obispos; los rojos y los verdes son magníficos; ciertamente, estas pinturas cuentan entre los mejores ejemplos de este arte en España, y como de costumbre son obra de artistas flamencos. La admirable mampostería de esta capilla parece haber sido terminada ayer; la capilla circular que hay cerca de ella es de gran antigüedad. En la capilla de Nuestra Señora del Dado hay una imagen milagrosa, llamada así porque un jugador, que había tenido mala suerte, tiró su dado contra ella, dándole al niño en la cara, con lo que le hizo sangrar inmediatamente; aquí está enterrado el fundador de la catedral. Praesul Manricus jacet hic, rationis amicus. Frente a la tumba de Ordoño está la de la condesa Sancha, gran benefactora de iglesia, razón por la cual fue asesinada por su sobrino y heredero, que murió descuartizado por caballos a modo de castigo, como está representado en la escultura. En la capilla de San Pedro yace el obispo Arnaldo, muerto en 1234, amigo de Fernando el Santo y acerbo perseguidor de los protestantes albigenses. Detrás del confesionario del penitenciario hay una curiosa tumba con una procesión de sacerdotes esculpida. Recorriendo el pasaje en el que los canónigos guardan sus vestimentas y observando las antiguas tumbas que hay en las paredes, llegamos a los claustros: curiosísimas pinturas antiguas en estuco que representan incidentes de la vida del Salvador están destruyéndose a causa de la humedad y el abandono; en otros tiempos se asemejaban sin duda a las de Toledo. Estos bellos claustros fueron parcialmente modernizados en el siglo XVI, cuando el gótico y el plateresco se vieron curiosamente yuxtapuestos: obsérvese el techo, con ricas conchas y estalactitas

dignas de Berruguete, pintadas en blanco y oro, y el interior de las hornacinas de los antiguos sepulcros, particularmente el de Santa Verónica, y el templo gótico de la esquina; aquí está la Madonna del Foro, a la que el ayuntamiento hacía el 15 de agosto una oferta de doscientos sesenta reales, llamada “la oferta de la Regla”; aquí hay también algunas inscripciones romanas, una de ellas con el nombre Legio VII Gem. Los canónigos, antes ricos, anidaban junto a la iglesia madre en la espaciosa calle que sale de la plaza, calle de la Canongía.

Al salir de la catedral visítese San Isidoro el Real en el lado norte de su plaza, que se abre por el postigo en la muralla oeste de la ciudad. Se llama real por sus fundadores, Fernando y Sancha; en 1063 este gran rey, el terror de los moros, pidió a Ben Abed, rey de Sevilla, los cuerpos de santa Rufina y santa Justa. Como envió una embajada armada acaudillada por el obispo Alvito, el astuto moro, contento de no tener que pagar más tributo que este, accedió inmediatamente; la única dificultad consistía en saber dónde estaban los cuerpos virginales, pero entonces san Isidoro, el gran arzobispo godo de Sevilla, se apareció tres veces en visión a Alvito, diciéndole: “Yo soy el doctor de las Españas y es el mío el cuerpo que hay que llevarse”. Con el fin de facilitar esta proposición tan poco galante, el doctor hizo saber a continuación el lugar de su tumba, y su cuerpo, revelado por los olores divinos de costumbre, fue sacado de allí y llevado a León en triunfo, y durante todo el trayecto estuvo haciendo milagros, “¡curando a los tullidos y a los ciegos, y expulsando a los demonios!”. Dondequiera que el cuerpo descansase por la noche, resultaba tan pesado a la mañana siguiente que no podía ser movido de allí hasta que los habitantes prometieran fundar y dotar una iglesia en aquel mismo lugar; una vez hecho esto, se volvía milagrosamente transportable de nuevo. Todos los detalles se encuentran en la España Sagrada, IX, 234, 406, y fueron reimpresos en 1827 como datos fidedignos por Matute (Bosquejo de Itálica, 144); pero, por verdadero que esto sea, no es nuevo, porque fue así como Cimón el Ateniense, por medio de una revelación divina, descubrió en Siros los restos o leiyana de Teseo, los cuales fueron trasladados con la misma pompa a Atenas después de una ausencia de cuatrocientos años, y los oráculos ordenaron que tendrían que ser venerados (Plutarco, Cimón). Cuando el cuerpo de san Isidoro llegó a León, Alonso, el hijo de Fernando,

destruyó para este nuevo patrono un templo edificado en el año 960 por Sancho I a San Juan Bautista, Vana superstitio veterumque ignara deorum. Comenzó el actual edificio en 1063, empleando al arquitecto Pedro de Deus Tamber, o Vitambem, quien, además de conocer su oficio, era un santo y hacía milagros (Risco, II, 144); su tumba sigue conservándose, es un ataúd grande y oscuro, de piedra, cerca de la pila cuadrada.

San Isidoro, declarado por el octavo concilio de Toledo el Egregio Doctor de España, aunque había sido hombre de letras en vida, se convirtió en hombre de armas después de muerto; fue el Hércules, el Santiago de León, y bajo este aspecto luchó en la batalla de Baeza armado con una cruz y una espada; y también, cuando don Diego y una turba atacaron este convento, el egregio doctor le dejó ciego de un golpe y no le volvió la vista hasta que hubo restituido la plata de iglesia que había robado. De esta misma manera, Hércules, cuando Terón quiso saquear su templo, se le apareció e incendió su flota (Macrobio, Sat., I, 21). San Isidoro fue lo bastante cortés como para dejar la victoria de las Navas de Tolosa a los esfuerzos de san Isidro, el patrono labrador de Madrid, porque estos dos santos, casi tocayos, no deben confundirse uno con otro: sin embargo, durante la batalla, el egregio doctor no podía descansar en su sepulcro, en cuyo interior se oían ruidos de armas, como muestra del interés que se tomaba por la batalla: Risco (II, 69) cita todas las fuentes. De la misma manera se oían resonar los ancilia por sí solos justo antes del fin de la guerra cámbrica (Livio, Ep., LXVIII); y una voz más alta que la de ningún mortal advirtió en el templo de Vesta de la invasión gala (Livio, V, 32). El doctor guardó silencio en el caso de Soult y, sin embargo, Santiago había hecho resonar sus armas en su tumba después del Dos de Mayo, o por lo menos esto es lo que dice Foy (III, 199), quien añade con bastante elocuencia: “Si la superstition peut trouver grace devant le philosophe, c’est lorsqu’elle s’associe á la défense de la patrie”. Los que deseen saber más sobre san Isidoro debieran consultar su vida, escrita por José Manzano, Salamanca, 1732, y por lo que se refiere a sus incontables milagros, Los milagros de San Isidoro, compuestos en latín por el obispo de Tuy, y traducidos por Juan Robles, Salamanca, 1525. Esta es la especie de cultura que diseminaba aquella eminente universidad.

El egregio doctor se convirtió en el Cid de León, y se llama El Señor, el título que se da al Todopoderoso, y su santuario se convirtió, junto con los de El bujo de San Vicente, en Ávila, y El cerrojo del Cid, en Burgos, en una de las tres Iglesias juraderas de España; y la gente juraba ante su altar de la misma manera que los paganos ante el de César, Jurandasque tuum per nomen ponimus aras; todos los que juraban en falso eran castigados con enfermedad: compárese con los castigos parecidos ante los dellos o crateras de los paganos (Macrobio, Sat., v, 19).

Su convento, la real casa, está construido en las murallas, y todavía se pueden ver partes del edificio original saliendo por el postigo del Rastro; se pueden observar también las dos entradas, la capilla circular y la antigua torre cuadrada, con arcos fajones redondos construidos en los muros. Sobre la entrada sur está el egregio doctor, ataviado in pontificalibus, y montado, en la batalla contra los moros en Baeza; su traje, pintado en blanco y oro, y un blasón real de armas contrastan con el portal, deteriorado por el tiempo; obsérvense las toscas columnas corintias híbridas y los capiteles, que representan extraños animales y volutas. La cornisa dórica es de fecha posterior; obsérvense, bajo algunos bajorrelieves sumamente antiguos y las dos cabezas de carnero, la estatua de San Isidoro y el sacrificio de Abraham, obra del siglo XII. Esta fachada ha sido recientemente fortificada con troneras y defensas, y la bella puerta del Perdón quedó entonces oculta tras una pared nueva: consígase, sin embargo, una escala para subir y verla desde arriba, porque la vieja obra no ha sido dañada.

La iglesia gótica tiene tres naves; los fustes de los entrepaños son cuadrados, con medias columnas que sobresalen de cada lienzo de pared; los extraños capiteles gótico-corintios están formados por grupos de niños y animales. La iglesia real fue completamente enlodada y profanada por los invasores; cuando se fueron, se limpió de su porquería y se enjalbegó, y las columnas y capiteles se pintaron de blanco y ante. De esta manera, entre la contaminación francesa y la restauración española, esta estructura, ahora embadurnada y repintada con el más bárbaro mal gusto, no es ya otra cosa que una incongruente sombra de lo que fue.

El altar mayor comparte con Lugo el raro privilegio de tener la

hostia siempre visible o manifestada: el efecto, de noche, cuando todo está encendido, con figuras de ángeles arrodilladas a ambos lados, es brillantemente melodramático. Esta capilla mayor es de época posterior, y fue levantada en 1513 por Juan de Badajoz; mientras estaba siendo construida el cuerpo del doctor se trasladó a la capilla de San Martín, no el rival de Santiago, que compartió su capa, sino un canónigo peregrino e idiota (exactamente un santón o uelí moro) a quien, en 1190, san Isidoro se le apareció en sueños, dándole uno de sus libros para que lo comiera; en vista de lo cual el durmiente se despertó convertido en sabio, y predicó en latín, con lo que la gente no le entendía. Sin embargo, continuó haciendo milagros tanto vivo como muerto; para detalles auténticos consúltese a Morales, Viaje, 49, y cuarenta y cuatro páginas, impresas en 1786, de la España Sagrada, XXXV, 365.

La preciosa reja y la plata de la tumba del egregio doctor fue quitada de allí en su mayor parte por los franceses, contra quien, tanto aquí como en otras partes de España, todos los milagros, antes protectores, han resultado extrañamente ineficaces; también quemaron la gran biblioteca y los archivos, de los que Morales ha conservado constancia; afortunadamente Risco ha publicado muchos de los documentos más antiguos, ahora meras pavesas rescatadas de la hoguera de este moderno Al-Mansur. La tumba del santo patrono era originariamente de oro puro, el cual fue quitado de aquí por Alonso[*] de Aragón, segundo marido de la reina Urraca, poniendo plata en su lugar. El camarín fue destripado por los invasores modernos, y solo unas pocas piezas de plata se salvaron del desastre; luego fue fundido el relicario, hecho en 1095, y que contenía la mandíbula de san Juan Bautista y el milagroso crucifijo esmaltado, regalo de la infanta Sancha, hija de Ramón y Urraca; esta infanta ofreció también su virginidad al egregio doctor y, por poco galante que hubiese sido su conducta con las hijas del pobre alfarero de Sevilla, el prelado se comportó entonces como se debe con la realeza, que merece obediencia:

Porque cuando interviene una dama en el caso,

todas las demás cosas se hacen a un lado.

El prelado aceptó la oferta, y ella, según Risco (II, 139), se convirtió en su mística esposa; el egregio doctor descendía frecuentemente del cielo sobre ella, y no solo era él quien esto hacía, porque san Vicente (y probablemente adoptando la forma usual en los monjes españoles) también la visitaba, y decía: “Sancha, esposa muy amada del doctor san Isidoro, el Señor ha oído tus ruegos por amor de tu esposo”. Sin embargo, ella murió virgen y fue enterrada cerca de su madre, quien, según el rumor popular, había sido meretriz pública y engañadora.

Este convento se convirtió en El Escorial o cementerio de los primeros reyes de León y Castilla; el panteón está en los claustros contiguos, que han sido parcialmente modernizados al estilo jónico, y entonces el techo gótico fue horriblemente pintado en gris plúmbeo y blanco; el lado más cercano a la iglesia pudo conservar sus arcos redondos de ladrillo y aún queda también cierta parte pintada muy antigua; del capitán Widdrington (II, 51) dice que es “tan decididamente bizantina, que los artistas tienen que haber venido de Constantinopla”, pero a nosotros nos dio la impresión de gótico muy temprano.

El panteón es una capilla baja y pequeña, dedicada a Santa Catalina, cuyo busto, de tres cuartos, de oropel rojo y azul, desfigura el altar. Este hogar de tantos reyes, reinas y personajes reales, fue hecho pedazos por la soldadesca francesa, que profanó las tumbas y dispersó las cenizas reales entre el polvo, como habían hecho con las de Enrique IV en Saint Denis. El capítulo de León, en 1825, se esforzó por reparar esta barbarie en lo posible, y una lápida recuerda simplemente el suceso, dejando que el lector saque sus propias conclusiones: “Este precioso monumento de la antigüedad, depósito de las cenizas de tantos poderosos Reyes, fue destruido por los Franceses, año de 1809”. Las restauraciones, como las de Murillo en Madrid, son poco menos lamentables que los daños; las columnas bajas están toscamente pintadas, tratando de imitar el verde antique, pero sin conseguirlo; las tumbas son simples cajas, amontonadas una sobre otra, sin orden ni decencia para con los muertos; las más pequeñas contienen huesos de infantes y están amontonadas sobre las grandes; unas pocas tienen inscripciones

apenas legibles y son muy cortas, por ejemplo: hic jacet in fossa Geloirae Reginae pulvis et ossa. Obsérvese en algunas el título de Domna (Domina), no doña, dado a las damas. Los epitafios están todos impresos por Risco (II, 148). Ahora los lamentables restos se exhiben al público, y una especie de momia pasa por ser el cuerpo de doña Urraca. El techo, por estar fuera del alcance de la contaminación, sigue en su estado original: obsérvense las estrellas y el patrón de punto espigado que se ve en los arcos, así como las singulares pinturas de arquitectura, el Salvador, los Apóstoles y temas sacros, en las bóvedas: son del siglo XII y tienen letreros aclaratorios.

Al oeste de la entrada está la biblioteca, que en otro tiempo fue espléndida; sus libros contaban antes entre los más curiosos de España, y había muchos manuscritos de los siglos VII y VIII, pero fueron destruidos por Soult, quien, habiendo derrotado a Romana, fue el primer enemigo que entró en León, que fue espantosamente saqueado el 21 de diciembre de 1808: y no fue esto todo, porque la desventurada ciudad y su zona circundante se vieron después asoladas con frecuencia por sus compatriotas, especialmente por Kellermann y Bessiéres.

Fuera de León, cerca del puente que cruza el Bernesga, está el enorme convento de San Marcos de León, en otros tiempos muy ricamente dotado y cuyo abad era mitrado; este convento fue fundado en 1168 para los caballeros de Santiago y fue aquí donde profesó Suero Rodríguez; fue reconstruido en 1514-49 por Juan de Badajoz; obsérvese al entrar en la capilla un arco circular y una puerta bordeada con rica obra gótica de hornacina; la parte superior está sin terminar; las armas reales, situadas entre dos heraldos, son del tiempo de Carlos V. El edificio, sin terminar, y ya no es muy probable que llegue a terminarse, se extiende a la izquierda y es una noble mole al estilo de Berruguete, de bellísima piedra; la magnífica fachada tiene pocas semejantes en el mundo; obsérvense los medallones y la obra plateresca; sobre la puerta se ve a Santiago a caballo y encima hay una torpe construcción moderna, obra de Martín de Sujnaya, 1715-19, cuya Fama tocando una trompeta añade muy poca cosa a su propia fama. La entrada en arco a la capilla, ahora almacén, está enriquecida con hornacinas e intrincada obra gótica llena de detalles. La sillería del coro fue en

un principio bella obra de Guillermo Doncel, tallada en 1537-42, pero fue reparada y echada a perder en 1721, época fatal para las bellas artes en León.

Al norte de la alameda, perfumada de rosas, fuera de la ciudad, se encuentra la enorme casa de expósitos, donde los niños inocentes de padres culpables escapan a la muerte por hambre y fabrican lienzo. Enfrente está San Clodio (Claudio), reconstruido en 1530, con un alto y elegante claustro de ligeros arcos ojivales y un rico tejado; la sacristía, 1568, es bella, con su techo blanco y oro, escapó a los invasores, que hicieron de ella un almacén. Saliendo por la puerta de Santo Domingo está el convento del mismo nombre, saqueado e incendiado en 1810 por los franceses, que entonces mutilaron el noble sepulcro jónico de Juan Guzmán, obispo de Calahorra, muerto en 1575, y el de otro Guzmán, adornado con ornamentos corintios, cuya efigie armada está arrodillada: el convento ha sido prácticamente demolido hace poco tiempo y algunos de estos sepulcros abandonados cerca de la entrada a la ciudad. Los materiales fueron destinados por decisión de la Junta de León a construir fuertes contra los carlistas, los cuales, sin embargo, no fueron comenzados hasta después de la toma de León por Gómez.

Alonso Pérez de Guzmán el Bueno nació en León el 24 de enero de 1256; su casa solar en la plaza San Marcelo era un palacio digno del "buen soldado"; pero esta su cuna fue completamente destripada por los invasores, y ahora es morada de pobres de solemnidad y gente marginada; a pesar de todo, el patio sigue mostrando lo noble que fue en otro tiempo. Obsérvense en esta plaza parte de la antigua muralla, la fuente, la casa del ayuntamiento, dórica y jónica, construida en 1585 por Juan Ribera y, muy cerca de ella, véanse la iglesia parroquial y el Santo Hospital.

Casi enfrente de la Casa de los Guzmanes, y muy cerca de la antigua muralla sur, está la Casa de los Condes; este palacio de los lunas fue también saqueado por los franceses, y ahora es casi una ruina; obsérvense la torre y, a la entrada, un arco circular y una curiosa ventana, con cuatro columnas antiguas; el bello patio nunca se llegó a terminar, ni se terminará nunca; los indígenas dicen que la reina Urraca vivió en este palacio. La Plaza Mayor es un bello y regular cuadrado con el consistorio en el lado occidental; la plaza del

mercado es espaciosa y debiera ser visitada para ver los trajes típicos y la historia natural de la comarca. León tiene varias puertas, de las que la del norte, o la del Castillo, reconstruida en 1759, sirve de cárcel estatal, una especie de Newgate.

Las comunicaciones con León son poca cosa, y pocos viajeros llegan hasta aquí. Hay una diligencia que va a Valladolid y que, a veces, en su viaje de regreso, sigue hasta Oviedo y Gijón; se proyecta, sin embargo, establecer una línea permanente cuando se complete la carretera que está ahora siendo construida y hay también la posibilidad de un ferrocarril hasta Oviedo y Avilés, e incluso hasta Madrid por Valladolid; entretanto los maragatos siguen siendo el canal de intercomunicación más habitual y digno de confianza entre ambas ciudades.

■

* Este fue el famoso rey soldado El Batallador, héroe, como algunos mariscales modernos, de cien razias, y conocido saqueador de iglesias y conventos; después de la muerte del conde Ramón, Urraca fue hecha reina propietaria, o sea, reina de España por derecho propio; como Alonso rechazaba algunas de sus reivindicaciones, se llegó a un acuerdo por medio del matrimonio, que terminó en separación. Urraca, sin embargo, como tantas otras reinas de España explotadas por el himeneo, continuó siendo devota de Venus y murió del parto de un bastardo en 1126; como hay tantos Alonsos y Urracas, estos datos pueden ser útiles. El mejor libro sobre las reinas y concubinas reales de España es Las memorias de las Reynas Catholicas, de Flórez, dos volúmenes, Madrid, 1761.

RUTA LXXII

DE LEÓN A BENAVENTE

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Onzonilla | 1 1/2 | |
| Ardón | 2 | 3 1/2 |
| Toral de los Guzmanes | 3 1/2 | 7 |
| Villaquejida | 1 1/2 | 8 1/2 |
| San Cristóbal | 2 | 10 1/2 |
| Benavente | 1 | 11 1/2 |

Esta ruta sirve para vehículos: las monótonas llanuras carecen por completo de interés.

## RUTA LXXII

## DE LEÓN A PALENCIA

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Mansilla | 3 | |
| Burgo | 2 1/2 | 5 1/2 |
| San Pedro de las Dueñas | 3 | 8 1/2 |
| Villada | 2 | 10 1/2 |
| Paredes de Nava | 3 | 13 1/2 |
| Palencia | 3 1/2 | 17 |

Tétricas y fatigantes son estas rutas, ya sea debido al polvo del verano o al barro del invierno; los pueblos en estas vastas llanuras son tan pobres como la población; se parecen a La Mancha y las Castillas, y no brindan interés o entretenimiento ni al hombre ni a las bestias. Al dejar las plantaciones de álamos de León, el terreno pantanoso continúa casi hasta el bello y largo puente de Villarente, que cruza el Porma con sus diecisiete arcos; no está bien construido y fue muy dañado por las inundaciones en 1843; no tardan en comenzar las etapas trigueras, que son fértiles pero feísimas por falta de agua, árboles, casas e indicios de habitación humana. Los pueblos están construidos con barro y paja, porque por aquí hay

poco combustible con el que hacer ladrillos; la mayor parte de las casas no tienen ventanas y las pocas que las tienen es raro que, además, tengan cristales; con una puerta grande basta para todos los menesteres, ya que deja entrar el aire, la luz, la gente y los cerdos: el exterior está embadurnado de cualquier manera y se pintan en él toscas flores en rojo y blanco. El Esla se cruza en Mansilla, ciudad de murallas arruinadas, con setecientos habitantes y una posada decente; aquí el cultivo es elemental por doquier. La gente es sencilla, y van casi todos vestidos con chaquetas negras, pantalones ajustados y medias muy blancas. Las aguas pantanosas y estancadas del Esla, que inundan estas llanuras, son foco de fiebre palúdica y tercianas. Fue aquí donde, el 30 de diciembre de 1808, el bravo Franceschi derrotó al marqués de Romana, que huyó sin destruir siquiera el puente; de esta manera, dejó fácil entrada a Soult para tomar León y atacar después el flanco de Moore.

En Paredes de Nava, pequeña ciudad situada junto a un lago pestilente que se extiende hacia Palencia, nació Alonso Berruguete hacia 1480; fue quien introdujo el estilo clásico o, más bien, del cinquecento, al cual dio en España su ilustre nombre; Berruguete estudió en Italia y Vasari dice que copió a Miguel Ángel en Florencia en 1503; fue a Roma con este gran maestro y, como él, se hizo arquitecto, escultor y pintor; volvió a España hacia 1520 y no tardó en verse protegido por Carlos V; posteriormente trabajó por toda la Península, que adornó con magníficas obras, en las que, aunque demasiadas de ellas han sido destruidas por bárbaros, tanto extranjeros como nacionales, no hay país que pueda competir con España. Murió en Toledo en 1561.

En Husillos, pobre lugar a dos leguas de Palencia, al norte del lago, hay, o había, un fragmento de la Antigüedad que despertó el genio dormido de Berruguete incitándolo a la acción, de la misma manera que, según nos cuenta Vasari, Nicola Pisano fue inducido a dar nueva vida al arte de la escultura por el estudio de un antiguo sarcófago; pero mientras las cualidades morales y físicas del hombre sean las mismas, combinaciones parecidas de circunstancias conducirán a parecidos resultados. Este sarcófago era de unos ocho pies de longitud por tres y medio de altura y representaba la historia de los horacios y los curiacios, esculpida en unas cincuenta figuras. Berruguete, después de su regreso de Italia, solía decir que

no había visto allí nada tan bello, y el cardenal Poggio dictaminó que era digno de ser puesto en Roma entre las antigüedades más excelentes (véase Morales, Viaje, 26). Valdrá la pena preguntar por esta preciosa reliquia.

# RUTA LXXIII

# DE LEÓN A SAHAGÚN Y BURGOS

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Mansilla | 3 | |
| Al Burgo | 2 1/2 | 5 1/2 |
| Sahagún | 2 1/2 | 8 |
| A las Tiendas | 3 | 11 |
| Carrión | 3 | 14 |
| Revenga | 2 | 16 |
| Frómista | 2 | 18 |
| Guadilla | 1 1/2 | 19 1/2 |
| Castrogeriz | 2 1/2 | 22 |
| Ontanaz | 1 1/2 | 23 1/2 |
| Rabé | 3 1/2 | 27 |
| Burgos | 2 | 29 |

Esta ruta permite el uso de vehículos; aburrida en sí, tiene interés por sus recuerdos de los romances del Cid y también por el avance abnegado de Moore, por el cual solamente tanto España como Portugal se salvaron de las garras de Bonaparte, cuyos planes frustró al atraer hacia sí fuerzas que, de otra forma, habrían servido para subyugar todo el indefenso país. Esta diversión dio tiempo a Inglaterra a enviar sus ejércitos, que con el tiempo derrotaron y expulsaron a los invasores: Napier, XXIV, 6.

Sahagún tiene aproximadamente dos mil quinientas almas, con restos de murallas y castillo. El Cea corre junto a ella y refresca algunas plantaciones a sus orillas. La famosa abadía benedictina de San Facundo fue fundada en el año 905 por Alonso III el Magno; era diócesis nullius, por estar sujeta directamente al papa. Alonso VI fue casi su segundo fundador, y su iglesia gótica fue comenzada en 1121 y terminada en 1183. El retablo, atribuido por algunos a Gregorio Hernández, representa el martirio del santo patrono, que fue decapitado cerca de Cea el 27 de noviembre del año 304. Alonso hizo de esta abadía panteón propio y de sus cinco mujeres. El sepulcro de mármol es soberbio, con una estatua del rey; la urna está sostenida por leones. Entre otras tumbas están las de Alonso Peranzúrez y Bernardo, primer arzobispo de Toledo después de su reconquista, pero que había sido abad aquí antes. Las glorias de esta abadía se extinguieron en 1810, cuando fue saqueada por los franceses: por lo que se refiere a sus anteriores posesiones, plata, altares, tesoros, reliquias y biblioteca, consúltese Morales, Viaje, 34; y acerca de su historia la escrita por Joseph Pérez, publicada y aumentada por Romualdo Escalona, erudito benedictino del convento. El monasterio fue reparado en parte en 1814 por el abad Albibo Villar. A este santo asilo se retiraron, como Carlos V, muchos reyes de España, y murieron monjes; por ejemplo, Bermudo I, en el año 791; Alfonso IV, en 931; Ramiro II, en 940, y Sancho de León, en 1067.

El nombre de Sahagún es corrupción de un antiguo, y en otros tiempos venerado, San Facundo, San Fagunt, quien, sin embargo, ha sido ahora reemplazado por San Juan de Sahagún, santón de creación más moderna. Los interesados en hagiografía pueden consultar un poema sobre su vida y milagros escrito por Julián de Almendáriz, Roma, 1611, y también una biografía en prosa de

Agustín Antolínez, amigo personal del santo, octavo, Salamanca, 1604.

A cosa de una legua de Carrión, a la izquierda, está el convento agustino de Benevivere, o sea, la buena vida, y sin duda los santos cenobitas hicieron allí su deber tanto en la capilla como en la cocina; fue fundado en 1161 por Diego de Martínez, quien, habiendo servido a los reyes Alonso VII, Sancho y Alonso VIII, se retiró, como tantos otros nobles españoles, a terminar sus días en calidad de monje; murió en la era 1214 (o sea, el año 1176), y fue enterrado en la capilla de San Miguel. Obsérvense el curioso pórtico y las hornacinas redondas arqueadas. La iglesia fue construida en 1382 por Diego Gómez Sarmiento; ahora el antiguo e interesante monumento está en melancólico estado de abandono.

Carrión es llamado De los Condes porque perteneció a los Condes Diego y Fernán González, tan conocidos para los lectores de romances y baladas por ser los falsos yernos del Cid. El Campeador apeló a Alonso VI y tuvo lugar una prueba de armas en la que los condes y su tío Suero fueron vencidos por los campeones del Cid, Pedro Bermúdez, Martín Antolínez y Nuño Bustos. La ciudad les fue tomada a los condes que quedaron deshonrados y fueron declarados traidores.

Carrión dio su título de conde a Hugo de Carloway, o de Calverley, un caballero inglés que sirvió en el ejército español hasta que le llamó el Príncipe Negro, en vista de lo cual Enrique III le privó de su categoría y rango después de la muerte de don Pedro.

Carrión se levanta junto a su río del mismo nombre, que tiene un buen puente, su población asciende a algo menos de tres mil almas. Es una ciudad de “las llanuras” o tierras de campos. En esta comarca crece mucho trigo, que se conserva en silos o en mazmorras o graneros subterráneos. El convento benedictino de San Zoilo, en el suburbio, era una de las mejores cosas que había en España hasta que los franceses lo saquearon y profanaron. Se conservan los claustros, y son del más rico estilo plateresco de Berruguete. La infinidad de ornamentos, santos, medallones, armas, etcétera, resulta indescriptible. Es un conjunto digno de Cellini. La parte inferior fue comenzada en 1537 por Juan de Badajoz, que terminó el lado oriental, los otros fueron completados por Juan de

Celanova y la galería superior fue añadida en 1604. Los principales escultores de las partes inferiores fueron Miguel de Espinosa y Antonio Morante, de quien es el Cristo que está sobre la entrada y también el Ecce Homo de la capilla de los Condes. La iglesia es una especie de seudo-dórico. Los objetos de plata y los cuadros, de gran riqueza, fueron arrebatados por los invasores. En Carrión hay un antiguo templo, Nuestra Señora de la Victoria, erigido para conmemorar el ataque de ciertos toros contra los moros, que vinieron aquí a recibir las cien vírgenes, el tributo que Mauregato había acordado pagarles. Todos los años se predicaba un sermón, llamado “el sermón de doncellas y toros”; la leyenda del tributo de las damas es completamente apócrifa y el origen probable de toda esta tontería taurómaca es un friso dórico que tiene la capita bavis en la fachada (véase Ponz, XI, 201).

Cerca de Carrión, en 1037, se decidió la batalla entre Bermudo III de León y Fernando I de Castilla, en la que fue muerto el primero; los dos reinos se unieron entonces por el matrimonio del vencedor con Sancha, la heredera.

Villalcázar de Sirga, vulgo Villasirga, está situada a cuatro millas de Carrión, junto a la carretera de Burgos. La iglesia parroquial, que perteneció en otros tiempos a los templarios, contiene las muy notables tumbas del infante Felipe, hijo de Fernando el Santo, muerto en 1274, y su esposa, Inés de Castro. Las figuras, mayores que el natural, reposan sobre urnas enriquecidas, y la escultura, aunque tosca, está llena de expresión y las ropas son muy interesantes.

Cruzando un cerro que separa las cuencas del Carrión y el Pisuerga, se extienden a nuestros pies las llanuras interminables a través de las cuales el Canal de Castilla iba a unir Reinosa con Segovia, sirviendo de medio de tránsito tanto como de irrigación. Esta obra admirable, que iba a haber dado vida a estos distritos muertos, fue comenzada en 1753; en las partes en que está terminada, la obra, por su ejecución, es digna de la idea original.

Frómista, antigua ciudad decaída, se levanta junto al canal, unas pocas millas al sudeste está Santoyo, cuya iglesia contiene un soberbio retablo hecho en 1570 por Juan de Juni para Sebastián de Navares, secretario de Felipe II.

Cerca de Itero de la Vega se cruza el Pisuerga; forma la frontera entre León y Castilla la Vieja; de aquí, pasando por Castrogeriz, ciudad de cuatro mil habitantes, con una colegiata y una especie de palacio, y situada entre los ríos Odra y Garbanzuelo, llegamos a Burgos.

## RUTA LXXIV

## DE LEÓN A VALLADOLID

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Mansilla | 3 | |
| Matallana | 3 | 6 |
| Mayorga | 3 | 9 |
| Ceinos | 3 | 12 |
| Berruecos | 1 | 13 |
| Medina de Río Seco | 3 | 16 |
| A la Mudarra | 3 | 19 |
| Villanubla | 2 | 21 |
| Valladolid | 2 | 23 |

Hay una diligencia lenta y mala entre estas dos ciudades. Cruzando el Esla por Mansilla, una carretera accidentada y mal definida, polvorienta en el verano y llena de barro en el invierno, conduce a Mayorga, pueblo de chozas de barro junto al Cea, que, sin embargo, tiene una posada decente. Fue aquí donde Moore (el 20 de diciembre de 1808) se unió con Baird, y también aquí donde tuvo lugar el primer encuentro entre las caballerías inglesa y francesa; de esta manera, Mayorga fue para el sable británico lo que Maida para la bayoneta británica. En aquel encuentro, lord Paget, con cuatrocientos del 15 regimiento, hizo una carga contra seiscientos de aquellos espléndidos dragones franceses, venciendo a hombres y caballos. Fue en vano que (como en Fuentes de Oñoro) se distribuyera aguardiente a los soldados enemigos; ganaron los mejores, como tiene que ocurrir si se llega a un mano a mano con el enemigo, ya sea con espada, bayoneta o chuzo de abordar. Es entonces, en un cuerpo a cuerpo a vida o muerte, donde la sangre, el hueso y el valor son lo que deciden: una simple superioridad física, generada por la consciencia de la propia fuerza y confianza moral. Monsieur Foy, sin embargo, atribuye este éxito accidental de los caballeros ingleses, ante todo, a su invariable gran superioridad numérica y en segundo lugar al ron, de la misma manera que, según él, el valor de nuestra infantería se debe al rosbif. “Le rhum vient a propos ranimer ses esprits dans le moment du danger (I, 231). Y de nuevo: Nous avons vu plus d’une fois de faibles détachements charger nos bataillons a fond, mais en désordre. Le cavalier ivre de rhum lancait son cheval, et le cheval emportait le cavalier au déla du but” (I, 290). Sea ello lo que fuere, el caso es que la superioridad moral que sentía nuestra caballería era tal que el Duque se vio obligado a dar una orden general impidiendo que simples compañías atacaran a regimientos franceses enteros. Tal era, para usar sus mismas palabras, “la tendencia que nuestros oficiales de caballería han adquirido de galopar contra todo lo que se les ponga por delante”, tendencia que, naturalmente, a veces les metía en buenos líos, cayendo, por ejemplo, sobre fuertes reservas de infantería mandadas por oficiales valientes y buenos.

En estas mismas llanuras, diez cortos días más tarde, se dio a la fuga Blake con todo su ejército sin mando, asustado por una audaz carga de los dragones de Franceschi, que dos compañías de infantería británica habrían bastado para hacer pedazos.

En Ceinos, pueblo de chozas de barro, hay una curiosa torre de ladrillo y piedra caliza perteneciente a la iglesia en ruinas, usada ahora como camposanto y que en otros tiempos fue de los templarios. Una fatigante estepa conduce a Medina de Río Seco, o sea, "la ciudad del río seco", la romana Forum Egurrorum. Se levanta en lo que fue en otros tiempos, como la Alcarria, de la que está separada por la cadena del Guadarrama, un vasto lago, antes de que la cuenca caliza de agua fresca fuera drenada por el Duero y sus afluentes. Esta capital de chozas de barro de una comarca arcillosa y gredosa fue notable emporio en el siglo XIV, cuando sus ferias textiles eran de las principales de ambas Castillas, pero ahora su vida se ha extinguido y el cadáver está volviendo a la tierra de donde salió, polvo al polvo, la ciudad se convertirá en un "montón": Pulvis et umbra nihil; una mera sombra de aquellas ferias se celebra el 19 de abril y el 18 de septiembre; lo que falta son mercancías y clientes.

Se advierte a los lectores que no crean siquiera la mitad de las exageraciones de los naturales sobre su antigua prosperidad comercial. La esencia del godo español era un desprecio por el comercio, de la misma manera que entre los romanos los que procedían del comercio quedaban descalificados para formar parte del senado; esta gente era despreciada también entre las naciones teutónicas, los antepasados de los godos; para quienes la guerra y la caza eran consideradas como únicas ocupaciones dignas de un caballero. Las costumbres sedentarias de puertas adentro y las manufacturas delicadas, que requieren dedos más bien que brazos, son por su misma naturaleza contrarias a la disposición militar; y así vemos que el mismo Hércules, con la rueca de Omfala, fabricaba menos hilos en un año que un pequeño esclavo blanco de la algodonocracia de Manchester en un solo día. En la mejor época del poderío castellano las artes mecánicas se practicaban solo de manera imperfecta, mientras que las ramas superiores, especulativas y menos operativas, del comercio eran prácticamente desconocidas. Cuando fueron llegando a España las ciencias de la banca, el cambio y el seguro, lentamente y procedentes de Italia y los Países Bajos, tan exóticos conocimientos encontraron terreno muy poco abonado. Entonces, como ahora en el Oriente, no había banqueros, excepto en las grandes ciudades; la vocación de corredor de dinero quedaba por lo tanto en manos de los despreciados judíos, los

genoveses, los flamencos, los alemanes y otros extranjeros, en quienes, en consecuencia, ha recaído el oprobio de extraer la riqueza de España, penetrando, como dice Moncada, "por la brecha de pereza nacional practicada por el demonio"; y a esta indolencia podría haber añadido la ignorancia y la inseguridad. ¿Cuándo, preguntamos, pudo haber florecido el comercio en España? (exceptuemos a Cataluña): durante las guerras con los moros y las constantes algaras y talas, la propiedad estaba insegura y el escaso capital disponible se gastaba en la guerra. España, como la Roma antigua, se levantó sin comercio a las alturas del orgullo y el poder, y cuando fueron vencidos los moros, otras metas se apoderaron de su ambición. En consecuencia, el comercio ha sido siempre pasivo aquí y, en el mejor de los casos, es mera exportación de materias primas suministradas por el terreno y el clima, que luego son vueltas a recibir en forma de manufacturas de manos de los extranjeros científicos y diligentes, pero solo para el consumo de los ricos, ya que las elementales necesidades del país en general eran, y siguen siendo, escasamente satisfechas por artículos toscos hechos en el país mismo, proveyéndose generalmente cada familia por sí misma y procurándose algunas pocas cosas en las ferias periódicas, mientras que los lujos eran importados por extranjeros, y en barcos extranjeros. Hasta el día de hoy las tiendas de las ciudades del interior, como en Oriente, son prueba de un comercio muy atrasado y estancado; y probablemente han mejorado con respecto a tiempos anteriores desde la pérdida de las Américas del Sur. Esta pérdida, ciertamente, ha sido más bien una ventaja, ya que la necesidad ha dado estímulo a la iniciativa peninsular, si es que resulta permisible utilizar esta palabra.

Las jactancias del antiguo comercio, como "la jactancia de la actual fuerza", son pura fanfarronería, pero también es verdad que las alusiones a ciertos periodos pasados de tiempos antiguos y mejores son siempre grato y permisible sueño de todos aquellos que tienen mala suerte; ¿y dónde, en cualquier caso, están las pruebas positivas de la prosperidad comercial? Los grandes y la Iglesia han dejado desde luego monumentos de su indudable poder y magnificencia, pero ¿dónde están los restos, o incluso la mera constancia, de carreteras, canales, muelles, almacenes y otras instalaciones? No existen; mientras que todo lo que tiende a lo contrario resalta en todos los sentimientos e instituciones españoles; su nobleza

exclusivista, sus rechazos, su espíritu de casta, frío como el mármol, y su desprecio, aún existente; todos estos obstáculos de opinión resultan más difíciles de vencer que los que proceden de causas naturales. El grueso de la nación desprecia el comercio y, de la misma manera que los moros piensan que todos los francos eran comerciantes, así, adoptando el sarcasmo de Boney, ese forjador sin rival de frases, los españoles piensan que Inglaterra es un país de tenderos, que, con sus operarios, se moriría de hambre sin la clientela de la rica y noble España.

Y vemos, también, que en todos los periodos pasados las constantes quejas de todos los escritores y de todas las Cortes, así como los remedios y planes en letra impresa para la mejora de este estado de cosas, no son sino prueba negativa de que los comerciantes españoles no fueron nunca príncipes, y nunca consiguieron la riqueza, inteligencia y poder en su república que en Inglaterra echó abajo las vinculaciones y privilegios feudales y pisoteó las barreras levantadas por la aristocracia en Venecia y Brujas. Y como en su propia tierra, también en el extranjero fueron pocos los españoles que cuando se vieron obligados a abandonar su país llegaron a subir en el comercio, porque, ya sea dentro o fuera de España, lo cierto es que sus artesanos son muy inferiores en simple habilidad a los de la mayor parte de las naciones europeas.

La iglesia de Santa María es gótica; el retablo es uno de los mejores de toda la Península. Está dividido por columnatas corintias acanaladas, con base y frontón sostenidos por niños desnudos. Fue tallado en 1490 por Esteban Jordán y pintado por Pedro de Oña, su yerno; predominan en él los rojos y los azules. Obsérvese la grandiosa ascensión de la Virgen. El retablo en su conjunto recuerda la noble obra de Becerra en Astorga. La capilla de los Benaventes, a la izquierda, fue en otros tiempos una joya artística, pero ahora todo es decadencia y abandono. La reja plateresca fue hecha por Francisco Martínez en 1553; obsérvense, arriba, un arco y los medallones con los retratos de la familia del fundador y sus armas. El retablo fue tallado por el audaz y fogoso Juan de Juni; obsérvense el San Joaquín y la Santa Ana y, encima, la Buena Venturanza, o la beatitud mística del Salvador en el Apocalipsis, con un mar ocupado por los cuerpos de los que han resucitado para acudir al Juicio. El dorado ha sido muy dañado por la humedad y el

abandono, que también han echado a perder la creación de Adán y Eva y las pinturas de Juni en el arco semicircular. Obsérvense, sobre la puerta, el retrato del fundador, Álvaro Benavente, de cincuenta años de edad, y las tres bellas tumbas, separadas entre sí por cariátides. Las pinturas en el fondo de las hornacinas han sido atribuidas a Juni. Obsérvense la Santa Ana en la cama y dos figuras arrodilladas. Los techos de estuco y los ornamentos son del mejor gusto de Berruguete. Ceán Bermúdez, (Ar., II, 69, 221), ha publicado el curioso contrato original y las especificaciones de estas obras de Juni.

Hay cuatro bellas pinturas en esta iglesia que son de Murillo o de Tovar, porque no resulta fácil decidir esta cuestión debido a lo sucias que están y a su posición; los temas son: una gran Natividad oblonga, una encantadora Santa Catalina, una Magdalena arrodillada y una Virgen con el Niño, que es la mejor y de tamaño natural. Estas pinturas se agitan, sueltas, en sus marcos, y están cubiertas de polvo, o sea, lo que cabe esperar de gente de Río Seco, cuyas llanuras y cerebros están resecadas por el sol.

La iglesia de Santa Cruz tiene una fachada clásica, que, aunque muy admirada aquí, es algo pesada. Las sibilas esculpidas y los dos órdenes de columnas corintias le dan un carácter serio, a pesar de lo cual fue saqueada por Bessiéres, que la convirtió en burdel militar, escogiendo a monjas para habitarlo. Fue fundada esta iglesia por el gran don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, de cuyo palacio en la ciudad lo único que ha escapado a la ruina es una puerta. Las tumbas y figuras arrodilladas del fundador y su esposa, Ana de Cabrera, estaban en San Francisco, donde había algunas buenas estatuas de terracota de San Jerónimo y San Sebastián, y mucha obra de Berruguete y un crucifijo de marfil muy bello. El convento fue construido con los materiales del viejo castillo, que resistió tantos sitios en tiempos de don Pedro y Carlos V, pero que fue demolido por los monjes franciscanos; ahora, en el ciclo de la destrucción, es a ellos a quienes les ha llegado el turno.

El golpe final fue asestado a Río Seco el 14 de julio de 1808, después de la batalla del mismo nombre, que puso a José en el trono de Madrid y fue comparada por Bonaparte con la victoria decisiva de Villa Viciosa. Antes, la incompetencia de Savary había

puesto en peligro las posiciones francesas en las Castillas, mientras Filanghieri se cernía sobre sus flancos en Galicia, absteniéndose prudentemente de presentar batalla; sospechoso, por consiguiente, de traición ante las Juntas, fue asesinado y sucedido por Blake, que se unió a Cuesta, aunque esto no sirvió más que para acabar en una riña entre ambos. Esta parece ser la maldición permanente en este ambiente contrario a cualquier unión, porque las grandes esperanzas que tenía Escipión de dominar España se basaban en las disensiones reinantes entre los generales españoles (Polibio, X, 6, 7). Esto infectó también la causa francesa; las rivalidades entre los mariscales franceses contribuyeron al éxito del Duque.

Ahora bien, ni Blake ni Cuesta por sí solos habrían bastado para asegurar un revés, pero estos dos grandes maestros de la derrota, juntos, la hacían completamente segura, y con el fin de garantizarla, se pusieron los dos a la cabeza de cincuenta mil hombres dignos de mejores jefes, llevándolos a las llanuras de Monclín, cerca de Palacios. Bessiéres no tenía más que doce mil franceses, pero observando estas absurdas disposiciones de su enemigo, que hacían incluso la defensa imposible, ordenó a La Salle que atacase con cierto número de caballería, con lo que los españoles, recelando de sus jefes, echaron a correr inmediatamente. Los soldados franceses, sedientos en la persecución y el sol ardiente, encontrando que el río estaba seco, exclamaron: “En España hasta el agua echa a correr”. Los españoles perdieron seis mil hombres, entre muertos y heridos; los franceses ni siquiera quinientos.

Bessiéres, que no era un verdadero general, no supo rematar su victoria y temía avanzar Galicia adentro alarmado ante la noticia de que los ingleses habían desembarcado. Río Seco, sin armas y sin ofrecer resistencia, fue saqueado a pesar de todo; ni la edad ni el sexo fueron respetados y, sin embargo, los habitantes habían iluminado sus casas como signo de sentimientos amistosos para con los franceses (Toreno, IV). Schepeler (I, 434, 37) da detalles de los horrores de los incendios, la lujuria y la rapiña, acompañados por el asesinato de prisioneros a sangre fría, con los que no podemos manchar estas páginas. Bessiéres, que había comenzado su carrera, como Suchet, haciendo de barbero, fue enviado a rendir sus últimas cuentas a Lutzen. Este hombre justo, según el comunicado de Bonaparte, era recomendable par ses qualités civiles, y como

escribió a su viuda, a laissé une réputation sans tache. Las viudas y las monjas de Río Seco no escribieron, ciertamente, este epitafio.

Río Seco es buen punto central desde el que hacer excursiones a varias ciudades antiguas.

# RUTA LXXV

# DE RÍO SECO A VALLADOLID

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Villafrechós | 2 1/2 | |
| Villalpando | 2 1/2 | 5 |
| San Esteban | 2 | 7 |
| Benavente | 2 | 9 |
| Zamora | 10 | 19 |
| Fresno | 3 | 22 |
| Toro | 2 | 24 |
| Pedrosa del Rey | 3 | 27 |
| Villalar | 2 | 29 |
| Tordesillas | 1 | 30 |
| Rueda | 2 | 32 |
| Medina del Campo | 2 | 34 |
| Valdestillas | 4 | 38 |
| Puente Duero | 2 | 40 |
| Simancas | 1 1/2 | 41 1/2 |
| Valladolid | 2 | 43 1/2 |

Por lo que se refiere a los pueblos y a la gente, nada hay más desnudo ni miserable que esta comarca, la cual, sin embargo, contiene ciudades de antigua fama y lugares de importantes acontecimientos. Villalpando, en su vasta llanura, fue en otros tiempos ciudad de cincuenta mil habitantes, pero decayó cuando Río Seco comenzó a prosperar a sus expensas; ahora su población no llega a tres mil personas. La ciudad original, por haber sido construida de tierra, ha desaparecido casi entera, mientras que los franceses destriparon los conventos franciscano y dominicano, más sólidamente construidos; la miseria es ahora completa en ella y fuera hay una vasta extensión de terreno, un baldío, o zona "comunitaria" de la población, que está casi sin cultivar. Benavente y la ruta de Zamora han sido ya descritas (véase ruta LXVII). Los que no quieran ir allí pueden cruzar las llanuras directamente desde Río Seco a Zamora, trece leguas, por Bustillo, que está a casi mitad de camino.

Subiendo el Duero por Zamora llegamos a la antigua y decaída ciudad de Toro, con su hermoso puente y su agradable paseo, desde el que podemos contemplar las Almenas de Toro cantadas por Lope de Vega. Esta ciudad, como Salamanca, tiene en su escudo el puente y un toro "ladeado" de la especie de Guisando. Domina sus llanuras, esos campos que solían ser el granero de los godos. Toro es aburrida y atrasada; tiene alrededor de nueve mil almas. Las rejas de hierro de las ventanas le dan un aire de prisión, y las calles están sucias y en mal estado de conservación; el fondo civil, la Meaja, fue hace ya mucho tiempo comido por los encargados de llevar a cabo las mejoras. El viajero puede visitar el arruinado alcázar de García, en el que los franceses apostaron una guarnición. El general Duvernay tomó la ciudad, que no estaba preparada para la defensa, el 6 de enero de 1809, con solo un puñado de soldados de caballería; y es que Moore había insistido cerca de la junta de Toro para que se fortificase la ciudad, que como Zamora podría haberle servido a él de importante lugar de refugio, y como los franceses en aquella época carecían de artillería de sitio, habrían sido detenidos sin duda, con lo que se habría evitado la retirada de La Coruña, pero, como de costumbre, aquellos imbéciles, siempre aplazando las cosas, no hicieron nada.

Fue en Toro donde el Conde Duque, el ministro de Felipe IV, murió

en desgracia en 1643, perseguido, al parecer, por un espectro: el fantasma de la desaparecida grandeza de su país, que él tanto había hecho por destruir.

Toro, como es natural, tiene una plaza de toros. El arquitecto podrá observar también la torre del Reloj, la Casa de Los Fonsecas y la casa del ayuntamiento, con la fachada de la torre del Reloj, que, con sus sólidos contrafuertes, profunda entrada y arcos circulares, merece ser examinada.

Toro fue una ciudad de gran importancia en otros tiempos. Don Pedro entró en ella en 1356 por la puerta de Santa Catalina, y acabó de esta manera, con los rebeldes. Cerca de ella se libró, en 1476, la batalla entre Alonso V de Portugal y Fernando que dio la corona de Castilla a Isabel y derrotó a la facción de la Beltraneja. También fue aquí donde, en enero de 1506, se celebraron las famosas Cortes que, después de la muerte de la reina, reconocieron la autoridad de Fernando.

Saliendo de Toro y siguiendo por la orilla derecha del Duero, cerca del río Hormija, se encuentra la antiquísima abadía de San Román, fundada por el godo Recesvinto para servir de tumba a su mujer; de aquí seguimos a Villalar, donde (el 23 de abril de 1521) derrotó el conde de Haro a los comuneros a las órdenes de Juan de Padilla, acabando así con esta insurrección popular contra los favoritos extranjeros de Carlos V. Padilla fue decapitado al día siguiente en Tordesillas. Southey, siendo joven, escribió versos sobre este martirio del patriotismo populachero. La conducta de la junta fue, ni más ni menos, la que hemos visto en nuestros propios tiempos, porque mostraron, como dice Robertson, “los indicios más claros de falta de resolución, recelo mutuo y mediocridad de talante”, incapaces por igual de continuar la guerra y de hacer la paz. Padilla cayó víctima de esta mezcla general de bajeza e ignorancia; estaba casado con María Pacheco, a quien antes de ser ejecutado escribió aquella carta, sumamente conmovedora y varonil, que conserva Sandoval y que ha sido traducida por Robertson.

Tordesillas se levanta sobre sus siniestros Páramos de León, esas desnudas estepas cuyos mares de trigo son limitados solamente por el horizonte mismo; tiene un puente antiguo sobre el Duero, y por lo tanto sigue siendo importante posición estratégica. Visítese la

iglesia de San Antolín, ya que el retablo tiene una buena Crucifixión que se atribuye a Juan de Juni. El soberbio sepulcro de mármol del comendador Pedro González de Alderete fue esculpido en 1527 por Gaspar de Tordesillas; es comparable a Berruguete y fue diseñado en el estilo de las tumbas reales de Granada, con cariátides en los ángulos y figuras y ornamentos del cinquecento: el fundador yace armado con el yelmo a los pies. La otra tumba, situada en una hornacina, es inferior. El convento de Santa Clara es de buen estilo gótico, como también la capilla de Esteban López de Saldaña, 1435; obsérvense en particular el retablo y los cuatro sepulcros en sus hornacinas con figuras armadas; el arquitecto Guillén de Roan, muerto el 7 de diciembre de 1431, está enterrado cerca. Este convento ha recibido a eminentes personajes; fue aquí donde murió Juana la Loca el 11 de abril de 1535, a los setenta y seis años de edad, después de haber contemplado durante cuarenta y siete años, con celosa locura, el ataúd de su bello pero indigno marido, en el que ella había enterrado con lágrimas todos sus goces terrestres y que estaba puesto en la capilla de manera que pudiera verlo desde su aposento; triste recuerdo amorosamente mantenido. El recuerdo, ciertamente, puede ser a veces renovador de hondas tristezas, pero con frecuencia es el único amigo y consolador del triste. En el caso de Juana llegó a ser una monomanía, porque el objeto de tanta pena no la merecía y no había justicia en su aflicción ni deber en sus lamentos. No era sino puro desahogo de la egoísta lujuria del pesar, el goce de un temperamento melancólico y desequilibrado, y ¿quién puede curar una mente enferma? Lo cierto es que esta mancha morbosa salió a relucir también en sus descendientes; indujo a su hijo, Carlos V, a morir, convertido en monje, en San Yuste; matizó el sombrío fanatismo de Felipe II, y puso fin a la raza y dinastía de la casa de Austria con la imbecilidad confirmada de Carlos II, soberano que estuvo a la altura de la decadencia de su reino y su dinastía.

En este convento se alojó Bonaparte el 25 de diciembre de 1808, y escribió así en su parte de guerra: “Sa majesté avait son quartier générale dans les batimens extérieurs du Couvent Royal de Sainte Claire; c’est dans ce batimen que s’était retirée, et qu’est morte la mere de Charles V. Le couvent a été construit sur un ancient palais de Maures, dot it reste un bain et deux salles, d’une belle conservation; l’abbesse a été présenté à l’Empereur”.

En esta comarca se elabora gran cantidad de vino tinto fuerte y encabezado como el oporto; convendría hacer un desvío de dos leguas a la derecha para ir a Nava del Rey, ya que el retablo corintio de la parroquia es un noble monumento arquitectónico y escultural, obra del gran Gregorio Hernández; obsérvense en particular los dos San Juan.

Rueda, con dos mil quinientos habitantes, tiene también una buena iglesia parroquial y una bella calle larga. Es una de las mejores ciudades de la comarca, ya que la gran cantidad de buen vino que se hace aquí es fuente de beneficios para los habitantes. Los viñedos están en terreno pedregoso y accidentado; el vino se conserva en grandes barriles de roble, y se considera buen remedio contra la gota. A esta ciudad vienen los maragatos y los comerciantes de vinos del norte a hacer sus compras, trayendo hierro y productos coloniales para el trueque. En Rueda, como en El Bodón, el Tormes, Zubiri y tantos otros lugares, bastaron solamente el nombre y la presencia del Duque para salvar a su ejército durante la retirada de Burgos; fue aquí donde Caffarelli, el 21 de octubre de 1812, con cuarenta mil magníficos soldados franceses de infantería y cinco mil de caballería, se enfrentó con “menos de veinte mil británicos y portugueses”; a pesar de tal superioridad numérica, el enemigo rehusó presentar batalla; y así, protegido por el halo de su gloria, pasó el Duque sin que nadie le molestase, y esto fue lo que escribió a este propósito: “Quedé muy sorprendido cuando vi cómo lucharon los españoles, y cuando vi el conjunto del ejército enemigo me pareció muy claro que me iban a comer vivo. Pero he salido muy bien del paso más serio en que me he visto en mi vida” (parte de guerra del 31 de octubre de 1812). Este paso fue causado por nuestros ministros ingleses, así como por Ballesteros en España, mientras que el haber salido de él fue resultado de la táctica superior con que el enemigo quedó intimidado, puesto en inferioridad de condiciones tácticas y desconcertado. Nada ha superado jamás la serenidad, presencia de ánimo y dominio de sí mismo del Duque; se mantenía tranquilo en medio de los mayores peligros, apoyándose en la certidumbre de que sabría estar a la altura de cualquier emergencia; el carácter de Turena, como nos lo presenta Michaud (Bio. Uni., XLVII, 59), podría serle aplicado con mucha mayor propiedad a nuestro héroe inglés: “Conservant dans ses revers comme dans les succés ce calmes stoïque, ce sangfroid

imperturbable, qui sert si bien a réparer les uns et a compléter les autres, il resemble plus qu'aucun de nos grands hommes aux Héros de l'Antiquité, marchant toujours a son but du meme pas, ne s'emportant jamais, et repoussant par son calme et sa froide raison les sottes prétensions et mémes les injures".

Medina del Campo, la ciudad de la llanura (Methimna Campestris), es otro importante punto estratégico, ya que equidista de Zamora, Salamanca, Palencia, Ávila y Segovia, por estar a cosa de catorce leguas de cada una de estas ciudades. La ciudad está situada junto al pantanoso Zapardiel, cuyas aguas abandonadas son foco de pestilencia. Los moros habían corregido esto abriendo un canal que también servía para la irrigación; solo quedan algunos restos de su obra, que pueden ser observados en La Cava, porque todo, como de costumbre, fue abandonado a la ruina por sus sucesores.

Medina fue la capital del Campo o comarca llana que es una de las mejores zonas trigueras del mundo; el trigo vale aquí alrededor de veinticinco chelines la arroba, pero por falta de carreteras y medios de transporte es preciso añadir otros dieciocho chelines para cuando haya llegado a bordo de un barco en Santander, desde donde costará seis chelines llevarlo a Inglaterra.

Medina fue en otros tiempos Corte real y emporio muy frecuentado; se dice que la población llegó a ser de cincuenta mil personas, pero ahora a bajado a tres mil. Sin embargo, ya en 1532, el obispo de Mondoñedo la describía así: "Esta ciudad, a mi manera de ver, no tiene ni suelo ni cielo, porque los cielos están siempre cubiertos de nubes y el suelo de suciedad, de tal manera que si el vecindario la llama Medina del Campo, nosotros, los cortesanos, la llamamos Medina de la suciedad. Tiene un río que es tan hondo y peligroso que los gansos en el verano lo pasan en seco". Cartas de Guevara, página 101, según traducción de Fellowes, Londres, 1584.

La ciudad fue saqueada en agosto de 1520 por los comuneros, cuando Antonio de Fonseca y sus patriotas incendiaron novecientas casas. Nunca se repuso del todo de esto, y durante la reciente guerra fue empobrecida por los frecuentes pillajes y exacciones de los franceses. La iglesia de San Antolín fue fundada en el año 750 y hecha colegiata en 1480, de cuya fecha son la torre y las figuras que dan la hora. El retablo es de mucha grandiosidad y consta de cinco

órdenes, con la vida de nuestro Salvador y ornamentos de Berruguete. El crucifijo es obra de Gaspar Becerra; la sillería del coro, dórica, procede de Guadalupe. El hospital fue construido por Juan de Tolosa en 1591 para Simón Ruiz Embito, el Heriot de esta ciudad. Como de costumbre, está sin terminar, porque la mayor parte de los fondos fueron comidos por la junta y el resto se invirtió en juros, o valores del gobierno, todo lo cual se perdió en la habitual bancarrota nacional. El patio es grande. El retablo que hay en la capilla está adornado con un milagro del caritativo San Diego. Obsérvense la reja de hierro y la tumba del fundador, arrodillado con sus dos mujeres, y el retrato pintado por Pantoja de la Cruz. Parte del hospital fue convertido recientemente en cuartel de caballería.

Las carnicerías de la ciudad son muy admiradas, ya que el patio, con columnas de granito, fue construido en 1526 por Gaspar de Vega. Obsérvese la plateresca Casa de las Dueñas y paséese por el Chiopal. Visítese el Castillo de Mota, construido en 1440 por Fernando de Carreño para Juan II sobre el solar de la romana Methimna. Isabel encargó a Alonso Nieto que lo ampliara en 1479. Remata la eminencia y su esbelta torre del Homenaje tiene las torrecillas en los ángulos, cosa tan corriente en estas comarcas. Aquí el notorio César Borgia estuvo encerrado dos años, hasta que consiguió escapar con ayuda del conde Benavente. Y también aquí, un poco antes del mediodía del miércoles 26 de noviembre de 1504, murió Isabel, en el año quincuagésimo cuarto de su edad y trigésimo de su reinado. Pedro Mártir, escribiendo el mismo día desde este mismo lugar al conde de Tendilla y a Talavera, el buen arzobispo de Granada, resume de esta manera, el justo elogio de su señora, modelo de su sexo y la soberana más pura que jamás blandió cetro: “Cadit mihi prae dolore dextra; orbata est terrae facies mirabili ornamento, inaudito hactenus: in sexu namque foemineo et potenti licencia nullam memini me legisse, quam huic natura Deusque formaverit, comparari dignam” (Epis., 279). Su cuerpo fue llevado a Granada en diciembre, después de un viaje lleno de horrores, por rutas sin caminos, entre tormentas y torrentes, de todo lo cual, Pedro Mártir, que acompañó a su señora a su último hogar, ha dejado un fiel relato.

De aquí a Valladolid hay ocho leguas, bien volviendo a Tordesillas o

tomando el camino directo a Puente del Duero, y torciendo de aquí para Simancas, donde están enterrados los archivos de España, mina de información histórica todavía por explorar. La ciudad y el castillo se levantan audaces en el lado opuesto del Pisuerga, que aquí se cruza por un puente de piedra de diecisiete arcos, que los franceses destrozaron el 8 de septiembre de 1812, al retirarse ante el Duque. El río es profundo y rápido, y los proverbios dicen: El Duero lleva la fama, y Pisuerga lleva el agua; Duero y Duratón, Arlanza y Arlanzón, en el puente de Simancas juntos son. Como el Guadiana y el Guadalquivir, su corriente es turbia y descolorida a causa de los terrenos arcillosos por donde va abriéndose camino. Algunos geógrafos hacen de este río la línea divisoria entre León y Castilla la Vieja.

Simancas fue una ciudad y un castillo que originariamente perteneció a los Henríquez, los grandes almirantes de Castilla, hasta que les fue arrebatado por los Reyes Católicos y destinado a los archivos nacionales. El fuerte edificio, que se levanta sobre el río, era lugar seguro y bien escogido cuando la Corte residía en las cercanías, pero ahora su distancia desde Madrid lo hace muy incómodo, y El Escorial serviría mucho mejor. El interior fue reformado para Felipe II por Herrera, Berruguete y otros (véase Ceán Bermúdez, Ar., II, 325). Los documentos estaban completos desde 1475. La mayor parte de los anteriores fueron destruidos por los comuneros en 1520.

Los relativos a Sudamérica fueron enviados a Sevilla en 1783. Los franceses, al llegar, en 1809, a Simancas, se quedaron con los documentos relativos a su diplomacia con España y al cautiverio de Francisco. Fue en vano que Fernando VII, con la Restauración, se los reclamara a sus parientes Borbones, porque pocos volvieron. Peor destino esperaba a muchos documentos que no tenían interés para los franceses, ya que Kellermann los usó como papel viejo; sus soldados encendían sus fuegos con los archivos y deshacían legajos para usar la cuerda con que estaban atados. En vano se quejó José a Bonaparte; los preciosos documentos fueron destruidos a carretadas, como vio personalmente Manuel González, que nos lo contó a nosotros allí mismo. Las tropas francesas estaban acuarteladas en las estancias, y no contentas con la destrucción diaria durante su estancia allí, cuando evacuaron el castillo lo incendiaron todo, a

manera de regalo de despedida; entonces el ala norte quedó destruida por el fuego y luego ha sido reconstruida. Los restos de las devastaciones de Kellermann y del fuego en Simancas fueron completamente reorganizados por don Tomás González, canónigo de Plasencia, que con su hermano clasificó los documentos más curiosos y los puso en el Patronato viejo y en el cubo.

Visítese primero la capilla antigua de la familia Henríquez, con techo azul y oro, y una sala ricamente decorada por Berruguete. Todos los viajeros preguntarán, naturalmente, por la clase de documentos que más les interesen. Entre los de curiosidad general obsérvense El Becerro, el libro de nobleza de Alonso XI; el acta original de capitulación de la toma de Granada, firmada por la reina; los títulos de propiedad del Soto de Roma, propiedad ahora del duque de Wellington; las cuentas del Gran Capitán y muchos de sus comunicados originales, escritos con letra suelta y grande; la recámara, o sea, los inventarios de las joyas de Isabel, su biblioteca y sus tesoros de Segovia; y las espadas: entre estas se distingue la Tizona del Cid, la Giosa del bel cortar de Roldán y la que le sirvió para dividir los Pirineos; nótese en particular la última voluntad de Isabel, que es un pergamino firmado por ella el 12 de octubre de 1504 en Medina del Campo; el codicilo de Carlos V, San Yuste, 9 de septiembre de 1558, escrito con letra temblona, y en el que, sin embargo, se ordena la extirpación de los herejes. Hay muchas cartas de Carlos V y de Felipe II y su digna esposa, nuestra María la Sangrienta; muchos y curiosísimos documentos relativos a la Armada Invencible, sus pertrechos y gastos. Los documentos relativos a nuestra Isabel, entre 1558 y 1576, han servido de base para el admirable trabajo de González (Memorias de la Academia de la Historia, vol. VII, 249); también preparó, basándose en los documentos originales, La retirada, o retiro de Carlos V en San Yuste. Los borradores de los despachos de Felipe II a sus ministros y embajadores son numerosísimos: están corregidos y tienen añadidos entre líneas de su propia letra real, suelta y poco vigorosa.

En la llanura que hay abajo se libró (el 19 de julio del año 939) una de las batallas más sangrientas entre moros y cristianos. El puente de Simancas merece ser examinado, como también lo merece la vista que se ofrece al pasarlo al otro lado, con el castillo que se levanta ante uno. El famoso rebelde irlandés Hugh Roe O'Donnell

murió en Simancas el 10 de septiembre de 1602; había huido después de la derrota de Kinsale con muchos de sus seguidores a pedir refugio a Felipe III, por ser el más decidido enemigo de Inglaterra. Había estado languideciendo algún tiempo en La Coruña, angustiado por la esperanza postergada de promesas rotas, y cuando estaba de viaje para ir a meter prisa al rey murió aquí, maldiciendo a la púnica España y recordando su dulce Argos. Desde esta fecha comenzaron a llegar sacerdotes, fugitivos y patriotas irlandeses para asentarse en España y de ellos han descendido los Blakes, O'Donojus y otros, que fueron los más amargos oponentes de su gran compatriota el Duque en sus esfuerzos por liberar a su recién adoptada patria.

No tardamos en entrar en Valladolid por su noble Campo Grande. La mejor posada es el parador de las diligencias, que lleva la Bilbaína.

Valladolid, la romana Pincia, era llamada por los moros Belad-Ualid, o sea, la ciudad o tierra de Ualid (El Ueléed I), bajo cuyo califato fue conquistada España. Algunos españoles a quienes no gustan los recuerdos moros derivan el nombre de Valle de Lid, o sea, el escenario de la lucha; otros de Vallis Oliveti, habiendo pocos olivos en esta comarca fría y elevada. Belad-Ualid fue reconquistada en el año 920 por Ordoño II, que erigió un león esculpido como recuerdo de su victoria en el lugar del león de la catedral. La comarca fue concedida por Alonso VI a su yerno, el gran conde Rodrigo González Girón, que dio a la ciudad su escudo de armas, "tres banderas en gules de oro". Algunos heraldos, sin embargo, afirman que esos jirones son "llamas de fuego"; para otros son "olas del río"; posteriormente se le añadió una orla de ocho castillos.

Cuando se extinguió la línea masculina de los Girón, el feudo fue concedido de nuevo, en 1090, al conde Pedro Ansúrez, que es el verdadero fundador de la moderna Valladolid; fue él quien reconstruyó el puente, San Nicolás, La Antigua y el hospital del Esgueva. Murió dejando solamente una hija, y el feudo revirtió enseguida a la corona. La ciudad fue aumentando gradualmente en población y riqueza; sobre todo a comienzos del siglo XV, cuando se convirtió en residencia de Juan II. Entonces, según dice el proverbio, no tenía igual en toda Castilla: Villa por villa, Valladolid

en Castilla. Bajo Carlos V fue adornada con magníficos edificios y su hijo Felipe II, que nació aquí, favoreció también a su ciudad natal; le dio el título de ciudad en 1596, habiendo conseguido que Clemente VIII la elevase a obispado el año anterior.

Madrid prosperó sobre la decadencia de Valladolid, ya que cuando la Corte la abandonó se secaron las fuentes de su prosperidad. Felipe III, dándose cuenta de lo mucho mejor que era la situación de la antigua capital que la de la advenediza y nueva, decidió restablecerla y abandonó Madrid en 1601; pero al cabo de cinco años de ausencia se llegó a la conclusión de que el intento era imposible. De esta manera, se abandonó una situación junto a un buen río, en una comarca rica y fértil, abundante en grano y combustible y dotada de mejor clima, a favor de un desierto sarnoso, expuesto a los mortales vientos del Guadarrama. Navagiero da detalles de lo que era Valladolid en su época de gloria, llena de ricos nobles y comerciantes extranjeros establecidos aquí a causa de su cercanía a las grandes ciudades y ferias; y tampoco escaseaban los placeres sociales, pues, como él mismo observa, “se vive con qualque poco meno de severità, che non si fa nel resto de Castiglia”. Tenía entonces más de cincuenta mil habitantes, y ahora apenas si llegan a veinticuatro mil.

Valladolid fue languideciendo despacio, al mismo ritmo que la decadencia de España, hasta la invasión francesa, que fue cuando la ruina cayó sobre ella con terrible celeridad: Bonaparte mismo dio la señal; aquí residió y se paseó entre el 6 y el 17 de enero de 1809, mientras derrotaba a Moore en sus comunicados. Aquí escribió parrafadas en elogio de los benedictinos, para ser leídas en París, mientras dirigía ejecuciones de monjes para ser vistas en Valladolid. Aquí, en su presencia, como en Burgos, huyó la esperanza y se despidió la misericordia suspirando; su primer feu de joie fue el incendio de los Trinitarios Descalzos, que quedó completamente destruido, con el espléndido retablo de Berruguete, en la tercera noche de su llegada. A continuación demolió el colegio dominicano, el más grandioso edificio de la ciudad, en vista de lo cual sus imitadores procedieron a destripar el Carmen de los Calzados, en el que echaron abajo el retablo de Hernández, hicieron pedazos sus mejores obras, porque había vivido y muerto en este convento, profanaron su tumba y convirtieron la capilla en un hospital. Luego

saquearon el San Juan de Letrán y robaron las pinturas de Rincón. A continuación vaciaron el magnífico convento de los Agustinos Calzados, convirtiéndolo en almacén de paja; ahora es un cuartel. Y, finalmente, arruinaron por completo San Pablo y profanaron Santiago, destruyendo las obras maestras de Juni y Tordesillas.

La ciudad había sido saqueada anteriormente, el 26 de diciembre de 1808, el día en que los invasores entraron en ella por primera vez; después se convirtió en cuartel general de Kellermann, quien, digno sucesor de Bessiéres, no perdonó iglesia ni choza, edad ni sexo, hombre ni bestia. Luego se han hecho algunas restauraciones parciales; pero los empobrecidos ciudadanos ya no podían emular a sus más afortunados antepasados; con lo justo apenas para vivir, carecían de un excedente, lo único que permite realizar grandes obras, obra de lo que sobra, y lo poco que se hizo en estas circunstancias sirvió de poco; luego las guerras civiles y las confiscaciones han terminado de hacer lo que había comenzado el enemigo extranjero; y hay pocas ciudades en España en las que el amante de antigüedades y cosas de religión se sienta tan apenado como en Valladolid. En ningún otro sitio se ha mostrado más activa la reciente destrucción; véanse, si no, San Benito, San Diego, San Francisco, San Gabriel, etcétera, casi desaparecidos, sus preciosos altares rotos, sus magníficos sepulcros hechos pedazos; de aquí el triste contraste entre la actual situación y los tesoros de arte y religión de que hablan los viajeros anteriores.

Valladolid está situada a la orilla izquierda del Pisuerga, que aquí se une con el Esgueva; este último divide la ciudad haciendo de alcantarilla. Estos ríos a veces se desbordan, causando infinitos daños. La inundación del 4 de febrero de 1636 destruyó calles enteras. La abundancia de agua, sin embargo, favorece el cultivo. Las alamedas a la orilla de los ríos son agradables; al nordeste está El Prado de la Magdalena, junto al Esgueva, cruzado por el puente central de las Chirimías. Sobre el Pisuerga se encuentran El Espolón nuevo y El Plantío de Moreras, agradables y sombreados caminos que conducen al magnífico puente, o, mejor dicho, puentes, porque en vista de que el antiguo era estrecho, el conde de Ansúrez hizo construir otro a lo largo de este. La gran alameda suburbana está en el Campo Grande.

Valladolid está situada en un valle cóncavo; a la orilla derecha del Pisuerga, las colinas en declive parecen estériles y arcillosas, con estratos o tiras rojizas. El Canal de Castilla, que comienza en Alar del Rey, termina en Valladolid, y si llega a ser terminado algún día, contribuirá en gran medida a restituir a la comarca parte de su antigua prosperidad. La universidad tiene casi dos mil estudiantes y en este momento es probablemente la primera de la Península.

Valladolid es capital de su provincia y residencia del capitán general de Castilla la Vieja; la sede episcopal es sufragánea de la de Toledo. Tiene dieciséis parroquias, una academia de bellas artes, una universidad, un liceo, un museo nuevo, una biblioteca pública, hospitales; casa de expósitos, los establecimientos públicos habituales y una audiencia. La ciudad tiene pocas atracciones sociales; el clima es húmedo en invierno y frío a causa de su altura, mientras en verano el sol quema implacablemente; a pesar de todo no es malsano, como Madrid. Los habitantes son auténticos castellanos viejos, graves, corteses y honorables. Aquí murió Colón, el 20 de mayo de 1506; aquí nació Felipe II, el 21 de mayo de 1527. Por lo que se refiere a historias locales consúltense: Las excelencias de Valladolid, Antonio Daza, duodécimo, Valladolid, 1627; y especialmente para la hagiografía del santo patrono, San Pedro Regalado: Viaje artístico, octavo, Isidoro Bosarte, Madrid, 1804, página 99; Ponz, Viaje; estos libros describen los tesoros artísticos existentes antes de la invasión. El Compendio histórico descriptivo, publicado por Julián Pastor en 1843, es útil y contiene un catálogo de lo que se exhibe en el nuevo museo. Hay un mapa de la ciudad de Diego Pérez Martínez.

El Esgueva es la imperfecta aorta y alcantarilla de la ciudad. Comenzaremos nuestra visita por el puente de las Chirimías, manteniéndonos en la orilla derecha: en la primera calle está la sede de la Inquisición, la cancillería y la prisión, siendo esta última la consecuencia natural de tales tribunales, instrumento con demasiada frecuencia de la superstición y la injusticia. La gran cancillería o tribunal de apelaciones del norte de España fue establecida aquí por Juan II en 1442 y trasladada al edificio actual por los Reyes Católicos, que, con este objeto, confiscaron la casa del malhadado Alonso Pérez de Vivero. Sobre el patio de esta cancillería se lee el lema Jura fidem ac poenam reddit sua munera

cunctis, lo que, para todos los que sepan lo que es la justicia española, por no hablar de las cancillerías en general, parece una amarga burla, un añadir el insulto a la herida.

Esta cancillería era para el norte lo que la de Granada para el sur, o sea, un monopolio; como las distancias desde otras provincias eran grandes e incómodas, fue dividida en 1835, y se estableció en Burgos una audiencia, más cerca de los demandantes de Aragón y Cataluña. Anteriormente, por muy ruinoso que ello resultase para los demandantes, era beneficioso para los leguleyos y para Valladolid, ya que fomentaba la residencia de gente de ley y era causa de un influjo de clientes, testigos y estudiantes, de aquí que la jurisprudencia haya sido siempre, y sea todavía, uno de los estudios principales de la universidad de esta ciudad. La jurisdicción de la Audiencia de Valladolid se extiende sobre novecientas sesenta y cinco mil trescientas almas; el número de personas juzgadas en 1844 ascendió a tres mil doscientas cincuenta y seis, o sea, una por cada doscientas noventa y seis personas.

Pasando a continuación a la plaza de San Benito el Viejo y luego a la más grande del Palacio, se ve el palacio real de Felipe III. Aunque el exterior es bastante vulgar, tiene una noble escalinata de Berruguete y dos patios; el menor de estos se llama El zaguán, y el mayor tiene una buena galería, la Saboya, que fue restaurada para Fernando VII por Pedro González; obsérvense también los bustos de monarcas españoles. En esta casa se alojó Bonaparte y, viendo por la ventana todas las mañanas dos de los más nobles ejemplos de arte gótico del mundo entero, los destinó ambos a la profanación y la ruina. El primero era el convento dominicano de San Pablo, que fue reconstruido en 1463 por el cardenal Juan Torquemada, que había sido en un principio monje del más antiguo de los dos conventos y feroz inquisidor de Sevilla. La rica fachada, atribuida a Juan y Simón de Colonia, consta de dos partes: obsérvense el bello portal y el intrincado óvalo con figuras y hornacinas labradas; la parte superior está coronada por las armas del cardenal duque de Lerma, su protector después, que fue enterrado aquí; su magnífica tumba está en el Museo. La iglesia es elevada y noble, pero está desfigurada por un ruin y moderno altar mayor, levantado en lugar del antiguo, que era magnífico y que los franceses hicieron pedazos. La pintura de San Pablo ciego es de Bartolomé Cárdenas;

obsérvense los bellos portales a ambos lados del altar y el techo, que por estar fuera del alcance no ha sido dañado. Las exquisitas estatuas de Hernández, un bellísimo sepulcro, los cuadros, la plata, la biblioteca, etcétera, todo fue arrebatado de allí por una frase de Bonaparte: "Sa majesté", dice él de sí mismo, "a ordonné la suppression du Couvent des Domincains, dans lequel un Francais a été tué"; pero incluso este pretexto era falso, porque un testigo ocular y sobre el terreno nos aseguró que ese soldado había muerto víctima de sus propios y brutales excesos. San Pablo fue convertido a continuación por los invasores en almacén de forraje, ¡y ahora es cárcel de galeotes y guarida de ladrones!

Junto a San Pablo está el dominicano colegio de San Gregorio, fundado en 1488 por el obispo Alonso de Burgos. El arquitecto fue un cierto Macías Carpintero, de Medina del Campo, que se suicidó en 1490, raro caso en la oriental España, donde el suicidio es prácticamente desconocido por ser contrario al fatalismo de sus principios y a su singular resignación; sus planos, a pesar de de todo, fueron realizados. La fachada gótica si ello es posible, es más compleja que la de San Pablo; obsérvese la labor de cestería de árboles, escudos de armas, hombres y muchachos enardecidos, todo ello entretejido. La cornisa a lo Berruguete, con cabezas, guirnaldas y ángeles es posterior y de otros artistas. Para este, en otros tiempos, magnífico templo, Juan de Juni talló un gran retablo, en el que se representó al fundador arrodillado; fue enterrado allí delante de él y su efigie, vestida con sus ropones episcopales, yacía sobre un sarcófago de mármol, semejante a las tumbas reales de Granada, obra atribuida por algunos a Berruguete; y el lema Operibus credite aludía tanto a las buenas obras del artista como a las del perlado. Fue magnífico protector de las artes y la cultura, y amigo y confesor de Isabel; su biblioteca era soberbia, y parte de la estancia conserva, a pesar de todo, su espléndido techo de artesonado, porque Bonaparte dio orden de que se destruyese el edificio, lo que se, hizo; los fragmentos, en patios, entradas, etcétera, esperan ahora solo su final demolición, porque España por lo menos, se muestra enérgica en destrucciones.

Detrás del palacio está la calle de León, llamada así a causa del león que hay tallado sobre la casa número 2; de aquí se pasa, por la plaza de los Leones y San Miguel, subiendo por una calle estrecha, a

la de El Almirante, enfrente de cuya antigua mansión, con curiosas ventanas, se encuentra el penitencial de las Angustias o Santa María de las Angustias. La fachada se ve mejor desde el espacio abierto que hay delante; según una inscripción que hay encima del coro fue construida por Martín Sánchez de Aranzamendi en 1604, según bocetos, al parecer, de Herrera; la parte inferior de la fachada corintia contiene buenas estatuas de San Pedro y San Pablo y una Pietá. El interior fue, en otros tiempos, museo de escultura pintada, pero la mayor parte de las piezas mejores han sido llevadas al museo. El Cristo muerto en los brazos de la Virgen, de Hernández, era una composición del dolor materno digna verdaderamente de Miguel Ángel. El retablo, de orden corintio, con ornamentos negros y oro, contenía la Anunciación; y todavía se guardan aquí varios pasos; visítese esta capilla para ver la famosa Dolorosa de Juan de Juni, instalada en una capilla churrigueresca bajo un templo de oropel rojo y dorado. También se llama La señora de los cuchillos, por las siete espadas que perforan su pecho (compárese con la flecha de tres lengüetas que hirió a Juno, Ilíada, E, 393); las hojas son modernas y estropean la imagen, que es una obra maestra de Juni y está tallada en pino de Soria; es de tamaño mayor que el natural y está vestida como una viuda y sentada sobre una roca. Nada más hondo que su expresión de dolor; pero los naturales no pueden haber sentido nunca esta obra de arte, ya que un conde de Rivadavia quiso cubrir sus nobles ropajes con elegancias modernas; y cuando la figura fue sacada como paso en una Semana Santa, cosa para la que no había sido pensada, los escultores de tallas normales portátiles se rieron de ella, llamándola “la zapatuda”, o sea, la mal calzada. De esta manera, el arte y la religión se vieron degradados por igual.

Saliendo de las Angustias, llegamos al Esgueva, cuyos puentes, arcos y calles estrechas y saledizas son interesantes. Cruzando el Puente de Magaña está la plaza de la universidad, fundada en 1346 por Alonso XI y actualmente una de las más frecuentadas de España, sobre todo por estudiantes de jurisprudencia. Siempre ha sido el criadero de la Justicia, la harpía de España, que ha hecho por el empobrecimiento de este país más que la peste, la plaga, la sequía o la guitarra, esa causa y efecto, ese instrumento y excusa de la holgazanería, Los dos colegios, uno para los escoceses y el otro para los ingleses, se han reunido ahora en uno solo, también para los

irlandeses. La universidad ha sido modernizada; pero queda todavía un antiguo portón gótico que lleva a la calle de la Librería. La fachada está sobrecargada de ornamentos churriguerescos, corintios y otros de difícil clasificación, y de un aborto de pesadas estatuas que pasan por representar esas ciencias que aquí son reducidas a cero. El interior no es tan malo; el altar de la capilla está rodeado por una baranda de hierro y cuando se conceden grados honorarios se llena de doctores. En la sala del claustro hay algunos retratos de segunda categoría que representan a reyes españoles.

Cerca de la universidad está lo que fue el Colegio Mayor de Santa Cruz, uno de los seis colegios mayores de España. Fundado en 1494 por el cardenal Pedro González de Mendoza, fue construido por Henrique de Egas. El excelente gótico se ve bien desde su plaza. El frontón es complejo y la cornisa y el pretil notables. El fundador se arrodilla ante la Virgen sobre la puerta tachonada. Desgraciadamente, en 1719, ciertos intentos modernos de "embellecer y reparar" han estropeado el efecto de conjunto. El colegio está bien conservado; obsérvense el patio, los ornamentos esféricos, las armas del fundador y los balaústres.

Este edificio fue destinado recientemente a museo y en él se han reunido los cuadros, las tallas y las imágenes de los conventos suprimidos. Los cuadros indiferentes están dispuestos en tres galerías en el patio, mientras que los que son algo mejores se encuentran en salones aparte, en el interior. En la segunda galería está la magnífica biblioteca del colegio, que consta de unos catorce mil volúmenes y es muy rica en derecho civil y topografía; aquí se conservan también algunos mapas y monedas. El jardín delantero es sencillo y decoroso.

El viajero debe guiarse por el museo con ayuda de los números del Compendio de Pastor, el cual, aparte de esto, tiene tan poca información artística e histórica como un catálogo de subastas. No se ha hecho ningún esfuerzo por distinguir a los pintores más antiguos, ni hay pista alguna que indique a la posteridad de qué convento proceden sus cuadros. Muchos de los cuadros primitivos son curiosos, pero gran parte de la colección carece de valor. El arte pictórico no ha sido nunca tan estudiado como el escultórico en esta provincia de León, y los mejores pintores eran extranjeros, como

Vicente Carducho, Rubens, Arsenio Mascagni, florentino; Bartolomé Cárdenas, portugués, 1547-1606, protegido por Lerma y Felipe II. Los cuadros de Rubens, Diego Valentín Díaz y Diego Frutos (estos dos últimos, pintores indígenas) son los que más atención merecen. Los otros objetos dignos de atención son los bronces de P. Leoni y la escultura de madera pintada; de esta última las mejores piezas son de Berruguete, Juan de Juni y Hernández. Aquí hay dioses y diosas de todos los colores y edades. Estas imágenes, quitadas ahora de sus altares, están en cierto modo destronadas del Olimpo, y su prestigio ha desaparecido; se han convertido en objetos de admiración de artistas, y de pena, por no decir ridículo, para los protestantes, en lugar de veneración y temor. Esto es, ciertamente, un panteón, y la lujuria de la vista queda más que saciada. La severa, incolora y desnuda simplicidad de los griegos ha sido metamorfoseada aquí en muñecos colosales y abigarrados y vestidos de oropel. Por errada que esté la piedad que llegaba a adorarlos y también el mal gusto que obligaba al artista a degradar así su talento, es imposible negar el sorprendente mérito de algunas de estas obras. Este museo es la creación del accidente y de la energía individual. Don Pedro González, director de la academia, gracias a su propia actividad y amor por el arte, rescató estos restos del incendio en un momento de vandalismo general. Fue él el único en hacerlo, y a él pertenece la gloria, porque la Diputación Provincial, verdadera junta española, no se cuidaba en absoluto de estas cosas, y la única ayuda que prestó consistió en enviar seis galeotes para que transportaran los objetos: cosas de España.

Antes de entrar conviene decir algo sobre dos grandes escultores cuyas obras apenas han salido de la aislada España; el primero, Juan de Juni, el Herrera el Viejo de la escultura castellana. Sintió el estilo grandioso y audaz de Miguel Ángel y emancipó la escultura de las tímidas ataduras de las actitudes convencionales, lo mismo que hizo Dédalo entre los antiguos. Nada se sabe sobre su país o nacimiento, y Ceán Bermúdez piensa que fuese italiano. Es cierto que estudió en Italia y fue traído a España por Pedro Álvarez de Acosta, obispo de Oporto, y después de León y Osma. Juni era anatomista mucho más profundo que la mayor parte de los españoles. La Inquisición, al prohibir la disección, mantuvo la cirugía en manos de los barberos; y al mismo tiempo, al prohibir la desnudez, hizo que le bastase al artista conocer los ropajes, no ya la

anatomía. Juni, fogoso y enardecido, audaz y erudito en la ejecución, se mostraba a veces exagerado en las actitudes, su manera podía calificarse de lo que los alemanes llaman sturm und drang, o sea, tormenta y furia; pero significaba algo, expresaba la acción sentimental, tal y como encaja en el temperamento apasionado del sur. Como trataba de expresarse científicamente, sus formas lindaban con frecuencia en la contorsión y su color era excesivamente florentino, duro y rígido, semejante, ciertamente, al de su amigo Berruguete, discípulo de Miguel Ángel como él, y los tres, arquitectos, escultores y pintores; pero la flexibilidad y la transparencia de la piel se pierden siempre en la escultura pintada. Juni, como su gran maestro, gozaba con los audaces golpes del cincel, como lleno del orgullo consciente de su maestría sobre una materia difícil, que entorpece constantemente a mentes inferiores; los tres triunfaron como creadores, induciendo el espíritu divino de la vida en bloques insensibles.

Su sucesor, Gregorio Hernández, nació en Galicia en 1566, pero vivió siempre en Valladolid, donde murió el 22 de enero de 1636. Muchas de sus mejores obras fueron quemadas o rotas por los franceses, que destruyeron su tumba y esparcieron sus cenizas por el polvo, lo mismo que hicieron con las de Velázquez y Murillo; Hernández fue el Murillo de la escultura castellana; era amante de las pasiones más suaves, e idolatraba la naturaleza con preferencia al ideal. Evitaba la violencia de Juan de Juni y su estilo anatómico de actitudes afectadas. Su alma estaba en su trabajo, y un sentimiento religioso hondo y verdadero elevaba su vocación al alto carácter del artista fundido con el sacerdote. Sentía la tremenda responsabilidad del que es creador, no solo de “madera y piedra”, o simples objetos de belleza y arte para ser admirados, sino, más bien, de representaciones de la deidad, ante las que hay que inclinarse y rezar. Él, como Angélico de Fiesole y Juanes, nunca se puso a su tarea sin antes purificar su alma con la plegaria y tratar de elevar su mente a la altura de su santo trabajo; de esta manera, su arte refinado hacía inteligibles estos conmovedores y patéticos pasajes de las sagradas escrituras, que de otra manera, al negarse al pueblo el acceso a la Biblia traducida, habían de quedar enterrados en una lengua ininteligible; él hablaba a los muchos a través del lenguaje, universalmente comprendido, de los ojos, y de esta manera, hizo que la escultura se convirtiese en un medio de educación religiosa,

porque raras veces prostituyó sus manos al engaño y la hagiología monacal. Verdaderamente devoto, sus actividades de reposo eran caritativas: cuidaba de los enfermos y enterraba a los que habían muerto sin amigos. Visítese, por lo tanto, su humilde morada, donde vivió veintitrés largos años y produjo tan inmortales obras.

Hay mucha obra vulgar en este museo. Como en Granada, los franceses y los españoles se han llevado de aquí la mayor parte de lo mejor. La escultura y los cuadros de Rubens están abajo; las pinturas, arriba. Empezando en la entrada del museo (página 85 del catálogo), vemos el retrato del fundador, el gran cardenal Pedro González Mendoza, durante largo tiempo el Tertius Rex de Castilla. Quién fue y qué fue este poderoso eclesiástico se lee detalladamente en su interesante Chronica de el gran cardenal de España, Pedro de Salazar, folio, Toledo, 1625. En la Galería primera hay algunos malos cuadros de conventos franciscanos. La sillería del coro, de nogal tallado, dispuesta alrededor en la estancia, y algunas estatuas, son mejores. Pasando al salón grande, número 4, hay una Virgen con el Niño, de Francisco Meneses, el discípulo favorito de Murillo. La escalera principal tiene colgados retratos de monjes y venerables frailes ahora olvidados. En la galería segunda obsérvense los números 1 y 2, Capítulos celebrados en Valladolid y Roma, pintados por Diego Frutos. Los números 3 a 24 representan diversos Pasajes de la vida de Fray Pedro Regalado, el santo patrono de Valladolid, cuya comprensión requiere consultar la Vida, escrita par Daza, que dedica doscientas cuatro páginas a tales imposturas y tonterías que, de no ser porque están verdaderamente impresas, nadie creería posible que hayan podido ser tomadas en serio por seres dotados de inteligencia. En la escalera segunda, número 15, San Francisco dando de comer a seis mil frailes en el desierto, en imitación de Cristo; Diego Frutos. En el número 4, el mismo santo resucita a treinta muertos al mismo tiempo; en la galería tercera hay otros treinta cuadros sobre los sorprendentes milagros de Regalado, etcétera, y una serie de malos retratos de monjes benedictinos.

Pero dejemos estos temas bochornosos y tristes pruebas de la sujeción del arte a bajos fines y entremos en el gran salón, que tiene ciento veintisiete pies de longitud por veinticinco de ancho y cincuenta de alto (véase página 45 del catálogo). Aquí están las famosas pinturas de Rubens, que constituyeron durante largo

tiempo el orgullo del convento de Fuensaldaña; enviadas al Louvre por los franceses y recuperadas después de Waterloo, fueron muy abandonadas por las monjas, que carecían incluso de medios para enmarcarlas. Los temas son: número 1, una Asunción de la Virgen; número 12, San Antonio de Padua; número 14, San Francisco recibiendo los estigmas. Los españoles, que, por mucha antipatía que sientan por los extranjeros, son admiradores de cosas extranjeras, se pasman ante estas composiciones chillonas y deshilvanadas, que no resistirían la comparación con Velázquez o Murillo ni más ni menos que un percherón flamenco con un potro andaluz. La Asunción es la más grande y la mejor de estas pinturas, pero los santos son flamencos corrientes y sensuales, mientras que los querubines, con sus pelucas, no tienen nada de angélicos. El paisaje que hace de fondo al San Francisco es muy bello, pintado en esos sobrios tonos grises que Rubens tuvo que haber tomado de Velázquez; el número 4, San Diego, de Vicente Carducho, 1585-1638; número 4, una Anunciación, de José Martínez, que vivió en Valladolid en el siglo XVI, e imitó la escuela florentina. Este cuadro se salvó de San Agustín, donde los franceses destruyeron los otros que había allí, junto con los espléndidos azulejos, terminados en 1598 sobre diseños de Martínez. Número 6, un Bodegón atribuido a Velázquez; número 13, La Última Cena, de Antonio Pereda, nacido en Valladolid, 1599, muerto en 1678; número 24, una Concepción; número 16, San Elías, de Diego Díaz. En el centro del salón están los bronces dorados de los duques de Lerma, de Pompeyo Leoni, de Milán, salvados de San Pablo, donde todo fue destruido por orden de Bonaparte; números 3 y 4, los dos ángeles, cerca de la Asunción de Rubens, esculpidos por Hernández; números 5 y 6, San Miguel y San Juan, de Berruguete, de quien son también las sillas de nogal del coro que hay en torno al salón, y que proceden de San Benito, fue ayudado en estos bellos trabajos por su digno discípulo Gaspar de Tordesillas. El santo que hay sobre cada silla y escudo de armas indica el lugar en que se sentaban los superiores de los distintos conventos benedictinos de España cuando se reunían en gran capítulo en Valladolid.

En la sala primera: números 5 y 9, San Francisco, son de V. Carducho, y buenos; el número 8, El jubileo de la porciúncula, de Diego Valentín Díaz; número 15, Santo Domingo dando limosna, de Bartolomé Cárdenas. Número 33, un Descendimiento de la Cruz, de

Bassano (Leandro). En la sala segunda: número 2, San Pedro, de Ribera. Números 4 y 10, Adoración de Reyes y pastores, de B. Cárdenas. En la sala tercera obsérvense el número 29, Virgen y Niño, y también el número 33, Santa Ana y el Niño, y varios más, igualmente curiosos por su antigüedad. En la sala cuarta: número 1, la Sagrada Familia, procedente de San Benito, pintura verdaderamente florentina y la obra maestra de su autor; está firmada Didacus Díaz, pictor, 1621 (no 71, como se dice en el catálogo, página 58), porque murió en 1660. Números 4, 5 y 6 son atribuidos a Rubens (?). Sobre una mesa de scagliola hay un modelo del convento del Prado, de León Gil de Palacios, de quien hay admirables obras de la misma clase en Madrid. La sala quinta contiene algunas mediocres obras de los flojos Bayeu y Palomino. Números 20 y 22, Pasajes de la vida de Santo Domingo, de B. Cárdenas. Obsérvese un buen crucifijo de bronce de Pompeio Leoni. En la sala sexta, número 3, hay un San Joaquín con Niño, atribuido a Murillo y, de ser esto cierto, será de su primera época. Número 8, San Pedro, de Ribera. En la sala séptima, número 24, un retablo tallado, con escenas de San José, la Virgen y San Benedicto. En la sala novena, número 16, un San Bruno, de Zurbarán. Número 18, una Anunciación, de Alessandro Bronzino. En la sala décima, número 13, La leyenda de la cepa, curioso por el tema. Número 24, Cristo, la Virgen y Magdalena, de Ribalta (?).

Pero la escultura es mucho más interesante, y no cabe estudiar la gran escuela castellana en ningún otro sitio mejor que aquí. Comencemos, por lo tanto, en la página 75 del catálogo. Sala primera: número 1, tres estatuillas; Berruguete. Número 2, Santa Teresa de Jesús, de La Carmen, obra maestra de Hernández. Número 3, del mismo, San Francisco. Número 7, ídem, Cristo con la cruz a cuestas; un soberbio paso. Número 11, Sepultura de Cristo; Juan de Juni, muy bueno. Número 14, otra Santa Teresa, de Hernández. Número 16, San Antonio, de Juni. Número 18, Juni, una Virgen, que se parece mucho a las de Murillo, dando el escapulario a Simon Stock. Número 20, San Bruno, Juni, muy grandioso. Número 22, una bella Virgen de Hernández, de La Carmen. Número 24, San Antonio, el primer eremita; Juni. Obsérvense también todas las estatuillas de Berruguete. Sala segunda: número 4, un curioso bajorrelieve gótico. Número 28, San Dimas, el buen ladrón; Hernández. Número 29, Muerte del

Salvador, ídem, bueno. Obsérvense también las estatuillas de Berruguete. Sala tercera: hay algunos pasos de Hernández, y número 23, la Pietá, ídem, muy grandioso; también números 26 y 27, de las Angustias, El bueno y el mal ladrón, de León Leoni. Número 36, Bautismo de Cristo; Hernández, bueno. Número 37, ídem, Enterramiento de Cristo. Números 39 y 40, dos facistoles. En la sala de juntas: número 16, Retrato del cardenal Mendoza. Obsérvense las estatuillas y crucifijos; y números 34 y 35, los escritorios y mesas, y varios artículos de altar.

Saliendo del museo y volviendo a la Universidad, visítese a continuación la catedral. La colegiata, más antigua, fue demolida por Felipe II, quien encargó a Herrera en 1585 preparar planos para un nuevo edificio; estos, y una maqueta de madera, constan en los archivos, que son muy completos y debieran ser examinados. Felipe II concedió, a modo de fondo de construcción, el monopolio de la venta de cartillas para niños; las obras continuaron durante su vida, y luego, como de costumbre en Oriente y en España, cesaron. Si hubieran sido terminadas, el edificio, como dijo Herrera, habría sido un todo sin igual. Estas pequeñas palabras, sí y pero, son, sin embargo, fatales para la mayor parte de los proyectos españoles. El boceto era una pura construcción grecorromana; pero, desgraciadamente, sus planos fueron revisados por Alberto Churriguera en 1729, y se les añadieron los abominables sol, luna, Ave María, etcétera. La fachada es dórica, el orden favorito de este severo maestro. El noble arco sobre la entrada principal tiene cincuenta pies de altura por veinticuatro. Solo una de las cuatro torres que iba a tener el edificio fue terminada; era sencilla y bien proporcionada, elevándose a la altura de doscientos sesenta pies y terminando en cúpula, pero se vino abajo el 31 de mayo de 1841 y no ha sido reconstruida. El interior recuerda las clásicas proporciones de Herrera en su estado sencillo, sin adornos ni oropeles y, como la capilla de El Escorial, respira la verdadera grandeza de la arquitectura. Está desfigurado por una reja demasiado grande y una enorme pared que los bárbaros canónigos han hecho levantar, y que en estos días de demoliciones debiera ser echada abajo sin tardanza. La forma del interior es un cuadrilátero oblongo de cuatrocientos once pies de longitud por cuatrocientos cuatro de ancho. Un trascoro reduce las dimensiones, como de costumbre, y la sillería del coro es más adecuada y fue diseñada por

Herrera para el duque de Lerma, costando la enorme suma de treinta mil ducados. En el altar mayor hay una Asunción de Zacarías Velázquez.

La magnífica pintura florentina de la Crucifixión, posiblemente de uno de los Allori, fue salvada de los Agustinos de Medina de Río Seco durante los desmanes bajo la constitución de 1820 por nuestro amigo el prior José Verdonces. Esta, de la misma manera que la Transfiguración que hay enfrente, de Luca Giordano, ha sido repintada sin embargo por Pedro González. Obsérvese la capilla del conde Pedro Ansúrez, el señor y benefactor de Valladolid en el siglo XII; su sepulcro está adornado con sus armas, sable cuadrado de oro, y con dos epitafios en verso, y la cabeza de la figura yacente es buena. El claustro dórico está sin terminar; los archivos están completos desde 1517. Aquí se guardan los planos y los excelentes dibujos de Herrera para la catedral, así como una colección de malos retratos de obispos de la misma. El más noble memorial de días pasados de esplendor religioso es la magnífica custodia de plata, que nadie debiera dejar de ver. Esta obra maestra de Juan d'Arphe, 1590, que escapó por un verdadero milagro a la caldera de fundir de los franceses, tiene seis pies de altura. El principal tema es Adán y Eva en el paraíso; sin el menor género de dudas es una muestra de lo que, en otros tiempos, eran capaces de hacer los plateros de esta ciudad. Algunos cálices y un viril de oro, moteado de piedras preciosas, constituyen los escasos restos de muchos otros arcones que fueron saqueados por el invasor.

Saliendo de la catedral llegamos al corazón de la ciudad, a la Fuente Dorada, y de aquí a El Ochavo, de donde, como en nuestra Seven Dials Street, una verdadera multitud de calles menores conducen como venas a la Plaza Mayor. El puente de la Platería comienza en el Ochavo, y como en Florencia está poblado por plateros. Estos, ciertamente, ejercen la misma profesión que D'Arphe, pero han decaído en la misma proporción que España desde los días de Carlos V, cuando Navagiero, escribiendo en 1425, afirmaba que había aquí más artesanos plateros que en cualesquiera dos países juntos.

La plata de iglesia y los productos de orífice en España merecen ciertamente ser estudiados desde el punto de vista artístico y

también del aficionado a las antigüedades, ya que tanto la ejecución como el diseño han superado con mucho al material relativamente mediocre que con demasiada frecuencia ha tentado al aurívoro sacrilegio de los bárbaros ladrones, tanto extranjeros como nacionales, que han tirado al crisol de la fundición lo que debiera haber ido a parar a museos; ¡y cuánto arte exquisito habría escapado, de haber sido empleados el hierro y el cobre en lugar del oro y la plata!

España misma era la mina de oro y plata de la antigüedad, y en tiempos modernos, por ser dueña de las riquezas minerales de Hispanoamérica, ha seguido abasteciendo al mundo de metales preciosos; sus dirigentes, tanto en la Iglesia como en el Estado, siempre han reservado grandes cantidades para la magnificencia religiosa y real. España siempre ha merecido el elogio de Claudiano (de Lau. Ser., 54), que comparó sus metálicos encantos con su fecundidad en príncipes piadosos: Speciosa metallis, principibus foecunda piis. La tendencia nacional a adornar y enriquecer la casa de Dios fue estimulada por el clero, que nunca fue más poderoso que cuando España poseía sus más vastos dominios y su más grande riqueza. Los edificios sagrados se convirtieron, como en los tiempos antiguos, en las tesorerías de las ofertas de la piedad de los ricos y del espléndido lujo de un clero que siempre se distinguió por la pompa y dignidad con que revestía su impresionante sistema estatal. Las vasijas de plata y oro, los objetos sagrados de plata eran pasados de generación en generación; eran protegidos por la prohibición de enajenar la propiedad eclesiástica, por el horror al sacrilegio, que es la defensa moral con que el clero, inerme, ha cubierto sus tesoros, carentes de protección física, y por el hecho de ser escondidos estos en momentos de desorden nacional y agresión extranjera.

Parecía imposible superar en belleza y riqueza a la plata cincelada del donarium, o sea, el relicario y tesorería del templo de Hércules en Gades. Era el Oviedo, Guadalupe y Montserrat de Iberia (véase Filóstrato, V). Todos los vencedores aportaban su parte del botín (Tito Livio, XXI, 21; Silio Itálico, III, 15), que, a su vez, todos los enemigos respetaban por ser sagrado.

El uso de objetos de oro y plata es de origen oriental y fue elevado

al colmo del lujo por los fenicios y cartagineses; estos últimos se mofaban de la pobreza o frugalidad de los romanos, observando que en todos los banquetes solemnes se usaba el mismo servicio de plata, tomado a préstamo por cuantos ofrecían esas fiestas, ya que en toda Roma no había más que uno (Plinio, Historia Natural, XXXIII, 2); pero el hierro de estos sencillos soldados no tardó en ganar el oro y la plata de los burlones, a quienes sobrepasaron enseguida en magnificencia metálica; por ejemplo, un cierto Rotundus, habiendo sido hecho dispensator, o sea, tesorero, acaparador de fortunas, en España, se mandó hacer una fuente de plata que pesaba quinientas libras. Después de la caída del Imperio, los godos tenían ideas muy correctas por lo que se refiere a los objetos de plata, para los que san Isidoro (Or., XX, 4) exigía tres condiciones solamente: ejecución, peso y brillantez; en aquellas edades oscuras, como ahora se las llama con tanta ignorante tranquilidad, se exigía un bruñido del que los romanos eran incapaces, porque, como los españoles modernos, se limitaban a lavar sus objetos de metal precioso, sin llegar a limpiarlos (Juvenal, XIV, 62). La espléndida magnificencia de la platería goda asombraba a los mismos moros, aunque estaban acostumbrados a la maravillosa platería de Damasco; la cantidad ha quedado demostrada gracias a los detalles dejados por los árabes de sus botines, sobre todo en la capital, Toledo (Moh. D., I, 282). El arte de trabajar el metal fue perfeccionado por los conquistadores, que introdujeron sus ricas cinceladuras y su estilo de filigrana de Damasco en Córdoba, hasta el punto de que, en el siglo X, la tiara del Papa se hacía en España y recibía el nombre de spanoclista; y la curiosa plata de iglesia llamada spanisca era tan bella que, en Oviedo, el clero la atribuía a artesanía angélica.

Pero todos estos objetos de oro y plata estaban limitados al uso del templo, ya que los españoles medievales, como los anteriores romanos, eran de costumbres sencillas en sus casas, reservando su magnificencia para el hogar de la deidad; su orgullo era más bien conquistar a los que comían en vasijas de plata que poseer ellos mismos tales lujos. Haro cuenta que Juan I, yendo a cenar a casa de Álvarez Osorio, primer conde de Trastámara, no encontró allí más que vajilla de madera: platos, sin duda alguna, al nivel de la comida que se servía en ellos; su anfitrión, militar, le dijo que no tenía tiempo nunca de comer, como no fuera en pie y con la mano. En

vista de ello el rey le mandó algunos platos de plata, pero, poco más tarde, cenando de nuevo con el veterano, volvió a encontrar solamente los viejos platos de madera de la vez anterior y entonces le preguntó qué había sido de su obsequio; Álvarez le llevó a la ventana y, mostrándole un centenar de hombres protegidos con relucientes corazas, le explicó: "Esta, Majestad, es la única plata que debiera tener un soldado"[*] (Nobiliario, I, 275).

De la misma manera que la conquista de España y Asia iba introduciendo el lujo de la plata entre los romanos (Justino, XXXVI, 4), la conquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo corrompieron a los españoles; la plata pasó entonces a ser considerada como cosa de nada y la plata labrada fue exenta del agiotaje sobre la plata acuñada y del derecho sobre metal en lingote, con lo que se convirtió en la forma en que los gobernadores, es decir, los ladrones en gran escala, enviaban a casa sus exacciones. Como España era tierra en la que los banqueros no tenían seguridad ni confianza, estos atesoramientos de objetos de plata se convirtieron, como en Oriente, en la propiedad de individuos ricos. La cantidad era enorme; el duque de Alburquerque tardó, según madame d'Aulnoy (II, 173, edición Haye, 1715), seis semanas en pesar la suya; tenía mil cuatrocientas docenas de platos, mil doscientas fuentes y cuarenta escalas de plata para subir a la alacena. Estas edades de oro y plata han pasado, y los españoles, como nación, han vuelto al primitivo y oriental tenedor que es el dedo, alternado con una cuchara de madera o cuerno y un cuchillo cortante. Pocos son, incluso entre los grandes, los que nacen ahora con cuchara de plata en la boca, porque los invasores franceses, como sus antepasados los galos en Italia, se llevaron toda la plata en furgones, dejando desnudos tanto iglesias como palacios, tanto altares como aparadores; y mucho de lo que ha escapado ha sido vendido por sus empobrecidos dueños o se ha esfumado a causa de las guerras civiles y las confiscaciones gubernamentales. Muy pocos son, ciertamente, los que, fuera de Madrid, tienen ahora un servicio completo, y la plata se ve con tan poca frecuencia en las mesas de la nobleza provincial que a un inglés que daba bailes en Sevilla le advirtieron que no pusiera plata en sus mesas. Como está permitido llevarse dulces, la transición al tenedor y la cuchara es bastante sencilla; pero así ha sido durante largo tiempo: compárese el robo cometido en la mesa de lord Digby en 1622 (Somers Tracts, II, 504),

con el señor diputado que se guardó esas cosas en el bolsillo hace apenas unos días en Madrid.

Afortunadamente para España, en el momento mismo de su más grande entrada de metales preciosos y en la época de León X, surgió una familia de orfebres que elevó el arte del trabajo en plata a su más alta perfección. El fundador fue Enrique d'Arphe, o Arfe, alemán, que se afincó en León hacia 1470, y trabajó en el rico estilo gótico florido entonces dominante. Su hijo, Antonio, siguiendo los cambios de la moda, adoptó el gusto grecorromano, mientras que su nieto, Juan d'Arphe y Villafañe, nacido en León en 1434, llegó a ser maestro de la figura humana, y fue el más grande artista de su familia. Antonio y Julián se asentaron en Valladolid, que entonces era Corte del gran emperador Carlos V. Estos D'Arphe fueron empleados casi enteramente por los ricos conventos, catedrales e iglesias de España, para los cuales han sido ejecutados estos magníficos objetos; y todos los viajeros debieran preguntar por ellos cuando visiten estos tesoros eclesiásticos, sin olvidar preguntar si hay allí muestras del arte de estos elegantes maestros. Esta familia no se limitó a trabajar tan bellos objetos, sino que, además, creó y fijó el estilo de la plata religiosa española, que nosotros llamamos cinquecento a causa del periodo, pero que en España recibe el nombre de "el gusto plateresco", o sea, gusto de platcro o de Berruguete. Juan d'Arphe y Villafañe, que fue nombrado por Felipe II gobernador de la Casa de la Moneda en Segovia, publicó un tratado sobre su arte, con diseños exactos para cada pieza de plata de iglesia, y sus elegantes modelos han sido, afortunadamente, adoptados y continuados. Esta obra, que todo coleccionista debiera adquirir, lleva el título de De Varia Commensuración, ha sido editada muchas veces. Las que tenemos nosotros ante la vista son, primero, la de Sevilla, 1585, por Andrea Pescioni; y Villafañe tuvo la suerte de que se la imprimiera este italiano, que era un alma gemela y cuyas obras cuentan entre las pocas impresas en España que merecen el nombre de artísticas. Otra edición es la de Madrid, Francisco Sanz, 1675; y una más tardía, Madrid, 1773, de Miguel Escribano, en la que han sido copiados los grabados originales en madera. La obra abarca la ciencia con planos, detalles, geometría, esferas, la anatomía humana y de los animales, arquitectura y plata de iglesia; para cada uno de estos detalles se incluyen dibujos y medidas exactas de las proporciones. Juan publicó también un

Quilatador de plata, cuarto, Valladolid, 1572, y Madrid, 1578. Fue el Bezaleel de la Península (Éxodo, XXXVII, 22), el Cellini de los españoles y su familia, en Occidente, rivalizó con los Becerriles de Cuenca.

Valladolid conserva todavía sus plateros, pero la magnitud de sus obras ha pasado ya; sus productos también carecen del bello remate que da la cumplida artesanía; las formas son mejores que la ejecución, porque son clásicas y antiguas, y los modelos tampoco han cambiado mucho; el trabajo, como en Oriente, se realiza con los medios más toscos. Las principales mercancías son ornamentos para los campesinos, además de los talismanes habituales en forma de cruces, santos y penates; estos se hacen de plata muy tenue, pero ahora se recurre incluso a materiales más bajos, ya que los artículos están en relación con las posibilidades financieras del comprador, como en los días de Isaías (XL, 18): "¿A quién, pues, asemejaréis a Dios?, a una imagen grabada que el orfebre cubre con oro, o de un árbol que no se pudrirá para aquel que está empobrecido".

Obsérvese a continuación la elegante y clásica fachada de La Cruz, que pone fin a este panorama y ha sido atribuida a bocetos de Herrera. El interior contiene algunos pasos muy bellos, y ciertamente es un museo de Hernández: obsérvense en particular el Ecce Homo; Cristo en el jardín; Cristo atado a la columna, coloreado a la manera de Morales; el magnífico Descendimiento de la Cruz, y en especial los ropajes de san Juan; La Dolorosa o La Virgen de Candelas es una imagen a vestir y, cuando está vestida, se vuelve todo lo bella que puede dar de sí el oropel; Santa Cruz es, exactamente, una favissa pagana, o sea, el almacén donde se conservaban los viejos ídolos estropeados, y donde los "decorados" de las procesiones se guardaban una vez terminado el melodrama. Valladolid solía rivalizar hasta con Sevilla en esto de los espectáculos y en el mostrar imágenes en público durante la Semana Santa.

La Plaza Mayor es muy imponente, tanto por su tamaño como por su estilo. Este lugar central debe su actual espacio y regularidad a un incendio que tuvo lugar en 1561, y que duró tres días y destruyó muchas calles. Felipe II dio orden de que se llevase a cabo la reconstrucción de acuerdo con un plan definido, y se convirtió en el

modelo del de Madrid; las columnas de granito traídas de las canteras de Villacastín, y que sostienen los arcos, dan un aire de solidez y quizá de tristeza; y sin embargo, es el lugar más frecuentado de la ciudad y donde la circulación, la poca que hay, fluye con más animación, ya que es aquí donde están las mejores calles. El lado sur, la Acera de San Francisco, es la lonja de los holgazanes y el mentidero, y es una Puerta del Sol en pequeño. En esta plaza tienen lugar todos los grandes espectáculos, las ejecuciones y las corridas de toros; es aquí donde fue decapitado en junio de 1453 ese niño mimado de la fortuna, Álvaro de Luna, el favorito de Juan II, el valido (en árabe ualid, ualí); fue abandonado, después de largos servicios, por su falso y débil amo, un rey superficial y resbaladizo, influido por poetas y cortesanos, y unas veces víctima y otras tirano. La Crónica de Luna fue publicada por Flórez, Madrid, 1784; el capítulo 127 contiene un relato de su memorable ejecución por un testigo presencial digno de Froissart. Aquí celebró el frío fanático Felipe II, el 7 de octubre de 1559, un memorable auto de fe, en el que gozó de los detalles, como Calvino en Ginebra cuando fue quemado Servet. Incluso Nerón, dice Tácito (Década, 45), “substraxit oculos, jussit que acelera et non spectavit; praecipua sub Domitiano miseriarum pars erat spectare et aspici”.

Ahora crucemos el pequeño puente y nos veremos ante lo que fue San Benito, en otros tiempos uno de los mejores conventos de esa Orden y un verdadero museo de piedad, arte y literatura; pero ahora está arruinándose a pasos agigantados. Fue en otros tiempos palacio real, donado en 1390 por Juan I a los monjes y ampliado en 1499 por Juan de Arandia; la antigua entrada del palacio estaba cerca de la torre; el moderno portal dórico y jónico fue construido por Rivero, imitando a Herrera; los claustros eran buenos y en el mismo estilo. La iglesia, antes de buen estilo gótico, fue desfigurada durante la época de obsesión churrigueresca y saqueada por los invasores, y luego, durante las recientes guerras civiles, convertida en fuerte. Los magníficos conventos antiguos construidos en tiempos inquietos y hechos de fuerte mampostería se han convertido en admirables centros de defensa moderna; y como los ingenieros franceses habían enseñado a los españoles a convertir capillas en casamatas, los Exaltados revolucionarios eligieron deliberadamente los más nobles edificios monásticos porque su profanación era muestra de cultura filosófica y al tiempo de

menosprecio hacia sus originarios fines religiosos, los mismos que don Carlos pasaba por apoyar.

El retablo, que estaba destinado a formar parte de las cosas idas, fue una obra maestra de Berruguete, 1526-1532, tanto por su arquitectura como por su escultura y pintura. Las figuras eran un poco demasiado pequeñas, la Virgen y el santo patrono solamente tenían tamaño natural. El colorido era algo pesado; las mejores composiciones eran una Natividad, con una bella Virgen y ángeles arodillados detrás de ella; una Huida a Egipto, dos grandes temas en chiaroscuro sobre fondo dorado, una sibila y una mujer acercándose a un hombre sentado son muy del estilo de Miguel Ángel. Este retablo se parecía al de Salamanca. Basarte ha publicado los contratos y las especificaciones originales, así como también las disputas subsiguientes.

Los magníficos asientos tallados del coro han sido trasladados al nuevo Museo; pregúntese, sin embargo, dónde están la ligera reja, obra maestra de Juan Tomás Celma, 1571, y el bello facistol; aquí estaban también los cuadros de F. Gallegos y el espléndido retablo de San Antonio Abad, de Gaspar de Tordesillas, 1597; el Cristo de la Luz, de Hernández, y la Sagrada Familia, de Diego Valentín Díaz. La biblioteca, primero desvastada por los invasores, desapareció luego, Los que tengan curiosidad por ver antigüedades benedictinas deben consultar la Historia general de la orden de San Benito, de Antonio de Yepes, siete volúmenes, folio, 1609-21.

Esta capilla de San Benito era frecuentada desde los cuatro puntos cardinales por piadosos devotos de su famosa y milagrosa reliquia, por la que el viajero debe preguntar, o, al menos, por el relicario en que estaba guardada; se llamaba El Cristo de la cepa, y por estar hecho con una de estas raíces, tiene el aspecto de un ídolo deforme de bonzos; la magnífica urna de plata estaba ornamentada con vides, como cabía esperar. La leyenda es como sigue: un cristiano y un trabajador judío (los nombres, la fecha y el lugar de esta auténtica historia no se han conservado) estaban disputando en un viñedo sobre sus respectivas religiones; el hebreo dijo: “Creeré en la tuya cuando tu Mesías salga de esta vid”. La imagen apareció inmediatamente –credat judaeus– fue entregada al convento en 1415 por Sancho de Roxas, primado de Toledo: consúltese

Palomino, Museo Pittorico, I, 208, donde en 1795 todo esto fue publicado para los españoles como si fuera la Biblia misma; pero incluso Morales (Viaje, 7), en la época relicomaníaca de Felipe II, se arriesgó a mencionar la Mandrágora, la antropomorfa mandrágora, los dodaim, por los que Raquel dio un precio bastante alto para una esposa celosa (Génesis, XXX, 14). La cepa de Valladolid carece de originalidad, ya que los argonautas hicieron una imagen de la diosa Rhea con un tocón de una vieja vid stibawgstupoj ampelon (Ap. Rh., I, 1117). Los populunios tallaron también un Júpiter con una raíz parecida (Plinio, Historia Natural, XIV, I). Pero la deformidad del fetiche apela al principio del miedo que los sacerdotes paganos sabían utilizar muy bien. Lucano describe (Farsalia, III, 411) el horror que inspiraban los árboles, por los tristes simulacros, que

*arte carent, caesisque, extant informia truncis,*

*numina sic metuunt, tantum terroribus addit.*

Bessiéres, educado como barbero y acostumbrado desde muchacho a los zoquetes de madera, era demasiado philosophe para asustarse ante estos monstruos tallados; tomó para sí la custodia de plata que pesaba veintidós mil onzas, pero dejó la cepa; y el digno canónigo que nos acompañó a nosotros quería que pasásemos ante esta reliquia sin parar mientes en ella y no pudo contener una sonrisa; de la misma manera el pagano Parmenisco quedó curado de la imposibilidad de reír viendo una imagen absurda de Latona (Athen., XIV, 1), y Catón, hombre bastante grave, solía preguntarse cómo era posible que dos adivinadores pudieran verse sin reírse entre sí de las tretas que usaban con sus seguidores (Cicerón, de Div., II, 24); pero, qui vult decipi, decipiatur!

Ahora pasemos al famoso Campo Grande, por el cual la carretera de Madrid entra en Valladolid por la bella puerta del Carmen, en la que se ve la cara de babuino de Carlos III; primero, sin embargo, visítese la casa de Juni y Hernández, que está en la esquina derecha de la calle de San Luis; pequeña y baja, es la cuna de donde salieron grandes y altas obras, cuando bosques enteros de pinos sorianos

fueron tallados en forma de dioses y diosas según quería el capricho o el genio del escultor, como en los días de Horacio, cuando, en lugar de hacer un tronco, maluit esse deum. El estudio estaba en la habitación que daba a la calle, pero la ventana fue cegada en 1828; pocos son en Valladolid los que visitan ahora esta antigua morada de genio y, de la misma manera que los murciélagos hacen su hogar en palacios abandonados, los habitantes son indignos de los grandes espíritus que en otros tiempos vivieron aquí. La casa fue construida por Juan de Juni en 1545 y murió en ella a comienzos del siglo XVII; fue comprada por Hernández a una hija y heredera de su predecesor el 15 de junio de 1616. Así vemos que los dos se sucedieron el uno al otro en el arte y también en la morada, y esto último no es ni insólito ni carente de sentido, ya que las características, la clientela y el conocimiento público de un oficio determinado, practicado en un lugar también determinado, hacen ese lugar más deseable que otro cualquiera a otra persona de la misma profesión.

Cerca de aquí está la noble alameda, el Campo Grande, que en los días buenos de Valladolid era lugar de las quemas de los auto de fe, las justas, los torneos y los festivales reales. Este campo o lugar apropiado de entrada a la capital de Carlos V está rodeado de nobles conventos, hospitales y palacios, muchos de los cuales fueron destripados por los invasores, mientras que otros han sido demolidos recientemente y todos empobrecidos; sin embargo, el excelente portal corintio que perteneció anteriormente a San Gabriel ha sido cuidadosamente quitado de allí y se tiene proyecto de volverlo a erigir como adorno del Campo Grande. En este espacio abierto los castellanos proclamaron como rey a Fernando el Santo cuando su prudente madre, Berenguela, renunció al cetro. Aquí fue donde Bonaparte pasó revista a treinta y cinco mil hombres. El espacio abierto está distribuido en avenidas y paseos públicos, con jardines florecidos y asientos: el viajero, naturalmente, lo visitará a la hora adecuada para estudiar el rango, la moda, la belleza y los trajes de Valladolid. Entre los edificios que lo bordean, San Juan de Letrán es un ejemplo de abominable churrigueresco. Visítese, sin embargo, la Casa de la Misericordia o colegio de niñas huérfanas, fundado por el pintor Diego Valentín Díaz. Este era familiar de la Inquisición y, muriendo aquí en 1660, fue enterrado en la capilla junto con su mujer; sus retratos, pintados

por Pantoja, merecen examen; él era un viejo de cabello gris y ojos agudos, con bigotes, y ella una dama de cabello oscuro. El retablo de la capilla fue pintado por él; obsérvese la perspectiva lineal; el colorido es algo pesado y la manera muy florentina; obsérvense también una Caridad con niños y una Virgen trabajando en el templo, pinturas excelentes; los retablos menores contienen pinturas de san Nicolás, nuestro "Old Nick", el dotador de doncellas sin fortuna, y de san Luis, el rescatador de cautivos pobres, temas elegidos por tener relación con las buenas obras y la caridad.

El Hospital de la Resurrección, o el General, contenía una representación de este tema en mármol, 1579, y dentro, La Virgen del escapulario, de Hernández, con una pintura de la Resurrección, de Pantoja, 1609. Al lado está la antigua pero en otros tiempos magnífica Porta Coeli, fundada por Rodrigo Calderón, hijo de un soldado raso de Valladolid y desventurado favorito del duque de Lerma, que a los lectores del Gil Blas les será muy familiar, y favorito, también malhadado, de Felipe III. Rodrigo acumuló una gran fortuna con el peculado y fue condenado a muerte por Felipe IV, que quería quitarle sus riquezas y confiscárselas en beneficio propio, actitud esta que es verdaderamente oriental y española. El retablo y el altar mayor de la capilla son espléndidos y están hechos de mármoles y bronce dorado. Las magníficas pinturas de san Francisco y santo Domingo se atribuyen a Caballero Máximo (Stanzioni). El cuerpo del fundador yace enterrado en una noble urna. Al lado del Porta Coeli está la morada de la misión agustina, edificio levantado en 1768 por el académico Ventura Rodríguez.

El convento de Carmen Calzado fue en otro tiempo adorno del Campo, y Hernández se esforzó en embellecerlo, mientras los invasores se esforzaron en profanarlo; hicieron de él un hospital militar, y ahora es un cuartel. Aquí fue enterrado Hernández con María Pérez, su esposa, pero ninguno de ambos estaba destinado al reposo, porque el enemigo turbó sus cenizas y luego destrozó también, para hacer leña, el magnífico retablo que Hernández había ornado con su mejor escultura y se llevaron su bello retrato.

El eclesiólogo, entre las reliquias que quedan de iglesia y convento, visitará quizá la gótica parroquia de la Magdalena; las armas del fundador, Pedro de Gasca, obispo de Palencia, decoran la fachada, y

la iglesia fue construida en 1570 por Rodrigo Gil. El grandioso retablo corintio es obra maestra de Esteban Jordán: obsérvense especialmente los apóstoles San Pedro y San Pablo y la Magdalena y, entre otros temas sacros, la Ascensión de la Virgen y una Adoración; las figuras son un poco rellenas, pero el sentimiento es majestuoso. El obispo fundador está enterrado aquí; su figura de mármol blanco con ropones episcopales reposa sobre un bello sarcófago, obra también de Jordán. Este fue el prelado enviado por Carlos V en 1556 a Sudamérica para frenar las violencias de Pizarro.

En San Lorenzo había algunas pinturas de Matías Blasco, 1621, a saber, un Martirio del santo patrono y otras relacionadas con milagros hechos por una imagen de esta iglesia; obsérvense una bonita Sagrada Familia y una repetición de la Virgen de las Candelas, de Hernández. En la sacristía hay una singular representación de una procesión que tuvo lugar cuando la Virgen fue traída a María, esposa de Felipe II.

La antigua es una parroquia gótica del siglo y se llama así porque los ciudadanos, no contentos con levantar un templo a una divinidad femenina, estaban construyendo y la colegiata al mismo tiempo, ambos en honor de la Virgen; y como fue terminado primero, le pusieron el nombre de antigua o primera. El retablo de Juan de Juni es una de las esculturas notables de Valladolid: obsérvese el crucifijo, en el remate de la Santa Bárbara y Santa Ana en una hornacina; en algunas otras de las figuras la violencia y los retorcimientos peculiares en este escultor están exagerados; y el azul y el oropel son contrarios al efecto artístico.

El San Miguel, perteneciente en otros tiempos a los jesuitas y ahora iglesia parroquial, tiene una buena nave, con columnas y pilastras corintias bien trabajadas. El clásico retablo, con tallas de la Natividad y la Circuncisión, ha sido atribuido por algunos a Becerra, pero es más probable que sea obra de Jordán. El San Miguel es de Pompeio Leoni. En una capilla que hay a la derecha obsérvese la figura arrodillada de Pedro de Vivero, muerto en 1610, y de su mujer, muerta en 1625. La sacristía es una bella estancia.

Las Huelgas Reales es un edificio corintio al estilo de Herrera; aquí hay una bella tumba de alabastro de la fundadora, María de Molina,

esposa de Sancho el Bravo. El retablo es una soberbia obra de Hernández: obsérvense la Ascensión de la Virgen, San Bernardo arrodillado y los dos Juanes, con fecha de 1616; las pinturas han sido atribuidas a los Zuccaros.

El retablo de las Descalzas Reales contiene muchas pinturas de Vicente Carducho y de Caravaggio; La boda de Santa Ana y San Joaquín es buena de tono, con gran amplitud de ropajes y colgaduras, mientras que los dos muchachos que están a la derecha son verdaderamente españoles. La Asunción y la Coronación, en el centro, son de Matías Blasco; la Virgen con las manos juntas es muy de Miguel Ángel. Además de estas bellas pinturas obsérvese en las colaterales una Santa Clara, con una graciosa Virgen y Niño, y también la arquitectura; y un San Francisco en éxtasis, en un paisaje muy boscoso: son composiciones de gran estilo y pintadas de una manera audaz y algo basta en 1610 por Antonio Mascagni, un discípulo de Ligozzi.

La Santa Ana es la iglesia más moderna de Valladolid, construida sobre planos de Sabatini. Este objeto académico y escueto es muy admirado por los indígenas, que destruyen con energía su bello gótico por estar pasado de moda. Las pinturas que hay dentro, de Goya y Bayeu, parecen puestas allí para hacer ver que un arte hermana y participa también en la decadencia; y esto en la ciudad de Díaz y Hernández.

El campanario, una torre de ladrillo, de San Salvador y el portal, semejante a un retablo, son mejores. La escultura representa la Encarnación, la Transfiguración, etcétera, y dentro hay algunos sepulcros de la familia Alba Real.

Los Agustinos Calzados, en otro tiempo espléndidos, fueron convertidos en almacén de paja por los franceses. El cimborio era soberbio. La capilla en que está enterrado Fabio Nelli fue adornada con arabescos italianos por Julio de Aquile, que decoró la Alhambra. El enemigo profanó el edificio y las pinturas: solo consiguió escapar una parte de un Adán y Eva.

El artista amigo de las antigüedades y el amante de mansiones antiguas puede observar algunos de los palacios de los nobles, esos edificios en otro tiempo suntuosos, de antigua grandeza y

opulencia, son ahora morada de humildes pobres de solemnidad, en plena ruina, cuya actual miseria se mófa de la antigua magnificencia: cosas de España; y es que estos melancólicos cambios de la veleidosa fortuna ocurren en la mayor parte de las antiguas y tradicionales capitales de España, que han sido abandonadas en beneficio de la oportunista Madrid y dejadas en manos del administrador, que es el tipo mismo del administrador injusto del Oriente. En la primera casa a la derecha, según se sale de la Plaza Vieja para entrar en la calle de San Martín, es donde se dice que Alonso Cano mató a su mujer. Berruguete, que empezó su vida en calidad de escribano del crimen en la cancillería, vivía cerca de San Benito el Real; desde la covachuela del embrollo llegó hasta el noble estudio de Miguel Ángel, y de esta forma, aplazando la corrupción, se hizo inmortal. Las antiestéticas autoridades vallisoletanas, lejos de levantar un monumento a su gloria, han convertido su casa en cuartel, de la misma manera que el palacio del principesco Benavente ha sido convertido en hospital de expósitos.

Fabio Nelli, el mecenas de Valladolid, vivió en la plaza que todavía lleva su nombre; obsérvese su bella casa antigua con columnas corintias y medallones. En la Casa de las Argollas, llamada así por los “eslabones de hierro”, fue encerrado Álvaro de Luna antes de ser ejecutado; el techo de artesonado de su calabozo oficial es o (quizá ahora) fue magnífico; véanse también la Casa de Villasantes, en la calle del Rosario, y el patio de la Casa Revilla, en la calle de la Ceniza, con sus arabescos y el rico techo de su escalera. La Diputación Provincial está instalada en el antiguo palacio de los almirantes de Castilla; un elocuente lema inscrito allí hace alusión al perdón conseguido de Carlos V por don Fadrique para los Comuneros. La Casa del Sol, enfrente de San Gregorio, tiene un buen portal; esta casa, que ahora es cuartel de reclutas, fue morada de Diego Sarmiento de Acuña, el famoso conde de Gondomar, embajador de Felipe IV cerca de Jacobo II de Inglaterra y por quien estaba muy influido, ya que el astuto diplomático hablaba mal el latín a propósito, con objeto de dar al pedante monarca la oportunidad de corregirle; su biblioteca era una de las mejores de España, pero lo que dejaron de ella los gusanos lo ha consumido el fuego de los destructores modernos, y no queda huella de ella. ¡Lo que tiene que haber sido Valladolid, cum tales sunt reliquiae!

Los que no han visitado los archivos de Simancas harán, naturalmente, una excursión allá. El pueblo de Fuensaldaña, ahora que los cuadros de Rubens están en el Museo, apenas merece una visita. Está situado a unas cuatro leguas al norte de Valladolid y pertenece a la familia Alcañices; el castillo, de excelente mampostería, es ejemplo de fortalezas castellanas medievales, con las habituales torrecillas en las esquinas del torreón y aspilleras. Fue construido por Alonso Pérez de Vivero, tesorero de Juan II, que fue tirado de lo alto de una torre por Álvaro de Luna, celoso de su influencia sobre el rey; todo este suceso (véanse cap. 113-4 de la Crónica) fue una tragedia sumamente oriental, suavizada por púnicas lágrimas; la escena de las cartas: "Lee esto, y esto", es muy shakesperiana. El escudo de armas de los Vivero está todavía sobre la entrada. El castillo ha sido degradado ahora a granero. En la capilla del pequeño convento que hay cerca estuvieron guardados durante mucho tiempo los cuadros de Rubens de que hemos hecho mención.

Las comunicaciones desde Valladolid son muy numerosas. Hay diligencias regulares a Palencia y Santander, a León, a Burgos y a Madrid y, a veces, a Oviedo y La Coruña. Hay galeras y ordinarios a Zamora y Ávila y un bote por el canal a Palencia. Se habla mucho de mejorar las carreteras a Olmedo, a Salamanca por Tordesillas y a León por Mayorga, y también de comunicaciones por ferrocarril con Santander, León, Avilés y Madrid.

■

* Bajo la república romana al jefe militar no se le permitía poseer más que una copa y un salero de plata (Plinio, Historia Natural, XXXIII, 11); Plinio menciona también que Catón Aelio devolvió las vasijas de plata que le enviaron los etolios al darse cuenta de que comía en vajilla de loza. Plutarco cuenta que Catón, cuando era jefe militar en España, comía rábanos, que él mismo se pelaba, y que consideraba deliciosos, hdiston oyon; y la comida medieval no era mejor, ya que, según el proverbio, estas suculentas raíces eran manjar digno de caballeros a la Álvarez: rábanos son comida de caballeros.

# RUTA LXXVI

# DE VALLADOLID A SANTANDER

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Cabezón | 2 | |
| Venta de Trigueros | 2 | 4 |
| Dueñas | 2 | 6 |
| Palencia | 2 | 8 |
| Frómista | 2 | 10 |
| Herrera de Pisuerga | 3 | 13 |
| Aguilar de Campoo | 3 | 16 |
| Quintanilla | 1 | 17 |
| Quintela | 1 | 18 |
| Reinosa | 4 | 22 |
| Bárcena | 3 | 25 |
| Las Caldas | 4 | 29 |
| Torre la Vega | 2 | 31 |
| Santander | 2 | 33 |

Este trayecto se hace en un día por la diligencia castellana.

Cabezón fue escenario en mayo de 1808 de uno de los primeros choques de la Guerra de la Independencia entre franceses y españoles y fue buen modelo de la mayor parte de los siguientes. Los soldados, valientes pero indisciplinados, en lugar de actuar a la defensiva, buscaron el combate y la derrota. La Junta había dicho al pueblo que eran invencibles, y la muchedumbre obligó a Cuesta a presentar batalla; si hubiera vacilado le habrían asesinado por traidor (Schepeler, I, 420). Cuesta, como de costumbre, tomó todas las medidas necesarias para asegurarse de la derrota, e incluso olvidó proteger el puente, dejándolo como de plata para un enemigo que estaba avanzando, no retirándose. La desmoralizada artillería española abandonó sus cañones antes incluso de que cincuenta audaces dragones franceses pudieran acercarse a ellos; y, sin embargo, como observa Foy (III, 278), "la position de Cabezón, défendue par des bonnes troupes, eut été impregnable".

La carretera que va a Cabezón tiene a la izquierda el Pisuerga y el canal; el río se cruza pronto, y luego el canal, en Dueñas. Aquí continúa la carretera de Burgos hasta Baños, donde se bifurca a Palencia a la izquierda. El ingeniero debiera examinar el canal en Dueñas; la obra fue completada en 1832 por Epifanio Esteban y por su magnificencia de ejecución y científica disposición haría honor incluso a Inglaterra. Este canal fue planeado en 1753 por el ministro Ensenada, cuyo objeto era unir Segovia con Reinosa y Santander, uniéndose en Palencia al Canal de Aragón, que llegaría del Mediterráneo, mientras otra rama comunicaría con el Duero en Zamora; de esta manera, se unirían el Mediterráneo y el Atlántico, dando así a las Castillas una salida para sus vinos y productos cereales, que serían trocados por el hierro y la madera de Asturias y los productos coloniales importados por Santander. Para estas espléndidas líneas de circulación la naturaleza ha facilitado niveles fáciles, un terreno ligero para la excavación y buenos ríos que aportan el agua: así, la irrigación habría garantizado la fertilidad, mientras que un medio de transporte habría favorecido el comercio y se habría infundido en el corpus mortuum de estas comarcas una vitalidad moral y física. Este plan, como es corriente en España y en Oriente, fue comenzado con entusiasmo, y las obras prosperaron durante la vida del ministro que les había dado inicio, pero luego decayeron. El asunto se mantuvo más o menos en candelero, siendo reanudado ahora para volver a ser abandonado después, hasta que

la invasión francesa acabó con él por completo junto con la mayor parte de las otras mejoras de España. Fernando VII, en 1830, concedió los derechos a una empresa que recomenzó las obras; pero cuándo terminarán es cosa que ¡Lo sabe Dios! España, que bajo los moros gozaba de un sistema de irrigación artificial sumamente científico; que en 1528 bajo Carlos V ideó el canal de Aragón, y que planeó, bajo Felipe II, en 1581, la navegabilidad del Tajo, que, de esta manera, se adelantó con mucho a Inglaterra en este tipo de obras, tan esenciales para el comercio, está ahora, como en otras cosas, muy por detrás; se ha mantenido inmóvil mientras otros países han seguido navegando hacia delante, y sin embargo el agua que hay bajo su sol es la sangre misma de la vida, el principio de la fertilidad y la riqueza.

Los bailes —semejantes a nuestras Morris dances— de los campesinos de Dueñas son una combinación de la Pyrrhica Saltatio de los romanos y el Tripudium de los iberos; aquí vimos un domingo una contradanza realizada por ocho hombres con castañuelas en las manos y al son del pífano y el tambor, mientras un maestre de ceremonias vestido de colores festivos como un pantaleón dirigía el rústico ballet; alrededor se agrupaban payesas y aldeanas con corpiños ajustados, con pañuelos en la cabeza, con el pelo colgante por detrás cogido en trenzas, y el cuello cubierto de cuentas azules y de coral; los hombres recogían sus largos rizos con pañuelos rojos y bailaban en camisa, cuyas mangas estaban recogidas con lazos de cintas de colores diversos cruzadas también sobre le pecho y la espalda y mezcladas con escapularios y pequeñas estampas de santos; sus pantalones eran blancos y amplios como las bragas de los valencianos, a semejanza de quienes llevaban también alpargatas, o sea, sandalias de cáñamo, atadas con cintas azules; las evoluciones de la danza eran muy complejas, y consistían en muchas vueltas, revueltas y saltos, e iban acompañadas con altos gritos de viva a cada cambio de figura.

Antes de salir de Dueñas, súbase al castillo rectangular, en la cima de la colina cónica: la vista domina las parameras sin árboles o Tierras de Campos; debajo, el Pisuerga ha abandonado sus antiguos lecho y puente, que ahora se levanta a seco. En la distancia se alza el Monte de Torozos, ahora casi desnudo, pero en otros tiempos cubierto de bosques. Los que desnudan de esta manera, sus bosques

garantizan a sus hijos escasez de madera y agua, escaseces estas que son las dos maldiciones gemelas de la España central. Esta zona, que constituye la raya fronteriza de Castilla la Vieja, comienza en Villanubla y se extiende hasta Villagarcía, teniendo una anchura de unas tres leguas. En este monte está el bernardino Convento de la Espina. El portal es jónico; el claustro clásico. Ante el antiguo retablo se arrodillan las estatuas de la reina Eleonora y de doña Sancha.

De aquí a Palencia, Pallantia. La mejor posada es la de Gabriel Papín. Esta es una antigua ciudad con universidad, fundada en el siglo X y trasladada después a Salamanca en 1239; su población asciende a unos diez mil habitantes. Se levanta junto al Carrión, y tiene un buen puente de piedra y otro llamado Los puentecillos. Las alamedas en torno a las antiguas murallas fueron plantadas en 1778 por el intendente Carrasco. Las que hay en la islita junto al puente, construido por el arcediano Aguarín, ocupan el lugar donde fue celebrado un gran torneo en honor de Carlos V. El aire de Palencia es cortante y frío, ya que se levanta con sus árboles como un oasis en las vastas llanuras sin árboles. Una larga calle, la Mayor, divide en dos a la ciudad, partiendo de las puertas de Monzón y del Mercado. Cerca de esta última hay empotrada una piedra sepulcral romana de los hijos de Pompeyo. La ciudad está bien situada para el comercio por su río y canal, y tiene alguna industria de toscas mantas y colchas. La catedral gótica es grácil y elegante, y fue construida según el tipo de la de León en 1321-1504, sobre el solar de una más antigua, levantada por Sancho el Mayor sobre la cueva de San Antolín, a quien esta iglesia, junto con muchas otras de estas comarcas, está dedicada. Este santo era francés y vivía en una guarida en los bosques, junto a los jabalíes y de la misma manera que estos; ocurrió que el rey, cuando estaba cazándolos, estuvo a punto de disparar un flechazo a uno que había huido a la cueva del anacoreta, con lo que su brazo extendido quedó súbitamente agostado; pero fue vuelto a su estado anterior por la intervención del recluso, con lo que el rey concedió inmediatamente toda aquella tierra a la iglesia. La guarida fue convertida en capilla, y hasta el día de hoy los huesos del santo y el jabalí son venerados por los campesinos, y son, ciertamente, la principal atracción de la catedral. En la capilla mayor se encuentran las tumbas del marqués del Pozo y su esposa, 1557. La sillería del coro es buena y del

periodo cinquecento. Obsérvense la reja y los púlpitos con bajorrelieves de muchachos y guirnaldas. El respaldo del coro contiene escultura plateresca de Berruguete. La Custodia fue hecha en 1582 por Juan Benavente. El ataúd de la reina Urraca, 1149, se conserva todavía. La torre, el claustro y la sala capitular son góticos, y la puerta de comunicación entre los dos últimos merece ser examinada por el arquitecto. En el convento dominico estaban las soberbias esculturas de la familia Rojas: una, a la izquierda del altar, de Juan de Rojas y su mujer, 1557, era del más rico estilo de Berruguete; la otra, enfrente, según diseño de Herrera, era dórica y se componía de mármol blanco y de colores con buenas figuras arrodilladas de Francisco de Rojas y su esposa, Francisca Cabrera, que las encargó en 1604.

El hospital de San Lázaro fue en otros tiempos palacio del Cid y el aficionado a los romances recordará que este santo se le apareció al Campeador vestido de peregrino. Aquí se casó el Cid con Jimena, a cuyo padre había matado; las damas de Palencia eran también muy valientes, ya que se dice que derrotaron al Príncipe Negro. Estas pucelles de Palencia recibieron permiso de Juan I para llevar una cinta dorada en su tocado (compáreselas con las antiguas amazonas de Tortosa). Los hombres modernos de Palencia, como los de esta ciudad, se condujeron de manera muy distinta, porque el general Milhaud la tomó sin dificultad el 13 de noviembre de 1808. Después fue ocupada y saqueada con frecuencia, y en particular por Foy en octubre de 1812; consúltese la Historia local, de Pedro Fernández del Pulgar, y también la Descripción de Domingo Largo.

La carretera que pasa por la sierra de Frómista sigue la línea del canal hasta la cuenca del Pisuerga. Estas llanuras desnudas producen grandes cantidades de trigo, cuya harina se exporta a Cuba por Santander. En Aguilar de Campoo el río tuerce a la izquierda y el camino a la derecha, entrando en Castilla la Vieja

## RUTA LXXVII

## DE VALLADOLID A BURGOS

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Cabezón | 4 | |
| Dueñas | 3 | 7 |
| Torquemada | 3 | 10 |
| Villadrigo | 4 | 14 |
| Celada | 4 | 18 |
| Burgos | 4 | 22 |

Esta es la carretera de la diligencia y es muy monótona. Bonaparte, según monsieur Savary, hizo este trecho a caballo en 1809 en menos de seis horas. En Torquemada, en junio de 1808, el ejército español, mal dirigido por Cuesta, huyó antes incluso de que comenzara la batalla, asustado por una brava carga de caballería de

La Salle. El pueblo fue entonces saqueado e incendiado por Bessiéres, que no respetó ni edad ni sexo.

El Arlanzón, bajando desde Burgos, se une al Pisuerga y cruzándolo entramos en Castilla la Vieja. Alejándonos del Pisuerga, el camino continúa ahora a lo largo de la cuenca del Arlanzón, pasando por Celada y sus campos de trigo, hasta los muros de la antigua Burgos.

# RUTA LXXVIII

# DE VALLADOLID A MADRID

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Puente del Duero | 2 | |
| Valdestillas | 2 | 4 |
| Olmillos | 2 | 6 |
| Olmedo | 2 | 8 |
| San Cristóbal | $3^{1/2}$ | $11^{1/2}$ |
| Martín Muñoz | 2 | $13^{1/2}$ |
| San Chidrián | 2 | $15^{1/2}$ |
| Labajos | 2 | $17^{1/2}$ |
| Villacastín | 2 | $19^{1/2}$ |
| Fonda San Rafael | 3 | $22^{1/2}$ |
| Guadarrama | 2 | $24^{1/2}$ |
| Torrelodones | $2^{1/2}$ | 27 |
| Las Rozas | 2 | 29 |
| Madrid | $2^{1/2}$ | $31^{1/2}$ |

La arenosa carretera que va a Olmedo ha sido reparada recientemente, pero su monotonía no podrá ser reparada nunca. Olmedo, ciudad decaída, es famosa por las sangrientas batallas que tuvieron lugar aquí en 1445 y 1467, durante las guerras civiles de los reinados de Juan II y Enrique IV. Tiene dos mil habitantes y está situada en una llanura irrigada por el Adaja, que baja desde Ávila, y por el Eresma, que desciende desde Segovia, y que estaban destinados a abastecer el canal hasta esa ciudad. Las tétricas llanuras arenosas se extienden casi hasta Labajos, pero, sin embargo, producen vino abundante y pasable. No tardamos en entrar en la provincia de Castilla la Vieja; y en San Chidrián la carretera se une al Camino Real.

De Oviedo a Madrid, después de Labajos, comienzan las moles graníticas de los montes Carpetanos. La piedra de Villacastín es excelente. La cadena del Guadarrama separa las cuencas del Tajo y el Duero. El nombre se deriva, según algunos, de Ash-herrat, alxarrat, o sea, la sierra que las divide. Conde (Xedris, 167) lee Uadarrambla, “el río de la arena”; aunque es una sierra de granito. La carretera, construida en 1749 por Fernando VI, sube al puerto, donde un león de mármol rematando la altura, que, al parecer, es de cinco mil noventa y cuatro pies sobre el nivel del mar, marca la línea divisoria entre Castilla la Vieja y la Nueva; aquella se extiende al fondo, como un mapa. La línea de la carretera está bien escogida y la obra de ingeniería es excelente, pero en invierno resulta a veces intransitable debido a la nieve. Los vientos desoladores de ambas Castillas producen un frío tan intenso como los franceses no sintieron nunca en las campañas de invierno de Friedland. Fue en la Nochebuena de 1808 cuando Bonaparte salió de Madrid, habiéndose enterado del avance de Moore, que hizo vacilar toda su certidumbre de conquistar Portugal y Andalucía de un solo golpe. Sus nuevos planes fueron concebidos con su decisión de costumbre y realizados con la rapidez correspondiente. Fue a la cabeza de su ejército por estas cuevas carcelarias de la tormenta y criaderos de la muerte como el rayo entre glaciares; su propia impaciencia era tan grande que se bajó de su caballo de un salto y fue a pie por la nieve para animar a sus soldados. “¿Es que una topera española –gritaba– va a detener a los vencedores del San Bernardo?”. Se apoyó en el brazo de Savary y llegó a Espinar muy fatigado, donde durmió, descansando al día siguiente en Villacastín. Las pérdidas sufridas

por su ejército fueron muy grandes y, a pesar de todo, los valientes soldados seguían adelante; pero fueron en vano su rapidez y su valor, porque Bonaparte, a pesar de tan insólitos esfuerzos, llegó a Benavente con doce horas de retraso. Pasando el puerto y dejando El Escorial a la derecha bajamos a los sarnosos y tétricos páramos que rodean Madrid. Las cercanías inmediatas, sin embargo, por la Florida, con su noble palacio, son impresionantes. Una ruta mejor sería seguir de Valladolid a Olmedo en la diligencia y luego continuar a caballo hasta Segovia.

## RUTA LXXIX

## DE VALLADOLID A MADRID POR SEGOVIA

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Olmedo | 8 | |
| Villeguillo | 2 | 10 |
| Coca | 1 | 11 |
| Santa María de Nieve | 3 | 14 |
| Garcillán | 2 1/2 | 16 |
| Segovia | 2 1/2 | 19 |

En Villeguillo se entra en Castilla la Vieja. Coca, pequeña ciudad entre los ríos Eresma y Voltoya, tiene un magnífico ejemplo de auténtico castillo castellano del periodo gótico medieval. Obsérvense la balistaria o garita, que sobresale, las torrecillas angulares del gran torreón o la torre mocha. Las soberbias torres se levantan como en el Alcázar de Segovia, y la estructura de la barbacana es notable. Este fuerte castillo estaba en perfectas condiciones y fue usado como prisión del Estado hasta que los franceses lo redujeron a su actual estado de ruina. En la iglesia parroquial hay algunas bellas columnas de mármol. Nada de interés

ahora hasta llegar a Segovia.

**RUTA LXXIX**

**DE VALLADOLID A MADRID POR CUÉLLAR Y SEGOVIA**

| | Leguas | |
|---|---|---|
| Tudela del Duero | 3 | |
| Montemayor | 3 | 6 |
| Cuéllar | 3 | 9 |
| Sancho Nuño | 2 | 11 |
| Navalmanzano | 2 | 13 |
| Escarabajosa | 2 | 15 |
| Segovia | 3 | 18 |

Esta zona está dedicada al cereal y moteada por viñedos y pinos. Tudela, con mil cuatrocientos habitantes, se levanta junto a su río y

tiene un puente de piedra que fue estropeado durante la guerra; la magnífica fachada de la noble parroquia es de estilo jónico y grecorromano y consta de tres órdenes ornamentados con esculturas que representan temas de la vida del Salvador con los apóstoles, y la Ascensión de la Virgen en el lugar central de honor; todo esto es obra de un cierto Martín, que lo terminó en 1614, y que merece ser mejor conocido; dentro hay un buen retablo que ha sido atribuido a Hernández a causa de su grandioso carácter; también es obra suya una Virgen con el Niño y otra del Rosario. Esta iglesia fue comenzada en 1515 y terminada en 1555, pero la torre no se completó hasta sesenta años más tarde.

Siguiendo entre pinos por entre Montemayor y Cuéllar se llega al famoso y muy frecuentado santuario de la Virgen del Henar, "el río", Cuéllar, Colenda, está situada sobre una ladera de una colina rematada por un buen castillo. Su población es de tres mil almas y las calles son más bien empinadas y están mal pavimentadas; los alrededores son muy fértiles, y la caza y los pavos famosos; Cuéllar tenía diez iglesias parroquiales y tres conventos, abastecimiento espiritual suficiente para tres mil almas. La fachada del convento de San Francisco es de buen estilo jónico; aquí estaban enterrados en espléndidos sepulcros los miembros de la gran familia de Alburquerque, a la que pertenecía el castillo: súbase hasta él, ya que las vistas de las interminables llanuras, con la sierra distante, son buenas. Este alcázar, grandioso como un palacio, fue concedido en 1454 por Enrique IV el Impotente a su favorito, Beltrán de la Cueva, que fue para él lo que iba a ser Godoy para el consentido Carlos IV. El edificio fue reconstruido en 1550; antes de la fatal invasión francesa era uno de los mejor conservados de España, y contenía aún sus antiguos ornamentos, su armería y su pinacoteca; los cuadros, sin embargo, se encontraban muy abandonados, como de costumbre en las mansiones provinciales de los absentistas (véase lo que dice Ponz, X, 5). El patio es muy noble, con corredores superior e inferior y columnatas de granito macizo. Fue en Cuéllar, el 20 de febrero de 1843, donde el sargento García, el revolucionario de La Granja, murió en la pobreza y justo abandono, porque en España la traición aplace pero no el que la hace; entre Cuéllar y Segovia hay poco que ver.

Cuéllar comunica con Peñafiel, que está al norte a una distancia de

cuatro leguas por Moraleja, situada a mitad de camino; Peñafiel misma está también a mitad de camino entre Valladolid, que dista ocho leguas, y Aranda del Duero, siete y media.

## TABLA DE CONVERSIONES

1 pulgada: 2,54 centímetros

1 pie: 0,30 metros

1 yarda: 0,91 metros

1 milla: 1,60 kilómetros

1 legua: 4,8 kilómetros

1 onza: 28,35 gramos

1 libra: 0,45 kilogramos

1 pinta: 0,47 litros

1 galón: 3,78 litros

Fahrenheit a Centígrados: [Grados Fahrenheit] – 32 x 5 : 9

El Manual para viajeros por España y lectores en casa de Richard Ford, publicado por primera vez en español por Turner en la década de 1980, se reedita en 2008 en conmemoración del 150 aniversario de la muerte de Richard Ford (1796-1858).

La obra se publica íntegramente en siete volúmenes:

I Observaciones generales

II Andalucía

III Madrid y Castilla

IV Murcia, Valencia y Cataluña

V Extremadura y León[*]

VI Galicia y Asturias[**]

VII País Vasco, Aragón y Navarra

▪

* Nuevas traducciones

▪

** Nuevas traducciones